

a

ayer

Los retos de la biografía

La reflexión sobre la biografía se ha enriquecido en los últimos años, respondiendo a las críticas sobre sus usos más convencionales. Se discuten aquí el impacto de los cambios culturales de la modernidad en la consideración de lo biográfico, el ensanchamiento de lo tradicionalmente definido como político, los nuevos recorridos de la historia sociocultural, la importancia de la historia de las mujeres y las posibilidades de la biografía colectiva.

93

Revista de Historia Contemporánea

2014 (1)

AYER

93/2014 (1)

ISSN: 1134-2277

**ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.**

MADRID, 2014

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea

www.ahistcon.org

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

www.marcialpons.es

Equipo editorial

Director

Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid)

Secretaria

Teresa María Ortega López (Universidad de Granada)

Editoras

María Sierra (Universidad de Sevilla),
Nerea Aresti (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea)

Colaboradora

María Candelaria Fuentes Navarro (Universidad de Granada)

Consejo de Redacción

Nerea Aresti (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea),
Carlos Forcadell Álvarez (Universidad de Zaragoza), Carme Molinero
Ruiz (Universitat Autònoma de Barcelona), Teresa María Ortega
López (Universidad de Granada), Manuel Pérez Ledesma (Universidad
Autónoma de Madrid), Anacleto Pons Pons (Universitat de València),
Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid), Mari Cruz
Romeo Mateo (Universitat de València), María Sierra (Universidad
de Sevilla), Manuel Suárez Cortina (Universidad de Cantabria)

Consejo Asesor

Miguel Artola (Real Academia de la Historia), Walther L. Bernecker
(Universität Erlangen-Nürnberg), Alfonso Botti (Università degli Studi di
Modena e Reggio Emilia), Carolyn P. Boyd (University of California, Irvine),
Fernando Devoto (Universidad de Buenos Aires), Clara E. Lida (El Colegio
de México), Xosé Manoel Núñez Seixas (Ludwig-Maximilians-Universität
München), Paul Preston (London School of Economics), Pedro Ruiz Torres
(Universitat de València), Pedro Tavares de Almeida (Universidade Nova
de Lisboa), Ramón Villares (Universidade de Santiago de Compostela)

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista.

Miguel Artola, 1991.

AYER está reconocida con el *sello de calidad* de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y recogida e indexada en Thomson-Reuters Web of Science (ISI: Arts and Humanities Citation Index, Current Contents/ Arts and Humanities, Social Sciences Citation Index, Journal Citation Reports/Social Sciences Edition y Current Contents/Social and Behavioral Sciences), *Scopus*, *Historical Abstracts*, *Periodical Index Online*, *Ulrichs*, *ISOC*, *DICE*, *RESH*, *IN-RECH*, *Dialnet*, *MIAR*, *CARHUS PLUS+* y *Latindex*



Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-15963-15-8

ISSN: 1134-2277

Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impreso en Madrid

2014

SUMARIO

DOSIER

LOS RETOS DE LA BIOGRAFÍA

Isabel Burdiel, *ed.*

<i>Presentación</i> , Isabel Burdiel.....	13-18
<i>Las repercusiones de los cambios culturales de la modernidad en el modo de pensar la biografía</i> , Pedro Ruiz Torres	19-46
<i>Historia política y biografía: más allá de las fronteras</i> , Isabel Burdiel.....	47-83
<i>Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres</i> , Mónica Bolufer	85-116
<i>Biografía de una generación revolucionaria</i> , Roy Foster	117-135

ESTUDIOS

<i>De hispanófilo a hispanista. La construcción de una comunidad profesional en Gran Bretaña</i> , Luis G. Martínez del Campo.....	139-161
<i>La Armada española en la Segunda República: José Giral, ministro de Marina (1931-1936)</i> , Julián Chaves Palacios	163-187
<i>La Comisión de Palestina de 1948: la misión imposible de Pablo de Azcárate</i> , Jorge Ramos Tolosa	189-213
<i>El ocaso de la defensa británica durante la Guerra Fría</i> , Guillem Colom Piella.....	215-238

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

<i>Eric Hobsbawm: el historiador como intérprete del presente</i> , Josep Fontana	241-250
---	---------

HOY

<i>La crisis en la Unión Europea y el supuesto liderazgo alemán</i> , Fernando Guirao	253-266
---	---------

CONTENTS

DOSSIER

THE CHALLENGES OF BIOGRAPHY

Isabel Burdiel, *ed.*

<i>Introduction</i> , Isabel Burdiel	13-18
<i>Cultural changes in biography: a historical approach to modernity and its crisis</i> , Pedro Ruiz Torres	19-46
<i>Biography and political history: beyond borders</i> , Isabel Burdiel.....	47-83
<i>Multitudes of the self: biography and women's history</i> , Mónica Bolufer	85-116
<i>Biography of a revolutionary generation</i> , Roy Foster.....	117-135

STUDIES

<i>From hispanophile to hispanist. Making a new professional body in Great Britain</i> , Luis G. Martínez del Campo ...	139-161
<i>The Spanish Navy in the Second Republic: José Giral Navy Minister (1931-1936)</i> , Julián Chaves Palacios	163-187
<i>The 1948 UN Palestine Commission: Pablo de Azcárate and his impossible mission</i> , Jorge Ramos Tolosa	189-213
<i>The decline of the British defence during the Cold War</i> , Guillem Colom Piella.....	215-238

BIBLIOGRAPHICAL ESSAYS

<i>Eric Hobsbawm: The historian as interpreter of the present</i> , Josep Fontana.....	241-250
--	---------

TODAY

<i>The crisis in the European Union and the so-called German leadership, Fernando Guirao.....</i>	253-266
---	---------

DOSIER

LOS RETOS DE LA BIOGRAFÍA

Presentación

Isabel Burdiel

Universitat de València

Una de las características más destacables de la evolución de la historiografía occidental en las tres últimas décadas ha sido la atención otorgada a las trayectorias personales como vía de análisis del pasado histórico, capaz de iluminarlo de forma diferente, de hacerlo más complejo y más plural, así como de coadyuvar a repensar sus categorías clásicas. Dentro de esa tendencia más general, que en todas las ciencias sociales y humanas se identificó —con más o menos acierto— como una suerte de «vuelta del sujeto», la biografía ha ocupado un lugar importante.

Esa importancia no reside en la proliferación de estudios biográficos o en el supuesto *retorno* de un *género* que en realidad nunca había desaparecido. Su interés reside en el acopio de una masa crítica creciente sobre el papel heurístico de la biografía, su estatuto epistemológico y sus estrategias de escritura y argumentación. Asistimos a la renovación de una vieja forma de aproximación a los sujetos históricos que ha ido alejándose progresivamente de la «inocencia» teórica y metodológica de corte positivista y, también, de la función puramente ilustrativa de tendencias y categorías históricas de carácter estructural, colectivo y de plazo más largo que la vida de los hombres y las mujeres.

La cuestión relevante en este momento no es, por tanto, la evidente persistencia de formas convencionales (más o menos definibles como *preteóricas*) de escribir biografías o, si somos más

precisos, de escribir historia. Lo relevante es que la reflexión interdisciplinar e internacional actual sobre qué cosa es o debería ser una biografía permite a los historiadores trabajar en un escenario de preguntas y respuestas más complejo y consciente de sus retos, del alcance, pero también de las limitaciones, de la *historia biográfica*. Es decir, de aquella forma de aproximación al pasado que —centrada en trayectorias individuales— asume como propios todos y cada uno de los problemas que se plantea la historia como disciplina, agudizando la tensión analítica entre las partes y el todo, lo individual y lo colectivo, lo particular y lo general, la libertad y la necesidad. Como ha escrito Sabina Loriga, la biografía constituye un modo especialmente apropiado para enfrentarse al desafío que produce el reconocimiento de que las fuerzas de la vida individual y las fuerzas de la vida colectiva son indisociables, se desarrollan unas dentro de las otras.

Desde esa perspectiva, y como argumentaré en el capítulo dedicado a la evolución de la biografía y de la historia política, los estudios biográficos han contribuido ya de forma significativa a establecer claves útiles de conversación historiográfica común sobre la necesidad de cruzar fronteras geográficas, políticas y disciplinares para aproximarse mejor a la complejidad y la pluralidad del pasado. Las viejas heridas abiertas a finales del siglo XIX y principios del XX, notablemente las que crearon un abismo innecesario entre la historia social y la historia política, pueden encontrar puntos de sutura duraderos y fructíferos a través del análisis biográfico. Se abre así la posibilidad de pensar de nuevo, y flexibilizar, nociones demasiado rígidas de experiencia e identidad, de nación, clase, raza o género. En ese horizonte, y en torno a estas preocupaciones, la reflexión sobre la biografía se ha ido moviendo hacia el centro del debate historiográfico actual, liberándose de bloqueos analíticos previos, de falsos problemas y de inmutables reglas del género. Para lograrlo, sin embargo, los historiadores biógrafos han tenido que tener en cuenta, y asumir, las críticas pertinentes que se han ido formulando a sus prácticas y asunciones más convencionales, a sus riesgos más evidentes. Así, por poner los ejemplos más conocidos, sin las brillantes denuncias de «la ilusión biográfica» o de «las reglas del género» de Pierre Bourdieu o Roland Barthes, y, más adelante, de un sector muy influyente del postestructuralismo historiográfico, es difícil pensar que los historiadores interesados en la biografía hubie-

sen logrado el nivel de autorreflexividad y el vigor de respuesta necesarios para renovar su oficio. Para abrir nuevos interrogantes y, también, para cultivar la modestia de saber que su forma particular de aproximación no constituye la panacea de todos los problemas de la historiografía.

Decir que historia y biografía se requieren mutuamente no tiene consecuencias metodológicas predeterminadas; constituye simplemente el terreno en que comienza el debate. Por ello, en los últimos años, hablar de biografía en términos generales ha dejado progresivamente de tener sentido. El objetivo de este número monográfico es precisamente atender a las posibilidades diversas en tres direcciones de trabajo complementarias. En primer lugar, a través de la identificación de los problemas específicos de la aproximación biográfica (probablemente aquí sea necesario el plural) a la luz de la renovación historiográfica de las últimas décadas en diversos campos de estudio, especialmente las llamadas historia política e historia sociocultural, así como la muy transversal historia de las mujeres. En segundo lugar, tratando de establecer los parámetros de discusión que se vienen utilizando en torno al potencial analítico de la perspectiva biográfica más allá del interés en sí mismo de la producción de biografías. Para ello proponemos el necesario análisis de la evolución de las relaciones entre biografía e historia y el impacto de los cambios culturales de la modernidad desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, a través de cuatro ensayos que se ocupan de la historia de la biografía y los cambios culturales de la modernidad, del papel de los estudios biográficos en la renovación conjunta de la historia política y la historia sociocultural, del impacto de la historia de las mujeres en su revitalización crítica y, finalmente, del interés más concreto y práctico de la biografía colectiva y del concepto clásico de generación. Por último, la reflexión sobre el carácter transnacional e interdisciplinar que ha adoptado la revitalización de los estudios biográficos en el ámbito occidental, desde tradiciones historiográficas diversas, ha sido un foco de atención para los cuatro autores del dossier.

No nos hemos ocupado aquí de forma particular, aunque en su texto Mónica Bolufer aborde la reflexión al respecto, de formas de escritura colindantes como, en especial, la auto-biografía. Más aún, hemos evitado la utilización del término anglosajón de *life-writing* porque, aun reconociendo su potencial analítico para incluir en una

reflexión conjunta prácticas de «escrituras del yo» que frecuentemente se interpenetran, corre el riesgo, a nuestro juicio, de convertirse en un comodín banal que resta precisión a la identificación de los problemas específicos de los estudios biográficos frente a la autobiografía, las memorias, los diarios íntimos, etc. Una opción que, de forma más o menos explícita, es sostenida en cada uno de los textos que presentamos con el objetivo común de hacer balance y ofrecer elementos de reflexión sobre los modos, históricos y actuales, de pensar y practicar la biografía.

En términos globales, las cuestiones suscitadas por los cuatro autores de este dossier se refieren a las claves básicas del debate actual y pretenden establecer un diálogo entre ellas. Por una parte, apuntan a la necesidad de identificar y volver a pensar las categorías capaces de explicar una trayectoria individual (o varias interrelacionadas) como resultado posible, y al mismo tiempo agente, de un proceso histórico respecto al que se elabora una problemática historiográfica para la cual el análisis biográfico se considera pertinente. Una pertinencia que no debe darse por supuesta, sino que debe ser argumentada como tal. La discusión de las nociones de *pertenencia*, *representatividad*, *gran personaje* o *persona común* ocupan un lugar central en las reflexiones propuestas. Por otra parte, y en estrecha relación, se considera importante formular bien las preguntas dirigidas a establecer el tipo (o los tipos) de narración y argumentación necesarios para demostrar la capacidad de una vida individual para iluminar el pasado y formular hipótesis y categorías interpretativas de vocación más general.

En el cruce de ambas series de cuestiones, el artículo de Pedro Ruiz resulta especialmente útil porque permite pensar el cómo y el porqué ese enlace entre historia y biografía se planteó como problemático desde muy temprano y cuáles fueron las formas diversas, históricas, y los cambios culturales que propiciaron la integración de la segunda en la primera. Más exactamente, cuáles fueron los vehículos de aproximación a través de las diversas formas de reflexión sobre el papel del individuo en la modernidad y hasta bien entrado el siglo xx; un análisis que requiere, como señala el autor, una atención especial a la cuestión crucial de la narrativa.

Mónica Bolufer, por su parte, analiza las maneras en que la historia de las mujeres ha favorecido no sólo el interés por la biografía, sino su comprensión como una práctica social e ideológica-

mente situada, capaz de altos niveles de autorreflexividad y, por tanto, de potencia transgresora de las categorías clásicas de análisis histórico y de la propia concepción del «yo» situado que se ha venido manejando, y aún se maneja, en la historiografía. Una cuestión que complica aún más los planteamientos, en su momento tan decisivos, sobre la historicidad y el carácter cambiante de las nociones de *público* y *privado*.

Retomo en mi texto algunas de estas cuestiones y trato de proponer los lugares de encuentro posibles entre los campos de estudio (desafortunadamente tanto tiempo hostiles entre sí) tipificados como historia política, social o cultural. La reflexión sobre qué cosa es y cómo surge históricamente aquello que hoy denominamos «social», «político» y «cultural» —en la cual defiendo que ha colaborado de forma sustancial la historia biográfica— convierte a ésta en un observatorio privilegiado de la compleja historicidad y de la problematización de las nociones de individuo, sociedad y política; experiencia, identidad, subjetividad y objetividad; privado y público; local, nacional y global.

Roy Foster, por último, opta por la vía de proponer argumentos generales a través de un estudio concreto. Proporciona así, sobre el entramado de cuestiones suscitadas en los otros ensayos, una aproximación original al proceso de construcción de la que denomina «generación revolucionaria» en Irlanda entre 1890 y 1921. La diversidad de marcos de análisis operando sobre una problemática histórica concreta y colocando en primer plano las posibilidades de la biografía colectiva, demuestra así su potencial para ofrecer novedades interpretativas sustanciales que ponen en cuestión relatos históricos y políticos canónicos. Exactamente el objetivo que pretende, o debería pretender, toda historia biográfica.

La riqueza y diversidad del debate actual, del cual se ha intentado dar cuenta aquí, ha constituido el material de discusión de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía/European Network on the Theory and Practice of Biography (RETPB/ENTPB), de la que forman parte todos los autores de esta serie de ensayos. La Red fue fundada en 2008 con la financiación del Ministerio de Economía y Competividad del Gobierno de España, y permanece activa hasta la actualidad. Reúne a más de una treintena de historiadores biógrafos y, en menor medida, a biógrafos del ámbito de los estudios literarios procedentes de siete países europeos: España, Ingle-

terra, Finlandia, Dinamarca, Irlanda, Italia y Francia. Sus perfiles y los objetivos de la Red pueden consultarse en la página web <http://www.valencia.edu/retpb>. Allí también se puede acceder a toda la información sobre los encuentros realizados hasta el momento y a una buena parte de los textos discutidos. Los autores de este dossier recogen, en cada una de sus contribuciones, la diversidad de los argumentos y propuestas interpretativas que, al hilo de casos particulares o como reflexión teórico-metodológica general, han ido debatiéndose en estos años. En este sentido, sin menoscabo de su autoría y responsabilidad individuales, los textos aquí presentados ofrecen un balance colectivo de los trabajos realizados y de las discusiones suscitadas por ellos a lo largo de estos años de actividad de la Red.

Todos sus miembros quieren agradecer públicamente la ayuda decisiva del profesor de la Universidad de Valencia, doctor Anaclot Pons, en el diseño y mantenimiento de nuestra página web, así como la paciencia y estímulo del consejo de redacción de *Ayer*, en particular de su secretaria Teresa Ortega, ante los diversos avatares que ha sufrido la elaboración de este número monográfico.

Valencia, 5 de diciembre de 2013.

Las repercusiones de los cambios culturales de la modernidad en el modo de pensar la biografía

Pedro Ruiz Torres

Universitat de València

Resumen: Este artículo se centra en los cambios culturales de la modernidad con una mayor repercusión en el modo de plantear el problema de la biografía. Destaca la tendencia realista, compartida con el conjunto de la narrativa moderna. Entra en la distinción entre ciencia histórica y biografía en el ochocientos. Pasa revista a las propuestas que en la sociología y en la historiografía realzaron el papel del individuo en el primer tercio del siglo XX. Termina con las transformaciones en la biografía durante el periodo de entreguerras.

Palabras clave: biografía, cambios culturales, modernidad, narrativa, historiografía y ciencias sociales.

Abstract: This article focuses on the cultural changes of modernity that had a major impact on how the problem of biography was considered. The realist trend is emphasised, together with the whole modern narrative. It gets into the distinction between historical science and biography in the nineteenth century. It reviews the proposals that in sociology and in historiography highlighted the role of the individual during the first third of the twentieth century. It ends up with the transformations in biography during the interwar period.

Keywords: biography, cultural changes, modernity, narrative, historiography and social sciences.

En las reflexiones sobre la biografía suele destacarse la variedad de tipos en un género considerado híbrido o impuro, de contornos mal definidos y que ha experimentado modificaciones sustanciales a lo largo del tiempo. Ni siquiera un esbozo de estos cambios en los últimos siglos, en especial durante la época más reciente, tendría cabida en el reducido espacio de este artículo. Por tanto, me centraré en las transformaciones culturales de mayor repercusión en el modo de plantear en la teoría o en la práctica el problema de la biografía, desde el inicio de la modernidad hasta las décadas centrales del pasado siglo.

I

A pesar de que la Antigüedad grecorromana, la Edad Media y el Renacimiento contaran con importantes biografías, el término «biografía» fue una creación moderna, como Sabina Loriga ha puesto de relieve. Apareció en el curso del siglo XVII, significativamente en Inglaterra, y comenzó desde entonces a ir unido a dos características que lo identificaron con la nueva época: el desplazamiento hacia un nuevo tipo de personaje y la adopción de un punto de vista más intimista¹. El aludido desplazamiento trajo la pérdida de interés por la vida de los santos o de los reyes del modo idealizado tan frecuente en el panegírico, en el elogio, en la oración fúnebre, en las vidas ejemplares o en la hagiografía. Todo ello quedó excluido del género biográfico, mientras el centro de atención lo ocupaban otros personajes, poetas y en general individuos que sobresalían en el arte. El autor invocaba abiertamente el valor de la existencia humana y se proponía ir más allá de los aspectos visibles de la misma para entrar en la intimidad, mostrar los pequeños detalles de la vida cotidiana y llegar al individuo privado de su máscara social. Tal era la pretensión de Samuel Johnson y de James Boswell en la segunda mitad del siglo XVIII, como recoge Sabina Loriga, y esa decantación en los estudios literarios por los detalles de la vida doméstica, por la experiencia y la privacidad recibió un impulso grande en la primera mitad del siglo XIX. Las modernas biografías de poetas y artistas que habían pro-

¹ Sabina LORIGA: *Le Petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010, p. 20.

ducido una obra relevante y singular eran diferentes de las antiguas biografías concebidas a la manera de Plutarco. La nueva perspectiva llevaba a una indagación en busca de la personalidad del artista y su configuración a lo largo de las distintas etapas de su vida.

Sin embargo, el ingrediente anterior resultó sólo una de las novedades y con frecuencia se vertía en el molde del clasicismo, no en vano las obras de los poetas se situaban en la actividad más excelsa del ser humano después de la filosofía, según Aristóteles. De ahí el otro cambio a destacar, de tanta o más trascendencia: la tensión que en el inicio de la época moderna empezó a manifestarse en el género biográfico y, asimismo, en la novela y en la historiografía entre la «tendencia realista», que «registra», y la «tendencia formativa», que «crea», en busca de un equilibrio entre ambas². Para que esa tensión se sintiera como tal, con anterioridad debía haberse abierto camino una valoración nueva del mundo real. En la cultura moderna, en efecto, la realidad dejó de ser vista de un modo negativo, como un mundo poblado de sombras engañosas, de pálidos reflejos y formas corrompidas de la esfera superior de las ideas platónicas o de las esencias aristotélicas³. Ahora, por el contrario, la realidad proporcionaba los motivos principales y los materiales básicos de la ciencia y del arte. Al tiempo que los autores de los modernos relatos que recibían el nombre de «historia», «novela» o «biografía» invocaban abiertamente el valor de la existencia humana, ponían el acento en la realidad. La pretendida fundamentación de estos relatos en la realidad y el poderoso efecto que en ese sentido transmitían les daban un carácter nuevo, moderno en definitiva. Con todo, la decidida opción del autor por el realismo no impedía ser consciente de que el relato, fuera novela, historia o biografía, también resultaba el producto de elecciones subjetivas y de la creación artística con el fin de imaginar no sólo situaciones reales y comprobables, sino otros mundos posibles y verosímiles, pero de los que no había pruebas en el registro empírico. De ahí la tensión entre la tendencia realista, abriéndose paso en la primera modernidad, y la tendencia formativa, siempre presente en cualquier tipo de relato. En la trayectoria moderna de la

² Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, pp. 90-91.

³ David OLDROYD: *El arco del conocimiento. Introducción a la historia y metodología de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 15-77.

biografía esa tensión es uno de los pocos rasgos que permanecerá constante hasta nuestros días⁴.

Novela y biografía compartieron en los siglos XVIII y XIX un mismo cambio cultural a favor del realismo. La novela se convirtió en un género moderno y tuvo éxito en el siglo XIX, en la medida en que los lectores podían identificarse con los personajes del relato, con sus preocupaciones y sus circunstancias. Al hacerlo, la novela de individuos imaginados pero verosímiles se acercaba al nuevo género biográfico y viceversa, por cuanto esta última, a su vez, daba vida y coherencia al personaje real por medio del relato. Con semejante mezcla de historia y ficción, las opiniones sobre la estrecha relación entre estos dos tipos de obras, con el denominador común de *una vida*, variaron mucho en esta centuria, nos dice Jean Hytier, y una de ellas llegó al extremo de considerar que «la forme la plus parfaite du roman serait une biographie, le simple récit d'une vraie vie, mai racontée de manière à nous paraître vivante, et usant à cet effet de tous les procédés du roman»⁵. Así se aunaba, por un lado, el rigor histórico exigido a la biografía para dar cuenta de lo que *había sido*, y, por otro, la capacidad poética de la novela de cara a imaginar no, como en el clasicismo, lo que *debía haber sucedido*, es decir, lo idealizado y lo normativo, sino lo que *podría haber sido* y que estaba dentro, por tanto, de lo verosímil. La estrecha relación entre la novela y la biografía, y entre la novela y la historia, a medida que aquella se impregnaba de la moderna conciencia histórica y surgía la novela histórica, hizo aún más patente el problema de fondo. Éste no era otro que «la manera de tratar el asunto entre poética e historia», en palabras de Goethe, pero había además una nueva cuestión que el autor de *Dichtung und Wahrheit* (Poesía y Verdad) expuso en el prólogo de su autobiografía. La biografía debía «representar a los hombres en las circunstancias de su época e indicar en qué medida le fue adverso el conjunto y en qué medida le fuera favorable, qué idea le indujo a formarse del mundo y de los hombres, y cómo, si era artista, poeta, escritor, acertó a pro-

⁴ Tensión que puede verse en el capítulo «La biografía, un género impuro», en François DOSSE: *La apuesta biográfica*, Valencia, PUV, 2007, pp. 55-121.

⁵ Jean HYTIER: «Le roman de l'individu et la biographie», *Cahiers de l'Association internationale des études françaises*, 19 (1967), pp. 87-100. La cita en pp. 88-89 es de Teodor DE WYZEWA: *Nos maîtres. Études et Portraits littéraires* (1895).

yectarlas hacia fuera»⁶. Goethe ponía en relación la biografía con el conocimiento de la persona y de su siglo, es decir, con el conocimiento, por un lado, de la personalidad, que se mantenía invariable y le daba la identidad a la persona, y, por otro, de su época, desde la perspectiva del moderno historiador para el que la historia era un proceso sometido a cambio, una sucesión de culturas con rasgos propios y que modificaban sustancialmente las condiciones externas de la vida del individuo y su misma persona.

II

En el otro extremo del siglo XIX, Dilthey nos proporcionó la reflexión más elaborada de la interacción entre individuo y mundo histórico en el transcurso de una personalidad histórica, un nexo efectivo por el que el individuo recibía las acciones del mundo histórico, se iba constituyendo bajo ellas y, a su vez, reaccionaba sobre este mundo. Para Dilthey, la tarea del biógrafo consistía «en comprender, sobre la base de los documentos, el nexo efectivo en el cual un individuo se halla determinado por su medio y reacciona sobre él». El nexo fundamental lo constituía «el curso de la vida de un individuo dentro del medio del que recibe influencias y sobre el que reacciona» y «ya en el recuerdo del individuo se presenta esta relación», por lo que aquí tenemos «la célula germinal de la Historia». En dicho nexo residía la posibilidad de la biografía como una aportación científica. Toda vida podía de esta manera ser descrita, del mismo modo que todo lo humano se convertía en documento, pero Dilthey pensaba que sólo el hombre histórico, cuya existencia tenía efectos duraderos, «es digno, en un sentido superior, de pervivir en la biografía como obra de arte». En especial «aquellos cuya acción surge de honduras difícilmente comprensibles de la existencia humana» y, por tanto, «proporcionan una visión más profunda de la vida humana y de sus figuras individuales». La dificultad de hacer valer el punto de vista doble del biógrafo, artístico e histórico, es insuperable, concluye Dilthey, por más que la posición de la biografía dentro de la historiografía «ha sido preparada por la novela» y «se ha realizado extraordinariamente». Sin embargo, si

⁶ Johann W. GOETHE: «De mi vida. Poesía y verdad (1808-1831)», en *Obras completas*, t. III, México, Aguilar, 1991, p. 435.

«los movimientos generales atraviesan al individuo, se entrecruzan en él», entonces «para comprenderlos, tenemos que buscar nuevos fundamentos que no se hallan en los individuos» y «recurrir a nuevas categorías, figuras y formas de la vida que no surgen en la vida singular»⁷. Con ello Dilthey remitía a un nuevo problema, planteado también en los primeros siglos de la modernidad.

El siglo XVIII había traído, en compañía de la novela moderna y de la biografía de los grandes cultivadores del espíritu, una nueva concepción de la historia. En las obras de Voltaire, Federico el Grande, Hume, Robertson y Gibbon, nos dice Dilthey, «la idea de la solidaridad y del progreso del género humano proyecta luz sobre todos los pueblos y épocas». Por primera vez había sido extraída de la consideración empírica y de la aplicación libre de la crítica histórica, que no se detiene ante los santuarios del pasado y dispone del método comparado que abarca todas las etapas de la humanidad. «Esta nueva captación de la conexión de la vida de los hombres fundada en la experiencia» hizo posible «el enlace científico del conocimiento natural con la Historia». Sólo una mirada de estilo universal, pensaba Dilthey, podía captar el juego de las fuerzas sobre el gran escenario de la historia y en el largo pasado que había sido revelado por la investigación. El cambio que se produjo y que permite distinguir las obras históricas de este siglo de las anteriores no es, para Dilthey, ni la ruptura del vínculo en que se hallan los grandes hombres con las circunstancias, que, por el contrario, se resalta en las grandes obras de Hume, de Gibbon o de Robertson, ni la aparición de una filosofía de la historia. No existe en el siglo XVIII ninguna filosofía de la historia que valga la pena, opina Dilthey, pero «el espíritu filosófico actúa en todas las mentes y potencia la fuerza capaz de comprender el mundo histórico» al poner en primer plano el punto de vista histórico-universal de la cultura progresiva del género humano. De ahí surgió la tarea de trazar las líneas del progreso que nos llevan de la barbarie a la civilización, el verdadero problema de los historiadores de la Ilustración⁸.

⁷ Wilhelm DILTHEY: «La biografía» (1910), en *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 271-276.

⁸ Wilhelm DILTHEY: «El mundo histórico y el siglo XVIII» (1901), en *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 345-406.

Entre 1750 y 1850, según Koselleck⁹, la experiencia de un pasado que se desvanecía cada vez más rápido desplegó a contracorriente «el deseo y la inclinación hacia la historia». Se trataba de una historia asociada con la idea de *proceso*¹⁰, en una época en que el espacio de experiencias heredado coincidía cada vez menos con las expectativas de futuro. En un primer momento el enfoque filosófico tomó la delantera. Para Wilhelm von Humboldt, «el investigador filosófico de la historia» persigue «las revoluciones del género humano» y «explica el progreso acompasado de este todo o a partir de la dirección de una potencia sabia, o a partir de la espontaneidad de las fuerzas individuales, que operan de acuerdo con las leyes eternas de su naturaleza». La cuestión estaba en descubrir las fuerzas humanas que nos permitieran entender la concatenación de todos los acontecimientos del género humano, del mismo modo que se había hecho con las leyes del movimiento del globo terráqueo y de los cuerpos del sistema solar. El problema era que, para saber si se trataba del mismo tipo de leyes, necesitábamos una investigación propia, porque «no es lícito que nos sirvamos de proposiciones ni deducciones puras de la razón». Había que considerar «la experiencia, ya sea la interior en nuestra propia consciencia o la exterior por medio de la observación, la tradición y la historia»¹¹. Precisamente esta doble experiencia hacía que el modo de concebir la historia se distanciara de las ciencias naturales por aquello que, según Meinecke, presuponía en éstas una consideración de la razón humana como eterna e independiente del tiempo y no como una fuerza que se individualizaba sin cesar¹². De ahí que, en el contexto de lo que el heredero de Dilthey llamó «el historicismo», según Meinecke una parte integrante del pensamiento moderno, surgiera y se desarrollara en la Alemania del siglo XIX la ciencia histórica, con un método propio que no excluía la búsqueda de regularidades y tipos universales de la vida humana, sino que los empleaba y fundía con un sentido

⁹ Reinhart KOSSELLECK: *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004, e íd.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

¹⁰ Hannah ARENDT: *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós/ICE-UAB, 1995, pp. 47-73.

¹¹ Wilhelm VON HUMBOLDT: «Sobre las leyes del desarrollo de las fuerzas humanas» (1791), en *Escritos de filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 4-7.

¹² Friedrich MEINECKE: *El historicismo y su génesis* (1936), Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1983, pp. 12-13.

nuevo, a favor de una consideración individualizada de las fuerzas humanas históricas.

La condición de la historia como saber diferenciado, por la que se pronunciaba Droysen, de la historia como investigación empírica con un método especial debido a la peculiaridad de su objeto de estudio, resultaba lógica dada la diferencia entre «la mecánica de los átomos» y «el movimiento del mundo humano». El carácter «moral» de este otro mundo provenía de la voluntad y el querer, que es individual y libre, pero como ambos tendían a la perfección, a un permanente progreso, estaban bajo semejante ley, aun cuando el querer y la voluntad a veces lo dejaran de lado. De este modo era posible hacer compatible en el ámbito humano la fuerza de la voluntad y el contenido de la historia, este último «la *humanitas* en incansable devenir, la cultura progresiva». La voluntad emergía del Yo y era determinada por él, pero el hombre singular vivía y moría solamente en su tiempo. La voluntad cooperante de muchos en la familia, en la comunidad y en el pueblo constituía un Yo común que se comportaba de manera análoga. El pueblo singular no sobrevivía tal cual eternamente, sino que se transformaba, tenía su juventud, envejecía y le llegaba la muerte. Para que la historia fuera ciencia, a lo individual y singular había de agregarse algo general, la continuidad del progresar, la continuidad del trabajo y de la creación progresivos que unía los hechos individuales y otorgaba a cada uno de ellos su propio valor¹³. Con semejante pretensión, la historia se distanció de aquellos que habían sobrevalorado la biografía, pero no dejó fuera al individuo. Al contrario, diferenciándose del investigador filosófico de la historia, el historiador científico, a la manera de Ranke y Droysen, tomó muy en cuenta la fuerza de voluntad del Yo en el hombre singular y del Yo común y peculiar en cada pueblo o nación. La fuerza de voluntad individual o colectiva tenía trascendencia en el devenir de la humanidad sólo en ciertos casos. Había que «poner de manifiesto lo que fue cada pueblo, cada potencia, cada individuo, en el momento en que ese pueblo, esa potencia o ese individuo aparece en escena de un modo activo o con un papel dirigente». Sin olvidar que el tema de interés para el historiador era «la humanidad tal y como es», formada «por la vida

¹³ Johann Gustav DROYSEN: *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (1857), Barcelona, Alfa, 1983, pp. 17-21 y 35-40.

de los individuos, de los linajes, de los pueblos»¹⁴. Cada época tenía su tendencia y su ideal propios, y «la misión del historiador consiste en ir desentrañando las grandes tendencias de los siglos y en desenrollar la gran historia de la humanidad, que no es sino el complejo de estas diversas tendencias»¹⁵.

Para ilustrar este punto de vista recurriré a un libro de Droysen publicado en 1833, un libro de «historia» a pesar de que se editó hace poco en España, con el título modificado, en una colección de «grandes biografías»¹⁶. Me refiero a *Geschichte Alexanders der Grossen*. El propósito del autor no era reconstruir la vida de Alejandro Magno, a pesar de que casi toda la obra esté dedicada a las peripecias políticas y militares de tan destacado personaje. El problema se expone en el comienzo del primer capítulo del siguiente modo: ¿de dónde sacaron los griegos la fuerza para cometer la hazaña de la destrucción del imperio persa, la conquista de enormes territorios, el triunfo de la dominación de la cultura griega sobre gran número de pueblos de civilizaciones periclitadas y la instauración del helenismo? Droysen quiere trazar la trayectoria histórica de Grecia, un pueblo joven en comparación con las naciones de vieja cultura procedentes de Asia. Divididos como estaban, los griegos entraron en decadencia hasta que la unión de las ciudades jónicas para formar un solo Estado marcó el camino de la recuperación. Tras la rivalidad de Atenas y Esparta le llegó el turno a Filipo de Macedonia. El elemento monárquico ganó una supremacía indiscutible en la vida del Estado macedonio, tanto por la posición histórica de ese Estado como por la personalidad de su monarca. El resto del libro trata de cómo Alejandro empuñó con mano rápida y firme el timón del gobierno, restauró la paz y el orden del país, y llevó a cabo una colosal empresa militar de derrota del enemigo en el campo de batalla, de conquista y de consolidación de esos éxitos de las armas por medio de una eficaz organización de los nuevos territorios.

Desde luego la «historia científica» de Ranke y de Droysen no estaba privada de ideología nacionalista, como lo muestra el parale-

¹⁴ Leopold VON RANKE, prólogo a «Geschichte der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1532» (1824), en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 39.

¹⁵ Leopold VON RANKE: «Über die Epochen der neueren Geschichte» (1854), en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, pp. 59-60.

¹⁶ Johann Gustav DROYSEN: *Alejandro*, Barcelona, RBA, 2004.

lismo establecido por este último entre la antigua Grecia y la Alemania del siglo XIX, ni de una concepción elitista del proceso histórico. Con vistas a entender la trayectoria de un pueblo, de una nación y de la humanidad en su conjunto, las acciones políticas de los «grandes hombres» eran de una enorme importancia. Sin embargo, una historia semejante marcaba las distancias con la biografía porque no se quedaba en el relato de una vida individual, sino que intentaba hacer inteligible el curso de la humanidad en las distintas épocas; de una humanidad movida por fuerzas en las que contaba mucho la voluntad de los hombres y de los pueblos excepcionales. Por su parte, la biografía resaltaba a su vez el material empírico con el que era capaz de conseguir una información verídica y abogaba por un método riguroso para traer el pasado al presente tal y como realmente ocurrió. De ese modo, el «paradigma realista» cubrió a la historiografía y la biografía bajo un mismo manto y no puede extrañar la disputa en torno a cuál de estos dos géneros era el más capaz de representar la realidad de lo sucedido. En un tiempo en que el prestigio de lo real iba en aumento, con el auge creciente de la ciencia positiva y de la literatura y la estética realista, el moralismo hagiográfico dejó paso a la comprensión del carácter del personaje, y entre los rasgos más acusados del biografiado no sólo destacaron sus virtudes, sino también sus defectos, como el egoísmo, la ambición, la incompetencia o los intereses inconfesables¹⁷.

III

Entrevista en la «crisis fin de siglo» por algunos escritores como Zola en sus últimas novelas y por un historiador tan poco convencional como Burckhardt, la transformación cultural que estaba dándose se acentuó tras la Primera Guerra Mundial e inauguró una segunda modernidad distinta de la primera. La modernidad técnica y de la sociedad de masas amenazaba, como más tarde escribirá Kracauer¹⁸, los valores de la *Bildungsbürgertum*, o «burguesía de cultura», e impregnaba la atmósfera de la época de una sensación de inquietud e incertidumbre. Ante la atomización del cuerpo social y

¹⁷ Lytton STRACHEY: *Victorians eminentes* (1918), Madrid, Aguilar, 1989.

¹⁸ Siegfried KRACAUER: *Teoría del cine. La redención de la realidad física* (1960), Barcelona, Paidós, 1989, pp. 351-380.

la ausencia de incentivos unificadores que establecieran metas significativas, la apatía se expandía como una epidemia y la «muchedumbre solitaria» llenaba el vacío con sustitutos. Unos celebraban la pérdida de las «antiguas creencias» y confiaban en que la educación inspirada por la razón, que se identificaba con la ciencia, haría progresar indefinidamente a la sociedad en su conjunto. Otros, por el contrario, abogaban por la rehabilitación de la fe colectiva en la verdad revelada, en una gran causa o en un líder iluminado. Kracauer piensa en 1960 que no sólo vivimos en «las ruinas de las antiguas creencias», como afirmaba Durkheim, sino, en el mejor de los casos, también con una nebulosa conciencia de las cosas en su plenitud de la que es responsable la enorme influencia de la ciencia. La ciencia, fuente primera del progreso tecnológico y origen de una corriente interminable de descubrimientos e invenciones que afectan a la vida cotidiana, deja su huella en la mente. La manera de pensar y la actitud hacia la realidad están condicionadas por los principios a partir de los cuales actúa la ciencia, y uno de los más importantes es el de la abstracción. La mayoría de las ciencias no se ocupa de los objetos de la experiencia ordinaria, sino que abstraen de ellos ciertos elementos que luego manipulan de diversas formas. Los objetos, prosigue Kracauer, son despojados de las cualidades que les dan «toda su intensidad y su singularidad», como escribe Dewey, y las ciencias naturales van más lejos al concentrarse en elementos o unidades mensurables que aíslan para descubrir sus modelos de comportamiento y sus relaciones regulares con el fin de establecer con precisión matemática cualquiera de esas regularidades en una creciente tendencia a la abstracción dentro de las mismas ciencias. Las ciencias sociales descuidan las evaluaciones cualitativas y prefieren los procedimientos cuantitativos que producen regularidades verificables e intentan de esa forma alcanzar la jerarquía de las ciencias exactas¹⁹.

Semejante transformación, que cubre gran parte del siglo xx y tuvo un poderoso efecto en la sociología, sólo después de la Segunda Guerra Mundial alcanzó de modo pleno a los historiadores, aun cuando muy pronto éstos tuvieron que hacer frente a la crítica de los promotores de la nueva ciencia social. No me detendré en el ataque del sociólogo durkheimiano François Simiand, en 1903, a

¹⁹ *Ibid.*, p. 359.

los tres «ídolos de la tribu de los historiadores: el ídolo político, el ídolo individual y el ídolo cronológico»²⁰. Como ha puesto de relieve Madeleine Rebérioux²¹, fue un debate a la vez político, institucional y epistemológico, en el contexto de una amplia controversia internacional sobre el método en la historia y en la nueva ciencia social. Aquello que me importa destacar ahora es que la respuesta de buena parte de los historiadores, por más que fuera sensible a las críticas de los sociólogos, no se decantó en absoluto a favor de una historia concebida según el modelo de las ciencias naturales. Simiand había criticado el hábito inveterado de concebir la historia como una historia de *individuos* y no como una historia de *hechos*, e hizo otro tanto con la tendencia de los historiadores a ordenar los trabajos alrededor de un hombre y no de una institución, de un fenómeno social, de una relación a establecer. Les invitaba a dejar por completo de lado los trabajos consagrados a biografías puras y simples, así como la historia anecdótica y la novela histórica, cuando todavía no había investigaciones suficientes sobre el estado de la industria o de la agricultura en tiempos de Turgot y casi se ignoraba por completo la vida económica de Francia bajo la Revolución y el Imperio. Ni siquiera para las relaciones entre los grandes hombres y las actividades tales como la política, la administración, las finanzas, la marina, las letras y la Iglesia era seguro que el marco biográfico e individual fuera el mejor y el más científico. Lo personal, afirmaba Simiand, no es bastante numeroso y no tenemos tanto tiempo para hacer esto o aquello, es preciso sacrificar lo uno o lo otro²².

La respuesta de Seignobos en un artículo de 1920²³ fue reconocer en la sociología fundada únicamente en la observación externa de los hechos sociales, al igual que en la doctrina económica del materialismo histórico, una reacción legítima contra el abuso en el siglo XIX del «método de la filosofía espiritualista y de los estu-

²⁰ François SIMIAND: «Méthode historique et science sociale», *Revue de synthèse historique*, 1903, reproducido en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, XV-1 (1960), pp. 83-119.

²¹ Madeleine REBÉRIOUX: «Le débat de 1903. Historiens et sociologues», en Charles-Olivier CARBONELL y Georges LIVET (eds.): *Au berceau des Annales*, Toulouse, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, 1983, pp. 219-230.

²² François SIMIAND: «Méthode historique...», pp. 117-118.

²³ Charles SEIGNOBOS: «La méthode psychologique en sociologie», *Journal de Psychologie*, 6-7 (1920), incluido en *Études de politique et d'histoire*, París, PUF, 1934, pp. 3-25.

dios literarios». La «educación literaria», al concentrar la atención en los «grandes hombres», se tratara de escritores o de hombres de Estado, había exagerado la importancia de los individuos excepcionales y preparado el culto al héroe que menospreciaba el estudio de las «masas oscuras» de la humanidad. Esta reacción, nos dice Seignobos, es legítima porque el individuo no vive aislado fuera de la sociedad; su actividad es producto de la sociedad en que vive. Los hechos individuales conocidos por la conciencia no son suficientes para explicar ni la conducta ni el contenido de la conciencia del individuo. Sus actos y sus pensamientos dependen de la acción ejercida por otros individuos, y es la presión constante e irresistible de la sociedad lo que explica la regularidad de los fenómenos de masa constatados por las estadísticas. Sobre esas constantes se funda la noción de «leyes sociológicas», particularmente sensible en los hechos de la vida económica. Sin embargo, Seignobos critica el olvido sistemático de los hechos de la conciencia interna. La sociedad, nos dice, está compuesta de individuos y el análisis de la sociedad debe penetrar y llegar al individuo. Por tanto, es una debilidad de la sociología reducir su objeto de estudio a los fenómenos de masa, resumidos en estadísticas o designados por términos generales abstractos, sin proponerse el estudio de los mecanismos que los producen. Éstos estaban constituidos por actos de individuos cuyo carácter social era determinado por representaciones de orden psíquico, para lo cual se requiere otro método, el método de observación psicológica.

Aun cuando la biografía fuera vista en la nueva ciencia social y en la historiografía como un género literario de escaso o nulo valor científico, la controversia metodológica trajo una variedad de modos de estudiar la interrelación entre individuo y sociedad. Ni mucho menos el asunto se resolvió, antes de la Segunda Guerra Mundial, en el sentido de dar únicamente valor científico al hecho social impersonal, al «principio de la abstracción», con el fin de proporcionar leyes o regularidades, y a los procedimientos estadísticos. En las tres primeras décadas del siglo xx buena parte de los sociólogos se decantó por este punto de vista, sobre todo aquellos que hacían suya la recomendación de tratar «los hechos sociales como cosas». También algunos historiadores, en especial de la economía, compartían un enfoque similar, entre ellos Ernest Labrousse, que en 1933 publicó su tesis *Esquisse du mouvement des prix et des revenus*

en *France au XVIII^e siècle*. Sin embargo, había propuestas de otro carácter. Georg Simmel y Max Weber contribuyeron en gran medida a los primeros pasos de la sociología con ideas muy distintas. En el sentido del historicismo, Simmel manifestaba su rechazo a la formulación de leyes universales y necesarias, y dirigía su atención al establecimiento de la fisonomía que caracterizaba un cierto fenómeno comprendido en su singularidad. Por su parte, Max Weber se opuso a la interpretación organicista de la escuela histórica de economía en torno a Schmoller y, tanto frente al objetivismo histórico como al intuicionismo, elaboró una forma de explicación/compreensión científica a partir del «tipo ideal» como saber nomológico, capaz también de entender el carácter intrínsecamente individual y particular de los fenómenos sociales y, asimismo, históricos²⁴. En ambos autores las particularidades de las acciones con una significación especial para dar cuenta de la especificidad de una cultura, fuera la moda en Simmel²⁵ o «el acto de economía capitalista» en Weber²⁶, remitían al sujeto de dichas acciones, su escala de valores y sus expectativas. La moda procedía, por una parte, de la necesidad individual de distinción y, por otra, de la necesidad de imitar, de buscar lo homogéneo, de fundirse con la generalidad, que aquí se satisface dentro del mismo individuo²⁷. La ética peculiar del «espíritu del moderno capitalismo» tomaba cuerpo, de manera temprana, en los escritos de Benjamin Franklin²⁸.

En la joven Universidad de Chicago, fundada en 1892, una nueva forma de concebir la investigación empírica, opuesta a la sociología que elaboraba series estadísticas, se abrió camino en el periodo de entreguerras. Los cinco volúmenes del estudio de W. I. Thomas y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, publicados entre 1918 y 1920, utilizaban un amplio y variado conjunto de «documentos personales»: cartas privadas entre inmigrantes polacos en Estados Unidos y sus familiares en Polonia, autobiografía de uno de esos jóvenes inmigrantes, cartas de los lectores aparecidas en

²⁴ Pietro ROSSI: *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Milán, Edizione di Comunità, 1994, pp. 175-341.

²⁵ Georg SIMMEL: *De la esencia de la cultura*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 71-95.

²⁶ Max WEBER: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1977, p. 9.

²⁷ Georg SIMMEL: *De la esencia de la cultura...*, p. 90.

²⁸ Max WEBER: *La ética protestante...*, pp. 41-80.

la prensa, informes de policía y declaraciones de testigos sobre hechos delictivos, etc. El objetivo de los autores era «comprender» el comportamiento actual de estos inmigrantes, a menudo marginados a partir de su situación económica y cultural de inicio, por un lado, y de los efectos de su encuentro con el mundo industrial y urbano de Estados Unidos, por otro. Todo ello era imposible sin tomar en consideración a los propios actores y su percepción de la situación vivida y de sus expectativas. Thomas utilizó más tarde la técnica biográfica en dos obras posteriores: *The unadjusted girl* (1923), sobre el problema de la prostitución, y en colaboración con su mujer en *The child of America* (1928). Dicha metodología fue empleada en casi una decena de estudios durante el periodo de entreguerras, pero la Universidad de Chicago parece más bien la excepción en el contexto de la sociología académica norteamericana. En las décadas de 1920 y 1930 en Polonia, en el Instituto de Sociología de Poznan al que llegó Znaniecki, este último y sus discípulos publicaron varias autobiografías de obreros, hasta que la Segunda Guerra Mundial detuvo temporalmente el auge de dicho fenómeno, que se reanudó en 1946. A partir de la década de 1970, el estudio de los «documentos personales» y las técnicas de análisis de este tipo de materiales, así como la elaboración de «historias de vida», recibió una atención creciente en la sociología, tanto en Europa como en América²⁹.

En cuanto a la nueva historiografía del periodo de entreguerras y su destacado interés por los fenómenos económicos y sociales, sería simplificar la cuestión ver el creciente protagonismo de la revista *Annales*, desde su aparición en 1929 y durante la década de 1930, y de los artífices principales de su proyecto renovador, como el desarrollo y puesta en práctica de una historia concebida como ciencia social a la manera de Durkheim y de Simiand. Al contrario, el interés por el individuo y por el factor psicológico no estuvo ausente en la obra de Marc Bloch y en la de Lucien Febvre. La historia la hacían los hombres, todos los hombres y no sólo unos pocos, y las diversas actividades y creaciones de los hombres de otros tiempos comprendían mucho más que el ámbito de la política. En semejante crítica a la «historia tradicional» insistieron Bloch y Feb-

²⁹ Yves CHEVALIER: «La biographie et son usage en sociologie», *Revue française de science politique*, XXIX-1 (1979), pp. 83-101, y Ken PLUMMER: *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

vre en textos muy conocidos. Sin embargo, tal cosa ni mucho menos traía una historia que borrara a los hombres y dejara el curso de la sociedad en manos únicamente de fuerzas profundas. El buen historiador, escribió Marc Bloch a principios de la década de 1940, «se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa»³⁰. Una ciencia de los hombres, añade más adelante, siempre tendrá sus rasgos particulares, porque a diferencia de las ciencias del mundo físico, que excluyen el finalismo, «la historia tiene que ver con seres, por naturaleza, capaces de perseguir fines conscientemente [...] Para decirlo todo, una palabra es la que domina e ilumina nuestros estudios: “comprender” [...] Nunca comprendemos lo suficiente [...] La historia es una vasta experiencia de variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres»³¹. Marc Bloch, el historiador del feudalismo y de la sociedad rural, también era, y conviene no olvidarlo, el autor de *Les rois thaumaturges* y del excepcional testimonio *L'étrange défaite*. Por su parte, Lucien Febvre manifestó un gran interés por los distintos modos de acercarse a la figura de Erasmo³².

IV

Mientras tanto la biografía se transformaba. En esos mismos años, Siegfried Kracauer describió el cambio que se estaba dando en la década de 1920 de la siguiente manera³³. La biografía era una obra poco habitual de la erudición en la época de preguerra, pero ahora se ha convertido en un producto literario muy difundido, una forma de expresión para los literatos y los maestros de la prosa. «En Francia, Inglaterra y Alemania los escritores describen la vida de las personas públicas de las que Emil Ludwig³⁴ no se ocupó y en

³⁰ Marc BLOCH: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 139.

³¹ *Ibid.*, pp. 236-237.

³² En 1957 se incluyeron en un libro de recopilación de artículos, continuación de *Combats pour l'histoire* y forman una de las cuatro partes de *Erasmo, la Contrarreforma y el espíritu moderno*, Barcelona, Martínez Roca, 1970.

³³ Siegfried KRACAUER: «La biografía como forma de arte de la nueva burguesía», en *El ornamento de la masa* (1927), vol. I, Barcelona, Gedisa, 2008, pp. 79-84.

³⁴ Emil Ludwig (1881-1948), famoso por sus obras sobre Napoleón, Goethe y Beethoven, que todavía siguen reeditándose, fue un escritor alemán de origen judío

poco tiempo no quedará ningún gran político, ni general, ni diplomático, al que no se le haya erigido un monumento más o menos efímero». El cambio con respecto al pasado le parecía sorprendente porque, mientras antes las biografías de los artistas prosperaban entre los cultos, «los actuales héroes provienen, en su mayoría, de la historia y sus biografías son publicadas por editores dedicados a la literatura, es decir, publican en masa para la masa». Las motivaciones, opinaba Kracauer, debían buscarse en los acontecimientos de los últimos años. La Primera Guerra Mundial y las modificaciones sociales y políticas que vinieron a continuación, promovidas por las nuevas invenciones tecnológicas, han conmovido y revuelto la vida cotidiana y la cultura. La unidad de la forma de la antigua novela reflejaba la supuesta unidad de la personalidad y su problemática era siempre individual, pero en tiempos de Einstein no sólo nuestro sistema espaciotemporal se convierte en un concepto límite, del mismo modo ocurre con el sujeto soberano, que era el presupuesto de la literatura de los años de la preguerra. «El creador ha perdido de una vez y para siempre su confianza en el significado objetivo de cualquier sistema de referencia individual». Con el yo relativizado y el mundo, con sus contenidos y figuras, que gira en una órbita impenetrable, no se habla por vicio de crisis de la novela. «Dicha crisis radica en el hecho de que la composición tradicional de la novela ha perdido su fuerza a través de la supresión de los contornos del individuo y de sus antagonistas».

En medio de un mundo sin contornos e incomprensible, continúa Kracauer, «la marcha de la *historia* se convierte en un elemento». La historia emerge como tierra firme desde el mar de lo amorfo y de lo que no puede recibir forma, para condensarse en la vida de los héroes del escritor contemporáneo, que no la puede y no la quiere abordar como el historiador. Los héroes se tornan objeto de las biografías a partir de la necesidad de una forma literaria legítima, y es que el transcurso de una vida históricamente significativa parece contener todos los elementos constitutivos que hacen posible una creación en prosa. La objetividad de la representación quedaría así garantizada por el significado histórico del modelo original. De esa forma, «los biógrafos literarios creen haber encontrado finalmente el apoyo que en vano buscaban en otra parte,

que en sus biografías, muy populares, combinó hechos históricos, análisis psicológico y ficción. En 1932 se nacionalizó suizo y en 1940 emigró a Estados Unidos.

es decir, el sistema de referencia válido que los exime del arbitrio subjetivo». El personaje principal ha vivido realmente y todos los aspectos de su vida están documentados. El autor no depende de un esquema individual subjetivo, sino que cree haber recibido un destino en sus manos que lo obliga, a él como a cualquier otro. De esa manera la biografía se ha convertido hoy en competencia de la novela porque aquélla, a diferencia de esta última, que carece de toda referencia, utiliza contenidos que determinan su forma. La moraleja de la biografía es para Kracauer «que representa, en el caos de las prácticas artísticas actuales, la única forma de prosa aparentemente necesaria». De tal manera, concluye el citado autor, la biografía literaria se convertía en la manifestación del repliegue temeroso de una nueva burguesía y su elite literaria, incapaz de hacer frente a la situación actual, de exponerse abiertamente al empuje con las clases inferiores y de ir más allá de su horizonte de clase. La biografía como forma de literatura, o, más exactamente, como forma de evasión de la nueva burguesía, «es una señal de *fuga*», porque en vez de dejarse comprometer por los conocimientos que cuestionan la sociedad actual, se refugia en el interior del mundo burgués por medio de una selección poco exigente de las grandes figuras históricas, que en todo caso no está condicionada por el reconocimiento de la situación actual³⁵.

Entre la pléyade de maestros de la prosa del periodo de entreguerras, que procedían de la elite literaria de la nueva burguesía y estaban haciendo de la biografía un género literario de éxito en plena crisis de la novela, destaca Stefan Zweig. Autor de novelas, de biografías y de relatos cortos sobre personajes y hechos de la historia que le hicieron merecidamente famoso en gran parte de Europa, todavía hoy un amplio público continúa disfrutando de su obra. En la literatura de Zweig encontramos una nostalgia del mundo elitista anterior a la Primera Guerra Mundial, de su estabilidad social y de la firmeza de sus instituciones e ideas, en contraste con la caótica e incierta modernidad. La personalidad de los protagonistas de los relatos de Stefan Zweig suele ser nítida y la trayectoria de cada uno de ellos lineal. El lector identifica el carácter de los protagonistas con facilidad, por medio de los estereotipos de una psicología muy arraigada en el sentido común, y el

³⁵ Siegfried KRACAUER: «La biografía...», p. 83.

comportamiento de estos individuos y el desarrollo de sus acciones resultan previsibles. Sin embargo, en otro sentido, la narrativa de Zweig, por burguesa que pueda parecernos, no deja de perturbar al lector cuando le hace consciente de la irremediable crisis de valores y de la confusión de sentimientos que resulta del empuje imparable de la modernidad tecnológica y de la política de masas. En las biografías de Zweig hay historia y mucha ficción, de ahí que los historiadores aprecien poco o nada ese producto literario desde el punto de vista de la fidelidad a los hechos, por más que su prosa produzca goce estético y se convierta en una forma culta de entretenimiento. A cambio, para el lector no experto, sus biografías literarias tienen la ventaja de proporcionar un relato que trae de nuevo a la vida a los individuos que, para bien o para mal, hicieron la historia y han dejado restos de sus pensamientos y de sus acciones, a los que recurre el escritor, como él mismo se encarga de poner de relieve. Se trata de un relato de encuentros verosímiles de los que nada nos dicen los historiadores por falta de documentación, pero que podrían haber sido importantes. El narrador los inventa por analogía con otras situaciones similares, de las que sí existen testimonios, y sobre la base de comportamientos previsibles en la personalidad de los distintos tipos humanos.

La biografía de Fouché, publicada en 1929 por Stefan Zweig³⁶, contiene lo señalado hace un momento. Del modo habitual, comienza con el nacimiento, en Nantes, en una familia de marinos y comerciantes, y le da gran importancia al periodo de formación del joven Joseph, dispuesto a convertirse en sacerdote, detrás de los muros del monasterio y en el más estricto aislamiento. En ese medio eclesiástico y como profesor del seminario se educa y adquiere la personalidad que más tarde pondrá a prueba. Fouché es observador de las almas, sabe callar y ha aprendido el arte de la ocultación, no se entrega a nada por entero, ni siquiera a Dios. Cuando estalla la tempestad de la revolución en Francia busca el contacto de los círculos intelectuales de la burguesía y hace amistad con Robespierre. Percibe que la política domina el mundo y se dedica a ella con una oportunista disposición a estar siempre del lado de los vencedores. De la moderación de los girondinos pasa al radicalismo de los jacobinos. El «mitrailleur de Lyon», que en 1793

³⁶ Stefan ZWIEG: *Fouché. Retrato de un hombre político*, Barcelona, Acantilado, 2011.

promueve en la más importante ciudad industrial de Francia una orgía de sangre para vengar la tortura y el asesinato de un destacado líder de la revolución, siente un año después el odio de Robespierre por motivos personales y lucha con éxito contra él. Ministro del Directorio, del Consulado y del emperador, Fouché se encuentra entre los que derrotan a Napoleón y en 1815 será de nuevo nombrado ministro de Policía, pero esta vez del rey cristianísimo Luis XVIII. El odio y los deseos de venganza de la hija de Luis XVI y María Antonieta van a calar hondo en la corte y el regicida será apartado del poder e irá camino del destierro. En poco tiempo el temido Fouché sentirá la venganza de la historia, que actúa de forma muy distinta para con un caído que para con un poderoso y lo entierra vivo. Olvidado de todos, «esta vida extraña y marcada por el destino» muere en Trieste.

¿Por qué Stefan Zweig se propone, con la biografía de Fouché, sacar del olvido y dar vida a un personaje histórico que él mismo califica de «amoral»? El motivo expuesto en el prefacio lleva a una cuestión no planteada por Kracauer. A diferencia de la tendencia de moda, esta otra forma de biografía no pretende evadirse del momento presente y refugiarse en las grandes figuras históricas. Al contrario, Stefan Zweig presenta su biografía de Fouché como «una contribución a la tipología del hombre político» en una época en la que, como Napoleón había entrevisto hace cien años, «la política se ha convertido en la *fatalité moderne*, el moderno destino». De ahí que «trataremos en defensa propia de reconocer a los hombres que hay detrás de esos poderes, y con ellos el peligroso secreto de su poder». Nuestro tiempo, según Stefan Zweig, sigue amando las biografías heroicas, tan necesarias para la formación del espíritu desde los tiempos de Plutarco, porque en ellas hay ejemplos mejores en el pasado, en contraste con el presente, huérfano de «figuras de liderazgo creativo». El propio Zweig no es ajeno a esta clase de biografías, en las que los protagonistas son pensadores eminentes o destacados artistas, pero en la política contemporánea encuentra algo muy diferente. A contracorriente de la moda de las biografías de grandes políticos, Zweig considera que en el campo político tales obras «escondan el peligro de una falsificación de la Historia, como si entonces y siempre las naturalezas verdaderamente destacadas hubieran decidido el destino del mundo». En la vida real, sin embargo, en la esfera del poder de la política, raras veces deciden los hom-

bres de ideas puras, sino un género menos valioso, pero más hábil, las figuras que ocupan un segundo plano. «Tanto en 1914 como en 1918, hemos visto cómo las decisiones históricas de las guerras y de la paz no eran tomadas desde la razón y la responsabilidad, sino por hombres ocultos en las sombras, de dudoso carácter e insuficiente entendimiento»³⁷. En ese contexto, pensaba Stefan Zweig, la biografía de Fouché podía ayudar a entender la tenebrosa personalidad del verdadero «hombre político» de nuestra época. Semejante valoración de la política moderna y de los políticos mostraba no sólo un pesimismo propio del periodo de entreguerras, en comparación con las expectativas desmesuradas de la primera modernidad, sino también un descrédito de la política en la moderna sociedad, del que saldrán alternativas tan radicalmente distintas como el comunismo y el fascismo. Zweig repudia ambas, hace gala de apoliticismo y se refugia en el olimpo de la intelectualidad, pero, como buen observador y crítico, su postura elitista no le impedirá dejar por escrito uno de los testimonios más lúcidos del cambio de época³⁸.

A mucha distancia de la nostalgia de Zweig, Paul Nizan escribió una biografía literaria de carácter muy diferente. Con un compromiso explícito a favor de la revolución, este antiguo alumno de l'École Normale Supérieure, amigo de Jean Paul Sartre y Raymond Aron, profesor de filosofía en un instituto de provincias, desempeñaba a principios de la década de 1930 un destacado papel en el partido comunista francés. Su pequeño libro *Les Chiens de garde*, publicado en 1932, era una denuncia de la pretensión de los filósofos de ir contra la historia y refugiarse en el mundo abstracto de la razón impersonal, sin tomar en cuenta el contexto temporal y humano de las ideas y de los cambios que habían ido dándose en la sociedad. Los filósofos, confortablemente instalados en la seguridad del progreso de la razón, no se ocupan de la vida de los seres humanos. Indiferentes a las penosas circunstancias de la vida de la mayoría de la población, han dimitido, según Paul Nizan, de su misión de ser útiles a la especie humana. En tiempos de grandes cambios llega la hora de preguntarles sobre la guerra, el colonialismo, la racionalización de las fábricas, el amor, las diferentes formas de muerte, el paro, el suicidio, los policías, los abortos, so-

³⁷ *Ibid.*, pp. 10-11.

³⁸ Stefan ZWIEG: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* (1941), Barcelona, Acantilado, 2001 (15.ª impresión en 2011).

bre todos los elementos que ocupan verdaderamente la tierra. Son tiempos para que los filósofos tomen partido³⁹. El mismo año de este duro escrito contra la filosofía oficial, Paul Nizan comienza a escribir una biografía literaria de título *Antoine Bloyé*, publicada en 1933⁴⁰ en forma de novela, salpicada de reflexiones de contenido político y de diálogos imaginados. *Antoine Bloyé* es el relato de la vida de Pierre Nizan, padre del autor, y, asimismo, la historia, encarnada en una persona, del aburguesamiento de los trabajadores que han dejado atrás su lucha para acabar integrándose en la sociedad capitalista. Pierre Nizan nace en 1864 en Pont-Château, en una familia muy humilde. Su padre, empleado de ferrocarril, es un hombre pobre, dócil y que no espera nada de la vida, sin proyectos ni aventuras, convencido de que le está reservado un lugar fijo e inamovible en el mundo, tal como ha querido Dios. Sin embargo, los ferrocarriles están cambiando la sociedad en los años finales del Segundo Imperio⁴¹. El recién nacido se cría en ese ambiente y más tarde recogerá los frutos de la reforma educativa que impulsa la Tercera República. Estudia y se diploma en la Escuela Nacional de Artes y Oficios de Angers, hace carrera en el seno de la Compañía de Ferrocarriles de París a Orleans, se convierte en subjefe y jefe de depósitos ferroviarios en distintos lugares, y en 1922 acaba siendo director de los ferrocarriles de Alsacia y de Lorena. La solidaridad con los demás trabajadores asalariados y sus reivindicaciones, la conciencia de tener una educación diferente a la de la burguesía y de pertenecer a una clase distinta dejan paso, por su posición elevada en comparación con el resto de sus camaradas, a un tránsito, a una metamorfosis, que le lleva a integrarse plenamente en la vida sólida y modesta de la pequeña burguesía. Sin embargo, el recuerdo de los orígenes y la conciencia de la traición de clase vuelven a Pierre Nizan cuando, viejo, jubilado y perdido en Nantes, deja de vivir en el interior de sus justificaciones y su pasado le pesa más que nunca⁴².

La novela biográfica de Paul Nizan sobre su padre manifiesta una segunda motivación del autor, en mi opinión tanto o más importante que la derivada de su compromiso político, y puede ser

³⁹ Paul NIZAN: *Les Chiens de garde*, París, Agone, 2012.

⁴⁰ Paul NIZAN: *Antoine Bloyé*, París, Grasset, 2008.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 44-50.

⁴² *Ibid.*, pp. 299-310.

entendida como otro aspecto destacable del cambio cultural en la segunda modernidad. El relato no comienza con el nacimiento de «Antoine Bloyé», el nombre inventado por Paul Nizan para dar vida a su padre, sino poco después de su muerte, durante el tiempo del velatorio, que es cuando se produce la transformación de un ser vivo en un objeto silencioso al que, como nos dice el autor, no se le puede cuestionar, ni pedir nada, ni interrogar y que no responde con la palabra Yo⁴³. En ese momento, dominado por la presencia y el poderío de la muerte, Paul Nizan pone de relieve cómo su padre adquiere de inmediato una forma antes inexistente en el pensamiento de quienes le conocieron. El motivo está claro. El final de la vida imposibilita cualquier otra relación con la persona que no sea recordarlo en el tiempo pasado en que estuvo vivo. Ahora no hay manera de averiguar qué diría Antoine Bloyé de la ceremonia fúnebre, un entierro acorde con la vida sólida y modesta de los burgueses de provincia. Tampoco sabemos si se alegraba, como le ocurre al hijo, de que su muerte súbita, por una embolia, le hubiera sustraído de las conspiraciones de los devotos y de los curas, prestos a arrancarle la última confesión. Pero aquello que despierta la necesidad del hijo de saber mucho más sobre la vida de su padre tiene lugar cuando el cadáver recibe sepultura y un hombre sube a la tumba vecina para pronunciar unas breves palabras en honor de Antoine Bloyé. Son palabras que producen en la madre una mezcla de pena y de orgulloso consuelo, pero al hijo le llevan a plantearse el verdadero problema. La vida de Antoine no puede reducirse a una relación de méritos y de puestos de trabajo, como si se tratara de concursar a un premio o de elaborar un informe para la policía. «Je ne sais rien après tout de sa vie [...] En somme, quel homme était donc mon père?»⁴⁴.

El enigma del padre, de alguien que suele ser decisivo a la hora de plantearse lo que uno mismo ha sido y es, resulta en el fondo el enigma de toda persona, de cualquiera de nosotros. Kracauer, como hemos visto, había relacionado en la década de 1920 la crisis de la novela con la pérdida de confianza en la unidad de la personalidad y con la relativización del Yo. Por esos mismos años, Virginia Woolf escribe *Orlando: A Biography* (1928) y después *Flush: A Biography* (1933) y Roger Fry: *A Biography* (1940), intentos de hacer

⁴³ *Ibid.*, p. 29.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 42.

frente a un problema sobre el que ella misma reflexionó⁴⁵. La vida, tanto la de los hombres como la de las mujeres, le resultaba a Virginia Woolf un fluido inenarrable, enigmático, imposible de arrojar al molde del relato concebido al modo clásico, fuera éste novela, historia o biografía. En mayor medida, nos dice, si eran las vidas de las mujeres, por la riqueza de la experiencia femenina que produce emociones y sensaciones poco dadas a la transmisión por medio de la palabra⁴⁶. Mucho más tarde, en 1986, llegará la crítica de Pierre Bourdieu, en «L'illusion biographique»⁴⁷, a la llamada «historia de vida», por ser una noción del sentido común que había entrado de contrabando, primero en la antropología y luego en la sociología. Dicha noción suponía que la vida es una historia, el conjunto de acontecimientos de una existencia individual concebidos como historia y el relato de esta historia. Bourdieu dio varios argumentos, desde entonces muy repetidos, para cuestionar semejante supuesto, pero Giovanni Levi⁴⁸ lleva razón cuando nos dice que la duda sobre la posibilidad misma de la biografía venía de muy atrás y en cierto modo se había manifestado en la novela *Tristram Shandy* de Sterne, en *Jacques le fataliste* de Diderot y en las *Confessions* de Rousseau. Con apenas eco en la biografía de personajes históricos en el siglo XIX, esta crisis habría vuelto a ponerse de relieve, pero con otro carácter, a finales de dicha centuria y en el primer tercio del siglo XX. En plena crisis de la mecánica en física, tras el nacimiento del psicoanálisis y con las nuevas orientaciones de la literatura (Proust, Joyce, Musil), la complejidad misma de la identidad, su formación no lineal y sus contradicciones, pasaron a convertirse en el problema por excelencia de la biografía, mientras las biografías literarias seguían expandiéndose de manera cada vez más controvertida y problemática.

A propósito del gran Leonardo da Vinci, Sigmund Freud contrapuso en 1910 el psicoanálisis al trabajo del biógrafo convencional, singularmente fijado a su héroe y entregado a una labor de

⁴⁵ Virginia WOOLF: «The New Biography» (1927), en *The Essays of Virginia Woolf*, vol. IV, Londres, The Hogarth Press, 1994.

⁴⁶ Christine PLANTÉ: «Écrire des vies de femmes», *Les Cahiers du GRIF*, 37-38 (1988), pp. 67-68.

⁴⁷ Pierre BORDIEU: «L'illusion biographique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, vols. 62-63 (junio de 1986), pp. 69-72.

⁴⁸ Giovanni LEVI: «Les usages de la biographie», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, XLIV-6 (1989), pp. 1326-1329.

idealización «que aspira a incluir al grande hombre en la serie de sus modelos infantiles y quizá a resucitar en él la representación paterna infantil». En favor de este deseo, el biógrafo despoja a su héroe de toda debilidad e imperfección humanas y nos proporciona una helada figura ideal, ajena al hombre al que podríamos sentirnos afines, siquiera de lejos. Con semejante conducta, el biógrafo sacrifica la verdad a una ilusión y «renuncia a una ocasión de penetrar en los más atractivos secretos de la naturaleza humana». La neurosis obsesiva de Leonardo, prosigue Freud, no debe verse con los prejuicios que establecen una separación tajante entre la salud y la enfermedad, entre lo normal y lo nervioso, o que consideran los caracteres neuróticos como una prueba de inferioridad. «Sabemos hoy que los síntomas neuróticos son formaciones sustitutivas de ciertos rendimientos de la represión que hemos de llevar a cabo en el curso de nuestro desarrollo desde el niño al hombre civilizado». En cuanto al «esclarecimiento de las coerciones de la vida sexual y la actividad artística de Leonardo», parece muy conveniente indicar en qué forma depende la actividad artística de los instintos primarios, «pero nuestros medios resultan insuficientes para ello». No obstante, concluye Freud, aun disponiendo de un amplio material histórico y dominando el desarrollo de los mecanismos psíquicos, siempre hemos de reconocer un margen de libertad en el individuo. Nada hay de rechazable en atribuir a los azares de la constelación paterno-materna una influencia decisiva sobre el destino de un hombre. Todo es casual en nuestra vida, «desde nuestra génesis por el encuentro del espermatozoo y el óvulo». La distribución entre las «necesidades» de nuestra constitución y los «accidentes» de nuestra infancia no se halla establecida todavía, «pero no podemos dudar de la importancia de nuestros primeros años infantiles»⁴⁹.

La biografía literaria de personajes históricos, sobre todo hombres públicos, era para Kracauer una mera fuga, condenada al fracaso, con el fin de no dejarse comprometer con los conocimientos que cuestionaban el mundo burgués. La burguesía, escribe en la década de 1920 el autor de *Los empleados*, reúne un mobiliario que pronto no tendrá su antiguo lugar. «Si existe una confirmación para el fin del individualismo, ésta se encuentra en el museo de las grandes personalidades que enaltece la literatura del presente [...]

⁴⁹ Sigmund FREUD: «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci» (1910), en *Obras completas*, vol. II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, pp. 397-401.

Por más cuestionable que sea una u otra biografía, el brillo de la despedida reposa en su reunión»⁵⁰. Próximo al enfoque filosófico y sociológico de Simmel y en contacto con los fundadores de lo que más tarde se conocerá como «escuela de Frankfurt», Kracauer hizo durante el periodo de entreguerras su propia aportación a las nuevas formas de concebir la escritura biográfica, por más que haya pasado hasta hace poco desapercibida⁵¹. Sus dos novelas autobiográficas, *Ginster*, publicada en 1928 de manera anónima, y *Georg*, escrita entre 1928 y 1934, y editada póstumamente en 1973, a las que acompañó *Jacques Offenbach ou le secret du Second Empire*, cuya redacción comenzó en 1935 en su exilio en Francia, compartían una peculiaridad. Novelas, en los dos primeros casos, o «biografía social», en el último, tal como su autor las denomina, el personaje principal —el propio Kracauer o Jacques Offenbach— es un hombre cada vez más aislado en una época revuelta, que encarna la confrontación de un cierto ideal ilustrado con la realidad de una modernidad ambivalente, a un tiempo espectacular, en sus conquistas materiales, y deshumanizada y sin valores sólidos, en el terreno espiritual. Desde los orígenes de la modernidad, que lleva a la Francia del Segundo Imperio, hasta su desarrollo en el Berlín de la República de Weimar, se abrían paso peligrosamente formas nuevas, como el bonapartismo y el fascismo, de recomposición del dominio capitalista con el apoyo de la clase media y de las masas, en las que la violencia se combinaba con la seducción.

* * *

El término «biografía» fue una creación del seiscientos y en los siglos XVIII y XIX sirvió para dar cuenta de un concepto nuevo en estrecha relación con un triple cambio cultural. El centro de atención lo ocupó la existencia humana y, en especial, la configuración de la personalidad del individuo relevante a lo largo de las distintas etapas de su vida. La tendencia realista predominó en la narración de una vida que resultaba inseparable de sus circunstancias

⁵⁰ Siegfried KRACAUER: «La biografía...», pp. 83-84.

⁵¹ Enzo TRAVERSO: *Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1998; Olivier AGARD: *Kracauer. Le chiffonnier mélancolique*, CNRS, 2010, y Gertrud KOCH: *Siegfried Kracauer zur Einführung*, Hamburg, Junius Verlag GmbH, 2012.

y, en definitiva, del contexto histórico. Por último, el sentido de la historia lo proporcionaba la continuidad ascendente de la humanidad en general, que unía los hechos individuales y otorgaba distinto valor a cada uno de ellos en particular. Desde finales del siglo XIX, una atmósfera de inquietud e incertidumbre llevó a reconsiderar el problema de fondo y a diversificar las formas de concebir la biografía. En el medio académico de la primera mitad del siglo XX, la interrelación entre individuo y sociedad se convertía en objeto de controversia y hubo distintas propuestas, mientras la biografía empezó a ser vista como un género de escaso valor científico. A cambio, la crisis de la novela a medida que se cuestionaba el poder soberano del sujeto y el significado objetivo del mundo contribuyó al éxito de un nuevo tipo de biografía. Si antes de la Primera Guerra Mundial la biografía había sido una obra poco habitual de la erudición, después adquirió un perfil nuevo. La «biografía literaria» se convirtió en un producto de éxito en buena medida porque el autor hizo creer que su relato dependía menos de su subjetividad que de un destino histórico conocido, el de la vida real de unos héroes o villanos en la que supuestamente se condensaba la historia. En sentido contrario, de manera más bien excepcional, en el periodo de entreguerras también se puso en duda la creencia anterior y no faltaron intentos de llevar al terreno de la biografía la conciencia del enigma de la persona, de la complejidad y las contradicciones de la identidad, y de la incapacidad del relato clásico a la hora de dar cuenta de esos problemas.

El género biográfico tras el final de la Segunda Guerra Mundial apenas siguió este último camino. En los años cincuenta y sesenta se afianzó la tendencia a convertir la biografía literaria en una forma específica de la novela histórica moderna, con un éxito de público que no alcanzaban ni de lejos a tener las escasas biografías de carácter erudito. Por mucho que estuviera en alza, Georg Lukács criticaba al «biógrafo artístico» por no llevar a cabo una investigación y un análisis profundo y científico de la vida económico-social, política y cultural de una época⁵². Algo que contrastaba con «la longue éclipse de l'acteur»⁵³ en la trayectoria de la

⁵² Georg LUKÁCS: *La novela histórica*, texto escrito en 1936-1937, publicado en alemán en 1964, Barcelona-Buenos Aires-México DF, Grijalbo, 1976, pp. 347-348.

⁵³ Bernard LEPÉTT: «L'histoire prend-elle les acteurs au sérieux?», *Espaces-Temps/Les Cahiers*, 59, 60, 61 (1995), p. 113.

historiografía hasta bien entrada la década de los setenta. Los personajes de la «nueva historia» eran ahora las estructuras, las coyunturas, las instituciones, y la disociación entre la historiografía científica del «eclipse del sujeto» y la biografía literaria del gran hombre idealizado para usos ideológicos en el presente alejó a los cultivadores de uno y otro género todavía más de lo que estaban. Sólo en las dos últimas décadas del pasado siglo, en una época distinta, otras formas de historiografía y de ciencia social y nuevos conceptos de biografía trajeron una aproximación inédita, que queda fuera de los límites de este artículo.

*Historia política y biografía: más allá de las fronteras**

Isabel Burdiel

Universitat de València

Resumen: Este artículo aborda la escritura biográfica desde el campo formalmente tipificado como «historia política». El argumento de partida es que los problemas básicos de la biografía y de la historia son sustancialmente comunes. A partir de ahí se propone una reflexión en torno a aquellos aspectos sobre los que la historia biográfica ha ido acumulando en los últimos años una masa crítica relevante. Se cuestionan así algunos de los supuestos comunes sobre «el retorno» de la biografía; la posición del historiador y su capacidad para argumentar la significación histórica de una vida individual en torno a preguntas generales; la historización y problematización de las nociones de individuo, sociedad y política; experiencia, identidad, subjetividad y objetividad; privado y público, local, nacional y global. En todos estos ámbitos, la biografía puede contribuir al necesario cruce de fronteras entre áreas tradicionales de análisis y a suturar la vieja herida abierta entre historia sociocultural y política, con el objetivo de ayudar a reconocer (y quizás celebrar) la pluralidad inagotable del pasado y el papel de los hombres y las mujeres en su conformación.

Palabras clave: biografía, historia política, historia sociocultural, historia biográfica.

Abstract: This essay looks at the writing of biography from the viewpoint of the field formally classified as «political history». The opening argument is that the basic problems of biography and history are essentially

* Este trabajo ha sido realizado en el marco de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía Histórica (HAR2008-03420), financiada por el MINECO.

the same. This leads to a reflection on aspects for which biographical history has accumulated a considerable critical mass in recent years. Questions are raised about some of the common assumptions concerning the «comeback» of biography; the position of the historian and his ability to argue about the historical significance of an individual life in relation to general issues; the historicizing and problematizing of the notions of the individual, society and politics; experience, identity, subjectivity and objectivity; private and public, local, national and global. In all these areas, biography can contribute to a necessary crossing of boundaries between traditional areas of analysis, and perhaps it could also help to heal the old wound separating socio-cultural and political history, with the aim of contributing to the recognition (and perhaps to the celebration) of the inexhaustible plurality of the past, and the role of men and women in shaping it.

Keywords: biography, political history, cultural history, biographical history.

«La experiencia más hermosa que podemos tener es el misterio. Es la emoción fundamental que está en la cuna del verdadero arte y la verdadera ciencia».

Albert EINSTEIN, 1931.

«El vértigo resultante priva a la historiadora de la certidumbre de las categorías de análisis y la deja buscando tan sólo las preguntas adecuadas».

Joan W. SCOTT, 2012.

En el invierno de 1996, Patrick O'Brien publicó un desabrido artículo contra la biografía política que suscitó cierta polémica¹. Para O'Brien, uno de los grandes líderes de la llamada «nueva historia económica» (ya no tan nueva por entonces), era necesario distinguir entre historiadores y biógrafos políticos, y, una vez hecho esto, preguntarse qué sentido podría tener para los primeros apuntarse a las promiscuas filas de los segundos. Ninguno, concluía, que

¹ *Contemporary British History*, vol. X, 4 (1996), pp. 60-66, con respuestas de Pauline Croft, John Derry y Nigel Hamilton (pp. 67-86 del mismo número). Una versión posterior en *Biography*, 21.1 (1998), pp. 50-57.

fuese legítimo y que justificase emplear el dinero del contribuyente en la investigación necesaria para escribir ese tipo de obras.

El problema no era sólo de la biografía, sino de la historia política en general. A diferencia de los historiadores económicos, que contaban con la teoría económica; de los historiadores sociales, que se apoyaban en la sociología, o de los culturales, que podían hacerlo en la antropología, los historiadores políticos «no tienen ninguna ciencia social que les ayude a entender a la gente que seleccionan para un tratamiento biográfico». Acaban entonces echándose en brazos de disciplinas tan débiles como la psicología, confunden «el ambiente» con «el sistema» y son incapaces de plantear seriamente el problema de la representatividad. O bien se agotan argumentando la excepcionalidad del carácter y los logros de ciertos hombres, o concluyen que éstos hicieron lo efectivamente esperado en las condiciones en las que actuaron. En ambos casos, una operación científicamente estéril que confunde la forma con la sustancia y que demuestra que la biografía política (el *súmmum* de los peores vicios de la historia política) no es un género suficientemente serio como para atraer la atención de los historiadores académicos.

A la altura de 1996, aquel artículo resultaba ya caduco y el magro debate que propició fue una buena muestra de ello. Hacía más de diez años que desde Francia, Italia o Alemania (y también desde la propia Gran Bretaña) se venía discutiendo no sólo sobre el papel heurístico de la biografía, sino sobre las líneas de renovación de una historia política que ya estaba muy alejada del estereotipo de O'Brien y de su fascinación por las «ciencias sociales» y los «hard facts». Sin embargo, a su forma divertidamente asilvestrada, la munición lanzada entonces rozaba (y a veces alcanzaba) el núcleo duro del secular recelo académico ante la biografía, y en concreto ante la biografía política. Un recelo que, contra lugares comunes al uso, no afectaba sólo a los historiadores sociales o económicos, sino que podía ser compartido por muchos historiadores políticos, incluidos los más conservadores. Así, Sir Geoffrey Elton, considerado el decano de los historiadores políticos británicos, respondió a la pregunta de «¿qué es la historia política?», formulada por *History Today* en 1985, argumentando que ésta consistía en el análisis de «el porqué, el cómo, el cuándo y en qué condiciones se produce la acción de los hombres para organizar sus asuntos comunes y determinar las relaciones dentro de un grupo y en relación con otros». Para

lograr ese objetivo, «la historia política coloca a la gente en el centro» y presta una atención especial al paso del tiempo porque «el cambio es la experiencia esencial del hombre en la historia [...] es la esencia de la experiencia histórica» en la cual éste participa activamente². El mismo Elton, sin embargo, se negó repetidamente a escribir la vida del personaje principal de todos sus escritos sobre el periodo Tudor, Thomas Cromwell, alegando que «la política es esencialmente una actividad social. Individualizarla desde una perspectiva particular es distorsionarla y malentenderla»³.

Historia y biografía. Los fantasmas del «retorno»

Veinticinco años después, los ecos de aquella ansiedad planeaban todavía sobre todos y cada uno de los artículos recogidos en los números monográficos dedicados al tema por la *American Historical Review* (2009) y el *Journal of Interdisciplinary History* (2010)⁴. De hecho, a pesar de su creciente práctica académica —y de su influencia innegable en la esfera pública—, para un sector nada desdeñable de la academia los riesgos de estar tratando con un fósil resistente siguen siendo altos. Las objeciones, ahora mucho más elaboradas, continúan apuntando hacia el temor de que la biografía sea incapaz de dejar de reproducir viejas formas de hacer y concebir la historia, manteniendo las jerarquías sociales, políticas y de

² Geoffrey ELTON: «What is Political History?», *History Today*, vol. XXXV, 1 (1985), pp. Un planteamiento menos sofisticado en su formulación (y desde luego en su concepción de la historia) pero que comparte un aire de familia que no debería asombrar en exceso con la ya célebre definición de Keith Baker de lo político: «La actividad a través de la cual los individuos y grupos de una sociedad articulan, negocian, implementan e imponen las demandas respectivas que se hacen entre ellos y al conjunto». Keith Michael BAKER: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110, esp. p. 94. En relación con los desarrollos de los años noventa, Dror WAHRMAN: «The new political history: A review essay», *Social History*, vol. XXI, 3 (octubre de 1996), pp. 343-354.

³ Citado por Colin J. DAVIS: «Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual», en J. C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El Otro, el Mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, PUV, 2005, pp. 31-48, esp. p. 33.

⁴ David NASSAW: «Historians and Biography. Introduction», *American Historical Review*, vol. CXIV, 3 (junio de 2009), y *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010).

género clásicas, con algunas «inclusiones» más o menos obligadas y decorativas. Más aún, que la primacía otorgada aún a «los grandes hombres» (y, en su caso, a algunas mujeres) coincida naturalmente con la primacía —y lo que es peor, el aislamiento— de la política respecto a otras instancias de experiencia y acción; que el tiempo corto individual siga siendo considerado mayoritariamente el único verdaderamente relevante; que la sucesión cronológica ocupe en demasiadas ocasiones el lugar de la explicación, y que se continúe confiando demasiado en una noción de sujeto independiente y original, unitario, coherente, transparente para sí mismo, con una trayectoria propia, única y definida cuyo trazado es el objetivo central de la empresa biográfica. Las mismas reglas del género parece que obligan a ensalzar lo individual frente a lo colectivo y a aminorar la relevancia del análisis social o cultural más amplio. Un tipo de limitaciones que —como ya se habrá advertido— siguen expresando por extensión la desconfianza respecto a la propia naturaleza de la historia política dentro de la cual la biografía sería el exponente más anquilosado y metodológicamente más conservador⁵.

¿Hasta qué punto lo que hemos venido denominando historia política sigue encajando, o incluso teniendo sentido, en una historiografía ampliamente renovada, cuyo foco se ha desplazado hacia la llamada «gente corriente» y hacia los estudios sobre las razas, las clases sociales, el género, los discursos y la conformación de las categorías de identidad históricas? ¿Qué puede aportar a una historiografía que impugna cada vez más las historias nacionales (o internacionales) que fueron el marco obligado y la sustancia misma de la historia política clásica? ¿En qué medida puede tener ésta algo que decir en una perspectiva transnacional, global, interesada en la mezcla, la hibridación, las historias que se conectan y se entrecruzan? ¿Resultan los historiadores políticos artríticos y lentos por comparación con los cambios teóricos y metodológicos experimentados en otros ámbitos? ¿Qué añaden realmente a las nuevas líneas de reflexión cuando, al intentar conjurar su ansiedad ante las acusaciones de ser «blandos metodológicamente», no hacen sino aban-

⁵ Lucy RIAL: «The Shallow End of History? The Substance and Future of Political Biography», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010), pp. 375-397, y Stephen BROOKE: «Subjects of interest: Biography, Politics and Gender History», *Journal of the Canadian Historical Association/Revue de la Société Historique du Canada (JCHA/RSHC)*, vol. XXI, 2 (2010), pp. 21-28, esp. p. 22.

donarse en los brazos de la ciencia política, de la sociología o de la antropología?⁶

Este artículo no pretende, por supuesto, responder a todos esos interrogantes. Su objetivo es contribuir a perfilar las preguntas adecuadas sobre cuál podría ser (y en ocasiones ya es) el valor del análisis biográfico y su capacidad para renovar lo que entendemos por «político» en el mundo histórico y las formas de abordarlo⁷. Para hacerlo creo que es necesario asumir que, más allá de ciertas exageraciones de oportunidad en el mercado historiográfico, las críticas al «retorno» de la historia y las biografías políticas no deben dejarse caer en terreno baldío. De hecho, el esfuerzo de contestación a las críticas pertinentes, la búsqueda de su propia singularidad y, al mismo tiempo, la insistencia en que los problemas sustanciales de la biografía histórica constituyen en sí mismos problemas históricos e historiográficos clásicos, ha demostrado la elasticidad de la reflexión y la práctica biográfica respecto a unas ilusorias y esenciales reglas del género. Se ha reflexionado ya mucho (y no pretendo ser exhaustiva ni establecer un orden de prioridades y causalidades) sobre la posición del biógrafo y su capacidad para construir y argumentar la significación histórica de una vida individual; sobre la ampliación y reformulación de las nociones de individuo y sujeto histórico; la discusión de las categorías que lo constituyen y la problemática de las convenciones sobre la experiencia, la identidad, la subjetividad y la representatividad, lo privado y lo público; la cuestión crucial de las técnicas argumentativas y de los recursos expresivos de la narración/narraciones biográficas, etcétera.

Quiero defender que el potencial común de los cambios introducidos hasta aquí para el estudio del papel de los hombres y las

⁶ Paula BAKER: «The Midlife Crisis of the New Political History», *Journal of American History*, 86 (1999), pp. 158-166, e íd.: «Is There an Audience for History with the Facts Left In?», ponencia presentada en el encuentro anual de la Organization of American Historians, St. Louis (marzo de 2000), citado por Romain HURET: «All in the Family Again? Political Historians and the Challenge of Social History», *The Journal of Policy History*, vol. XXI, 3 (2009), pp. 239-263, esp. pp. 240 y 244.

⁷ Quiero advertir, además, que las referencias a estudios concretos proceden en su mayoría, aunque no siempre, de la historiografía contemporánea y no tienen ningún afán de exhaustividad ni, por supuesto, pretenden un balance de las aportaciones recientes de la historia biográfica a las problemáticas a que se alude. Hago uso, extenso en ocasiones, de mi propia experiencia como investigadora.

mujeres en «la configuración de los mundos que heredan, que habitan y que conforman» permite distanciarse de la celebración auto-complaciente de prácticas historiográficas ya superadas y, también, de la creencia ingenua en que la biografía puede resolver por sí misma las aporías que suscita el carácter circular del conocimiento en su tensión constante entre el todo y las partes, lo individual y lo colectivo. Sólo desde ese doble distanciamiento puede la historia biográfica demostrar su capacidad para convertirse en un observatorio y un terreno de engarce útil para el cruce estratégico (y consciente) de diversos marcos de análisis que, como ya advirtió Marc Bloch en su momento, constituyen la condición *sine qua non* para entender históricamente. Una pluralidad de enfoques que es más desconcertante e incierta, pero cuyos logros (cuando se producen) son más intensos y perdurables⁸.

Este punto de partida creo que permite, además, alejarse de uno de los fantasmas más persistentes e inoperantes del mito del retorno: el que establece líneas de oposición rígidas y estereotipadas entre una supuesta historia «política» centrada en los acontecimientos e individuos relevantes y otra «social» en la que acontecimientos e individuos desaparecen por completo frente a análisis que sólo reconocen entidad e interés a las repeticiones, las regularidades, lo colectivo y lo anónimo. La reflexión sobre el papel de los acontecimientos y de la acción individual, y sobre qué cosa es un acontecimiento y un individuo, cómo se convierten en tales, cuál es su relación con el mundo histórico, etc., ha sido siempre mucho más

⁸ Sabina LORIGA: «Écriture biographique et écriture de l'histoire au XIX^e et XX^e siècles», *Les Cahiers du Centre de Recherches Historiques*, 42 (2010), pp. 47-71. El entrecomillado es de Gabrielle SPIEGEL: «La historia de la práctica. Nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006/2), pp. 19-50. El cruce de marcos, que incluye una reflexión sobre el eclipse de la biografía, en Marc BLOCH: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996 (1.^a ed., 1949 y 1993). Para la última década, Hans Erich BÖDEKER (ed.): *Biographie schreiben*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2003, con colaboraciones en varios idiomas entre las que destacan, para la argumentación de esos cambios, las del propio Bödeker, Jacques Revel y Anthony J. La Voppa. Véase también el número monográfico editado por Adele PERRY y Brian LEWIS: *The Biographical (Re) Turn*, *Journal of the Canadian Historical Association/Revue de la Société Historique du Canada (JCHA/RSHC)*, vol. XXI, 2 (2010), pp. 3-89, especialmente los textos de los editores y de Roderick J. BARMAN: «Biography as History», pp. 61-75. Así como Birgitte POSSING: «Biography: Historical», *The International Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*, Elsevier, 2013 (en prensa).

compleja y ha recorrido —con mayor o menor intensidad y con diversas variantes— la disciplina histórica desde su misma constitución como tal⁹.

De hecho, el renovado interés por todo ello no supone una ruptura radical con la historia social dominante en los años sesenta y setenta del siglo XX cuanto, al menos en parte, un camino abierto por ésta a través de su interés por la experiencia y la capacidad de acción de sujetos tradicionalmente excluidos de la gran narrativa (los trabajadores, los sujetos colonizados, las mujeres); su impugnación de las dicotomías entre «grandes» y «pequeños» personajes o privado/público, etc. Puede discutirse si la renovación de la biografía y de la historia se produjo mediante un encuentro «a medio camino» o si fueron los desarrollos de la segunda los que hicieron más complejo el modo de aproximarse al mundo histórico de la primera. En todo caso, no es casualidad que, antes de su obra clásica sobre la formación de la clase obrera inglesa, E. P. Thompson escribiese una extraordinaria biografía de William Morris y que la elaboración de su noción de *experiencia* estuviese asentada sobre una multiplicidad de historias personales que constituyen el entramado básico de su renovación del concepto de *clase*. Como ha recordado Susana Tavera, para un buen número de historiadores el interés por la biografía vino directamente de su preocupación por la historia social y sus preguntas fundamentales. «No existiría una sin la otra».

Para Tavera, como para otros historiadores e historiadoras entre los que me incluyo, fue ese recorrido intelectual el que fraguó su interés por la historia de las mujeres y por la biografía como método para obtener respuestas que no lograba alcanzar desde esquemas más estructurales. El resultado, en su caso, fue una biografía de Federica Montseny que ha abierto una revisión sustancial de las características del movimiento anarquista español de los años treinta del siglo pasado como un entramado de grupos y actividades, de redes de relaciones y obligaciones personales, plural, flexible y al tiempo profundamente introvertido y cerrado. Rasgos que explican y que

⁹ Sabina LORIGA: *Le petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010; Isabel BURDIEL: «La Dama de Blanco: notas sobre la biografía histórica», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 18-47, y François DOSSE: *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Valencia, PUV, 2007 (1.ª ed. francesa, 2005).

son explicados a su vez por la trayectoria de Montseny y la paradoja (entendida como contradicción aparente) de que fuese precisamente en aquella cultura política donde llegase a ser posible el personaje y su relevancia pública y política¹⁰.

Lugares de encuentro: la extensión y reformulación de lo político

Las líneas de evolución y cambio que han ido acercando los campos forzosamente separados de la historia política, social y cultural han sido complejas y, como suele suceder, las propuestas han venido desde ángulos diferentes, con efectos ciertamente acumulativos, pero asimétricos y, en ocasiones, contradictorios. Desde las tempranas llamadas a la reintegración de lo político a la historia social —en el camino abierto precisamente a principios de los ochenta por Geoff Eley y Keith Nield— al potente impacto de la historia de las mujeres, pasando por las reflexiones inducidas por la microhistoria, la nueva historia cultural o el impacto global del postestructuralismo en sus diversas variantes¹¹.

¹⁰ Entrevista publicada en el número monográfico *La biografía histórica*, *Cerces*, 10 (2007), pp. 280-289, y *Federica Montseny. La indomable (1902-1994)*, Madrid, Temas de Hoy, 2005. Además de la obra clásica de Edward P. THOMPSON: *The Making of the English Working Class*, Londres, Gollancz, 1965, véase *id.*: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1988 (1.ª ed. inglesa, 1955), y más tarde, *id.*: *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. Varios autores han insistido en esa filiación del renovado interés por la acción humana y la biografía, Giovanni LEVI: «Les usages de la biographie», *Annales ESC*, vol. XLIV, 6 (1989), pp. 1325-1336; Jacques REVEL: «La biografía como problema historiográfico», en *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005; Nick SALVATORE: «Biography and Social History: An Intimate Relationship», *Labour History*, 87 (noviembre de 2005), pp. 187-92, y Pedro RUIZ: «Biografía e Historia. Diferencia e inclusión», en *Le singulier et le collectif à l'épreuve de la biographie*, II Encuentro de la Red Europea de Teoría y Práctica de la Biografía Histórica (RETPB/ENTPB), París, 9-10 de febrero de 2010.

¹¹ Geoff ELEY y Keith NIELD: «Why does social history ignore politics?», *Social History*, vol. V, 2 (1980), pp. 249-271. Para su evolución posterior, dos textos que considero cruciales en este momento, Geoff ELEY: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008 (1.ª ed., 2005), y Geoff ELEY y Keith NIELD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010 (1.ª ed., 2007). Además del texto de Mónica Bolufer en este volumen, véase Giovanni LEVI: «Les biographies ne sont pas toutes des microhistoires», en *Biography as a Problem: New Perspectives*, III Encuentro de la RETPB/

Un recorrido de más de treinta años que, por lo que se refiere a la renovación de los estudios biográficos, ha tenido efectos importantes, pero aún ambiguos, en la medida en que el interés por la acción humana, la individualidad y la subjetividad no conduce directa y necesariamente a la adopción de la biografía como vía de análisis ni tiene consecuencias metodológicas determinadas. Todas las preguntas básicas siguen abiertas, incluida la oportunidad de seguir utilizando el término biografía. Frente a su supuestamente congénita e irreformable naturaleza restrictiva, el término anglosajón de *life writing* (procedente originalmente de los estudios literarios) ha intentado ofrecer una alternativa que permita incluir a todas las llamadas «escrituras del yo» como los diarios, las memorias, las cartas, las autobiografías, las biografías o, incluso, anotaciones de carácter mucho menos elaborado o informal. En su formulación más interesante, el término pretende cuestionar la separación tajante entre lo que se hace al escribir una biografía, una autobiografía o unas memorias; potenciar la autorreflexividad de los autores sobre su propia implicación en el trabajo; demostrar la necesidad de *narrar el yo* para negociar, asentar o impugnar las identidades socialmente atribuidas y favorecer, en suma, el reconocimiento de que, en potencia, todas las vidas y todos los relatos de vida son interesantes para el historiador. En su utilización más banal, y en el mejor de los casos, actúa como un paraguas cómodo y al uso que busca alejarse de las connotaciones negativas del término biografía. En el peor, suele propiciar un exceso de simpatía y evitar la reflexión sobre las sustanciales diferencias que existen, en lo epistemológico y metodológico, entre las diversas formas de escritura «personal» y los mecanismos de atribución de significado histórico a las mismas. No es, desde luego, lo mismo escribir una biografía o una autobiografía, ni tampoco pueden tratarse de la misma forma en tanto que documentos his-

ENTPB, European University Institute, Florencia, febrero de 2012, <http://www.valencia.edu/retpb/>; William H. P. EINSTEIN (ed.): *Contesting the Subject. Essays in the (post) Modern Theory and Practice of Biography and Biographical Criticism*, Purdue University Press, 1991; Jo Burr MARGADANT (ed.): *The New Biography. Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, University of California Press, 2000; Peter FRANCE y William St. CLAIR: *Mapping Lives. The uses of Biography*, Oxford, Oxford University Press, 2002, y una reflexión global en Alun MUNLSOW: «History and Biography: An Editorial Comment», *Rethinking History*, 7(1) (2003), pp. 11-21.

tóricos, como no puede hacerse con diarios y cartas publicados o no publicados, etcétera¹².

En todo caso, y más allá de problemas nominales, el potencial de la biografía interesada en los procesos políticos se ha ampliado sustancialmente por la extensión y reelaboración de la propia noción de «lo político» en tres direcciones complementarias. En primer lugar, a través de una reconsideración del papel activo de la política y de la capacidad humana de actuar, lo que los anglosajones llaman *agency*. Un movimiento iniciado a mediados de los años ochenta que ha ido desembocando en una impugnación de la llamada «metáfora de la verticalidad», tanto por lo que se refiere al carácter determinado de lo político y lo cultural respecto a lo económico y social, como, más radicalmente, a la propia formulación de esferas de acción separadas. De hecho, lo que interesa cada vez más es la oportunidad de convertir en objeto de investigación la construcción y desarrollo históricos de dichas categorías de análisis disociadas y su impacto en la percepción y acción de los hombres y las mujeres del pasado. ¿Cómo se construyen «lo social» y «lo político» en tanto que ámbitos diferenciados? ¿Qué relación tienen con el tiempo histórico? ¿Cómo afectan al viejo problema (no sólo biográfico) de la representatividad?, etcétera¹³.

¹² Desde el principio, como recuerda Barbara Caine, el término ha estado mal definido y se han hecho muy pocos esfuerzos para superar su carácter ambiguo y fácilmente omnicomprendido que, en parte, es responsable de su atractivo. En la *Encyclopedia of Life-Writing* citada por Margaretta Jolly (Londres, Fitzroy Dearborn, 2001) no hay siquiera un intento de abordar la cuestión. Véase Barbara CAINE: *Biography and History*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010, esp. pp. 66-84 y 137, nota 5. Una valoración crítica muy bien articulada en Binne DE HAAN y Hans RENDERS: «The limits of representativeness. Biography, Life Writing and Microhistory», *Biography and Identity: Dilemmas and Opportunities*, IV Annual Conference in European History, Central European University of Budapest, mayo de 2010, y la sección dedicada por ambos autores y Marlene KADAR: «Biography and Life Writing», en Hans RENDERS y Binne DE HAAN: *Theoretical Discussions of Biography. Approaches from History, Microhistory, and Life Writing*, Lewiston, The Edwin Mellen Press, 2013, pp. 253-312.

¹³ James EPSTEIN: «New directions in Political History», *Journal of British Studies*, vol. XLI, 3 (2002), pp. 255-258, y Frank BÖSCH y Norman DOMEIER: «Cultural History of Politics: Concepts and Debates», *European Review of History*, vol. XV, 6 (2008), pp. 577-586. Interesa también el planteamiento de Harold MAH: «Phantasies of the Public Sphere: Rethinking the Habermas of Historians», *Journal of Modern History*, 71 (2000), pp. 153-182, y la incorporación relativamente tardía de las reflexiones de Hannah ARENDT en, por ejemplo, *De la historia a la acción*, Barce-

Por todo ello, y en segundo lugar, la sustancial extensión del campo tradicional de lo político ha permitido trascender las acciones del gobierno, del personal político o administrativo, las elecciones o la prensa, para entrar en aspectos relacionados con la representación cotidiana de demandas e identidades, los conflictos en torno a la ocupación de una esfera pública entendida en términos de diálogo asimétrico sobre cómo y cuándo se alcanza, qué significa el poder, dónde reside, cómo se resiste y subvierte. Un planteamiento deudor originalmente de la lectura histórica, sobre todo en Estados Unidos y en los años ochenta y noventa del siglo pasado, de Michel Foucault, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, la cual, en contra de interpretaciones demasiado tópicas, tuvo una gran importancia para centrar la atención en «la hermenéutica del sujeto», las formas de subjetivación y de autoconstitución, los procedimientos individuales de comunicación, creatividad, acción y transgresión cotidianos, etc. Es a partir de ahí, e integrando críticas y desarrollos muy diversos, como la historia biográfica sustancia la expansión de los que pueden ser considerados agentes políticos más allá de los profesionales clásicos y de inclusiones más o menos anecdóticas o de oportunidad. El objetivo es identificar el interés que pueden tener trayectorias individuales en los procesos de negociación, conflicto e imposición a través de los cuales ocurren las interpretaciones históricas de qué es lo político; qué se concibe en una sociedad y en un tiempo histórico determinados como tal; cómo cambia y por qué; de qué manera afecta a la capacidad para imponer ciertas demandas de reconocimiento y de autoridad y excluir otras; de qué manera, en suma, todo ello se ve

lona, Paidós, 1995, y *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997. Para la construcción de lo social sigue siendo fundamental la obra de Mary POOVEY: *Making a Social Body. British Cultural Formation (1830-1864)*, Chicago, Chicago University Press, 1995. Un buen diálogo respecto a desarrollos posteriores, en competencia, en Patrick JOYCE (ed.): *The Social in Question. New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres, Routledge, 2002, y el dossier coordinado por Miguel Ángel CARRERA (ed.): *Más allá de la historia social*, *Ayer*, 62 (2006/2). Véase también la reseña de Alex CALLINICOS de la obra clásica de William H. SEWELL (*Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, Chicago University Press, 2005) en *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis*, 51 (2006), pp. 297-319. Una discusión interesante para la España decimonónica en Mónica BURGUERA: *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España*, Madrid, Cátedra, 2012.

definido en las luchas por imponer una forma particular como la única posible y legítima de hacer política¹⁴.

En tercer lugar, y de nuevo en estrecha relación, esta reflexión ha provocado una atención mucho más intensa y sistemática a los mecanismos lingüísticos que constituyen las identidades, los discursos y las acciones en competencia. Una competencia, decisiva para la conformación de la experiencia individual de lo político, que toma forma en contextos culturales y a través de lenguajes y narrativas disponibles, que son los que permiten y restringen las expresiones en ese ámbito y construyen no sólo sus objetivos, sino sus propias audiencias; los límites de lo decible e incluso de lo pensable en términos políticos. La reflexión sobre el concepto de «culturas políticas» ha servido en buena medida para explorar —más allá de las diferencias en su formulación o del abuso indiscriminado del término— las formas mediadas de conformación de las experiencias e identidades que actúan en la esfera pública y que buscan apropiarse del poder de definir y decidir. En sus versiones más elaboradas, como ocurre con las propuestas de autores como Keith Baker, James Vernon o Patrice Joyce, la cultura política es la que genera las motivaciones y expectativas de los individuos, la que las hace concebibles, las dota de significado y define los criterios de racionalidad o de interés. Es, en realidad, la primera instancia de análisis de la acción política¹⁵.

¹⁴ Fue fundamental en este sentido el impacto de la obra de Joan SCOTT con textos pioneros para esa reconsideración de lo político como «History in Crisis? The Other's Side of the Story», *American Historical Review*, vol. XCIV, 3 (1989), pp. 680-692. «Por política entiendo no sólo las operaciones formales del gobierno, sino las luchas en torno al poder, en el sentido de Foucault: el poder no sólo como una relación de represión y dominación, sino también como un complejo de relaciones y procesos que producen efectos positivos: consenso social acerca de los significados de la verdad, la hegemonía de ciertos sistemas de conocimiento (la ciencia, por ejemplo, en el siglo XIX), los regímenes disciplinarios y académicos como, por ejemplo, la historia» (pp. 680-681). Un buen balance en Christian DELACROIX: «Acteur», en Christian DELACROIX et al. (ed.): *Historiographies. Concepts et Débats*, t. II, París, Gallimard, 2010, pp. 651-663. Como es lógico, estos movimientos han suscitado incomodidades no sólo desde el punto de vista teórico y metodológico, sino también (y más fundadamente, a mi juicio) ante algunas de las prácticas historiográficas a que pueden dar lugar. Especialmente por lo que se refiere al peligro de que el ensanchamiento de lo político acabe diluyéndolo en un magma más confuso que complejo que anule la precisión analítica y minimice la importancia de las relaciones de poder en torno al Estado.

¹⁵ Para desarrollos de la historiografía española al respecto, Miguel Ángel CABRERA: «Developments in Contemporary Spanish Historiography: From Social His-

Este último planteamiento provoca inmediatamente la cuestión sobre la acción individual y sobre el cambio. Como escribió en su momento Joan Scott, las culturas políticas se desarrollan tácticamente y no lógicamente, improvisan reclamaciones e interpelaciones, incorporan y adaptan ideas diversas a su causa particular. Al concebirlas como *mélanges* de interpretaciones y programas (en lugar de cómo sistemas coherentes y unificados) nos acercamos mucho más a cómo operan y a la red de significados y relaciones que establecen¹⁶. Así, más allá de la discusión sobre su carácter lingüísticamente constitutivo, lo que interesa es evitar su consideración como espacios de significado y acción plenamente integrados, coherentes y delimitados. Si bien es cierto que toda cultura política supone una tradición articulada de símbolos y elementos discursivos estables, consensuados y resistentes al cambio, ninguno de ellos tiene existencia al margen de las prácticas (y los usos del lenguaje) de los individuos que en ellas se reconocen, las ponen en juego, las reproducen, pero también las transforman. Un conflicto que afecta a los diversos colectivos e individuos que, dentro de cada una de ellas, pugnan por apropiarse de los elementos de poder y de autoridad sobre sus miembros. Afecta también al cruce y la hibridación de culturas políticas como producto, en parte, del mismo proceso de su enfrentamiento. En suma, los niveles de coherencia y el juego de lenguajes y prácticas que permite una cultura política determinada es en buena medida un producto de las luchas por el poder no sólo entre culturas diferentes, sino dentro de cada una de ellas.

La cuestión, por tanto, no es sólo que la biografía resulte útil para reintroducir la política en la historia sociocultural, sino que lo hace (o debería hacerlo) en un contexto nuevo de pensamiento sobre las relaciones interindividuales que conforman un campo po-

tory to the New Cultural History», *The Journal of Modern History*, 77 (2005), pp. 988-1023; íd.: «La historia postsocial: más allá del imaginario moderno», en Teresa M.^a ORTEGA LÓPEZ (coord.): *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos años*, Zaragoza, Universidad de Granada-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, e íd.: «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pp. 19-85. Interesa toda esta última obra así como el dossier de *Ayer*, 62 (2006/2), ya citado.

¹⁶ Joan W. SCOTT: *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, pp. 61-62.

lítico, cómo se consolida, se transmuta o disuelve en un momento histórico concreto. Existe todo un camino por recorrer en torno al potencial creativo que tiene la acción de los individuos respecto a los grados de coherencia interna y de conflicto de una cultura política. La forma en que, como ha escrito Keith Baker, sus integrantes juegan en los márgenes, exploran sus posibilidades y amplían el ámbito de sus significados posibles «a medida que persiguen sus propósitos y realizan sus proyectos» en una dinámica que no es ni infinita ni arbitraria, pero que está, al menos potencialmente, siempre abierta¹⁷. Planteamientos que han sido especialmente fructíferos en la renovación de campos de estudio tan diversos como los orígenes de las revoluciones, el fascismo, el nacionalismo o el feminismo.

En España, y en uno de los ámbitos que mejor conozco, los estudios biográficos de los últimos años sobre liberales destacados —algunos más conocidos y otros menos, hombres y también mujeres— han contribuido de manera sustancial a la renovación que ha experimentado la historiografía sobre el liberalismo decimonónico, la reflexión sobre su pluralidad, sus lenguajes en competencia y el cruce de tradiciones que permite ahora considerarlo un fenómeno mucho más vital, más rico y más diverso de lo que una vez se llegó a pensar. Sabemos ahora mucho más sobre los procesos de construcción de *los liberales* en sus múltiples variantes, a través de la familia y la memoria transmitida, del café y las tabernas, de la prensa, de las lecturas en voz alta, de la universidad, de la ciudad o del pueblo, del exilio y de las transferencias continuas en torno a todo ello que cruzaban las fronteras europeas y americanas. Estudios biográficos que, al hilo de aquellas trayectorias particulares, han contribuido a suscitar reflexiones más complejas sobre proble-

¹⁷ Keith M. BAKER: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006/2), pp. 89-110. Véase también, al hilo de un problema más concreto, Ryan Anthony VIEIRA: «Connecting the New Political History with Recent Theories of Temporal Acceleration: Speed, Politics, and the Cultural Imagination of *fin de Siècle* Britain», *History and Theory*, 50 (octubre de 2011), pp. 373-389. Para entender el carácter poroso de las culturas políticas y el cruce entre historia social y política, me ha interesado especialmente la biografía ya clásica de Nick SALVATORE del líder obrero y socialista americano Eugene Debs (1855-1926): *Eugene V. Debs: Citizen and Socialist*, Urbana, University of Illinois Press, 1982, con su análisis de la tensión entre las promesas de la democracia americana y la experiencia cotidiana de las clases populares, la fuerte interpenetración de la cultura y la retórica del renacimiento religioso del protestantismo evangélico del Midwest, el sueño americano y el lenguaje socialista.

mas generales de los historiadores como el de la representatividad y el alcance y los límites del concepto de *pertenencia*¹⁸.

De héroes, personas corrientes y pertenencias. Las encrucijadas del sujeto

«And what is greatness? And what smallness?».

Virginia WOOLF

No hay biografía que interese sin uno o varios problemas (interesantes) que la orienten y la sostengan. Es ahí donde debe anclarse el esfuerzo por explicar la singularidad de una vida individual sin someterla a un relato que la trascienda y anule, pero sin renunciar tampoco a enlazar los destinos personales y las estructuras e instituciones sociales. Resulta aquí especialmente pertinente la advertencia clásica de la microhistoria respecto a que los problemas deben ser generales, y en ocasiones universales, pero que las respuestas que damos y podemos dar los historiadores son siempre particulares y locales.

Lo que ha cambiado (y no es algo menor) es que la historia biográfica busca su legitimación a través de su capacidad para demostrar que el estudio de una trayectoria individual es una manera posible (ni un fin en sí mismo ni un instrumento) para abordar problemas históricos sustanciales e iluminarlos con una luz nueva. En cierto sentido, pues, ya en este primer nivel de reflexión, se podría decir que toda biografía (incluso quizás toda historia) tiene algo de «ejemplar». Esa «ejemplaridad», sin embargo, no se plantea escuetamente en el terreno clásico de la capacidad de un individuo o de un grupo para ser el ejemplo o prototipo de un colectivo, ni mucho menos mediante la utilización de la biografía para confirmar o ilustrar una problemática histórica previamente establecida. Por el con-

¹⁸ Entre otros volúmenes colectivos, Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Liberales, agitadores y conspiradores...*; Javier MORENO LUZÓN: *Progresistas*, Madrid, Taurus, 2006, y Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2008. Con reflexiones sobre el proceso de construcción de sus biografías y alcanzando el siglo XX, Santos JULIÁ y Jacques MAURICE (eds.): *Biographies politiques, Cahiers de Civilization Espagnole Contemporaine. De 1808 au temps présent*, 8 (2012), online.

trario, lo que interesa es el carácter abierto que el estudio de una trayectoria individual confiere a la historia, la forma en que rescata la pluralidad del pasado y permite sondear las posibilidades y los límites de la acción individual a través, precisamente, del análisis cuidadoso de las condiciones en que ésta puede desarrollarse e ilumina tanto las desviaciones como las prácticas habituales. La cuestión, por tanto, «no es si el sujeto es representativo —sea lo que sea lo que esto quiera decir—, sino qué es lo que podemos aprender de una vida específica»¹⁹.

Por ello, y aunque a veces la reflexión no se plantea en estos términos, uno de los primeros problemas de método con los que debería enfrentarse la historia biográfica es el de la noción de sujeto incorporada al relato, tanto del biografiado sobre sí mismo o de la sociedad en que vive como del propio historiador. Concepciones del sujeto —y de la práctica biográfica— que son, en sí mismas, relativas histórica y culturalmente, y que como tal tienen que ser valoradas y analizadas. Los historiadores contemporaneistas, en concreto, deberían estar muy atentos al carácter ambiguo de la propia idea de individuo. Por una parte, el prototipo abstracto de lo humano en tanto que definición básica para la Ilustración y la teoría política moderna. Por otra, un ser único e irrepetible, una persona distinta a todas las demás de su especie²⁰.

En este sentido, no hay que minimizar el peso que siguen teniendo sobre todos nosotros algunas de las asunciones clásicas del llamado «modelo heroico» de biografía y su noción de individuo. Su desestabilización más o menos consecuente e intensa presenta, en todo caso, tres novedades y afecta de forma directa a la práctica de la biografía política. La primera, y a mi juicio más superficial, la expansión de los sujetos posibles que desborda, como ya se ha dicho, a los «grandes personajes». Algo que, en todo caso, no debería entenderse sólo en términos de lo que Barbara Caine llama «la inclusión de la gente corriente», sino como una reflexión más amplia sobre los mecanismos que propician tanto las exclusiones como las inclusiones y que remiten, entre otras cosas, al punto de vista del historiador y a la definición de qué es «lo grande» y qué es «lo pe-

¹⁹ Nick SALVATORE: «Biography and Social History...», p. 197.

²⁰ Joan W. SCOTT: *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 5.

queño» (o «lo común») en el sentido que se cuestionó hace ya tantos años Virginia Woolf²¹.

La crítica al modelo heroico de biografía no conduce entonces, y en segundo lugar, al abandono ingenuo del análisis de las condiciones de aparición y del impacto de los llamados «grandes hombres» (o, en su caso, de «las grandes mujeres»), sino a un tratamiento nuevo que se cuestiona precisamente el problema de «la excepcionalidad significativa» y lo aborda desde la propia construcción social de las categorías de «grandeza» o de «heroicidad». Algo que, a su vez, requiere el análisis de las formas e instituciones de escritura a partir de las cuales constituimos el saber histórico sobre «las vidas» de nuestros personajes; las formas en que esas vidas encuentran la escritura y la reflexión en torno a las relaciones entre los dispositivos de escritura y los dispositivos de poder.

Algunos de los trabajos biográficos que más me han interesado en los últimos años, tan dispares como el *San Louis* de Jacques Le Goff, el *W. B. Yeats* de Roy Foster, el *Giuseppe Garibaldi* de Lucy Riall o el *Alphonse Baudin* de Alain Garrigou, se han construido sobre el fértil terreno que permite esta nueva autorreflexividad. Se coloca así en el centro del análisis la construcción particular de la «grandeza» del personaje, que es, al tiempo, ejercicio individual, consciente o inconsciente, de lo que Stephen Greenblatt denominó en su momento «self-fashioning» y proceso social de «heroización». De esta manera, como escribe Riall, la vida de los «grandes hombres» puede iluminar su tiempo, pero no de la forma directa que una vez imaginamos. Esas nuevas formas exploran, como crucialmente significativo, el talento para la movilización política y la comunicación de Giuseppe Garibaldi y de William Butler Yeats en el contexto de la conformación de una esfera pública dominada por los medios escritos, cuya autoridad política para la construcción de la nación ellos mismos ayudaron a establecer; el juego entre la historia y la memoria de San Luis envuelto en su propio proceso de configuración como rey-santo capaz de redefinir el papel político y simbólico desempeñado por la monarquía en el siglo XIII francés; la leyenda de Alphonse Baudin —y su

²¹ Barbara CAINE: *Biography and History*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 2 y 11-120, y Virginia WOOLF: *The art of Biography. Collected Essays*, edición de Leonard WOOLF, vol. IV, Londres, Chatto and Windus, 1966-1967, pp. 219-242.

famosa frase «¡Ahora veréis cómo se muere por veinticinco francos!»— en la definición del heroísmo cívico para la política democrática de la Francia y la Europa decimonónicas²².

Los problemas se convierten entonces en otros y más interesantes. La cuestión clásica de la relación entre individuo y sociedad puede reformularse en términos de la visión que de su sociedad y de la política de su tiempo tiene un individuo y cómo ésta afecta a la definición de «la gama de los posibles» y a la memoria (memorias) que queda de todo ello. Una pregunta que, en mi experiencia como investigadora, fue convirtiéndose en central según avanzaba en la biografía de Isabel II y trataba de identificar las voces en competencia sobre qué cosa era y debía ser lo político y la realidad (constitucional) en el marco de la pugna concreta y cotidiana (también en la contaminación recíproca) entre la corte isabelina y las distintas familias liberales durante el crucial proceso de consolidación de la monarquía posrevolucionaria en España²³.

La distinción entre hechos y ficciones, verdades y mitos, emociones y razón, se convierte así en menos significativa de lo que podría parecer o, quizás, en significativa de otra manera. El problema no se agota señalando las condiciones y los intereses implicados en la autoconstrucción de «un gran personaje» para establecer así una suerte de desmitificación. Lo que interesa fundamentalmente es la constitución narrativa del yo como «personaje», en medio de un coro de voces que pugnan por imponer sus diversas narrativas posibles. Si la conducta heroica —como el carisma— no es un problema individual o singular, sino una conducta social, es necesario analizarla en todas sus dimensiones. Al hacerlo, la cuestión trasciende la memoria, la transmisión (o la impostura) y obliga al análisis de cómo las culturas heroicas o carismáticas no sólo se ali-

²² Jacques LE GOFF: *Saint Louis*, París, Universidad de Notre Dame Press, 2009; Roy F. FOSTER: *W. B. Yeats, A life*, 2 vols., Oxford, Oxford University Press, 1997 y 2003; íd.: «Vidas literarias y cuestiones nacionales: el caso de Yeats y el relato sobre Irlanda», en Colin C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El Otro, el Mismo...*, pp. 283-297; Lucy RIAL: *Garibaldi. Invention of a Hero*, New Haven, Yale University Press, 2007; Alain GARRIGOU: *Mourir pour des idées. La vie posthume d'Alphonse Baudin. Biographie*, París, Les Belles Lettres, 2010, y Stephen GREENBLAT: *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, Chicago University Press, 1986. Su propuesta se debe extender desde su aplicación inicial al hombre del Renacimiento.

²³ Isabel BURDIEL: *Isabel II. Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010.

mentan de relatos, sino de «conductas heroicas»; de «héroes» modelados y hechos posibles en un proceso de doble dirección que requiere un análisis complejo de las disposiciones que lo engendran y de las acciones que lo perpetúan o modifican. Así, el heroísmo de Baudin o de Garibaldi se conforma y conforma a su vez narrativas de larga duración sobre el valor y la hombría en la definición de la política democrática y de la nueva patria. La historia de la muerte del primero y «la vida tempestuosa del segundo» son de ese tipo de relatos que han contribuido a forjar la figura del héroe cívico decimonónico y, más en extenso, la propia «Era de los Héroes», con sus convicciones sobre la naturaleza de la historia y el papel de los «grandes hombres» en ella²⁴.

En todos los casos que he apuntado hasta aquí, y en muchos otros que es imposible detallar, los historiadores implicados se han preguntado en algún momento de su empresa: ¿quién era en realidad?, ¿qué hay detrás de su escritura y de su memoria? Entre ese coro de voces, ¿existe un verdadero San Luis, un verdadero Garibaldi, Yeats, Baudin o Isabel II? Las respuestas son variadas en rotundidad pero todas ellas parecen coincidir con la formulación, minimalista tan sólo en apariencia, de Lucy Rial: «Nunca seremos capaces de recuperar completamente la vida de Garibaldi pero sí podemos seguir intentando comprender mejor su significación histórica»²⁵. Como escribió en su momento Hannah Arendt, cualquier respuesta adecuada sobre el «quién» requiere trascender la dicotomía entre objetividad y subjetividad en tanto que ese *quién* ni es una intención controlada ni una posición objetiva. Es, ante todo, una expresión en público que forma parte de «el flujo vivo de la acción»²⁶. Es algo, por tanto, que no está dado de una vez y

²⁴ Las posibilidades abiertas por este tipo de estudios y los enfoques son muy variados. Me ha interesado especialmente el número monográfico del *European History Quarterly* editado por Robert GERWARTH: *Hero Cults and the Politics of the Past: Comparative European Perspectives*, vol. XXXIX, 3 (2009). Véase también Patrice GUENNIFEY: «A modern Hero. Bonaparte and the Culture of Heroism», en *Unforseen lives? Writing biographies beyond the «exceptional» and the «normal»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013, así como su reciente *Bonaparte*, París, Gallimard, 2013, y Edward BERENSON y Eva GILOI: *Constructing Charisma. Celebrity, Fame, and Power in Nineteenth-Century Europe*, Nueva York, Berghahn Books, 2010.

²⁵ Lucy RIAL: «The Shallow End of History?...», p. 394.

²⁶ Para una visión global véanse sus *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2008 (1.ª ed. en inglés, 1965), y Renata TORRES SCHITTINO: «A escrita

para siempre, sino que es un proceso en construcción de carácter profundamente relacional que desborda la dicotomía entre lo individual y lo colectivo.

El carácter mucho más complejo y fragmentado de un yo que «se desempeña» en sus círculos de relación y entre los lenguajes disponibles (y en conflicto) de su entorno y de su época es ya un tópico de la historiografía impregnada por la reflexión posestructuralista. Más difícil es trasladar esa reflexión a la práctica biográfica y explorar el significado de esas múltiples voces que pugnan por hacerse oír (o silenciarse y esconderse) en diversos espacios y a lo largo del tiempo, manifestando las demandas y opciones de diferentes escenarios, la variedad de formas en que otros tratan de representar a una persona, los procesos de interiorización y el esfuerzo por identificarse o distanciar de las normas e identidades que éstas imponen. Algo que, a mi juicio, no obliga a renunciar a la viabilidad y potencial analítico de un yo discreto, de una cierta continuidad o continuidades selectivas a lo largo de una trayectoria vital que, aunque con múltiples tensiones, elecciones y rupturas, empuja al sujeto (o potencialmente puede hacerlo) hacia la unidad y la coherencia, lo cual, por cierto, ayuda a explicar la transgresión de las convenciones de identidad y la alteración sustancial de los resultados previsibles.

da história e os ensayos biográficos em Hannah Arendt», *História da Historiografia*, 9 (agosto de 2012), pp. 38-56. No puedo entrar en toda la reflexión suscitada sobre los nuevos sujetos de la historia que tratarán otros autores de este volumen. Para una discusión sobre este tema, la cuestión del punto de vista del historiador y las estrategias argumentativas, Jil LEPORE: «Historians Who Love Too Much: Reflections on Microhistory and Biography», *The Journal of American History*, vol. LXXXVIII, 1 (2001), pp. 129-144. Más en general, Yveline LÉVY-PIARROUX: «L'autre de l'historien», *EspacesTemps*, 59-60-61 (1995), pp. 47-55, y Sabina LORIGA: «Le moi de l'historien», *Historia da historiografia*, 10 (2012), pp. 260-272, y dos reflexiones muy distintas sobre casos prácticos igualmente muy diferentes, Robert GERWARTH: «Cold Empathy: Challenges in Writing a life of Reinhard Heydrich», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012, y Juan PRO: «Cómo escribir la vida de la condesa de Merlin», en *Unforeseen lives? Writing biographies beyond the «exceptional» and the «normal»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013. Para la atención a «las vidas obscuras» y su contribución a los estudios biográficos, James AMELANG: «Counting Chickens: Richard Smyth, Miquel Parets and the small spaces of biography», en *Unforeseen lives? Writing biographies beyond the «exceptional» and the «normal»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013.

En todo caso, no existe nada que sea un marco rígido, coherente, un telón de fondo que permita comprender de forma lineal y necesaria la trayectoria individual y reconducir de alguna forma sus especificidades a las normas o a su transgresión. Lo que llamamos *contextos*, con sus interpelaciones de identidad, son algo activo y potencialmente múltiple, pueden cruzarse entre sí y están definidos por sus relaciones de poder internas y externas. Por ello, cada individuo es siempre (aunque con mayor o menor complejidad según los casos) un híbrido y una encrucijada de redes de poder, de relación y de posibilidades. Como recuerda Sabina Loriga, siguiendo a Wilhelm Dilthey y también a Siegfried Kracauer, el mundo histórico no es comprensible (o no sólo) en términos de *pertenencia*, propiedad, apropiación o asimilación, porque el medio no es coherente y autosuficiente. Es una frágil mezcla de esfuerzos cambiantes y en contraste. Cada época, además, contiene en sí misma un conglomerado de tendencias y posibilidades temporales, frecuentemente en conflicto. No existe, por tanto, algo que pueda ser asumido de forma natural como «este individuo y su época o su tiempo». No hay un contexto, sino varios; no hay un tiempo, sino varios tiempos. La posibilidad de no pertenecer, la extraterritorialidad, es una posibilidad fundamental de la vida humana como lo es la de sucumbir o abrazar la irreversibilidad de pertenencias consideradas (autonarradas) como esenciales e insuperables²⁷.

Lo interesante, lo crucialmente interesante a mi juicio, es la necesidad de acostumbrarnos a lidiar con lo que constituye la tensión constante, constitutiva, de la biografía y de la historia. Un individuo no puede explicar completamente un grupo, una comunidad o una institución, y viceversa, un grupo, una comunidad o una institución no puede explicar completamente a un individuo²⁸. Hay una interdependencia recíproca, pero ésta no es ni lineal ni univalente,

²⁷ Sabina LORIGA: «Écriture biographique et écriture de l'histoire...», y, sobre todo, *id.*: «Biographies parallèles: Rahel Varngahen de Hannah Arendt et Jacques Offenbach de Siegfried Kracauer», en *Biography as a Problem: New Perspectives*, III Encuentro de la European Network on the Theory and Practice of Biography (ENTPB), Florencia, European University Institute, 25-26 de febrero de 2011, y Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, esp. pp. 106-109 y 173-194.

²⁸ Sabina LORIGA: «Écriture biographique et écriture de l'histoire...», p. 15. Un ejemplo excelente, M.^a Jesús GONZÁLEZ: *Raymond Carr. La curiosidad del zorro*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2010.

ni fijada de una vez y para siempre. En el vértigo de la contextualización infinita, de la disparidad inagotable, del cruce entre las categorías del pasado y las que hoy construimos, se encuentra precisamente la pasión de la biografía y de la historia.

No existe, por tanto, contradicción, sino más bien todo lo contrario, entre la búsqueda de acceso a la subjetividad de las personas que estudiamos y el análisis de los actos de comunicación, de los espacios de habla y autorrepresentación que se producen y se conquistan (o no) en esa conversación múltiple con su entorno que cada individuo establece desde su nacimiento. Una conversación que abarca también al historiador que quiere escribir la biografía de ese individuo. En este terreno, la atracción que la historia biográfica puede ejercer sobre los historiadores (políticos o no) tiene mucho que ver con el interés por trascender las políticas de identidad sin renunciar a sus categorías más útiles, revelando las formas en que los sujetos asumen, descartar, reconfiguran, mezclan múltiples identidades y papeles socialmente asignados dentro un campo de «posibilidades estratégicas», de «gama de los posibles», más o menos limitado o consciente. La biografía entonces puede tener saludables efectos para recordar que los individuos están «situados», pero no necesariamente prisioneros o ciegos, dentro de estructuras sociales o discursivas. Joan Scott, precisamente en sus obras consideradas más radicalmente poshumanistas y menos comprendidas, ha demostrado una vez más la importancia que tiene la reflexión crítica al respecto para el análisis de los movimientos políticos, en concreto del feminismo decimonónico, a través de la exploración de sus mecanismos de identificación colectiva y retrospectiva, de sus prácticas de sutura de la discontinuidad entre mujeres con experiencias y proyectos notablemente diferentes²⁹.

Es quizás en esos espacios de sutura de la discontinuidad donde se ventilan los proyectos de libertad e identidad que merece la pena rescatar. De la misma manera que es en la búsqueda de mecanismos para trascender las distinciones radicales entre «posiciones» y «prácticas» donde hay que explorar la pertinencia, o no, de la evidencia biográfica disponible, cómo distinguirla y cómo

²⁹ Joan W. SCOTT: *Only Paradoxes to Offer...*, e íd.: «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad», *Ayer*, 62 (2006/2), pp. 111-138. De hecho, a mi juicio, allí donde Scott parece más determinista es donde más celebra las posibilidades de libertad individual.

tratarla. Es ahí donde hay que explicitar y justificar los criterios que utilizamos para evaluar el peso de cada uno de «los marcadores de identidad» que podemos seleccionar y su relación con acontecimientos o procesos históricos, acciones y relaciones que consideramos significativos. De hecho, la biografía (y, en concreto, la biografía interesada en la acción política) constituye una buena forma de aproximación a las prácticas cotidianas o extraordinarias que generan cambios en los sistemas y en las instituciones, los hacen históricamente visibles y cuestionables e introducen diferencias no sólo en las relaciones de poder, sino en las categorías culturales que las definen en un momento o contexto dados. Puede intentarse así no sólo en la teoría, sino en la escritura, un doble distanciamiento necesario: respecto a las naturalizaciones excesivas de los acontecimientos, los procesos y los individuos en la historia social y política, pero también de aquellas formas de determinismo discursivo que ahogan la búsqueda de espacios individuales de habla, acción y autorrepresentación.

Por todo ello, la renovación de la biografía política no debería plantearse sólo, en un sentido profundo, en términos de si sus personajes son o no «grandes hombres» —los héroes del modelo clásico— o sujetos más o menos anónimos y «no poderosos» en el sentido convencional. La cuestión es más compleja porque lo que está en juego no es el *quién*, sino el *cómo*. Lo ha advertido también Joan Scott al cuestionar algunas posturas demasiado ingenuas al respecto: «La historia no se descentra simplemente porque se otorgue visibilidad a los que hasta ahora han estado ocultos o en sus márgenes. Los relatos, a veces incluso de los poderosos, revelan la complejidad de la experiencia humana, hasta el punto de que impugnan las categorías con las que estamos acostumbrados a pensar el mundo». Atender a esos relatos, a sus «categorías indígenas» —ahora en palabras de Natalie Zemon Davis—, es la condición misma de la historia biográfica más allá de que se trate con «héroes» o con «gente corriente». Son sus historias, lo que cuentan y cómo lo cuentan, lo que nos permite otorgar a la gente del pasado capacidad de acción y reconocer sus elecciones. Es lo que permite «implicarse con la novedad de lo viejo, la extrañeza de lo nuevo o la irreductible diferencia del otro» frente a la insistencia en «lo similar, la confortable familiaridad de lo ya conocido». Es la combinación de «formar parte» de algo universal y el reconocimiento de

lo particular lo que nos hace humanos, lo que nos alarga para alcanzar el pasado, «porque la diferencia es la base de nuestra común humanidad»³⁰.

Juegos de esferas. Juegos de escalas

«To avoid trivia but to look for the significance of the trivial».

Samuel Johnson

Durante buena parte de los siglos XIX y XX, la biografía política prestó escasa o nula atención a la esfera privada por varias razones conocidas. Entre ellas, una concepción del yo y de la dicotomía público/privado que cancelaba las preguntas (y las fuentes) al respecto y que conducía a considerar que la actividad pública en la economía, la guerra o la política era la parte más valiosa e interesante de una vida que mereciese ser estudiada. Lo que Jacques Rancière ha denominado «la vida muda», los actos cotidianos, *privados*, sin calidad de grandes acciones, pero que son en sí mismos profundamente significativos —como, por ejemplo, «la muerte natural» de Guillermo el Mariscal, tal y como la estudió Duby—, quedaban ocultos tras una cortina de pudor o de desinterés³¹.

Sin embargo, en una biografía atenta a las preguntas que antes formulaba, privilegiar la escena significativa sobre el encadenamiento lineal de las acciones no significa, sino más bien todo lo contrario, abandonar el terreno tipificado como privado y aparentemente mudo. Supone un reto para la biografía política, en la medida en que se constituye como exactamente lo opuesto al sensacionalismo, al interés morboso por lo íntimo y lo secreto, al psicologismo banal de lo que Joyce Carol Oates ha denominado «patografía»³².

³⁰ Joan W. SCOTT: «Storytelling», *History and Theory*, 50 (2011), pp. 208-209, y el número completo de homenaje a Natalie Zemon Davis de esta última revista, así como el coordinado por Mary NASH: *Historia Social*, 75 (2013), pp. 63-188. También Nicolas OFFENSTADT: «Pratique/Pratiques», en Christian DELACROIX *et al.* (eds.): *Historiographies...*, pp. 843-852.

³¹ Jacques RANCIÈRE: «Le biographique», Conferencia pronunciada en Valencia el 2 de octubre de 1997, y George DUBY: *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza, 1997 (1.^a ed., 1984).

³² Citado en Susan WARE: «Writing Women's Lives: One Historian's Perspective», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010), pp. 413-435 (cita en

No se trata tampoco, y esto es si cabe más crucial, de que la biografía, al situarse en la intersección entre la esfera pública y la privada, permita «conferir un mayor componente de “verdad” a la escritura histórica o, si se quiere, de cercanía a la “realidad” pasada»³³. Tanto si se utilizan comillas para «verdad» y «realidad» como si no se hace, creo que es un error creer que en el ámbito de lo privado se encuentran mayores dosis de una u otra. Un error que es producto, precisamente, de la potencia de las antinomias que fueron conformando la noción moderna de individuo (al menos en las sociedades occidentales), con su énfasis en el ámbito de lo privado como el más cercano a la naturaleza, el dominio de la pura humanidad, la fuente última del yo³⁴.

Como recuerda, por ejemplo, Anthony La Vopa, es necesario recordar que todas las trazas documentales que le quedan al biógrafo, incluso las más íntimas, son retóricas³⁵. La diferencia entre las privadas y las públicas reside en el tipo de retórica utilizado, pero ambas están embebidas en las narrativas disponibles y en los códigos de una cultura respecto a esa misma distinción. La idea de que es posible despojarse del «ser social» y ser único, puro, individual, transparente en el ámbito de lo privado, es en sí mismo un código cultural y, más concreta y distintivamente, un código cultural romántico. Contra una tentación naturalista (o romántica) recurrente en el tratamiento de las fuentes privadas en el análisis biográfico es necesario recordar que el conocimiento que un individuo tiene de sus propios propósitos, el significado que atribuye a

p. 418). Tan sólo en este sentido comparto la afirmación de Birgitte POSSING de que la biografía histórica se distancia del interés de la biografía popular por lo privado, en «Biography: Historical...», pp. 12-13.

³³ Como sostienen Xosé M. NÚÑEZ y Fernando MOLINA: «Identidad nacional, heterodoxia y biografía», en *Id.: Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, p. 17.

³⁴ Introducciones clásicas al problema son las de Helena BÉJAR: *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988, y Charles TAYLOR: *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996. Es muy útil la reflexión de Roger CHARTIER al respecto, cruzando las propuestas de J. Habermas, R. Koselleck y P. Bourdieu: «Privado/Público: reflexiones historiográficas sobre una dicotomía», *Pasajes*, 9 (2002), pp. 63-73.

³⁵ Anthony J. LA VOPA: *Fichte. The Self and the Calling of Philosophy, 1762-1799*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, e *Id.*: «Doing Fichte. Reflections of a sobered (but unrepentant) Contextual Biographer», en Hans Erich BÖDEKER (ed.): *Biographie schreiben...*, pp. 107-171, esp. p. 150.

su vida y las formas de percibir su propia identidad son también, como el del biógrafo, básicamente interpretativos. Sigo creyendo que «no existe, por tanto, una autoridad última capaz de constituirse en incontestable respecto a la identidad, la experiencia, la intención o el significado de una vida individual. Ni siquiera tiene esa autoridad aquel que vive e interpreta su propia existencia, por muy consciente y acabadamente que llegue a hacerlo»³⁶.

La autopercepción construida en torno a la metáfora de *dentro* y *fuera* (privado y público) no es, sin embargo, irrelevante. Tiene una fuerza poderosísima en la conciencia de sí de los sujetos históricos en sociedades, contextos y tiempos históricos particulares. Cuando así ocurre no basta con cuestionar su «carácter artificial», sino que hay que analizar para cada caso el diálogo continuo de interpretaciones que operan social/individualmente al respecto, así como sus formas de cambio histórico. Lo interesante para la biografía en general, y para la biografía política en particular, es el cruce constante de planos de significación y resignificación de las experiencias de identidad que permite el cruce de esferas en la percepción del mundo histórico. Por una parte, porque al hacerlo se refuerza la reevaluación de la naturaleza del poder a que aludía más arriba, descentrándolo respecto a una concepción puramente pública, institucionalizada, del mismo. Por otra, porque permite colocar en perspectiva o foco político las relaciones entre lo privado y lo público, suscitar preguntas respecto a cómo opera esa distinción y trascender el paradigma de las esferas separadas, sin olvidar la pertinencia que éste tiene para la percepción y la actuación de muchos individuos. Finalmente, y subsumiendo todo lo anterior, porque permite el análisis histórico y contextual de las diversas situaciones culturales, sociales o políticas en las que la fractura entre lo público y lo privado opera abiertamente, es difícil de establecer o resulta inoperante.

Un planteamiento de este tipo facilita, por ejemplo, y en situaciones históricas concretas, discutir las maneras diversas, posibles y peculiares de involucrarse en la esfera pública y de ensanchar el ámbito de lo político por parte de los excluidos de ella, notablemente de las mujeres, pero no sólo ellas. Estudios como los de Mónica Burguera y M.^a Cruz Romeo sobre la condesa de Espoz

³⁶ Isabel BURDIEL: «La Dama de Blanco...», pp. 26 y 42-43.

y Mina, o de esta última sobre Concepción Arenal, así como los de Susan Grogan sobre Flora Tristán, entre otros, analizan las estrategias de autorrepresentación «adecuadas» al activismo en la esfera pública por parte de estas mujeres y la fuerte implicación política de representaciones del yo aparentemente ancladas en virtudes privadas y estereotipadamente feminizadas³⁷. En un sentido coincidente, Lucy Riall en su trabajo sobre Massimo d'Azeglio y sus hermanos aborda el carácter fluctuante de lo público y lo privado en la política del Risorgimento, las formas de representación pública de la esfera privada ligada a la familia, las maneras en que las mujeres podían intervenir activamente en política a través de las redes familiares, así como las estrategias de preservación de un ámbito íntimo de relaciones emocionales que no era exclusivamente femenino³⁸.

De la misma forma, María Sierra en sus trabajos sobre el poeta y político Gabriel García Tassara y sobre Bretón de los Herreros, o Anthony La Vopa en su ya clásica biografía de Fichte analizan la implicación de valores asociados a las emociones y a la masculinidad (romántica) en la construcción de la esfera liberal, desde los círculos literarios o periodísticos hasta el Parlamento, pasando por

³⁷ M.^a Cruz ROMEO: «Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872): por amor al esposo, por amor a la patria», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Liberales, agitadores y conspiradores...*, pp. 209-238; íd.: «Concepción Arenal: reformar la sociedad desde los márgenes», en Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.): *Liberales eminentes...*, pp. 213-243; Mónica BURGUERA: «Performing Middle-Class Womanhood in 19th Century Spain: The Memoirs of Juana de Vega, countess of Espoz y Mina», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012, y Susan GROGAN: «“Playing the Princess”: Flora Tristan, Performance, and Female Moral Authority During the July Monarchy», en Jo Burr MARGADANT: *The New Biography. Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, University of California Press, 2000, pp. 72-98. Los estudios sobre Marguerite Durand o Nelly Roussel en la misma obra abundan en el análisis de las diversas estrategias de representación respetable en la esfera pública. Es excelente al respecto la obra colectiva coordinada por Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y M.^a Cruz ROMEO: *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009.

³⁸ Lucy RIALL: «Massimo d'Azeglio and his Brothers», y Carolina BLUTRACH: «Court Society and Family Memory: Reframing the Life and Work of Count Fernán Núñez, 1644-1721», ambos en *Unforeseen lives? Writing biographies beyond the «exceptional» and the «normal»*, V Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Valencia, 7-8 de junio de 2013.

las relaciones de amistad, familiares o amorosas. Se abren así campos de análisis poco transitados hasta el momento como la forma en que los sentimientos y las emociones se constituyen en referencias decisivas para la acción política, las posibilidades de desestabilización de los roles de género hegemónicos o la reformulación de «la hombría» como gran idea moral reguladora del liberalismo —que he podido observar en trayectorias supuestamente tan neutras al respecto y tan diferentes como las de Salustiano de Olózaga o Juan Donoso Cortés—³⁹.

Todo ello remite, además, a una de las múltiples decisiones que debe tomar el historiador biógrafo. ¿Quiere o debe, en función de los problemas históricos que se plantea, integrar o no materiales y espacios de experiencia tipificados históricamente como privados en su análisis de la acción política? Creo que en este aspecto hay que evitar las posiciones maximalistas en una u otra dirección y atender a variables concretas de análisis. Hay un primer plano, aparentemente obvio, relativo a la cantidad y calidad de la documentación con que se cuenta. Aquí los silencios y las lagunas pueden ser tan elocuentes como lo contrario. ¿Qué dice de sí —además de sobre otros azares documentales y situaciones sociales diversas— un personaje que deja rastro de su vida llamada *privada* y otro que no lo hace?

Juan Pro, en su biografía de Bravo Murillo, no sólo se enfrenta en este aspecto a la falta de documentación, sino que aborda la cuestión teniendo muy presente que para su personaje, como para muchos otros hombres públicos decimonónicos, se entendía como una virtud esencial y constitutiva de identidad la estricta separación y la absoluta discreción sobre lo que se concebía entonces como *vida privada*. Un planteamiento que, a su vez, permite vislumbrar la

³⁹ María SIERRA: «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», *Historia y Política*, 27 (enero-junio de 2012), pp. 203-226, e *ib.*: *Género y emociones en el Romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013, donde se discute ampliamente la bibliografía actual en torno a la historia de las emociones, en especial las propuestas de William Reddy y Barbara Rosenwin. Omito, por tanto, las citas y remito también a Jan PLAMER: «The history of emotions: An interview with William Reddy, Barbara Rosenwin, and Peter Stearns», *History and Theory*, 49 (mayo de 2010), pp. 237-265; Anthony LA VOPA: *Fichte...*, e Isabel BURDIEL: «Salustiano de Ózaga: la res más brava del progresismo», en Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.): *Liberales eminentes...*, pp. 77-124.

potencia alcanzada por una concepción de la política, o más exactamente de sus discursos de legitimación durante buena parte del siglo XIX hasta la actualidad, como una forma de acción que trasciende (debe trascender) al individuo y que se ennoblece (retóricamente) por el sacrificio de la vida personal, individual, a los bienes y objetivos colectivos⁴⁰.

La historiadora finlandesa Irma Sulkunen ha explorado esa cuestión más a fondo cuando ha advertido las diferencias fundamentales entre qué cosa consideraban su «yo íntimo» mujeres de clase media y activistas políticas finlandesas de la primera mitad del siglo XX. Mientras las primeras fundaban su identidad en el ámbito privado, las segundas buscaban presentarse —incluso en su documentación más personal— como personalidades eminentemente públicas y políticas⁴¹. Así, en un caso no tan singular, la activista negra Ella Baker insistió en que quería ser juzgada exclusivamente por su papel político y rechazó en repetidas ocasiones que éste tuviese absolutamente nada que ver con su vida privada⁴². En las antípodas de ese planteamiento se encontrarían aquellos otros activistas (historiadores o no) relacionados con la llamada «queer history» que convierten la visibilidad de sus opciones sexuales y de relación personales, sus «historias de vida íntima», en forma primera de acción política⁴³. Roy Foster, en su estudio de la generación revolucionaria y nacionalista irlandesa de finales del siglo XIX y primeras

⁴⁰ Juan PRO: *Bravo Murillo: política de orden en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Para esa concepción de la política, Alain GARRIGOU: *Mourir pour des idées...*, esp. pp. 219-20. Para las paradojas al respecto en el seno del liberalismo posrevolucionario *versus* el planteamiento democrático encontré muy útiles en su momento algunas páginas de Lucien JANUME: *L'individu effacé, ou la paradoxe du libéralisme français*, París, Fayard, 1997, esp. pp. 281-350.

⁴¹ Irma SULKUNEN: «Characterization, Collective Phenomena and Methodology of Biographical Research», *Metodología. La biografía histórica. Sección Cronológica*, vol. II de *Actas del XVII Congreso de Ciencias Históricas*, Madrid, Comité Internacional de Ciencias Históricas, 1992, pp. 2325-2336, e *id.*: «Suffrage, Gender and Citizenship in Finland. A Comparative Perspective», *NORDEUROPAforum*, 1 (2007), pp. 27-39.

⁴² Citada por Susan WARE: «Writing Women Lives...», p. 435.

⁴³ Una útil valoración crítica de la bibliografía y de las opciones biográficas al respecto en David S. CHURCHILL: «Paul Goodman and the Biography of Sexual Modernity», y Stephen BOOKE: «Subjects of Interest: Biography, Politics and Gender History», *Journal of the Canadian Historical Association*, vol. XXI, 2 (2009), pp. 47-60 y 21-28.

décadas del xx, ha analizado la forma en que la acción política antiimperial tenía también una fuerte connotación liberadora, antiautoritaria y antipatriarcal en el ámbito privado, más allá de que los propios protagonistas colaborasen *después* en borrar sus huellas y en tender un velo de silencio conservador y eclesiástico sobre los «santos» y «santas» de la nueva Irlanda⁴⁴.

Por supuesto, un historiador biógrafo no tiene por qué aceptar las indicaciones en uno u otro sentido de sus biografiados o de aquellos que tuvieron la capacidad de controlar sus rastros documentales y su memoria. Lo que debería hacer, en todo caso, es argumentar la pertinencia o no de integrar aspectos formalmente tipificados como privados en el análisis que propone y para los problemas que quiere abordar. Santos Juliá, por ejemplo, en su biografía de Manuel Azaña, ha adoptado con firmeza una postura contraria a esa pertinencia al afirmar que nada en la biografía más personal y en la vida privada del último presidente de la Segunda República española (su infancia huérfana, sus sentimientos y emociones, sus relaciones sexuales o amistosas) puede arrojar luz relevante, y menos aún necesaria, sobre su acción y su pensamiento políticos. «Azaña es su palabra. Todo el misterio reside ahí. No hay otro Azaña que el político». Si algo hubiera que analizar sería la forma en que las diversas narrativas, especialmente denigratorias sobre su vida privada y su carácter, afectaron a su reputación y tuvieron importancia como elementos activos del combate político en los años de su estancia en el poder y mucho después durante el franquismo y hasta la actualidad⁴⁵.

No se trataría, por tanto, de la vida privada en sí misma, sino de su representación pública como tal y como parte del combate político lo que debe ser objeto de valoración. Una cuestión que, por otra parte, suscita una reflexión y una serie de decisiones de dimensión ética en las que no puedo entrar aquí, pero que considero que necesitan advertirse como dilemas relevantes para el bió-

⁴⁴ Roy FOSTER: «Privates Lives and Posthumous reputations: Love and Affection among the Irish Revolutionary generation, 1890-1916», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012.

⁴⁵ Santos JULIÁ: «Biography vs Stereotypes: The case of Manuel Azaña», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012, e íd.: *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid, Taurus, 2008.

grafo, constituido en árbitro de lo que puede y debe saberse de un individuo a todos los efectos indefenso. La decisión al respecto fue fundamental en mi experiencia como biógrafa de Isabel II y de su entorno. En la medida en que el problema histórico que guiaba el trabajo era el papel de la monarquía isabelina en el proceso de asentamiento del régimen liberal en España, el análisis de la constante utilización política de la vida privada de la reina dejaba de ser una opción para convertirse en una necesidad. Primero, y (aunque no lo parezca) más superficial, porque la vida amorosa de la reina afectó a su manera de hacer política y a las influencias que actuaron sobre ella y a través de ella. Segundo, porque al llevar a la esfera pública la vida privada de Isabel II, los liberales estaban intentando apropiarse políticamente de la institución y sujetar a la monarquía a sus valores no sólo políticos, sino sociales y morales. Tercero, y en estrecha relación, porque la imagen proyectada de la reina formaba parte de los discursos en competencia sobre cuál habría de ser el comportamiento adecuado para las mujeres respetables de la burguesía liberal frente a la «degradación moral» de las formas de vida aristocráticas, cuya representación máxima era la corte isabelina⁴⁶.

El rancio género de las biografías de reyes y, en general, los estudios sobre las monarquía decimonónicas han experimentado, al hilo de este tipo de reflexiones, una renovación sustancial. Como ha señalado, entre otros, Henk Te Velde, tan sólo una concepción muy limitada de «lo político» permite argumentar que los valores y actuaciones requeridas del poder (y de las diversas oposiciones a ese poder) en aspectos sustanciales de la representación *pública* de la vida *privada* de los monarcas deben ser considerados como «simplemente simbólicos», no envueltos y actuantes en el conflicto político en torno al poder monárquico⁴⁷. Este planteamiento ha per-

⁴⁶ Isabel BURDIEL: *Isabel II...*, e íd.: *El descenso de los reyes y la nación moral. A propósito de «Los Borbones en Pelota»*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012, pp. 7-74. Para la discusión sobre los modelos de feminidad actuantes en la época, Mónica BOLUFER y Mónica BURGUERA (eds.): *Género y modernidad en España: de la Ilustración al liberalismo*, *Ayer*, 78 (2010/2), pp. 13-168, y Mónica BURGUERA: *Las damas del liberalismo respetable...*

⁴⁷ Henk TE VELDE: «Cannadine, Twenty Years on. Monarchy and Political Culture in Nineteenth-Century Britain and the Netherlands», en Jeroen DEPLOIGE (ed.): *Mystifying the Monarch: Studies on Discourse, Power and History*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2007, pp. 193-203.

mitido avanzar respecto a los trabajos centrados en las grandes representaciones públicas —los estudios clásicos sobre las llamadas «performing monarchies»— para integrar el análisis de trayectorias individuales de amplia proyección pública y política en las que las relaciones entre privado y público, intimidad y representación, son siempre inestables y tienen relaciones muy paradójicas respecto a la representación del poder y al poder mismo⁴⁸.

La idea de explorar las relaciones entre el universo moral de la experiencia privada de los súbditos y la formulación de críticas políticas al sistema descentra las nociones clásicas del poder y sus fuentes de legitimidad, las relaciones entre «alta política» y «política popular», entre lo «macro» y lo «micro», así como las propias fronteras estatales en un fenómeno de carácter transnacional que, como tal, tiene que ser explorado. Desde ahí también creo que la historia biográfica puede contribuir sustancialmente a cambiar nuestra perspectiva de lo que constituye el conflicto político y abrir horizontes nuevos de análisis histórico al respecto⁴⁹.

La compleja interacción entre esferas y escalas de experiencia y análisis, entre discursos doctrinales, valores culturales, prácticas políticas y sociales, ha sido por ello útil también para la renovación de los estudios sobre el nacionalismo y los procesos de nacionalización. En ese ámbito, y contra pronósticos demasiado apresurados, el impacto del giro cultural ha propiciado una atención especial a las relaciones entre individuo y nación, al papel de la subjetividad y de las historias personales en el relato (relatos) de la nación y en sus quiebras posibles. Existe ahí un amplio margen para que la historia biográfica permita abordar la pluralidad de los marcos de iden-

⁴⁸ Una discusión respecto al potencial de los estudios sobre las «performing monarchies» en Javier MORENO LUZÓN: «The Crown and the Nation: Studying Alfonso XIII of Spain», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012.

⁴⁹ Los ejemplos empiezan a abundar al hilo de propuestas de este tipo que, no por casualidad, tienen especial incidencia en el estudio de las relaciones entre las mujeres y la soberanía real. Véase Louise Olga FRADENBURG (ed.): *Women and Sovereignty*, Edimburgo, Edimburg University Press, 1992, e Isabel BURDIEL: *El descenso de los reyes...*, esp. pp. 16-42. Para un periodo muy anterior me parece extraordinariamente innovadora Bethany ARAM: *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, Marcial Pons, 2001, y Jo Burr MARGADANT: «The duchesse de Berry and Royalist Political Culture in Postrevolutionary France», en Jo Burr MARGADANT (ed.): *The New Biography...*, pp. 33-71.

tidad y de narraciones del yo a menudo en conflicto que interpe-lan de forma potencialmente diversa a los individuos y cuestionan, a mi juicio, las interpretaciones demasiado deterministas y unidi-reccionales de los procesos de nacionalización. El cruce de esferas que favorece la aproximación biográfica permite además concretar, más allá de las abstracciones al uso, el papel creativo y activador del conflicto político y las formas posibles de articulación de la acción del Estado y de la sociedad civil en la línea más fructífera de los es-tudios al respecto⁵⁰.

Un potencial similar puede observarse en otro campo de estu-dios especialmente dinámico en la última década, el los llamados *estudios imperiales*, donde lo biográfico ha encontrado un lugar in-teressante de desarrollo a través de los cruces que acabo de seña-lar⁵¹. Así, en un ejemplo destacado, Emma Rothschild argumenta convincentemente, a través de la familia escocesa de los Johnstone, que la experiencia imperial era indistintamente pública y privada, económica y política, y que todo ello determinaba sus actuaciones, sus estrategias y la propia conformación del Imperio británico en América y Asia durante el siglo XVIII. Diferentes tipos de conoci-miento público y privado, personal, financiero y político, estaban mezclados en sus opciones y empresas; en la información que ma-

⁵⁰ Véase, en este sentido, Xosé M. NÚÑEZ y Fernando MOLINA (eds.): *Los he-terodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, y el dossier coordinado por Alejandro QUIROGA y Ferran ARCHILÉS (eds.): *La nacionalización en España, Ayer*, 90 (2013/2), en especial el ar-tículo de Fernando MOLINA: «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional», pp. 39-63. Del mismo autor la biografía, saludablemente auto-reflexiva, de Mario Onaindía (1948-2003). *Biografía patria*, Madrid, Biblio-teca Nueva, 2012. No es una biografía, pero contiene elementos interesantes para el debate al respecto, la obra de Ferran ARCHILÉS: *Una singularitat amarga. Joan Fuster i el relat de la identitat valenciana*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2012, e íd.: «Lenguajes de nación. Las “experiencias de nación” y los procesos de nacionaliza-ción: propuestas para un debate», *La nacionalización en España, Ayer*, 90 (2013/2), pp. 91-114. Una compilación reciente que enlaza con el tema del carisma aludido más arriba en Vivian IBRAHIM y Margit WUNSCH: *Political Leadership, Nations and Charisma*, Londres, Routledge, 2012.

⁵¹ El mejor balance que conozco desde la perspectiva contemporánea es el de Anaclet PONS: «De los detalles al todo: historia cultural y biografías globales», *His-toria da Historiografía*, 12 (agosto de 2013), pp. 156-175. Me ha interesado también al respecto Heinz-Gerhard HAUPT y Jürgen KOCKA (eds.): *Comparative and Trans-national History. Central European Approaches and New Perspectives*, Nueva York, Berghahn Books, 2009.

nejaban y que se transmitían entre ellos o con el Estado, con otros comerciantes, hombres de negocios y oficiales imperiales. La familia era, al mismo tiempo, un ámbito de relaciones íntimas y una sociedad basada en tipos muy diversos de «información afectiva» en la que se mezclaban de forma *natural* las oportunidades de mejorar por herencia, la promoción militar, los empleos públicos, las ventas de *stock* de la East India Company, los litigios jurídicos, las enfermedades infantiles, la inteligencia naval, los seguros sobre el precio del azúcar, las posibilidades de promoción, los lenguajes de la Ilustración sobre el progreso económico y los sentimientos, las libertades públicas, los derechos civiles, los derechos generales de la humanidad y la situación de las mujeres, los esclavos, los colonizadores y los colonizados⁵².

Estudios como éste, con una marcada impronta de lo biográfico, han permitido renovar la reflexión sobre el carácter relacional de las geografías del Imperio y la forma en que éstas no son sólo un mero telón de fondo, sino elementos constitutivos de una identidad al menos parcialmente nueva, híbrida y compleja, que pone en cuestión ideas previas sobre los modos de conformación de las jerarquías y asimetrías del poder y de las fronteras tradicionales. Los trabajos sobre las redes familiares, de patronazgo y clientela, el cruce de influencias políticas e intelectuales (y no sólo económicas), más allá incluso de la desaparición formal de los imperios, se asientan en buena medida sobre una utilización intensa de las trayectorias de vida de sus protagonistas, como demuestran trabajos como los de Elsa Lechner sobre las narraciones de vida y la reformulación de las nociones de ciudadanía de los emigrantes o el estudio de Juan Pan sobre la densa red de transferencias entre España, Eu-

⁵² Emma ROTHSCHILD: *The Inner Life of Empires. An Eighteenth-Century History*, New Jersey, Princeton University Press, 2011. Junto a éste me han interesado especialmente los trabajos de Alison GAMES: *The Web of Empire: English Cosmopolitanism in an Age of Expansion, 1560-1660*, Oxford, Oxford University Press, 2008, y Linda COLLEY: *The Ordeal of Elizabeth Marsh: A Woman in World History*, Londres, Harper, 2007, así como el avance del proyecto de Alan LESTER: «Relational Space and Life Geographies in Imperial History: George Arthur and Humanitarian Governance», *Journal of the CHA/Revue de la SHC*, 21-2 (2009), pp. 29-46. El cruce de lo privado y lo público, el mundo de los negocios y la política, en un espacio transnacional constituye la trama de la excelente biografía de Jean-Philippe LUIS: *L'ivresse de la fortune. A. M. Aguado, un génie des affaires*, París, Payot, 2009.

ropa y América a través de la labor social, económica y política del vasco Domingo Ordoñana⁵³.

Precisamente en este terreno, enlazando con las perspectivas de combinación de lo individual y lo global que vienen observándose en los estudios culturales, creo que los historiadores interesados en la política pueden tener mucho que aportar. En especial, al insistir en los peligros de la difuminación de lo político y la necesidad de una valoración sistemática de las relaciones de poder —del conflicto, de la coerción y la resistencia— en la conformación del intercambio, la conexión, la transferencia o la hibridación. El desplazamiento de las categorías fijas nacionales o locales, la insistencia en las circulaciones y las interdependencias, requiere una historia atenta a lo político e interpela especialmente a la historia biográfica por su potencial para cruzar esferas, escalas y tiempos; para explorar las historias simultáneas de resistencia e intercambio y la manera en que, como señala Natalie Zemon Davis, ambos aspectos están imbricados y deben ser entendidos, al tiempo, como coercitivos y comunicativos⁵⁴.

De esta forma, y volviendo a uno de los núcleos centrales de argumentación de este artículo, se podrá pensar de forma más compleja e interesante la pertinencia de marcos diferentes y múltiples para abordar el potencial interpretativo general de biografías guiadas por problemas históricos sustanciales. La sutura de las viejas heridas y fronteras entre la historia sociocultural y la historia política es condición no sólo del avance del conocimiento, sino de la posibilidad de una visión más humanista y más democrática, no tanto porque abra el camino para la inclusión de nuevos sujetos, sino porque ayuda a reconocer el principio de «individualidad sig-

⁵³ Elsa LECHNER: «Migração, pesquisa biográfica e emancipação social: Contributo para a análise dos impactos da pesquisa biográfica junto de migrantes», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 85 (2009), pp. 43-64, y Juan PAN-MONTOJO: «The Spanish Basque Domingo Ordoñana: Progress, Civilisation and Order in 19th Century Uruguay», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, IV Encuentro de la RETPB/ENTPB, Universidad de Oxford, 20-21 de abril de 2012.

⁵⁴ Natalie ZEMON DAVIS: «Decentering History: Local Stories and Cultural Crossings in a Global World», *History and Theory*, 5 (mayo de 2011), pp. 188-202. Véase también, para la discusión sobre el alcance y límites de las propuestas al respecto, Sanjay SUBRAHMANYAM: «Intertwined Histories: *Crónica* and *Tarikh* in the Sixteenth-Century Indian Ocean World», *History and Theory*, 49 (2010), pp. 118-145.

nificativa» a todos los seres humanos y contribuye, además, a despojar al mundo histórico de su inevitabilidad fatal.

* * *

«En un nivel básico, reconoce Sanjay Subrahmanyam, se trata de la clásica pregunta de cuán determinista es tu historia, cuántas personas son prisioneras del contexto o agentes activos. Lo que hay que hacer es viajar constantemente entre esos niveles de análisis»⁵⁵. En efecto, en un nivel básico y primordial —tanto desde el punto de vista ético como analítico— de eso se trata. De restituir al pasado su pluralidad y su carácter abierto, de plantearse a fondo el problema de la responsabilidad, de las elecciones posibles, de los límites y alcance de la libertad. Lo que necesariamente cambia son las formas de abordar una mejor comprensión de todo ello. Las rupturas de las barreras y el cruce de fronteras, percibidas y analizadas como fenómenos históricos profundamente ambivalentes, parece ser en este momento el mejor antídoto contra el retorno de una vieja forma de concebir la historia y la biografía políticas. No es tanto un problema de disolución como de consciente hibridación y mestizaje entre escalas, entre lo privado y lo público, lo cultural y lo político, lo individual y lo colectivo, lo local y lo global. Un cruce constante, argumentado y meditado en cada caso y cada problema, para el que la historia biográfica está, a mi juicio, especialmente equipada desde sus propios intereses y recursos, algunos de ellos saludablemente clásicos.

El biógrafo, escribió Virginia Woolf, tiene que ser un pionero, ir «delante del resto de nosotros como el canario en la mina, comprobando la atmósfera, detectando la falsedad, la irrealidad y la presencia de convenciones obsoletas». Por eso, «hay algunas historias que tienen que ser recontadas por cada generación»⁵⁶.

⁵⁵ Entrevista con Natalie Zemon Davis, Clionauta, 4 de abril de 2012.

⁵⁶ Virginia WOOLF: *The Art of Biography* y *Not one of Us*, octubre de 1927, citados por Hermione LEE: *Virginia Woolf*, Londres, Chatto and Windus, 1996, p. 11.

*Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres**

Mónica Bolufer

Universitat de València

Resumen: En este artículo se trata de identificar cuáles han sido las aportaciones de la historia de las mujeres y del género a las cuestiones suscitadas por el enfoque biográfico en algunos de los debates teóricos y metodológicos cruciales de la historia. La comprensión de la biografía como una práctica social e ideológicamente situada, el reconocimiento del vínculo entre biografía y autobiografía, el planteamiento de la profunda historicidad y la compleja relación entre «público» y «privado», o la insistencia en un concepto del yo complejo y móvil, inscrito en redes de relaciones, son aspectos en los que su contribución ha sido esencial.

Palabras clave: biografía, historia de las mujeres, historia del género, historiografía-self.

Abstract: This essay aims at identifying the main contributions of feminist historiography to the debate on biography and on the theoretical and methodological issues it raises for the writing of History. Some of the issues in which its contribution has been and is crucial for the writing of History are: understanding biography as an ideologically and socially situated practice, admitting the connection between biography and autobiography, taking seriously the historicity and complex relationship between «public» and «private», and conceiving the self as multiple, mobile and inserted in relation networks.

Keywords: Biography, women's history, gender history, historiography-self.

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (HAR2008-03428) y del proyecto de investigación HAR2011-26129/HIS, ambos financiados por el MINECO. Agradezco a Isabel Burdiel y Carolina Blutrach sus comentarios a una versión anterior del texto.

«¿Cuántas personas diferentes no habrá [...] que se alojan, en uno u otro tiempo, en cada espíritu humano?».

«Al escribir sobre una mujer todo está fuera de lugar: el acento no cae donde suele caer con un hombre»¹.

Introducción

¿Y si Shakespeare hubiese tenido una hermana escritora? Esta célebre pregunta constituye uno de los recursos retóricos del ensayo *A Room of One's Own* (1929), en el que Virginia Woolf se interrogaba acerca del silencio de la historia sobre las experiencias y contribuciones de las mujeres. Si Shakespeare hubiera tenido una hermana que compartiese su pulsión creativa, especula Woolf, es muy probable que, a diferencia de él, apenas hubiese podido desarrollarla, dadas las constricciones sociales sobre la vocación y el talento femeninos. Pero además, aun suponiendo que así fuera, ¿qué sabríamos de ella ahora? Poco o nada, concluye, puesto que la disciplina histórica —como testimonian las obras acumuladas en los anaqueles del British Museum— no se ha ocupado de estudiar las vidas de las mujeres. Virginia Woolf, como es sabido, formó parte de los círculos intelectuales de vanguardia que en los años veinte del siglo pasado, y en el marco de una completa revisión crítica de los supuestos sociales y estéticos de la Inglaterra victoriana, dieron la vuelta a la noción decimonónica de biografía a través de la obra *Victorianos eminentes* de Lytton Strachey, pero también de diversos trabajos biográficos, ensayos críticos y experimentos literarios de la propia Woolf. Ésta reflexionó teóricamente sobre las paradojas del género e ironizó sobre ellas en su novela *Orlando* (1928), titulada *Una biografía*, en la que sigue la peripecia vital de un ser inclasificable que cambia de sexo repetidas veces y cuya vida siempre en transformación abarca varios siglos: todo un desafío a las nociones de unicidad del yo y a la narrativa lineal de la biografía al uso².

La corriente historiográfica que conocemos como historia de las mujeres asumió, desde sus inicios, la necesidad y el reto de dar a conocer las vidas y experiencias femeninas, utilizando para ello,

¹ Virginia WOOLF: *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, 2003.

² Virginia WOOLF: *Orlando*, Barcelona, Edhasa, 2002.

entre otros recursos, el enfoque biográfico. Sin embargo, si la relación entre biografía e historia no ha resultado nunca sencilla, en el caso de la historia de las mujeres y del género ese vínculo, aunque rico y productivo, ha sido especialmente complejo, tanto en las trayectorias pasadas de la disciplina histórica como en lo que concierne al reciente «giro biográfico» experimentado por ésta. Sin pretender agotar el tema, en este artículo trazaré algunos de sus recorridos, tratando de identificar cuáles han sido las aportaciones de la historiografía feminista al debate sobre la biografía y sobre algunas de las cuestiones metodológicas y teóricas suscitadas por ésta para la escritura de la historia.

Al referirme a la biografía no lo hago en el sentido de un género específico con un patrón único: el relato completo, cronológico y exhaustivo de una vida, hoy ampliamente cuestionado. Más bien en el de un enfoque o conjunto de enfoques que se interesan por reconstruir historias de vidas individuales como recurso (fundamental o combinado con otros) para abordar temas y problemas históricos, reconociendo a esta perspectiva ciertas virtudes específicas. Y ello por su capacidad para tender puentes entre el mundo académico y el público general, haciendo honor al compromiso divulgativo de la historia. Pero también, y sobre todo, por su pertinencia historiográfica, en la medida en que pone a prueba, desde la perspectiva de una vida individual inscrita en su contexto y actuante sobre él, la validez de los modelos explicativos generales, sacando a la luz —en estupenda e intraducible imagen de Stephen Brooke— «the wonderful unevenness of history»³. Comparto con otros autores y autoras de este dossier la convicción de que adoptar enfoques biográficos no supone refugiarse en una alternativa fácil para evitar los problemas teóricos que hoy se plantean en el trabajo histórico, sino, por el contrario, enfrentarse directamente a ellos⁴. Y es que contar una vida no resulta en absoluto evidente: la biografía no es mero contenedor vacío, un guión dado que quepa rellenar con datos, sino una forma de trabajo en la que —como en cualquier otro

³ Stephen BROOKE: «Subjects of Interest: Biography, Politics and Gender History», *Journal of the CHA*, New Series, vol. XXI, 2 (2009), pp. 21-28, esp. p. 23.

⁴ Interesantes reflexiones a este respecto en el volumen colectivo coordinado por William E. EPSTEIN (ed.): *Contesting the Subject. Essays in the Postmodern Theory and Practice of Biography and Biographical Criticism*, West Lafayette, Purdue University Press, 1991.

tipo de investigación histórica- toda elección debe ser justificada y tiene sus consecuencias y sus riesgos.

El poderoso impulso de recuperar las vidas «robadas» del pasado, sistemáticamente silenciadas u olvidadas por la historia oficial, mediante un ejercicio de reescritura de la historia continúa siendo una motivación presente y productiva en la historia de las mujeres. Una práctica historiográfica que reconoce y cultiva su vocación social, su interés por conectar con las preocupaciones de un público amplio y no exclusivamente académico. En ese empeño, el método biográfico resulta particularmente adecuado, puesto que un relato histórico con rostros y nombres responde a la necesidad humana de identificación y de forma especial al deseo de muchas mujeres de verse representadas, interpeladas o cuestionadas por una historia que contemple también sus experiencias. Aunque algunas de las tendencias en historia de las mujeres y del género hayan mostrado cierto rechazo hacia la biografía, en la actualidad, al tiempo que se multiplican y profundizan los debates teóricos y metodológicos al respecto, parece ir creciendo el consenso en torno a su interés historiográfico. La historia y la crítica literaria feministas, en diálogo a veces tenso, pero casi siempre productivo, con otras tendencias renovadoras, se sitúan así entre las corrientes que han constituido lo que en el ámbito anglosajón se conoce como «New Biography», una práctica historiográfica caracterizada, entre otros rasgos, por la insistencia en el carácter contingente de la existencia, frente a la clásica suposición de que ésta discurre formando una línea nítida; el interés por los procesos de formación de las identidades, contra la idea implícita de un sujeto autónomo y coherente, o la conciencia crítica del carácter necesariamente mediado y fragmentario de las fuentes, opuesto al fetichismo del archivo⁵. Y lo han hecho cuestionando, a partir de los retos particulares suscitados por sus objetos de estudio, muchas convenciones del análisis histórico y biográfico, a la vez que absorbiendo y utilizando, de formas con frecuencia creativas, las innovaciones producidas desde otros ámbitos del trabajo histórico y desde otras disciplinas de modos que han contribuido a transformar la propia escritura histórica.

⁵ William E. EPSTEIN: *Contesting the Subject...*, pp. 4-5.

«General» y «particular». Vidas (de mujeres) e historia

Aunque resulte simplificador afirmar que la biografía histórica renace de un largo olvido en las últimas décadas del siglo XX, pues nunca han dejado de escribirse y de leerse biografías, ni de plantearse la cuestión del papel del individuo en la historia⁶, es a partir de los años setenta cuando la insatisfacción por los modelos estructurales de explicación del cambio histórico y el hastío por la despersonalización de la historia reavivaron el interés por las historias individuales, los enfoques locales y los relatos de vida, lo que llevó a plantear de forma nueva y crítica la relación entre aquello que entendemos como «particular» y «general». En un clarividente ensayo publicado en *Quaderni Storici* —revista emblemática de la microhistoria y la historia de las mujeres en Italia—, Gianna Pomata reflexionaba en 1990 sobre esas engañosas categorías a propósito del género del manual histórico —con su pretensión globalizante de resumir los procesos históricos más significativos de alcance general— y de los problemas teóricos y metodológicos que afrontaban por aquellos años los primeros intentos de escribir síntesis de historia de las mujeres⁷. Para Pomata, la idea de que las mujeres habían estado ausentes de la tradición historiográfica occidental, proclamada por las historiadoras feministas de los años setenta y antes por Virginia Woolf, es inexacta, porque olvida que, junto a la historia «general», fundamentalmente política, consolidada como disciplina académica en la segunda mitad del siglo XIX, han existido siempre otras formas «particulares» de narrar el pasado en las que las mujeres sí aparecían incorporadas de algunos modos y con ciertos límites. Es el caso de las *vidas* de «mujeres célebres» (género muy habitual desde la Antigüedad y especialmente entre los siglos XV y XVIII), destinadas a probar las capacidades de su sexo, en especial aquellas que les eran negadas (prudencia política, valor militar, aptitud intelectual); representaciones icónicas que comparten

⁶ Isabel BURDIEL: «La Dama de Blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 17-48; Hermione LEE: *Biography. A Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009, y Sabina LORIGA: *Le petit x: De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010.

⁷ Gianna POMATA: «Storia particolare e storia generale. In margine ad alcuni manuali di storia delle donne», *Quaderni Storici*, 74 (1990), pp. 341-385.

su carácter ejemplar con la tradición de «hombres ilustres», aunque las virtudes asignadas a unas y otros sean parcialmente distintas⁸. Pero además, en la época moderna las mujeres participaron de forma significativa en la construcción de relatos sobre el pasado que se validaban por la apelación a lo «particular» (la propia experiencia, el testimonio en primera persona); crónicas conventuales, relatos de fundaciones, hagiografías, memorias o libros de razón, biografías de esposos o padres, en todos los cuales las autoras tienden a inscribirse en la trayectoria del colectivo (familia, comunidad religiosa) o del personaje cuya historia escriben⁹. Será la profesionalización de la historia y su transformación en disciplina científica con estatuto universitario lo que sitúe este tipo de relatos en los márgenes de la historia académica¹⁰.

La emergencia en la década de los setenta de la historia de las mujeres como corriente historiográfica implicó la voluntad de recuperar sus vidas y pensamientos como alternativa crítica a la historia habitualmente escrita, que restringía su atención a los hechos políticos y militares, privilegiando a los sujetos masculinos y, en especial, a los «grandes hombres» (así como algunas, pocas, «grandes mujeres»), protagonistas de las biografías clásicas. Rescatar esa memoria perdida se presentaba como un proyecto identitario, el de escribir una historia en la que las mujeres del presente pudiesen reconocerse y encontrar antecesoras, o, como se decía entonces, «devolver las mujeres a la historia y la historia a las mujeres». También como un acto de restitución o de justicia, en la medida en que tal olvido no respondía a una simple inercia, sino a formas activas de exclusión¹¹. Ello ha conle-

⁸ Plutarco, autor de las *Vidas paralelas*, lo fue también de la igualmente célebre *Mulierum virtutes*.

⁹ Natalie Z. DAVIS: «Gender and Genre. Women as Historical Writers», en Patricia LABALME (ed.): *Beyond their Sex. Learned Women of the European Past*, Nueva York, Columbia University Press, 1980, pp. 153-182.

¹⁰ No obstante, las escritoras participaron activamente en el desarrollo de una escritura biográfica conectada con la construcción de la nación en los siglos XIX y XX, en ocasiones prestando especial atención a la vida y realizaciones de otras mujeres. Véase Maarit LESKELÄ-KÄRKI: «Figures from the Shadow: On the Tradition of Women's Biographical Writing in Finland», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012.

¹¹ Gay WALD: «Rosetta Tharpe and Feminist "Un-Forgetting"», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 4 (2009), pp. 157-160, y Susan WARE: «Writing

vado un intenso trabajo de «biografía recuperativa» que ha permitido descubrir muchos e interesantes personajes femeninos. Tarea que, en sus manifestaciones más valiosas, ha ido acompañada de una fuerte preocupación teórica y metodológica (escribir biografías femeninas: ¿para qué?, ¿de quién?, ¿con qué métodos?). De ello son ejemplo diversos volúmenes colectivos y dosiers de revistas dedicados de forma monográfica a la reflexión, a partir de la biografía, sobre cuestiones clave del análisis histórico, como las de identidad, agencia, relaciones entre particular y general, individuo y contexto, procesos de formación del sujeto, subjetividad del historiador/a o formas narrativas¹².

En la raíz de ese intenso impulso crítico y autocrítico está la voluntad de no contentarse con la mera adición de sujetos femeninos a la historia, sino de revisar en su conjunto los planteamientos y supuestos —muchas veces implícitos— desde los que ésta se escribe. La emergencia de nuevos sujetos obliga a modificar aquello que entendemos como biografía (también, más ampliamente, aquello que entendemos sea la historia); entre otras cosas, porque las pautas a través de las cuales tradicionalmente se han contado e interpretado las vidas de los varones eminentes, entendidas como el progresivo despliegue de un sujeto individual y autónomo marcado por sus realizaciones en el ámbito público —intelectual, político o militar—, se compaginan mal con las formas en que discurrieron las vidas de muchas mujeres o los modos en que podemos enfocarlas como sujetos. Sin embargo, la empresa biográfica se ha considerado en ocasiones, desde la historiografía feminista, como una verdadera «contradicción en términos»¹³. Quienes comenzaron a escribir la historia de las mujeres estaban vinculadas a escuelas y corrientes historiográficas intensamente críticas respecto de la historia política tradicional y participaban de la voluntad de escribir la historia «desde abajo»,

Women's Lives: One Historian's Perspective», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010), pp. 413-435.

¹² Entre ellos, «Forum. Modern English Auto/Biography and Gender», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 17-78; David NASAW (ed.): «AHR Roundtable. Historians and Biography», *American Historical Review*, vol. CXIV, 3 (2009), pp. 573-661; Marilyn BOOTH y Antoinette BURTON (eds.): «Critical Feminist Biography», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 3 y 4 (2009), y Susanna TAVERA (ed.): «Trayectorias individuales y memoria colectiva. Biografías de género», *Are-nal*, vol. XXI, 2 (2005), pp. 211-307.

¹³ Judith P. ZINSSER: «Feminist Biography: A Contradiction in Terms?», *The Eighteenth Century*, vol. L, 1 (2010), pp. 43-50.

atenta a las presencias colectivas y populares. Por ello, tendían a rechazar como sujetos válidos de estudio a las mujeres «célebres» (*women worthies*) cuyas vidas sí habían sido escritas y reescritas, convertidas en mitos que hacían abstracción de su sexo para destacar la excepcionalidad de sus hazañas en campos considerados masculinos, o bien las convertían en iconos de feminidad. Y ello para recuperar las vidas de aquellas mujeres «comunes» en contraposición a las cuales se había singularizado a las primeras¹⁴. Actualmente, las posturas difieren. Muchas historiadoras defienden el interés de estudiar los «grandes nombres» femeninos no sólo porque merecen ser revisados desde perspectivas historiográficas nuevas, sino también porque muchas mujeres con influencia en su tiempo (en mayor medida que los «héroes» masculinos) resultan casi desconocidas. Pero además, la propia dualidad entre sujetos «excepcionales» y «comunes» puede matizarse, entendiendo que tanto las mujeres célebres como las oscuras permiten discernir las posibilidades de maniobra en el marco de las condiciones sociales, económicas y políticas, y de los discursos que condicionan (pero no determinan absolutamente) a los individuos, definiendo su identidad.

Así, por ejemplo, la historia de las mujeres ha intervenido de forma muy activa y consciente en la producción de diccionarios y enciclopedias biográficos, pronunciándose al respecto de aquellas obras de referencia herederas de la «biografía nacional» del siglo XIX y, al mismo tiempo, elaborando recopilaciones específicas de vidas femeninas. En ambos casos se ha planteado de forma explícita la cuestión central de los criterios que deben presidir la selección¹⁵. Al mismo tiempo, la historia de las mujeres ha in-

¹⁴ Barbara CAINE: «Feminist Biography and Feminist History», *Women's History Review*, vol. III, 2 (1994), pp. 247-261, esp. pp. 250-251.

¹⁵ Así, la introducción a un conjunto de vidas de mujeres renacentistas hace explícita la voluntad de «individuar mujeres lo menos “más allá de su sexo” posible; personajes que sean, en un cierto sentido, de una cierta medianía, ejemplificadores no sólo, y no tanto, de la cotidianidad femenina, sino también de algunos aspectos de la historia general de su tiempo y, por tanto, efectivamente dentro de los engranajes de la historia y no por encima de ellos». Véase Ottavia NICCOLI (ed.): *La mujer del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1993, p. 15. Otra obra colectiva opta por sustituir el criterio de «celebridad» por el de «visibilidad» para trazar los perfiles «múltiples y diversos, plurales y complejos» de mujeres con cierta presencia pública en su tiempo (definida en términos amplios, que incluyen actividad política, influencia religiosa, creación o activismo social). Véase Susanna TAVERA *et al.* (dir.): *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*, Barcelona, Planeta,

tervenido en los debates en torno a los diccionarios biográficos nacionales, contribuyendo, junto con otras voces, a explicar a la opinión pública que el criterio de relevancia histórica invocado en este tipo de obras no es una evidencia inmutable, sino que responde a opciones historiográficas que deben hacerse explícitas y sujetarse a una revisión por parte de la comunidad científica¹⁶.

El problema, en parte, radica en que las biografías femeninas se entienden menos representativas que las masculinas de la «historia general», como si escoger a las mujeres, en tanto que objeto de investigación, significara optar irremisiblemente por lo particular. Entre otras razones, porque se entiende que una biografía masculina lo es de un político, un intelectual, un artista, un eclesiástico, incluso un «hombre común» (obrero, campesino, burgués...) y que su contexto remite tanto a las condiciones generales de su época (culturales, políticas, económicas...) como a las propias de su grupo. En cambio, de una biografía femenina —a no ser que se trate de una figura «excepcional»— se supone que es la de una mujer (sin más) y que su contexto se limita al de la condición de su sexo. Estigmatizadas así como «particulares» por partida doble (porque tratan de un sujeto individual y porque ese sujeto es femenino), las biografías históricas de mujeres cuentan con pocas credenciales académicas.

Y es que la biografía plantea de forma particularmente aguda uno de los problemas cruciales de la historia, el de la relación y la tensión entre lo individual y lo colectivo¹⁷. Sabemos bien que, precisamente porque ningún individuo (en el pasado como en el presente) puede abstraerse de las circunstancias en las que se desarro-

2000. Otras iniciativas son el *Diccionari Biogràfic de Dones* (www.dbd.cat), el *Dictionnaire des Femmes de l'Ancienne France* (www.siefar.org) o el *Online Dictionary of Dutch Women* (*Digitaal Vrouwenlexicon van Nederland-DVN*, www.historici.nl/Onderzoek/Projecten/DVN).

¹⁶ En la polémica a propósito del *Diccionario Biográfico Español* de la Academia de la Historia, la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres hizo público un escrito en el que, entre otras cosas, se recordaba que «la historia no ha sido protagonizada tan sólo por una reducida nómina de “hombres ilustres” e incluso de “mujeres ilustres”, sino por personas de muy variada condición, cuyas vidas merecen ser reconocidas de forma individualizada siempre que las fuentes lo permitan» (<http://www.aeihm.org>, consultado el 15 de mayo de 2011). AEIHM ha dedicado su V Seminario internacional a reflexionar sobre la biografía (*¿Y ahora qué? Nuevos usos del género biográfico*), Madrid, septiembre de 2013.

¹⁷ Giovanni LEVI: «Les usages de la biographie», *Annales ESC*, 44/6 (1989), pp. 1325-1336.

lla su existencia, toda biografía, incluso la más heterodoxa, ofrece siempre una perspectiva sobre las condiciones materiales y los valores simbólicos que ese sujeto comparte con sus contemporáneos, en particular con aquellos con quienes le unen más fuertes vínculos (de clase o estamento, género, nacionalidad, religión, formación intelectual, ideología...). Y al mismo tiempo, aun la más convencional de las historias de vida no es nunca idéntica a otras similares, porque los individuos, a la vez que se sitúan, necesariamente, en el marco de las normas sociales, las usan y hasta cierto punto las modifican, haciendo así posible el cambio histórico. Precisamente por ello, el enfoque biográfico resulta especialmente pertinente en historia de las mujeres, en la medida en que permite presentar a éstas no como víctimas pasivas de un orden desigual, sino como sujetos activos en el seno del mismo, y matizar el peso de las normas y convenciones —entre ellas las de género— con frecuencia presentadas como marcos fijos y determinantes.

Algún ejemplo concreto puede ilustrar mejor esta virtualidad analítica. Para Jo Burr Margadant, coordinadora de un influyente volumen sobre biografías femeninas de principios del siglo XIX, el estudio de estas vidas con herramientas conceptuales novedosas permite matizar las generalizaciones excesivas acerca del modo en que la concepción republicana de la feminidad, heredera de Rousseau, habría actuado como discurso hegemónico que desautorizaría la participación pública y política de las mujeres. El legado rousseauiano, cuando se contempla desde la perspectiva de los escritos y actividades de mujeres que se esforzaron por construir una función cívica para su sexo, aparece así como bastante más flexible, menos monolítico. Sus ejemplos nos muestran «cuán variadas resultaban en ocasiones, en las vidas vividas, las posibilidades de elecciones poco convencionales y cuán poco aprendemos de las generalizaciones acerca de la condición femenina». La biografía se revela así como «un instrumento para romper con nuestras propias expectativas incrustadas»¹⁸. En mi propia experiencia investigadora, el estudio biográfico de una burguesa de origen irlandés en el siglo XVIII, Inés Joyes, autora de una interesante *Apología de las mujeres*, me permitió abordar de un modo diferente y enriquecedor algunos problemas históricos que me venían ocupando y so-

¹⁸ Jo Burr MARGADANT (ed.): *The New Biography. Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 2000, p. 16.

bre los que había trabajado con otros enfoques¹⁹. Me ayudó a entender mejor las posibilidades, límites y tensiones que marcaron la participación de las mujeres en los discursos y en prácticas culturales de la Ilustración; la importancia de la polémica de los sexos en los debates morales y sociales de la época, y el papel de la familia o la nación de origen en la configuración de la identidad personal. Y ello, gracias a una atención más explícita e intensa a la relación entre el sujeto y su contexto (familiar, social, intelectual...), poniendo de relieve las constricciones que pesan sobre él, pero también sus márgenes de acción y elección.

Uno de los problemas metodológicos que se plantean es, sin duda, el de las fuentes. Sabemos que, al tratar de escribir una biografía (como, por otra parte, cualquier otro tipo de historia), las fuentes, por ricas que sean, únicamente pueden aportarnos retazos de información, jirones de vida; datos que sólo cobran sentido a partir de la intervención del historiador, quien va hilvanándolos para tejer una narración necesariamente interpretativa. Cuando se trata de las mujeres, la escasez (relativa) de las fuentes y su carácter parcial y sesgado suelen resultar aún más evidentes. Haciendo de la necesidad virtud, la historiografía feminista ha desarrollado una intensa reflexión a propósito de su condición fragmentaria y azarosa, y el modo en que dejan en la oscuridad o penumbra aspectos relevantes de las vidas pasadas, aun las más célebres. Un ejemplo interesante, por plantear de forma extrema este tipo de dificultades, podría ser el experimento de reconstruir en lo posible la vida de una joven anónima del siglo XII, sin fuente documental alguna de carácter directo y contando sólo con el registro arqueológico²⁰. Ciertamente, otras vidas están mejor documentadas, pero sólo podemos acceder a ellas de forma indirecta, a través de fuentes oficiales y administrativas que remiten más bien a los varones de su entorno y nos las muestran de manera velada, en tanto que esposas, madres o hijas, lo cual obliga a preguntarse hasta qué punto su limitada presencia social no tiene algo de efecto óptico.

¹⁹ Mónica BOLUFER: *La vida y la escritura en el siglo XVIII*. Inés Joyes: «*Apolo-gía de las mujeres*», Valencia, PUV, 2008, e íd.: «Perseguir un sujeto esquivo: vida y obra de una escritora del siglo XVIII», en Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO (ed.): *La vida cotidiana en la España del siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2009, pp. 155-180.

²⁰ Robin FLEMING: «Writing Biography at the Edge of History», *AHR*, vol. CXIV, 3 (2009), pp. 606-614.

Y ello, por otra parte, podría hacernos atribuir a sus testimonios en primera persona, habitualmente raros (cartas, autobiografías, diarios y otros escritos), un crédito excesivo, cayendo en la falacia de ver en ellos la «auténtica» voz de las mujeres sin filtros ni mediaciones; tentación frente a la cual ha advertido una amplia bibliografía teórica.

Los estudios biográficos más interesantes, por el contrario, asumen el carácter parcial de *todo* tipo de fuentes y la imposibilidad de rasgar el velo, de reconstruir completamente una vida. Así, por ejemplo, la biografía de la ilustrada Émilie du Châtelet por Judith Zinsser ofrece tres inicios alternativos para el relato: uno, pocos días antes de su fallecimiento, tras haber dado a luz a su cuarta hija y finalizado su última obra; otro, mientras trabajaba a marchas forzadas en su proyecto; el tercero, a partir de las impresiones de Voltaire, compañero sentimental y luego amigo íntimo²¹. Zinsser muestra que elegir cualquiera de esos —u otros— inicios imprime un sentido distinto a la narración y conlleva una interpretación —parcialmente— diferente de las fuentes (correspondencia, obras propias y otros testimonios contemporáneos), reflexión que actúa en su texto como advertencia sobre el carácter provisional de su propia lectura en tanto que historiadora.

Identidades femeninas, identidades múltiples

Entre los rasgos que caracterizan el desarrollo reciente de la biografía, y más generalmente de la historia, se sitúa, sin duda, la profunda revisión operada en la categoría de «sujeto». Como escribe Jo Burr Margadant: «El sujeto de la biografía ya no es el yo coherente, sino más bien un yo que es representado (*performed*) para crear una impresión de coherencia, o un individuo con múltiples yo cuyas diferentes manifestaciones reflejan el paso del tiempo, las demandas y opciones de diferentes escenarios, o las variadas maneras en que los otros intentan representar a esa persona»²². Enfocar personajes femeninos desde una perspectiva crítica y reflexiva ha contribuido a descentrar el sujeto (supuestamente neutro, universal y

²¹ Judith P. ZINSSER: *La Dame d'Esprit. A Biography of the Marquise Du Châtelet*, Penguin, Nueva York, 2006.

²² Jo Burr MARGADANT: *The New Biography...*, p. 7.

autónomo) de las biografías (y, en general, de la historia) más habituales, poniendo de relieve su carácter particular y socialmente inscrito. Pero, además, puede servir para mostrar la pluralidad y diversidad de los sujetos, también femeninos²³.

Es cierto que la invocación de una común identidad femenina ha formado parte destacada de la trayectoria de los feminismos contemporáneos y subyace, en buena medida, a la pretensión de escribir vidas femeninas del pasado. Sin embargo, el hecho —sustancial a la historia y los estudios feministas— de analizar las identidades sexuales como construcciones culturales y sociales contribuyó a desestabilizar la propia noción de identidad, a la vez que se dejaron oír muy pronto voces que subrayaban que toda categoría «mujer» era inestable, en tanto que atravesada por profundas diferencias (de raza, clase, religión, edad, opción sexual...) e internamente dividida²⁴. La teoría y la historiografía feminista han participado así, de forma central, en la crítica a la visión de la identidad como una evidencia natural o una identificación automática, ligada a atributos innatos y compartidos (sexo, raza, nación) o a condiciones comunes de experiencia material (clase). Y, sin embargo, la idea de que las identidades son múltiples, cambiantes y con frecuencia contradictorias todavía resulta difícil de asimilar cuando los sujetos en cuestión son femeninos; al fin y al cabo, las mujeres han tendido a ser definidas, en mayor medida a partir del siglo XVIII, en función de su sexo, incluso como «el sexo» por excelencia, entendiendo su condición sexual como mucho más determinante que la de los hombres. En este sentido, el interés historiográfico por las vidas de mujeres ha ido cada vez más unido a la constatación de sus diferencias: las que separan a los sujetos del pasado de los del presente, pero también las existentes entre mujeres de diversas condiciones, pues en modo alguno ser «mujer» define por completo a una mujer concreta o, como lo expresa Joan Scott, constituye una «identidad por encima del tiempo, una línea continua que une a las mujeres en todo tiempo y lugar».

²³ «La biografía puede contribuir al compromiso feminista (y deconstruccionista) con la pluralidad, al ofrecernos muchas voces e historias de mujeres, ayudando así a deconstruir la categoría monolítica “mujer”». Véase Sharon O'BRIEN: «Feminist Theory and Literary Biography», en William E. EPSTEIN: *Contesting the Subject...*, pp. 123-134.

²⁴ Denise RILEY: *Am I That Name?: Feminism and the Category of «Women» in History*, Basingstoke, Macmillan Press, 1988.

Los estudios de sujetos femeninos en el pasado han mostrado cómo las mujeres, no menos que los hombres, constituyen individuos singulares, cuya condición genérica en absoluto satura su identidad, que viene definida, como todas, por adscripciones plurales y móviles (de raza, etnia, clase, edad, religión, afiliación política u opción sexual, afinidad intelectual o artística...) y, en última instancia, por su singularidad individual. Natalie Davis, al explorar las similitudes y diferencias en las trayectorias de tres mujeres del siglo XVII, recreó a modo de un diálogo imaginario con ellas su extrañeza y enfado al verse reunidas en un mismo volumen con otros sujetos con quienes dicen tener muy poco en común²⁵. En las palabras (ficticias) que la historiadora pone en sus labios, las tres niegan ser quienes ella dice que son, afirman no reconocerse en el grupo —«las mujeres»— en el que ella las encierra y sentir, por encima del vínculo del sexo, otras afinidades más poderosas, las de la fe o la inclinación intelectual. Y es que no existe algo así como una vida de mujer prototípica en una determinada época. Así lo entendieron las editoras de dos volúmenes titulados *La mujer del Renacimiento* y *La mujer barroca*, equivalentes en femenino de otros dedicados a los perfiles sociales e intelectuales de distintas épocas a través de tipos humanos (el artista, el príncipe...), inicialmente proyectados como universales (*el hombre del Renacimiento, del Barroco, de la Ilustración*). Ottavia Niccoli y Giulia Calvi eligieron, en cambio, el enfoque biográfico de un conjunto de mujeres pertenecientes a distintos grupos sociales (aristócratas, religiosas, artistas, intelectuales...), insistiendo en la singularidad de cada una de ellas²⁶. «La mujer» (del Renacimiento, el Barroco o cualquier otro tiempo) simplemente no existe, como tampoco «el hombre», pero mientras que lo segundo resulta algo más evidente, lo primero todavía cabe recordarlo.

Ése fue también el esfuerzo que me impuse realizar al estudiar a Ines Joyes: entenderla —por mucho que su obra estuviese escrita asumiendo explícitamente una posición *en tanto que mujer*— no «sólo» como una mujer, sino como un individuo cuya identidad, entendida tanto en clave íntima de sentimiento de pertenencia e identificación, como en calidad de atributo otorgado o reconocido por los

²⁵ Natalie Z. DAVIS: *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra-PUV, 1996.

²⁶ Ottavia NICCOLI (ed.): *La mujer del Renacimiento...*, y Giulia CALVI (ed.): *La mujer barroca*, Madrid, Alianza, 1995.

demás, viene definida por un entrecruzamiento de variables. ¿Cuál es el grupo al que perteneció, en su propia visión y en la de los otros? El de las mujeres, sin duda, pero no sólo ése. ¿Las gentes de letras?, ¿la burguesía comercial?, ¿la comunidad irlandesa? Su identidad, lejos de quedar agotada por su sexo, radica en la intersección de todas esas y otras variables, que la definen como una mujer burguesa, irlandesa y española, hija, más tarde esposa y madre de familia, viuda después, católica, ilustrada, lectora, traductora, escritora, a la vez que, en su especificidad individual, resulta en última instancia irreductible a la suma de todos esos ingredientes.

Por otra parte, la historia del género ha influido en el modo en que se consideran no sólo las vidas femeninas, sino también las masculinas. Si los sujetos por excelencia de la biografía clásica han sido varones (con más precisión, determinados sujetos masculinos elitistas), la importancia del género en la construcción de su identidad ha sido soslayada, presentándolos como sujetos teóricamente neutros y universales, mientras que se enfocaban las biografías de las mujeres a través del prisma del género. Los emergentes estudios de las masculinidades subrayan la necesidad de hacer visible la relevancia que, en muchos contextos, pueden haber tenido las convenciones de género en la construcción de la identidad personal de los varones y de sus relaciones entre sí y con las mujeres²⁷. De ese modo, algunas biografías masculinas han arrojado luz sobre el modo en que determinadas instituciones específicamente masculinas (ejército, instituciones educativas, espacios políticos, como el Parlamento, e intelectuales, como academias y sociedades científicas) ejercieron, entre otras funciones, las de tejer camaraderías y complicidades o rivalidades entre varones²⁸.

Las nuevas tendencias de la biografía están marcadas no sólo por la idea de pluralidad (las «personas diferentes» o las «multitudes»

²⁷ David MORGAN: «Masculinity, Autobiography, and History», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 34-39.

²⁸ Roy FOSTER: «Privates Lives and Posthumous Reputations: Love and affection among the Irish revolutionary generation, 1890-1916», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012, y María SIERRA: «Romanticismo, política y masculinidad: García Tassara (1817-1875)», en *Biography as a Problem: New Perspectives*, II Encuentro de la RETPB, Florencia, Instituto Universitario Europeo, 25-26 de febrero de 2011.

que el yo contiene, según Virginia Woolf o Walt Whitman), sino por la de movilidad²⁹. Donde antes se intentaba imponer coherencia e incluso propósito a los recorridos con frecuencia desconcertantes de una vida, hoy, por el contrario, se procura subrayar su carácter azaroso y cambiante; más que fijar identidades, atender a las trayectorias. Y de éstas, las que más fascinan son las de aquellos sujetos en movimiento que atraviesan fronteras políticas y culturales, y asumen a lo largo de sus vidas lealtades, roles y posiciones distintas y aun opuestas. *El regreso de Martin Guerre* de Natalie Davis versa sobre la construcción de la identidad y el modo en que, en determinados contextos, habría sido posible, para un hombre y una mujer campesinos del siglo xvi, reinventar su propia vida («self-fashioning»), mientras que su *Mujeres de los márgenes*, contra el tópico de las existencias femeninas prefijadas, presta especial atención a la movilidad de sus sujetos, tanto geográfica como en el sentido de decisiones vitales, visión desarrollada con posterioridad en su estudio del intelectual y aventurero renacentista *León el Africano*³⁰.

Esa insistencia en el carácter móvil de las identidades explica también la reciente fascinación por sujetos que adoptaron identidades travestidas, fingiendo o asumiendo haber cambiado de sexo (al modo de Orlando en la ficción). Al interés por comprender las figuras sociales (muy presentes en la Europa moderna) del andrógino, el hermafrodita o la mujer transformada en hombre, en la lógica intelectual que las sancionó, dándoles explicación científica y filosófica, se han sumado en los últimos tiempos otros enfoques en cierto sentido «biográficos»; atentos a los significados cambiantes atribuidos por la posteridad a esas trayectorias o bien a la subjetividad de sus protagonistas (algo difícil de atisbar en las fuentes, más representativas de los poderes —eclesiástico, secular, médico— que identifican y juzgan). Por ejemplo, María José de la Pascua se ha interesado por la religiosa capuchina del siglo xviii Fernanda Fernández, que abandonó el convento para asumir una nueva identidad masculina, en un proceso del que resalta su dimensión de

²⁹ «Do I contradict myself?/Very well I contradict myself/I am large, I contain multitudes» (WALT WHITMAN: *Song of Myself*, 1855).

³⁰ NATALIE Z. DAVIS: *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Muchnik Editores, 1984; ID.: *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo xvii*, Cátedra, Madrid, 1999, e ID.: *León, el africano. Un viajero entre dos mundos*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

cambio en la comprensión de sí, que el relato contemporáneo del suceso permite entrever³¹. Por su parte, Gabriela Cano ha estudiado al coronel mexicano Amelio Robles, nacido mujer campesina, que adoptó una identidad —pública y subjetiva— de varón aprovechando la coyuntura de la guerra civil y las nuevas herramientas de la fotografía y la prensa. Afirma así la capacidad de los sujetos para constituirse (hasta cierto punto) a sí mismos en función del contexto y movilizándolo los recursos culturales a su alcance³².

A ese énfasis en el movimiento han contribuido algunos planteamientos hiperconstructivistas (como las teorías *queer*) que ponen el acento en la posibilidad del sujeto para escoger o combinar distintas identidades, entre ellas las de género, a modo de una «performance» o *actuación* que no remite a un «verdadero» ser. Así sucede en *The New Biography* (título que remite —de forma probablemente consciente— a la muy influyente *The New Cultural History* editada por Lynn Hunt a principios de los noventa)³³. La noción de «performatividad» impregna la obra entera, al entender el género, en el sentido desarrollado por Judith Butler, como una actuación que el sujeto despliega de formas distintas y variables en función de los contextos en los que se desenvuelve. Es ésta una aproximación particularmente ajustada a los personajes elegidos (como la duquesa de Berry, madre del heredero Borbón al trono francés durante la revolución de 1830, la activista Flora Tristán, la periodista Marguerite Durand...), todos ellos presentados como sujetos transgresores respecto de la feminidad normativa, pero no en el sentido casi heroico de algunas biografías empeñadas en retratar sujetos coherentes, mujeres de una pieza, resueltas y sistemáticamente enfrentadas a las normas. Más bien, con un concepto casi podríamos decir tea-

³¹ M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia de vida e historia social: mujeres en la España moderna», en Juan L. CASTELLANO y Miguel L. LÓPEZ-GUADALUPE (eds.): *Homenaje a D. Antonio Domínguez Ortiz*, vol. II, Granada, Universidad de Granada, 2008, pp. 715-732. Sobre otro caso muy distinto de cambio de identidad sexual, el de Catalina de Erauso en el siglo XVII (y sus cambiantes lecturas posteriores), véase Nerea ARESTI: «The gendered identities of the “Lieutenant Nun”: Rethinking the Story of a Female Warrior in Early Modern Spain», *Gender and History*, vol. XIX, 3 (2007), pp. 401-418.

³² Gabriela CANO: «Inocultables realidades del deseo. Aurelio Robles, masculinidad (transgénero) en la revolución mexicana», en Gabriela CANO, Mary K. VAUGHAN y Jocelyn OLCOTT (eds.): *Género, poder y política en el México posrevolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 61-90.

³³ Jo Burr MARGADANT: *The New Biography...*

tral o lúdico de los códigos sociales, como sujetos que elaboran una «invención de sí» mediante un uso creativo de las convenciones de la feminidad, que despliegan con frecuencia de formas inusuales o en lugares no previstos.

Pero esta concepción performativa no puede aplicarse igualmente a todos los sujetos, haciendo del género (como de cualquier otro rasgo de la identidad) un traje que una persona puede cambiar a voluntad. Así, autoras como Barbara Taylor han sostenido que, al menos al abordar algunos personajes (en su caso, el de la ilustrada radical y feminista Mary Wollstonecraft), esta noción del sujeto resulta inapropiada, y cabe analizar los procesos psicológicos por los que las vivencias personales y las convenciones sociales pueden, por el contrario, interiorizarse profunda y aun dolorosamente en la vida y el pensamiento³⁴. En efecto, el empeño en subrayar el carácter plural y cambiante de las vidas y las identidades, que tanto ha contribuido a cuestionar la visión más estática de las biografías, tiene sus riesgos, entre ellos el de sesgar en exceso la elección de los sujetos, privilegiando a aquellos cuyas vidas transcurrieron por cauces más cambiantes, e incluso transgresores, y constituyéndose, en última instancia, como una moda historiográfica. Al fin y al cabo, las posibilidades de cambio personal no son infinitas y están desigualmente repartidas o, como escribe Burr Margadant: «Cada lugar social ofrece un número limitado de posibilidades a partir de las cuales los individuos pueden crear un yo posible»³⁵. No se trata, pues, de forzar a ultranza una imagen de movilidad, sino de dar cuenta de en qué medida, por qué razones y en qué contextos unos sujetos han sido más lábiles y otros, por el contrario, más coherentes o más atrapados.

¿Quién soy? Sujetos en relación

El sentido del propio yo en relación con las distintas interpelaciones posibles en un tiempo y un lugar ha preocupado de manera especial a quienes se interesan por los enfoques biográficos y sus implicaciones teóricas y metodológicas. El interés creciente por las dimensiones subjetivas de la identidad está ligado a lo que viene de-

³⁴ Barbara TAYLOR: «Separations of Soul: Solitude, Biography, History», *AHR*, vol. CXIV, 3 (2009), pp. 640-651.

³⁵ Jo Burr MARGADANT: *The New Biography...*, p. 9.

nominándose como el «retorno del sujeto», entendido éste no como una estructura psicológica universal y atemporal, sino como una forma de subjetividad social e históricamente configurada, inestable e internamente dividida. Los estudios más recientes sobre la construcción de la identidad personal (¿quiénes creemos ser en distintas circunstancias y en diferentes momentos de nuestras vidas?, ¿quiénes dicen los demás que somos?, ¿en qué medida nuestra autoimagen incorpora y responde a las percepciones que otros tienen de nosotros?) acusan las críticas contra una visión demasiado monolítica de la subjetividad y asumen la ambigüedad del juego, problemático y complejo, entre las identidades como atribución (etiquetas, clasificaciones, agrupaciones conferidas externamente) y como identificación vivida, experimentada, sentida íntimamente, entre las identidades colectivas y la percepción de la propia identidad singular, entre el nombre (o nombres) con que una persona se siente interpelada y la forma en que la contemplan y etiquetan los demás³⁶.

También en este aspecto los estudios feministas han estado en la vanguardia de la reflexión teórica de la que se ha nutrido el trabajo de investigación histórica y han influido de forma poderosa, aunque no siempre reconocida, en la forma en que otras líneas de investigación se han interesado por las dimensiones subjetivas de la construcción de la identidad. Ello no supone recuperar la idea clásica de un «yo» autónomo y coherente, nítidamente separado del mundo exterior, dueño de su destino y definido por impulsos y deseos esenciales. Sabemos que ya no es sostenible la noción de un sujeto aislado, libre de ataduras, en la tradición de la filosofía de raíz cartesiana, sino la de un individuo socialmente inscrito en una trama de relaciones y de dependencias que condicionan (aunque no determinan de forma absoluta) sus posibilidades de acción, expresión, pensamiento y afectos. Los trabajos más interesantes entre los dedicados en los últimos tiempos a la cuestión de la identidad personal plantean la subjetividad, por el contrario, en un sentido relacional, como un proceso de tejer y vincular distintas posiciones subjetivas habitadas simultáneamente, en lugar de sugerir la existencia en última instancia de una identidad «auténtica» que debe ser revelada o descubierta.

³⁶ Mónica BOLUFER e Isabel MORANT: «Identidades vividas, identidades atribuidas», en Pilar PÉREZ-FUENTES (ed.): *Entre dos orillas. Las mujeres en España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, pp. 317-352.

La crítica a la noción de sujeto implícita en la biografía clásica fue muy temprana e intensa desde la historia de las mujeres, que ha sabido desvelar cómo esta concepción propia de la tradición individualista occidental proyecta la imagen idealizada de un sujeto masculino y elitista. Las mujeres, históricamente, han sido definidas de forma más marcada por su posición en un conjunto de redes y vínculos sociales. También, con frecuencia, han tendido a identificarse ellas mismas y a construir su subjetividad, en sus escritos y acciones, en relación con otros. Así, en su introducción a un volumen, ya citado, de biografías de mujeres del Barroco, Giulia Calvi subraya el hecho de que en mucha de la escritura femenina del siglo XVII la expresión de la propia identidad esté inextricablemente ligada a la del grupo de pertenencia: «El yo y la subjetividad son [...] elementos relacionales que se definen en el interior de una serie de pertenencias reales y simbólicas: la familia, el estamento, la comunidad religiosa y geográfica, los antepasados y los modelos míticos»³⁷. En otro contexto social, el de la Barcelona industrial del siglo XX visto a través de la historia oral de diversas mujeres obreras, Cristina Borderías ha llamado la atención sobre el hecho de que éstas se definan a sí mismas casi siempre a través de vínculos de pertenencia³⁸. Ello revela la importancia particular que tiene para ellas lo que Calvi llama la «percepción del yo en relación osmótica con el exterior»³⁹. Pero también, de forma más amplia, el carácter necesariamente situado y relacional de *todos* los sujetos, pues la imagen abstracta de un yo autónomo no responde ni siquiera a la experiencia de los sujetos masculinos y elitistas a la que implícitamente se refiere, inmersos ellos también (aunque de forma distinta) en redes de obligaciones y dependencias⁴⁰. La identidad personal, lejos de emanar de un reducto íntimo y esencial, es resultado

³⁷ Giulia CALVI: *La mujer barroca...*, p. 20.

³⁸ Cristina BORDERÍAS: «Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico», *Arenal*, vol. IV, 2 (1997), pp. 177-195.

³⁹ Giulia CALVI: *La mujer barroca...*, p. 20.

⁴⁰ Mónica BOLUFER: «Identidad individual y vínculos sociales en el Antiguo Régimen: algunas reflexiones», en J. Colin DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El Otro, el Mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XIX)*, Valencia, PUV, 2005, pp. 131-140. Ejemplo de análisis de un sujeto masculino, con atención a esos aspectos e incorporando la perspectiva de género, es la obra de Carolina BLUTRACH: *El III conde de Fernán-Núñez: un hombre práctico en la sociedad cortesana* (en prensa).

de una negociación entre individuo y sociedad. Incluso la soledad, argumenta Barbara Taylor, no constituye una experiencia definida simplemente por el vacío (la falta de compañía), sino una realidad habitada por presencias y ausencias⁴¹. Dicho de otro modo, las vidas individuales están pobladas, y el yo se define, necesariamente, por su vínculo con los demás, en presencia (real o fantasmática) de los otros⁴². Reflexiones todas éstas que cualquier estudio biográfico debe tener en cuenta y en las que las aportaciones de la historia de las mujeres han tenido un importante papel.

A través del espejo: empatía y distancia

La cuestión de la relación entre presente y pasado, entre el historiador/a y su objeto, aunque no exclusiva del enfoque biográfico, adquiere en él una particular pregnancia, al adoptar, de manera más visible y con frecuencia más intensa, la forma de un vínculo entre dos personas en el que se implica la subjetividad del sujeto que investiga. La historia de las mujeres no ha eludido este problema, sino que cabe reconocerle la honestidad y el rigor intelectual de haberlo afrontado firmemente, convirtiéndolo en eje de una reflexión crítica y autocrítica. Hasta el punto de que tomar en serio que «la biografía como género no puede separarse de ningún modo de la autobiografía de quienes la producen» ha sido considerado como un rasgo distintivo (si bien no privativo) de las mejores biografías escritas desde perspectivas feministas⁴³. Ello ha llevado a las historiadoras, con cierta frecuencia, a romper con la convención de la voz neutra, del biógrafo pretendidamente ausente, y, tomando la palabra en primera persona, explicar las motivaciones tanto historiográficas como personales que les han llevado a interesarse por un determinado sujeto, interrogarse por la naturaleza de su relación con él (más frecuentemente con ella) y detallar cómo han ido variando sus lecturas a lo largo de su propia trayectoria intelectual y vital.

⁴¹ Barbara TAYLOR: «Separations of Soul...».

⁴² Rebecca GINSBURG: «Book Forum. Alison Light, *Mrs Woolf and the Servants*», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 3 (2009), pp. 131-134.

⁴³ Liz STANLEY: «Moments of Writing: Is There a Feminist Auto/biography?», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 58-67, esp. p. 59, e id.: *The auto/biographical I. The theory and practice of feminist auto/biography*, Manchester, Manchester University Press, 1992.

En prácticas historiográficas como la de la historia de las mujeres, que asumen cierto vínculo entre el sujeto de conocimiento y su objeto (pero también en otras en las que esa relación y eventual identificación, aun no reconocida, existe y produce efectos interpretativos), existe el riesgo de sobreentender una identidad continua a través del tiempo y por encima de las diferencias, y con él, de atribuir a la historiadora-biógrafa mayor capacidad para alcanzar a la biografiada en su totalidad, trascendiendo de algún modo la inevitable fractura, la alteridad, entre ambas. También los riesgos de sesgar la elección de objeto, privilegiando, como ocurriera en los primeros estudios y sigue sucediendo en ocasiones, a «heroínas» o bien a «víctimas» (cuyas vidas tienden a seguir modelos narrativos de triunfo o derrota) y de sobredimensionar la identidad femenina de la biografiada, reduciendo las vidas a un único factor en detrimento de otros⁴⁴.

Cuando sujeto de investigación y sujeto investigado son ambos femeninos se ha sostenido en ocasiones que ello ofrece un plus de comprensión, como si esa identidad común situase a la historiadora en una mejor posición para alcanzar el secreto de la mujer del pasado a la que estudia. En esos casos, la relación, implícita o explícitamente, se entiende, en última instancia (y a pesar de las diferencias en tiempo y valores), como una complicidad, para la que se utiliza la metáfora de la amistad íntima y que constituye una vía no sólo de conocimiento histórico, sino también de autoconocimiento. Se presupone así cierta identificación entre sujeto (biógrafa) y objeto (biografiada), por la cual los aspectos compartidos de la experiencia femenina proporcionarían acceso a una comprensión más profunda, y también entre las lectoras y las mujeres del pasado, a través de cuyas vidas serían capaces las primeras de desarrollar una identidad colectiva⁴⁵. Así, el prólogo al volumen colectivo *Vidas de mujeres en el Renacimiento* afirma que «en los relatos de vida que forman este libro se combinan la vida de la historiadora y de la mujer historiada, en un juego de relaciones que nos ha llevado, inseparablemente, a conocer y relatar la experiencia de mujeres del siglo XV y a conocer mejor nuestra propia experiencia en el mundo de hoy»⁴⁶.

⁴⁴ Stephen BROOKE: «Subjects of Interest...».

⁴⁵ Kathleen BARRY: «The New Historical Synthesis: Women's Biographies», *Journal of Women's History*, vol. I, 3 (1990), pp. 75-105.

⁴⁶ Blanca GARÍ et al.: *Vidas de mujeres del Renacimiento*, Barcelona, UB, 2008, p. 12.

En otros casos, en cambio, la relación se plantea de forma problemática, a modo de resistencia activa que la historiadora debe oponer frente a la tentación de justificar a su sujeto, especialmente en aquellas acciones y pensamientos que resulten más contrarios a sus propios valores⁴⁷. Aquí la metáfora de la amistad se utiliza en un sentido crítico, para alertar contra la engañosa sensación de familiaridad que tarde o temprano suele asaltar a todo biógrafo/a y que puede llevarnos a disculpar a nuestros sujetos o a pretender conocer mejor que ellos mismos sus motivaciones más ocultas. Es el caso de otra obra colectiva dedicada al Renacimiento cuya editora, Ottavia Niccoli, cree necesario insistir en que: «Las mujeres de las que referimos su vida en este volumen no son, en absoluto, “mujeres y basta” ni “mujeres como nosotras”»⁴⁸. En general, la historia de las mujeres se ha esforzado de manera particular por encontrar cierto equilibrio inestable o tensión productiva entre empatía y distancia⁴⁹. Y ello asumiendo que todo saber es un saber situado, y por ello la experiencia propia que el historiador/a (como individuo con un bagaje intelectual, pero también un sexo, estatus social, antecedentes familiares, ideología, afectos, etc.) aporta necesariamente al análisis no es una contaminación que sea posible o deseable evitar. Pero tampoco constituye una vía directa de acceso al conocimiento ni debe borrar la extrañeza que suscita el pasado o alentar la pretensión —ilusoria— de resolver del todo el enigma, alcanzando la verdad esencial acerca del sujeto.

Público/privado

Una de las más sustanciales y renovadoras aportaciones de la historia de las mujeres y del género a la reflexión historiográfica es

⁴⁷ Dea BIRKETT y Julie WHEELWRIGHT: «“How could she?” Unpalatable Facts and Feminists’ Heroines», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 49-57.

⁴⁸ Ottavia NICCOLI: *La mujer del Renacimiento...*, p. 20, se apoya en Lucien Febvre, quien en un célebre pasaje de su estudio sobre Margarita de Navarra «recordaba con severidad —al escribir precisamente una introducción para una biografía femenina— la lacerante distancia que nos separa de los hombres y de las mujeres del siglo XVI» (p. 16).

⁴⁹ Ula TAYLOR: «Women in the Documents: Thoughts on Uncovering the Personal, Political, and Professional», *Journal of Women’s History*, 20/1 (2008), pp. 187-196.

la de haber problematizado y analizado con perspectiva histórica las nociones de «privado» y «público», estrechamente asociadas a las de «femenino» y «masculino». En ese sentido, la historia (biográfica o no) escrita desde perspectivas feministas ha contribuido poderosamente a generalizar la idea de que no deben desdeñarse los asuntos concernientes a la vida privada, aplicando al campo de la historia la consigna de «lo personal es político». Sin embargo, cabe precisar qué significa esto, cómo puede hacerse y qué riesgos existen⁵⁰. Para empezar, se trata de un empeño distinto de otras formas banales de inclusión de lo privado en el relato histórico, vinculadas a la atracción del público por ciertos aspectos de la intimidad (en particular los más morbosos) o propias de la exhibición de lo privado en una sociedad posmoderna. No se trata de acumular anécdotas más o menos atractivas. Tampoco de producir explicaciones que, recurriendo a un psicologismo elemental, expliquen las obras y acciones de los sujetos recurriendo siempre a sus conflictos o frustraciones íntimas (si bien cabe recordar que ciertas asunciones psicológicas sobre las motivaciones humanas forman parte implícita del bagaje del/de la historiador/a). Por otra parte, hay que sospechar de la asimetría con que estos elementos personales se tratan en los relatos de vidas masculinas y femeninas: si en el primer caso se tiende a excluirlas, en el segundo suelen subrayarse en exceso, interpretando la obra de las intelectuales, creadoras o políticas, en mayor medida que la de sus colegas masculinos, en clave psicológica⁵¹.

Numerosos estudios han puesto de relieve la pertinencia de considerar en el análisis histórico los sentimientos, la intimidad, las relaciones amorosas y de amistad. Han revelado también cómo la diferencia y la desigualdad entre los sexos ha funcionado históricamente no sólo a escala institucional o jurídica, sino también inscribiéndose en las conciencias individuales, modelando afectos y de-

⁵⁰ Mineke BOSCH: «Gender and the Personal in Political Biography», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 4 (2009), pp. 13-37.

⁵¹ Alison BOOTH: «Biographical Criticism and the "Great" Woman of Letters: The Example of George Eliot and Virginia Woolf», en William E. EPSTEIN: *Contesting the Subject...*, pp. 85-108, esp. p. 86, y Birgitte POSSING: «Bodil Koch: In Search of the Keys to a Biographical Analysis», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012.

seos, de modo que una biografía que incorpore esos aspectos no se limita a registrar una naturaleza humana supuestamente invariable, sino que da cuenta de su construcción histórica y sexuada. Pero, sobre todo, han demostrado que nunca existieron fronteras perfectamente nítidas y estables entre lo «privado» y lo «público»; más bien procesos de definición y redefinición constante de un conjunto de dualidades que han ido adoptando significados diversos. Precisamente, el análisis biográfico constituye un instrumento metodológico clave para captar cómo en las vidas individuales lo que llamamos «privado» y «público» se ha solapado, complementado o definido en oposición, y cómo ello ha funcionado de forma distinta para mujeres y hombres. Así, Cristina Borderías, en sus reflexiones acerca de las potencialidades del método biográfico en el estudio de los procesos de cambio social, valora el hecho de que las historias de vida nos permitan apreciar de qué modo en las existencias individuales se entrecruzan y atraviesan constantemente planos distintos, como los del trabajo, la familia, las relaciones amistosas o vecinales, que a efectos de análisis solemos tratar de manera separada⁵².

La opción de integrar en el análisis biográfico la vida privada del sujeto (masculino o femenino) no debe constituir una exigencia rígida, sino que su pertinencia en cada caso habrá de ser demostrada, así como el modo en que deba hacerse. Así, en su estudio de Mme du Châtelet, Isabel Morant ha puesto de relieve cómo —de forma general en la cultura de la Ilustración, pero especialmente en su caso— vida y obra se entrecruzan: si su filosofía contiene una reflexión constante sobre la gestión de las pasiones y las fuentes de la felicidad (estudio, amistad y amor), su correspondencia pone en práctica esas relaciones a la vez que las analiza: ensayos (públicos) y cartas (privadas) se iluminan mutuamente⁵³. También en otras investigaciones el análisis de las «vidas privadas» tiene interés no sólo en sí mismo, sino en la medida en que enriquece la propia comprensión de los procesos históricos que las atraviesan, permitiendo entender mejor, por ejemplo, la política y la cultura de los siglos XIX y XX. En este sentido, Isabel Burdiel ha argumentado el interés de la pornografía política en torno a Isa-

⁵² Cristina BORDERÍAS: «Subjetividad y cambio social...».

⁵³ Isabel MORANT: *Émilie du Châtelet. Discurso sobre la felicidad. Correspondencia*, Madrid, Cátedra-PUV, 1997.

bel II para el estudio del liberalismo; a su juicio, la puesta en escena pública, de forma salvajemente obscena —simbólica más que realista—, del cuerpo privado de la reina esclarece la falta de consenso entre las distintas familias liberales sobre la monarquía, a la vez que revela la forma profundamente «genérica» en que se contemplaban tanto la legitimidad política como la moral sexual⁵⁴. Por su parte, Mónica Burguera ha estudiado el proceso de construcción de la identidad de la mujer de «clase media» en el contexto de la institucionalización de la revolución liberal en el segundo tercio del siglo XIX a partir de las memorias escritas por una dama burguesa de intensa actividad política, la condesa de Espoz y Mina (aya de la reina-niña Isabel y figura clave del progresismo), quien elabora una imagen de sí acorde con los nuevos ideales del liberalismo, aunando virtudes privadas (fidelidad al esposo muerto, abnegación maternal) y públicas (entrega a la causa, superación de intereses partidistas, beneficencia como obligación cívica)⁵⁵. En otro contexto, Roy Foster ha puesto de manifiesto cómo la «generación revolucionaria» irlandesa incluyó entre sus utopías políticas y sus prácticas de vida la contestación de las formas de relación amorosa y de sexualidad convencionales, antes de que el giro conservador y católico del nacionalismo irlandés cortase esos experimentos, borrándolos de la memoria patriótica⁵⁶.

⁵⁴ Isabel BURDIÉL: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, e íd.: «The Queen's Two Bodies: Beyond Private and Public in the Biography of Isabel II of Spain», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012, y su edición y estudio crítico de *Los Borbones en pelota*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012.

⁵⁵ Mónica BURGUERA: «Performing Middle-Classe Womanhood in 19th-Century Spain: The Memoirs of Juana de Vega, countess of Espoz y Mina», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012. Véase también su *Las damas del liberalismo respetable*, Madrid, Cátedra, 2012.

⁵⁶ Roy FOSTER: «Private Lives and Posthumous Reputations: Love and Affection among the Irish revolutionary generation, 1890-1916», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012.

Más allá del posmodernismo: sujetos y relatos

En el marco de la historiografía feminista se ha planteado de forma especialmente aguda la pertinencia de los enfoques biográficos, depurados teórica y metodológicamente, como una de las salidas posibles al *impasse* que pueden suponer para la disciplina histórica las versiones más extremas del posmodernismo. ¿Es legítimo conceder cierto valor a las «vidas vividas», sin caer por ello en un ingenuo realismo epistemológico? ¿Podemos permitirnos, como autores/as y como lectores/as, los placeres asociados a leer —y escribir— vidas ajenas (incluyendo tanto la identificación con aquello que tenemos de común como el asombro ante aquello que nos separa) sin que devengan placeres culpables? Esos deseos inspiran mucha de la mejor producción histórica que se ha interesado por proporcionar rostros y nombres concretos al pasado. Así, los enfoques biográficos constituyen una de las vías por la que se ha articulado el desacuerdo con los excesos del posestructuralismo. Al fin y al cabo, las vidas del pasado (como las del presente) fueron realmente vividas, no sólo imaginadas, y la historia no debe ni puede renunciar al compromiso ético de recuperarlas, ni funcionar sin cierta idea de sujeto, agencia o referencialidad, por flexibles que éstas sean⁵⁷. En el caso de las formas de hacer historia que emergieron vinculadas a la reivindicación de distintos sujetos «subalternos» (mujeres, clases populares, minorías raciales o pueblos colonizados), estas consideraciones se refuerzan con la apreciación de que disolver todo concepto de sujeto o de agencia tendría el efecto perverso de perpetuar su invisibilidad, sustituyendo la historia con protagonismos sólo masculinos, blancos y elitistas por una historia sin rostros.

En el ámbito anglosajón, especialmente norteamericano, la intensa vinculación de la historia de género con el giro cultural ha convertido en problemática la idea de que las vidas del pasado puedan ser reconstruidas. Las críticas contra toda idea reificada de «identidad» y «experiencia» han supuesto un reto para producir formas de historia en las que esas categorías puedan mantenerse, pero entendidas como procesos contruidos necesariamente a través del lenguaje, de modo que las vidas individuales no queden va-

⁵⁷ Penny RUSSELL: «Life's Illusions: The "Art" of Critical Biography», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 4 (2009), pp. 152-156, esp. pp. 154-155.

ciadas del todo. Así, Gianna Pomata reclamó hace tiempo que el interés por los mecanismos culturales de producción de la diferencia masculino/femenino no excluyese la atención a las «vidas vividas», respondiendo a las afirmaciones de Scott en el sentido de que serían aquéllos, y en modo alguno éstas, los objetos del análisis histórico⁵⁸. Por su parte, Kathleen Canning entiende la experiencia no como algo primordial, sino necesariamente mediatizado por valores y conceptos previos⁵⁹. En ese amplio debate las aproximaciones declaradamente biográficas han tenido un papel destacado, pues desde diversas posturas conscientes de los problemas y los retos del análisis y la escritura históricas, en absoluto apegadas a un realismo ingenuo, escribir vidas del pasado se considera una opción teórica y metodológica válida para superar los efectos paralizantes de un posmodernismo mal entendido.

Y es que a muchas historiadoras les viene preocupando la relación demasiado simple y directa que con cierta frecuencia se establece entre modelos normativos, incluidos los de género, prácticas sociales y sentido de la identidad. Una forma de determinismo cultural que, sustituyendo al de signo socioeconómico, presupondría una absoluta aquiescencia (salvo casos excepcionales y transgresores) de los sujetos hacia los discursos dominantes en su tiempo. En el caso de las mujeres, el interés por investigar los modelos normativos de feminidad ha llevado en ocasiones a presentarlos como moldes rígidos, lo que dificulta la explicación del cambio. Entender, por el contrario, la relación entre sujetos y normas sociales en un sentido más flexible, dejando resquicios a la negociación, permite comprender mejor cómo las pautas colectivas pueden adaptarse o transformarse, muchas veces de formas insensibles. Y para este propósito, situar bajo el punto de mira las trayectorias de vida individuales resulta especialmente útil, pues éstas rara vez se ajustan a la perfección al patrón de un traje dado.

No se trata de afirmar, frente al poder de las normas, el de la experiencia a modo de realidad primordial y no mediada. Más bien de entender las formas complejas en que se construye el sentido de la identidad personal desde la «filiación compleja con las normas»

⁵⁸ Gianna POMATA: «Histoire des femmes, histoire du genre», en Georges DUBY y Michelle PERROT (eds.): *Femmes et histoire*, París, Plon, 1994, pp. 25-27.

⁵⁹ Kathleen CANNING: *Gender History in Practice. Historical Perspectives on Bodies, Class and Citizenship*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2006, p. 117.

y el modo en que se configura la experiencia, entendida no como «dato probatorio último», sino como necesariamente filtrada por el lenguaje⁶⁰. Así, De la Pascua ha aplicado de forma productiva al análisis de los «egodocumentos» (entendidos como todas aquellas fuentes que contienen un relato, más o menos completo o fragmentado, de la propia vida: autobiografías, memorias, pero también cartas o declaraciones judiciales) una concepción narrativa de la identidad. Parte de la idea de que no es el sujeto (ya preexistente) el que *construye* relatos del yo, sino el que *se construye* a través del relato. De ese modo, por ejemplo, ha seguido con nombres y apellidos las historias de mujeres que en los siglos XVII y XVIII reclamaron judicialmente la vuelta de sus maridos emigrados a Indias, interesándose por el modo en que, a través de las cartas en las que escriben y reescriben fragmentos de sus vidas y mediante los recursos culturales y moldes literarios disponibles, interpretan su delicada situación y asumen una nueva identidad de «mujeres solas»⁶¹. Y ha trabajado también con autobiografías religiosas femeninas, como la de la carmelita María de San José, discípula de Teresa de Jesús, para rastrear cómo inscribe su propia historia de vida en una relación de filiación espiritual que le permite entenderse y autorizarse⁶². Lo que le preocupa resaltar, a través de esta práctica historiográfica que hace uso del enfoque biográfico, es el «proceso de construcción de la experiencia», «en el que el sujeto se expresa como hijo de una determinada cultura, a partir de la interpretación que hace de lo que

⁶⁰ M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia, relato y construcción de identidades: emigración y abandono en el mundo hispánico del siglo XVIII», en Carlos A. GONZÁLEZ y Enriqueta VILA VILLAR (comps.): *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVII-XVIII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 608-636, esp. p. 609.

⁶¹ M.^a José DE LA PASCUA: «Ruptura del orden familiar y construcción de identidades femeninas (el mundo hispánico del setecientos)», en Mary NASH y Diana MARRE (eds.): *El desafío de la diferencia. Representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, UPV, 2003, pp. 225-237, e *id.*: «La recuperación de una memoria ausente: demandas judiciales y relatos de vida en la construcción de la historia de las mujeres», *Arenal*, vol. XII, 2 (2005), pp. 211-234.

⁶² M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia de vida e historia social...». Sobre la autobiografía (femenina y masculina) son fundamentales las reflexiones de James S. AMELANG, véase, entre otros muchos trabajos suyos, «Saving the Self from Autobiography», en Kaspar VON GREYERZ y Elisabeth MÜLLER-LUCKNER (eds.): *Selbstzeugnisse in der Frühen Neuzeit. Individualisierungsweisen in interdisziplinärer Perspektive*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 2007, pp. 129-140.

le sucede, pero como un hijo creador»: un «proceso de interacción del sujeto y los valores del grupo y, por tanto, en gran medida, de reelaboración de las conductas pautadas»⁶³.

Otras historiadoras han tratado de conectar los «hechos» de una vida, las representaciones e interpretaciones de los mismos que se produjeron en su tiempo, la/s identidad/es que el propio sujeto asumió y aquella/s que le asignaron sus contemporáneos, las formas textuales (o iconográficas) en que fue representado no bajo el signo de la correspondencia o la mimesis (según la cual la imagen captaría —o no— la esencia del sujeto), sino de la relación mutua⁶⁴. Así, Gloria Espigado, al estudiar a la internacionalista del siglo XIX Guillermina Rojas, se ha interrogado —inspirada por Scott— por las figuras retóricas a través de las cuales fueron percibidas las mujeres implicadas en actividades políticas y mediante las cuales ellas mismas se construyeron como sujetos de acción y se representaron públicamente⁶⁵. En trabajos posteriores sobre la marquesa de Villafranca, María Tomasa de Palafox, ha experimentado con formas narrativas novedosas, introduciendo en el relato escenas imaginadas a partir de documentos u objetos que le pertenecieron⁶⁶. Asimismo, entrecruzando su vida con la de su madre, la célebre ilustrada María Francisca de Sales Portocarrero, condesa de Montijo, indaga sobre cómo el modelo materno fue evocado y recreado de forma consciente y voluntaria por la hija; el hecho de que archivos y bienes de ambas mujeres fuesen custodiados y catalogados por su descendiente, Luisa Isabel Álvarez de Toledo (la «duquesa roja», 1936-2008), añade fascinantes elementos a una historia de cómo la memoria familiar recrea las vidas pasadas en un juego de espejos.

⁶³ M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia, relato y construcción de identidades...», p. 611, e íd.: «Ruptura del orden familiar...», p. 226.

⁶⁴ LIZ STANLEY: «Biography as Microscope or Kaleidoscope? The case of "power" in Hannah Cullwick's relationship with Arthur Munby», *Women's Studies International Forum*, vol. X, 1 (1987), pp. 19-31; íd.: «Mimesis, Metaphor and Representation: holding out an Olive branch to the emergent Schreiner canon», *Women's History Review*, vol. X, 1 (2001), pp. 27-50, y KALI A. K. ISRAEL: «Writing Inside the Kaleidoscope: Re-Representing Victorian Women Public Figures», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 40-48.

⁶⁵ Gloria ESPIGADO: «Experiencia e identidad de una internacionalista: trazos biográficos de Guillermina Rojas Orgis», *Arenal*, vol. XII, 2 (2005), pp. 255-280.

⁶⁶ Gloria ESPIGADO: «La marquesa de Villafranca y la Junta de Damas de Fernando VII», en Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y M.^a Cruz ROMEO (eds.): *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 317-342.

El volumen colectivo *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808* evita de forma inteligente ofrecer la galería de «mujeres ilustres» que podría haber deseado y jaleado el público en el contexto del segundo centenario de la guerra de independencia⁶⁷. En lugar de ello, su proyecto es reconstruir la complejidad de la implicación de las mujeres en este proceso histórico y el modo en que ésta ha sido —y sigue siendo— recreada en la propaganda, el cine, la literatura o la política de conmemoraciones. En efecto, no se trata tanto, o tan sólo, de recuperar las «verdaderas» vidas de Agustina de Aragón o Manuela Malasaña, convertidas en iconos de la españolidad, como de entender y explicar las formas en que, ya en su tiempo y con posterioridad, las mujeres reales han sido recicladas en mitos que adquieren una existencia propia, independiente de las personas de carne y hueso, y en este sentido tienen muchas «vidas». Algo semejante a lo que pretendió Elianne Viennot con su biografía de la reina renacentista Margarita de Valois, interesándose por estudiar tanto a la mujer como al mito que la sobrevive y trasciende⁶⁸. Todos estos y otros muchos ejemplos ilustran los modos en que en los últimos tiempos vienen incorporándose a los estudios históricos nuevas y sugerentes formas de representar la compleja relación entre sujeto y relato, hechos y ficción.

* * *

En 1990 Liz Stanley escribía en un dossier monográfico de *Gender and History*: «Biografías y autobiografías son tan populares porque cuentan una historia interesante, habitualmente de forma accesible y placentera; porque, en apariencia, nos permiten vivir vidas distintas de las nuestras, y porque pueden ofrecernos heroínas feministas que se sitúan junto a los sujetos más usuales de la autobiografía. Estos motivos de interés deben ser reconocidos y aceptados como legítimos en términos feministas, no tratados como respuestas supuestamente ingenuas a la autobiografía»⁶⁹.

⁶⁷ Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y M. Cruz ROMEO (eds.): *Heroínas y patriotas...*

⁶⁸ Eliane VIENNOT: *Marguerite de Valois. Histoire d'une femme, histoire d'un mythe*, París, Payot, 1993.

⁶⁹ Liz STANLEY: «Moments of Writing...», p. 65.

Quizá el énfasis pueda ponerse en otro lugar. A mi juicio, lo más importante no es admitir la validez de los enfoques biográficos en historia desde un punto de vista específicamente feminista, si bien esto resulta del todo legítimo. Ni tampoco señalar (aunque sea sin duda relevante) que al contar una vida de mujer el acento no suele recaer donde lo hace cuando se trata de un hombre —como afirmaba Woolf—. Más bien, la aportación crucial de la historia de las mujeres y del género al debate historiográfico radica en haber sabido problematizar, y de ese modo enriquecer, la discusión teórica y la práctica investigadora partiendo de (pero no limitándose a) los sujetos sobre los que habitualmente trabaja. La comprensión de la biografía como una práctica social e ideológicamente situada, el reconocimiento del vínculo entre biografía y autobiografía, el planteamiento de la profunda historicidad y la compleja relación entre «público» y «privado», o la insistencia en un concepto del yo complejo y móvil, inscrito en redes de relaciones, constituyen algunas líneas fundamentales en las que su contribución ha sido esencial y resulta ya insoslayable en la escritura histórica.

Biografía de una generación revolucionaria*

Roy Foster

Universidad de Oxford

Resumen: Este artículo aborda la formación de una «generación revolucionaria» en Irlanda desde 1890, en el periodo que precedió a la revolución irlandesa que comenzó con la insurrección de Pascua de 1916 y culminó con el Tratado Anglo-Irlandés de 1921. El autor reflexiona sobre si los revolucionarios irlandeses pueden ser considerados como una «generación de 1916», en el sentido en que Robert Wohl ha escrito sobre la «generación de 1914» en Europa, y compara su autoconciencia e identidad con los conceptos de generación introducidos por Mannheim y Ortega y Gasset. El artículo se centra además en los «revolucionarios inesperados», como, por ejemplo, los jóvenes procedentes de entornos acomodados e integrados en el *establishment*, los protestantes y las mujeres. La aproximación sugerida es la del análisis biográfico. El resultado que surge de éste apunta hacia la existencia de una corriente revolucionaria claramente diferente de la tradición rural, católica y mística del nacionalismo que ha sido usualmente priorizada por los historiadores de la revolución irlandesa.

Palabras clave: historia de Irlanda, revolución, biografía de grupo, experiencia individual, generación revolucionaria.

Abstract: This article considers the making of a «revolutionary generation» in Ireland from 1890, in the period preceding the Irish revolution that

* Texto discutido en *Le singulier et le collectif à l'épreuve de la biographie*, II Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía Histórica, París, Colegio de España, 8-9 de febrero de 2010, proyecto de investigación HAR2008-03420, Gobierno de España.

began with the insurrection of Easter 1916, and culminated in the Anglo-Irish Treaty of 1921. The author considers whether the Irish revolutionaries can be seen as a «generation of 1916», rather as Robert Wohl has written of a «generation of 1914» in Europe, and compares their self-consciousness and identity to the generational concepts pioneered by Mannheim and Ortega y Gasset. The article also concentrates upon «unexpected revolutionaries», such as young people from secure backgrounds in the «establishment», Protestants and women. Above all, the approach suggested is that of biographical analysis. The picture that emerges is of a distinctly different revolutionary strain than that of the rural-Catholic-mystic tradition of nationalism usually prioritized by historians of the Irish revolution.

Keywords: History of Ireland, revolution, group biography, individual experience, revolutionary generation.

En una época en que se está extendiendo y revalorizando el estudio de la biografía vale la pena considerar en qué medida es posible esclarecer el análisis de las revoluciones tanto a través del estudio de las vidas individuales como de la biografía de los grupos. La historia de las revoluciones ha sido abordada por algunas mentes ilustres como un ejercicio de estudio comparativo¹, e indudablemente existen algunos puntos de comparación entre las distintas generaciones revolucionarias. Pero, además, me gustaría recordar que Isaiah Berlin (un estudioso muy interesado en las revoluciones) animaba a buscar lo específico, lo concreto, en la experiencia personal e individual², porque ahí, a mi juicio, pueden hallarse muchos elementos que explican lo inesperado de la revolución.

¹ Crane BRINTON: *The Anatomy of Revolution*, Londres, Jonathan Cape, 1953, y Theda SKOCPOL: *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979. Véase también John DUNN: *Modern Revolutions: an introduction to the analysis of a political phenomenon*, ed. revisada, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 (1.ª ed., 1972), y Alexander J. GROTH (ed.): *Revolution and Political Change*, Aldershot, Dartmouth Publishers, 1996.

² «Por consiguiente, los historiadores, cuya tarea es decirnos lo que sucedió realmente en el mundo, rehúyen las pautas teóricas rígidas en las que a veces es preciso encajar los hechos con una buena dosis de dificultad y artificio. Y este instinto es muy sensato. El verdadero objetivo de la ciencia es advertir el número de similitudes en el comportamiento de los objetos y elaborar propuestas con el máximo grado de generalidad, de las cuales sea posible deducir lógicamente el mayor número de tales uniformidades. En la historia aspiramos a lo contrario. Cuando

En efecto, ¿cómo podemos abordar la historia de las revoluciones? Al margen de si una revolución puede clasificarse como socialista, reaccionaria o nacionalista (o combina elementos de las tres), explorar sus raíces es un asunto de una relevancia duradera, sobre todo cuando contemplamos el siglo xx que acaba de concluir. Desde la primera (y a menudo olvidada) revolución rusa de 1905³ hasta las revoluciones de Europa del este, que transformaron la última década del siglo, la historia reciente ha estado jalonada de sublevaciones que han transformado la vida de la gente, así como los sistemas políticos y económicos que la rigen. Además, la forma en que las revoluciones han seguido produciéndose ha cuestionado y subvertido muchas de las teorías generales sobre la revolución que han ofrecido los teóricos. Por supuesto, esas grandiosas teorías van en busca de grandes pautas, a veces de forma muy estimulante, y muy a menudo giran alrededor de los polos de las grandes revoluciones francesa y rusa, entre cuyas trayectorias puede establecerse algún tipo de paralelismo —pese a que ya hemos dejado de creer que la revolución rusa de 1917 era, como decía Lenin, la etapa siguiente de un proceso histórico mundial iniciado en Francia en 1789—. Pero esas revoluciones recientes del mundo posterior a 1989 han provocado que volvamos a fijarnos en las grandes revoluciones clásicas y en las pautas que siguen —como se ha hecho en el caso de Rusia, comparando 1917 con 1991—⁴. En cambio, ahora intentamos buscar una mayor clarificación a través de cuestiones de

deseamos describir una revolución en particular (lo que sucedió en realidad), lo último que queremos es centrarnos exclusivamente en las características que pueda tener en común con el máximo número de revoluciones que podamos encontrar, ignorando las diferencias que resulten irrelevantes para nuestro estudio; así pues, lo que un historiador quiere desvelar es lo específico, lo exclusivo, en un personaje, en una serie de hechos o en una situación histórica determinados, de modo que, al presentarle la explicación, el lector sea capaz de comprender la situación en lo que se llama su “concreción”. Véase Henry HARDY (ed.): *The Sense of Reality: studies in ideas and their history*, Londres, Pimlico, 1997, pp. 21-22 [*El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*, Madrid, Taurus, 1998].

³ Moira DONALD: «Russia 1905: the forgotten revolution», en Moira DONALD y Tim REES (eds.): *Reinterpreting Revolution in Twentieth-Century Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2001, pp. 41-54.

⁴ Edward ACTON: «The Parting of Ways: comparing the Russian revolutions of 1917 and 1991», en Moira DONALD y Tim REES: *Reinterpreting Revolution...*, pp. 55-72, y Edward ACTON: *Rethinking the Russian Revolution*, Londres, Edward Arnold, 1990.

paradoja y de matiz; lo que *no* cambia durante las revoluciones ha pasado a interesarnos tanto como lo que sí ha variado⁵.

Los análisis más recientes de las revoluciones tienden a restar importancia al protagonismo de la dinámica ideológica y a considerar los impulsos ostensiblemente «políticos» en términos de antagonismo étnico, de reacción antiimperialista y de lo que Robert Gerwarth ha denominado «el psicosustrato oculto de las masculinidades y de los conflictos comunitarios locales»⁶. Por consiguiente, es posible que no tengamos que centrarnos tanto en examinar el avance de la revolución por el procedimiento del análisis social y político, y observar, por un lado, los grandes movimientos de desarrollo económico y sociológico, y las presiones contingentes de la crisis inmediata (política y económica), por otro. Sea como fuere, independientemente del enfoque que se adopte, la mayoría de los estudios intentan aislar lo que recientemente se ha dado en llamar «el punto de inflexión»: el momento en el que se hace posible un cambio sustancial, que va alimentándose de un cambio en «los corazones y las mentes», así como del «problema que se presenta» de una crisis inmediata. Esto es válido, por ejemplo, en el caso de muchos estudios sobre la guerra de independencia de Estados Unidos. Pero, por lo menos entre los historiadores, es menos habitual —tal vez porque resulta más difícil de aislar— intentar analizar la «prerrevolución», es decir, ese proceso de cambios que allana el camino a la crisis.

No obstante, los trabajos que intentan hacerlo son muy a menudo los trabajos que más cosas nos dicen y que superan la prueba del tiempo. En el caso de la guerra de independencia de Estados Unidos se podría poner como ejemplo *The Ideological Origins of the American Revolution* (1967), de Bernard Bailyn, y en el de la revolución rusa, el libro de Franco Venturi titulado *Roots of Revolution*, originalmente publicado en 1952 con el título *Il Populismo Russo*. El libro de Bailyn examina la literatura y el periodismo panfletarios en las colonias norteamericanas hasta finales de la década de 1770;

⁵ Véase, por ejemplo, Krishan KUMAR: «Twentieth-century Revolutions in Historical Perspective», en *id.*: *The Rise of Modern Society: aspects of the social and political development of the West*, Oxford, Basil Blackwell, 1988, pp. 177-183.

⁶ Robert GERWARTH y Martin CONWAY: «Revolution and Counter-revolution», en Donald BLOXHAM y Robert GERWARTH (eds.): *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 140-175.

el libro de Venturi estudia a los pensadores radicales y a los activistas políticos rusos del siglo XIX y concluye con el asesinato del zar Alejandro II en 1881. Ambos libros evocan muy bien la «prerrevolución» al recrear las actividades de una «*intelligentsia*» (en términos difusos) y mostrar cómo las ideas reaccionan entre ellas. Son ejercicios de historia intelectual. Pero Bailyn pone el acento en los «corazones» además de en las «mentes». Y al volver a leerlos también me ha llamado la atención lo mucho que el colosal libro de Venturi es una especie de experimento en el campo de la biografía.

En su introducción al libro de Venturi, Isaiah Berlin volvía a destacar el «individualismo», así como el «racionalismo» de los principales revolucionarios populistas⁷. Eso viene a sugerir que las biografías de las personas implicadas son tan importantes como sus teorías y sus ideas. Siguiendo con Rusia, eso mismo podría decirse de los venerables estudios de Edmund Wilson, *Hacia la estación de Finlandia* (1940), y de E. H. Carr, *Los exiliados románticos: galería de retratos del siglo XIX* (1933), escritos cuando la revolución rusa era un fenómeno muy reciente. Pese a que ambos simpatizaban con el marxismo, tanto Wilson como Carr estudiaron el proceso de la revolución a través de las biografías personales de los individuos, así como de sus posturas «objetivas» e ideológicas⁸. Y en ambos casos, el aspecto empírico y biográfico de la investigación no sólo esclarece los pensamientos de los teóricos y los acontecimientos que

⁷ «La fe en la libertad humana era la piedra angular del humanismo populista: los populistas nunca se cansaban de repetir que los fines eran elegidos por hombres, no les venían impuestos, y que tan sólo la voluntad de los hombres podía construir una vida feliz y honorable, una vida en la que pudieran conciliarse los intereses de los intelectuales, los campesinos, los obreros y las profesiones liberales; no exactamente lograr que coincidieran totalmente, ya que eso sería un ideal inalcanzable, sino que se amoldaran en un equilibrio inestable que la razón humana y la constante atención humana pudieran adaptar a las consecuencias casi siempre impredecibles de la interacción de los hombres entre sí y con la naturaleza». Véase Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist and socialist movements in nineteenth-century Russia*, traducido del italiano por Francis Haskell, Londres, 1960, p. xix [*El populismo ruso*, Madrid, Alianza Editorial, 1981].

⁸ Tal y como los propios protagonistas insinuaban a veces: Belinsky acusó a Bakunin de ser «como un alemán, que nació siendo un místico, un idealista, un romántico, y así morirá, porque no se puede cambiar la naturaleza de una persona echándole filosofía por encima». Véase Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. 50. También resulta llamativo que Venturi considere que, con diferencia, la obra más reveladora del ideólogo populista Chernyshevsky es su biografía inacabada (*Prologue of the Prologue*, p. 145).

desencadenaron, sino que también sigue siendo la parte más intensa y fascinante de aquellos estudios clásicos. La descripción de la forma en que la vida afecta al pensamiento perdura mucho más que las inquietudes y los sesgos políticos tácitos de los autores —que por supuesto reflejaban la época en que escribían y que no siempre eran recibidos con aprobación— (Vladimir Nabokov le dijo brutalmente a Wilson que *Hacia la estación de Finlandia* se parecía a un «cubo de leche con una rata muerta en el fondo»)⁹.

Las biografías de los personajes que allanaron el camino a una revolución, o incluso que la precipitaron, pueden ser de una relevancia duradera en una época en que las teorías generales sobre la revolución presentan más problemas que antes; la disolución de la revolución en la violencia y el terror es un asunto por el que se han preocupado algunos estudios históricos recientes¹⁰. Eso da una idea de la importancia de un enfoque psicológico y sociológico. Sin embargo, muchos estudios sobre los revolucionarios tradicionalmente los han retratado como personas que actúan principalmente en el seno de grupos u organizaciones, en vez de como individuos, como personas que viven sus vidas individuales¹¹. Por supuesto, la tarea de analizar la vida de las personas en un frente tan amplio es imposible, a menos que uno elabore un diccionario biográfico de varios tomos que resultaría ilegible.

Sin embargo, aquí me gustaría señalar que ese tipo de tratamiento biográfico podría aplicarse a determinados aspectos de una revolución que casi nunca se incluye entre los «estudios revolucionarios» generales: la revolución irlandesa de 1916-1922. Desde 1800 Irlanda había estado constitucionalmente unida a Gran Bretaña y enviaba a sus representantes al Parlamento imperial de Londres, en vez de mantener, como hacía previamente, su propio Parlamento en Dublín; el gobierno se ejercía a través de funcionarios

⁹ Citado en Alex ROSS: «Ghost Sonata: Edmund Wilson's adventure with Communism», *New Yorker*, 24 de marzo de 2003.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Arno MAYER: *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000, y Robert GERWARTH: «The Central European Counter-revolution: violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present*, 199 (2008), pp. 175-209.

¹¹ Véase, por ejemplo, la excelente obra de Temma KAPLAN: *Anarchists of Andalusia 1868-1903*, Princeton, Princeton University Press, 1977 [*Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Barcelona, Crítica, 1977].

británicos y de un virrey británico en Dublín. Hubo sublevaciones esporádicas contra la dominación británica por parte de los nacionalistas radicales en 1848 y en 1867, pero no recibieron un apoyo generalizado y, para finales del siglo XIX, la mayoría de los observadores esperaba el restablecimiento de un Parlamento y un gobierno irlandeses con transferencia de competencias en el seno del Imperio —la denominada solución del *Home Rule* (estatuto de autonomía)—. Sin embargo, durante la década 1912-1922 todo cambió —en parte debido a los profundos efectos de la Primera Guerra Mundial y en parte porque la resistencia de los «Unionistas» protestantes del nordeste de la isla ponía en peligro la entrada en vigor del Estatuto—. Durante aquellos años, a una insurrección, fallida pero inspiradora, de los rebeldes nacionalistas durante la Semana Santa de 1916, le siguió una guerra de guerrillas contra las fuerzas de policía y del gobierno que culminó con el Tratado de 1921, que concedía la independencia a todos los efectos (dentro de la Commonwealth británica) a tres cuartas partes de Irlanda, lo que en un primer momento se denominó el «Estado Libre Irlandés». (El «Estado Libre» fue declarado una República en 1948; los seis condados del nordeste se habían desgajado en 1920 para formar la provincia autónoma de «Irlanda del Norte», que hoy en día sigue formando parte del Reino Unido.)

Lo que ocurrió en Irlanda en aquellos años no suele ponerse a menudo como ejemplo en la «teoría revolucionaria» general; quizá porque tuvo lugar a pequeña escala y, aunque en gran medida logró desalojar al gobierno británico establecido, sustituyó aquel orden con los valores social y políticamente conservadores del Estado Libre Irlandés autónomo. «Fuimos», comentaba Kevin O'Higgins, uno de los más influyentes líderes políticos del Estado Libre durante la década de 1920, «los revolucionarios de mentalidad más conservadora que jamás hayan culminado con éxito una revolución»¹². A pesar de todo, él y sus colegas fueron los beneficiarios de una revolución que, al igual que la revolución rusa, que fue mucho más profunda, se nutrió de la radicalización de una generación de finales del siglo XIX. ¿Cómo podemos intentar comprender los vectores y la redes por los que fue difundiéndose la radicalización política y cultural durante la década de 1890 y prin-

¹² *Dail Eireann, Diosboireachtaí Pairliminte: Tuairisg Oifigiúil (Parliamentary Debates: Official Reports)*, Dublín, 1922, vol. II, 1909, 1 de marzo de 1923.

cipios de la década de 1900? Tal vez esa tarea puede resultar más manejable si analizamos una determinada tipología de activista radical, acaso el tipo mas inesperado. La visión clásica de la revolución irlandesa tiende a invocar la lucha por la tierra a lo largo de muchas generaciones y de siglos de dominación política por parte del Reino Unido. Pero en 1900 ese litigio por la tierra ya se había ganado a todos los efectos a través de una serie de leyes por las que se animaba a los terratenientes a vender sus tierras a los arrendatarios que las ocupaban y a los que se ofrecían créditos hipotecarios baratos a través de grandes subvenciones de ayuda del Estado. A finales de siglo podía argumentarse que la forma de gobierno por parte del Reino Unido no era ni demasiado opresiva ni poco representativa; de hecho, la perspectiva de que Gran Bretaña concediese el autogobierno o «*Home Rule*» a Irlanda se consideraba inevitable¹³.

El *Home Rule* era el objetivo del constitucionalista Partido Parlamentario Irlandés, cuyos miembros representaban las circunscripciones de Irlanda y tenían escaños en el Parlamento imperial de Westminster; exigían un Parlamento nacional para Irlanda, con transferencia de competencias para los asuntos de la isla, pero sin dejar de formar parte del Imperio. En 1886, el carismático líder Charles Stewart Parnell, defensor del *Home Rule*, había conseguido el apoyo del Partido Liberal de W. E. Gladstone, y aunque Parnell tuvo que abandonar el poder en unas circunstancias escandalosas en 1890-1891, los liberales siguieron oficialmente comprometidos a llevar el *Home Rule* a Irlanda cuando las circunstancias políticas lo permitieran. A los nacionalistas radicales irlandeses aquello les parecía un enfoque insuficiente y colaboracionista, y la nueva generación revolucionaria de principios del siglo XX acabó considerando casi tan enemigo al Partido Parlamentario Irlandés como al gobierno británico. El hecho de que en 1912 el gobierno promulgara una ley de *Home Rule* que otorgaba un Parlamento a Irlanda y de que al mismo tiempo fuera incapaz de plantar cara a la resistencia paramilitar con la que amenazaban los unionistas del norte acentuó la desilusión de muchos nacionalistas; pero lo cierto es que da la impresión de que la generación más joven ya había desistido de apoyar al Partido Parlamentario Irlandés.

¹³ Pero cfr., para una opinión contraria, Fergus CAMPBELL: *The Irish Establishment 1879-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

Esto es algo que puede observarse a través del compromiso de aquella generación con el «renacimiento» cultural a base de aprender el gaélico (una lengua casi moribunda a finales del siglo XIX), de crear el culto a la tradición revolucionaria-nacionalista a lo largo de la historia de Irlanda mediante la celebración de las rebeliones del pasado y de refrendar las ideas de nacionalismo económico («*autarky*»), de separatismo cultural y de resistencia pasiva predicadas por el movimiento político llamado «Sinn Féin» (habitualmente traducido como «Nosotros Solos»), que surgió de la mano de Arthur Griffith a principios de la década de 1900. A la hora de rastrear la transición desde el apoyo al *Home Rule*, que parecía gozar de una aprobación abrumadora por parte del pueblo irlandés antes de 1900, hasta la exigencia republicana mucho más radical que se formuló en 1916-1922, creo que las raíces de la revolución deberían buscarse más en la familia, en los colegios y en las aulas de la universidad. Los estudiantes universitarios irlandeses no eran, como se decía de la Rusia del siglo XIX, un «proletariado del pensamiento»¹⁴; formaban parte de una clase media creada por las estructuras de la Irlanda victoriana. Pero los elementos y procesos radicales les influenciaron y condicionaron, igual que también influían en quienes se habían educado en determinados colegios, sobre todo los de algunas órdenes católicas dedicadas a la enseñanza. En Irlanda, al igual que en otras culturas prerrevolucionarias, hay que prestar atención al potencial de radicalización de las «capas medias» de la sociedad¹⁵. Hay otro síndrome ruso que podría aplicarse a la prerrevolución irlandesa: el concepto de «alta burguesía arrepentida»¹⁶. Bakunin, Herzen, Belinsky y otros populistas radicales rusos procedían de la pequeña aristocracia, igual que un número reducido, pero influyente, de revolucionarios irlandeses. Las vidas de algunas figuras revolucionarias procedentes de las clases altas terratenientes en Irlanda (la denominada «Ascendencia»), como Robert Barton, Erskine Childers y Constance Gore-Booth (posteriormente Markiewicz), merecen ser examinadas bajo esa luz. Lo mismo sucede con los revolucionarios procedentes de los grupos religiosos disidentes de clase media, sobre todo cuáqueros, como Bulmer Hobson y Rosamond Jacob. El análisis de sus vidas puede

¹⁴ Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. 222.

¹⁵ Edward ACTON: «The Parting of Ways...», p. 58.

¹⁶ Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. xii.

ayudarnos a comprender lo que llevó a unas personas jóvenes y cultas a abandonar la política moderada y a adoptar el extremismo en una época en que sus circunstancias objetivas, y podría decirse que las de su país, no les obligaban a dar un paso tan radical.

Un proceso de esas características es crucial para los momentos históricos transformadores. Constituye el meollo de la inesperada revolución irlandesa de principios del siglo xx. Curiosamente, sin embargo, en el ámbito de la formulación «heroica» de aquella revolución hasta ahora no se ha analizado la experiencia individual del cambio: la formación de esa generación revolucionaria sigue siendo una incógnita fundamental. Y se trata de un asunto de interés duradero y relevante.

He calificado esa revolución de «inesperada», pero gran parte de la historiografía tradicional la ha representado como el resultado inevitable de un proceso continuo: el avance predeterminado de la liberación nacional. Esta interpretación ha sido cuestionada por el trabajo de la última generación de historiadores irlandeses, acaso como parte de un cuestionamiento y una reinterpretación generales del nacionalismo en sí que está en marcha, tanto a nivel teórico como empírico, desde la década de 1970¹⁷. Creo que ese fenómeno puede examinarse analizando las opiniones, las actividades y la evolución intelectual de los grupos humanos más importantes, definidos por su actividad a través de la forma en que sus miembros se relacionaban entre sí, en que trababan amistad unos con otros y en que pasaban juntos su tiempo de ocio. Este procedimiento podría ir más allá de la biografía de grupo para intentar perfilar una generación y señalar un momento de cambio histórico entre las personas que hicieron una revolución y fundaron un Estado nuevo. Los futuros separatistas de otros países les considerarían *avatares*, pero todavía no se ha escrito un análisis completo de su proceso de radicalización, ni tampoco se ha llevado a cabo una comparación exhaustiva con las experiencias europeas, algunas de ellas muy cercanas en el tiempo. Las vidas de los irlandeses durante la década de 1890 y principios de la de 1900 se asemejaban a las de los ciudadanos de otros países donde unos jóvenes románticos y visionarios, procedentes de un entorno con buen nivel educativo dentro de un

¹⁷ Véase mi ensayo «Forward to Methuselah: the progress of nationalism», en Terence DOOLEY (ed.): *Ireland's Polemical past: views of Irish history in honour of R. V. Comerford*, Dublín, University College Dublin, 2010, pp. 141-159.

mundo fuertemente estratificado por distinciones de clase y religión, se situaron en contra de lo que ellos percibían como un *establishment* asfixiante y corrupto, y a menudo también en contra de sus progenitores¹⁸.

Al leer la correspondencia inédita y las memorias de sus contemporáneos llama la atención la transformación de los jóvenes nacionalistas constitucionalistas de las décadas de 1880 y 1890 —que habían sido seguidores del Partido Parlamentario Irlandés y del proyecto del *Home Rule*— en defensores del movimiento separatista radical Sinn Féin, que logró una asombrosa y aplastante victoria en las elecciones de 1918 y que utilizó su mandato para retirarse del Parlamento de Westminster y establecer una asamblea revolucionaria «alternativa» en Dublín. (También existe una dialéctica alterna, por la cual algunos de los que se sumaron al nacionalismo cultural en la década de 1890 se retractaron de su postura a medida que iba definiéndose la política separatista.) Al examinar los papeles personales es posible advertir que la gente empezó a firmar con sus nombres en irlandés al final de sus cartas en inglés, a suscribirse a nuevos tipos de publicaciones, a frecuentar colegios distintos y, en algunos casos, a considerar colaboracionista a la generación de sus padres, así como a asumir actitudes de una anglofobia retórica.

Es posible que en aquel proceso hubiera una gran dosis de sobrecompensación (sobre todo por parte de la «alta burguesía arrepentida») y eso puede ser un reflejo de cierta inseguridad cultural que se manifiesta de formas insospechadas. Algunos de los ejemplos más llamativos de las biografías radicales se dan entre mujeres jóvenes procedentes de familias protestantes de clase media, muchas de ellas estudiantes de arte de las dos facultades de Bellas Artes de Dublín: mujeres como Cesca Trench, Grace Gilford y muchas otras¹⁹. Durante la década de 1890 y principios de la de 1900, la participación en movimientos contraculturales como el sufragio femenino, el pacifismo, los derechos de los animales y el movimiento antivivisección puso en contacto a personas como Rosamond Jacob con actividades más claramente radicales; a través de sus numero-

¹⁸ Véase Tom GARVIN: *Nationalist Revolutionaries in Ireland, 1858-1928*, Oxford, Clarendon Press, 1987, pp. 13 y ss., para una breve discusión del tema.

¹⁹ Véanse Hilary PYLE: *Cesca's Diary, 1913-1916*, Dublín, Woodfield Press, 2005; varias obras sobre las sorprendentes hermanas Gifford; los diarios inéditos de Rosamond Jacob, y la correspondencia de Sara Purser.

sos diarios inéditos es posible seguir la trayectoria de esta joven intelectual cuáquera, que había sido educada en casa por unos padres librepensadores, que se afilió a los grupos separatistas, que asistía a los mítines y que entraba en contacto con un tipo de personas que anteriormente estaban excluidas de su círculo social²⁰. Ese proceso también la llevó a descubrir las recónditas comarcas costeras del oeste de Irlanda, adonde acudían personas como ella para poder hablar gaélico y llevar una vida sencilla, con el mismo fervor y con gran parte de los mismos motivos que los *narodnikii*, los revolucionarios rusos de la generación anterior. Por encima de todo es imprescindible analizar el proceso de recuperación del idioma y el desarrollo de una «regeneración» cultural no sólo a nivel institucional, sino también por cómo afectó a las vidas individuales y fue creando círculos de contacto que se solapaban entre sí. Puede decirse lo mismo de la política cultural, que funcionaba a través de pequeñas sociedades literarias y grupos teatrales, y que ha sido recientemente analizada por estudiosos de la literatura y de la historia. Dublín, en la misma medida que París, Moscú o Berlín, tenía su dimensión bohemia. El vibrante, aunque a menudo introvertido, mundo del periodismo y las editoriales irlandesas, que ha sido examinado en unos pocos estudios especializados, requiere un análisis más detallado y profundo. Lo mismo sucede con la política educativa. St. Enda, el colegio fundado por el intelectual radical Patrick Pearse, regenerador y escritor de la lengua gaélica y que posteriormente se erigiría en uno de los líderes de la «insurrección» de 1916, siendo ejecutado por ello, funcionaba como una especie de *madrasa* de la revolución y ha sido estudiado por Elaine Sisson. Pero el mundo de la vida estudiantil en Trinity, así como en la Universidad Nacional, todavía está esperando a un historiador que la investigue, lo mismo que ocurre con la influencia de los profesores y los conferenciantes más carismáticos. Tal y como sucedió en Rusia y Francia en aquella misma época, los maestros y pequeños funcionarios desempeñaron un importante papel a la hora de radicalizar la experiencia de la clase media irlandesa, y sus vidas están mejor documentadas que la mayoría²¹. Es posible rescatar las vivencias de la existencia cotidiana mediante los procedimientos de la biografía.

²⁰ NLI [National Library of Ireland], ms. 32, 582 (contiene docenas de volúmenes manuscritos inéditos).

²¹ Tom GARVIN: *Nationalist Revolutionaries in Ireland...*, pp. 24 y ss.

Las fuentes están ahí. Después de la revolución, en la atmósfera más bien gris del nuevo Estado Libre Irlandés, muchos escribieron sus memorias, que en la mayoría de los casos no se publicaron, pero que fueron conservadas por sus familias. La información sobre la experiencia individual conservada en antiguas revistas escolares y publicaciones estudiantiles es apasionante²². En 2009 se publicó un gigantesco *Diccionario Biográfico Irlandés* en nueve tomos que facilita la tarea²³; la agiliza todavía más la riqueza de los archivos individuales recopilados por el Departamento de Historia Militar, que recientemente han sido puestos a disposición de los estudiosos, así como los relatos personales de quienes solicitaban una pensión en virtud de sus actividades revolucionarias. Es preciso abordar todas esas evidencias con sumo cuidado: al fin y al cabo, forman parte de un proceso de autojustificación. Pero analizar los supuestos que hay detrás de ese tipo de material, y su mayor o menor fiabilidad, constituye a fin de cuentas una parte esencial de la formación y la tarea del biógrafo.

La religión, como ocurre en tantas otras áreas de la vida de Irlanda, lo impregna todo; además, como han señalado los estudiosos respecto a Rusia, es la poderosa fuerza condicionante que está detrás de determinados aspectos de la mentalidad revolucionaria. En el caso de las biografías de la generación revolucionaria irlandesa, pueden resultar esclarecedores los archivos diocesanos católicos, que cada vez son más accesibles para su estudio, y los fondos de la Biblioteca del Organismo Representativo de la Iglesia de Irlanda* (lo mismo puede decirse del enorme archivo de correspondencia que se conserva en el Colegio Irlandés en Roma, pero por desgracia acaba de suspenderse el acceso de los investigadores a sus fondos). Un análisis del mundo de los intelectuales nacionalistas protestantes y de los *refusniks*, por muy minoritarios que fuesen, nos diría muchas cosas acerca de la liquidación de las viejas jerarquías de pensamiento y poder. Al parecer, el renacimiento literario irlandés de la década de 1890 y principios de la de 1900 estuvo domi-

²² Aprovechada con imaginación por Senia PASETA: *Before the Revolution: nationalism, social change and Ireland's catholic elite, 1879-1922*, Cork, Cork University Press, 1999, pero no por muchos más.

²³ *Dictionary of Irish Biography from the Earliest Times to 2002*, editado por James MCGUIRE y James QUINN, 9 vols., Cambridge, Royal Irish Academy-Cambridge University Press, 2009.

* Provincia de la Iglesia anglicana (N. de la T.).

nado por los escritores procedentes de familias de «Ascendencia» protestante, como W. B. Yeats, Augusta Gregory y J. M. Synge; por consiguiente, los críticos como Seamus Deane y Declan Kiberd han planteado la atractiva idea de que el renacimiento fue un intento de prolongar la hegemonía aristocrática (de las «*Big Houses*», las casas grandes) por otros medios. Se trata de una idea demasiado simplista, pero se hace eco de un análisis ya avanzado en su momento y destaca los antagonismos y resentimientos implícitos en el seno de la generación revolucionaria²⁴. La conciencia de clase estaba más presente y tenía más influencia de lo que admite la historiografía nacionalista tradicional irlandesa.

Este asunto no necesita solamente su propio historiador, sino también su propio biógrafo. A mi juicio, es posible esclarecer el estudio a gran escala de la mentalidad irlandesa prerrevolucionaria y revolucionaria durante lo que W. B. Yeats denominó la «larga gestación» de la revolución, desde 1890 hasta 1916, a través del examen de las vidas individuales y de cómo se entrecruzan, una lección que figura en una escala mucho mayor en la obra de Venturi, como ya he mencionado. Al mismo tiempo, una obra de esas características debería ser distinta de las obras anteriores que han abordado ese tema y liberarse de algunas de las limitaciones, por lo demás inevitables, del enfoque biográfico o institucional por el procedimiento de concentrarse en numerosos grupos interconectados de personas, seleccionados por actividades o identificaciones, que los confirmasen como miembros influyentes de la elite revolucionaria. Los matrimonios entre miembros de esos grupos son importantes, al igual que otras formas de interacción social que vinculan a los creadores de opinión; la tesis de Noel Annan a propósito de una «aristocracia intelectual» que influyó en la vida en el Reino Unido a finales del siglo XIX y principios del XX tal vez podría adaptarse provechosamente a la hora de examinar la aparición de la flor y nata de la revolución irlandesa, que rápidamente se convirtió en una clase gobernante posrevolucionaria.

Sin embargo, lo que a mí me parece crucial es la vida de la gente durante el periodo de transición: lo que yo he denominado, aunque con escasa elegancia y de un modo un tanto determinista,

²⁴ Seamus DEANE: *Celtic Revivals: essays in modern Irish Literature*, Londres, Faber, 1985, y Declan KIBERD: *Inventing Ireland: the literature of the modern nation*, Londres, Vintage, 1996.

la «prerrevolución». Entre las personas a considerar habría periodistas, clérigos, estudiantes de arte y artistas, profesores y estudiantes, activistas sindicales y funcionarios, y teniendo en cuenta también las provincias, además de Dublín. Escribir sus biografías tal vez ayudaría a echar por tierra el modo inflexible o hagiográfico en que se han presentado hasta ahora algunas figuras cruciales, a resaltar la forma en que los círculos de activistas se solapaban e interactuaban y a poner el acento en la importancia de las ideas procedentes de fuera de Irlanda, así como en las semejanzas con otros países. Entre las fuentes que nos permiten conocer sus pensamientos y experiencias desde la década de 1890 hasta la de 1920 están los documentos de sus instituciones y organizaciones, así como sus archivos personales, su correspondencia, sus escritos y el periodismo de la época²⁵. Una nueva fuente importante, ya mencionada, es el tesoro de entrevistas recogidas por el Departamento de Historia Militar. Entre ellas están las memorias de los revolucionarios supervivientes, recopiladas por el gobierno durante los años cuarenta y cincuenta, pero que han sido materia reservada hasta hace muy poco —en parte debido a que los interesados no siempre eran muy benévolos unos con otros—. Esas memorias suponen mucho más que simples relatos de la participación en actividades revolucionarias. El archivo presenta una serie de autobiografías condensadas, a menudo de personajes olvidados y poco conocidos (o amargados). Son autobiografías rememoradas veinte o treinta años después de los hechos y, por consiguiente, presentan complejos problemas a la hora de descifrarlos; tienen que ver con los «recuerdos» en la misma medida que sirven de guía para saber «lo que sucedió en realidad». Pero, si se abordan con la debida cautela, indudablemente aportarán mucho a la profundidad y la riqueza de la cultura que se pretende estudiar.

Es algo que no se había hecho antes. La movilización de la revolución irlandesa aún plantea muchas cuestiones sin resolver. Incluso el hecho mismo de llamarla «revolución» es producto de un consenso de fecha muy reciente y su duración también es opi-

²⁵ Entre las fuentes estarían la National Library of Ireland, la British Library, el Trinity College Dublin, los archivos del University College Dublin (quizá la fuente más importante), Cork County Council (especialmente para los papeles de Liam de Roiste), los archivos diocesanos recientemente abiertos (especialmente los documentos del Arzobispo Walsh) y los Irish National Archives.

nable. ¿Duró desde 1912 hasta 1922, o acaso deberíamos adoptar el concepto de «larga gestación», en palabras de Yeats, desde la caída de Parnell en 1891, o la idea de una convulsión que se puso en marcha a raíz de la Primera Guerra Mundial?²⁶ No obstante, la cuestión fundamental sigue siendo la radicalización: por qué y cuándo la gente pasó a refrendar la confrontación violenta y el separatismo, en vez del futuro del *Home Rule* constitucional, que durante tanto tiempo había gozado de un apoyo mayoritario en Irlanda y que había ejercido, a través del Partido Parlamentario Irlandés, la hegemonía sobre la política irlandesa. En realidad, nunca se ha examinado el motivo por el cual el Partido Parlamentario perdió el apoyo de los jóvenes. El abandono del nacionalismo constitucionalista a menudo implicaba que la gente más insospechada tirara por la borda los valores convencionales de la clase media en aras de una visión nueva y radical de la política republicana; aunque el conservadurismo y el catolicismo volverían a reafirmar su dominio en cuanto la revolución logró en parte sus objetivos separatistas. La cuestión de un cambio de mentalidad está presente en muchos estudios sobre el periodo²⁷. El análisis de las vidas individuales tal vez ayude a esclarecerlo.

Hoy en día también están produciéndose otros cambios de conciencia —y ahí es donde la agitación social de hace un siglo en Irlanda podría ser de interés para un colectivo más amplio que los historiadores irlandeses, o incluso que los historiadores en general—. Un estudio de ese tipo es novedoso, significativo y relevante. Plantea

²⁶ Como en los trabajos de Paul Bew; también ha sido destacado en los recientes trabajos de Fergus Campbell, Michael Wheatley y Matthew Kelly.

²⁷ Véase el lapidario de Charles TOWNSHEND: *Easter 1916. The Irish rebellion*, Londres, Allen Lane, 2005, y varios estudios sobre personajes revolucionarios como los de Richard ENGLISH: *Ernie O'Malley: IRA Intellectual*, Oxford, Clarendon, 1998; David FITZPATRICK: *Harry Boland's Irish Revolution, 1887-1922*, Cork, Cork University Press, 1999; Margaret WARD: *Hanna Sheehy-Skeffington: a life*, Cork, Attic Press, 1997, y Fearghal MCGARRY: *Eoin O'Duffy: A self-made hero*, Oxford, Oxford University Press, 2007. Pero no se ha discutido en un frente más amplio. *The Long Gestation*, de Patrick MAMME, es un estudio pionero de la cultura política del Partido Parlamentario Irlandés, pero evita las grandes conclusiones. El estudio sobre el Sinn Féin de Michael LAFFAN: *The Resurrection of Ireland: the Sinn Féin Party, 1916-1923*, New York, Cambridge University Press, 1999, acota drásticamente el periodo de tiempo y se limita a una organización. La sugerente obra de Senia PASETA: *Before the Revolution...*, abarca un corto periodo y se refiere a los católicos de clase media con estudios universitarios.

paralelismos, en primer lugar, con otras culturas políticas en vías de radicalización durante aquella época y, en segundo lugar, con lo que observamos hoy en día en determinadas regiones del mundo. En Rusia y en Francia, a principios del siglo xx, grupos de agitadores de clase media elaboraron una crítica disidente desde la izquierda y la derecha del espectro político, respectivamente; la comparación entre los bolcheviques rusos y los miembros del Sinn Féin irlandés pasó a ser habitual después de 1917, pero el paralelismo con la derechista *Action Française* es menos frecuente —si bien el *United Irishman*, el periódico nacionalista radical de Arthur Griffith, líder del Sinn Féin, citaba regularmente a su contemporáneo francés, *Libre Parole*, de Drumont—. Aquí, como en otros aspectos, Irlanda debería ser considerada más europea de lo que normalmente se piensa.

Un enfoque biográfico también podría analizar la evolución de la religión y la función de los sistemas de pensamiento religiosos en la gestación de la revolución. Durante la «prerrevolución», las personas que he mencionado eran generalmente secularistas, librepensadoras, y desdeñaban las devociones religiosas y políticas. «¡Cómo ablanda el seso la religión!» le confía Rosamond Jacob a su diario. Pero, a medida que va evolucionando la mentalidad revolucionaria, la influencia de las expectativas y los condicionantes religiosos se van haciendo cada vez más patentes y las expectativas utópicas se tornan más apasionantes (y, tal vez, quiméricas)²⁸. El tipo de asuntos que inicialmente acompañaba a la radicalización política en la década de 1890 (derechos de los animales, vegetarianismo, sufragio de la mujer) dio paso al proyecto de construir un nuevo mundo político a través de la violencia si fuese necesario. Además, me gustaría sugerir cautamente que el progreso del pensamiento revolucionario y las intersecciones entre nacionalismo y religión, que hoy en día observamos en algunos lugares de Oriente Próximo, así como en las comunidades musulmanas en otros países, podrían esclarecerse en determinados aspectos si los comparamos con el ejemplo irlandés de hace un siglo. Por otra parte, está la cuestión del poder que ciertas personalidades carismáticas son capaces de ejercer en los grupos pequeños e introvertidos de devotos (de nuevo me viene

²⁸ Véase Krishan KUMAR: «Twentieth-century Revolutions...». También James H. BILLINGTON: *Fire in the Minds of Men: origins of the revolutionary faith*, Londres, Temple Smith, 1980, y Melvin J. LASKY: *Utopia and Revolution: on the origins of a metaphor*, Chicago, Chicago University Press, 1976.

a la mente Rusia). Y también está la cuestión de la adopción consciente de procedimientos de «guía», que yo ya he advertido entre la generación que estoy estudiando. Además, existen amplias cuestiones relativas al choque generacional que nos resultan más familiares por los estudios de las décadas de 1840 o 1960, pero que son de gran relevancia para mi periodo. La novela *Padres e hijos*, de Turgueniev, podría haber sido escrita para el mundo irlandés de la siguiente generación, donde figuras como Basarov comienzan a expresarse abiertamente y a influir en su generación.

Menciono estos ejemplos no para imponer un patrón o una plantilla cerrados, sino para ilustrar que un precedente histórico podría servir para esclarecer el enfoque de un asunto contemporáneo y también a fin de señalar algunas áreas que son particularmente idóneas para un enfoque biográfico. Para el historiador-biógrafo, éste es el momento adecuado para abordar ese asunto en términos de erudición: ya se hecho una parte del trabajo preliminar, se están abriendo nuevos archivos y está empezando a apreciarse la naturaleza híbrida de la cultura, la historia y las tradiciones irlandesas de una forma más sutil que antes, tanto dentro como fuera de Irlanda. Pero también es el momento adecuado para abordar este asunto en términos de los acontecimientos del mundo actual tal y como lo conocemos hoy en día —y con nuestra experiencia de las revoluciones inesperadas de los últimos treinta años—. La cuestión de la radicalización de la mentalidad revolucionaria hasta el extremo de la resistencia violenta o «terrorista» entre personas que inicialmente no parecen susceptibles a unas ideas tan intransigentes no sólo es un tema de interés para los historiadores de Irlanda, como tampoco sencillamente para quienes estudian el pasado; es más relevante que nunca. Y a mi juicio, es posible investigarla mediante el absorbente proyecto de averiguar, sencillamente, quiénes eran aquellas personas.

Concluiré con una breve cita de un poema de W. B. Yeats, cuya vida coincidió con la transición desde la cultura política del «*Home Rule*» a la cultura de una revolución nacionalista, y que la observó muy de cerca. Tal vez apropiadamente, la idea de la investigación en la que estoy inmerso surgió al leer una y otra vez *Pascua de 1916*, el famoso poema de Yeats escrito tras la insurrección en Dublín que marcó el comienzo de la revolución irlandesa. Para Yeats y para muchos otros aquel acontecimiento fue una ab-

solita sorpresa, y él, a través de este gran poema, intenta preguntarse acerca de los móviles, la psicología y la vida de un grupo fundamental de revolucionarios, con el objeto de comprender la forma en que aquella transformación en el ámbito del yo individual de los sublevados precedió a la transformación que querían operar en la sociedad²⁹. El poema comienza con las impresiones de Yeats sobre aquellas personas antes de la revolución:

Con ellos me he cruzado al caer el día
Cuando venían, los rostros vivaces
de algún escritorio o ventanilla
entre sombrías casas dieciochescas³⁰.

Más adelante Yeats repite la frase: «Todo ha cambiado, cambiado del todo: una terrible belleza ha nacido». Para comprender ese cambio debemos examinar esos «rostros vivaces»; debemos ponernos detrás de aquellos escritorios y ventanillas, y meternos en sus vidas y en sus mentes. Ahí es donde la biografía se entrecruza con las grandes cuestiones de la historia, tanto en Irlanda como en el resto del mundo.

[Artículo traducido por Mary Solari y revisado por Alejandro Pradera]

²⁹ Un análisis en mi obra *W. B. Yeats: A Life*, vol. II, *The Arch-Poet, 1915-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 59-64.

³⁰ William B. YEATS: *The Variorum Edition of the Poems*, Londres, Macmillan, 1987 [*Antología Poética*, trad. de Daniel Aguirre, selección y prólogo de Seamus Heaney, Barcelona, Lumen, 2005]. Los «rostros vivaces» recuerdan el ensayo del populista ruso Ogarev sobre «la multitud»: «Indudablemente, en sus rostros inteligentes, en su gran capacidad para comprender y actuar, y en la rapidez de sus mentes hay suficientes elementos para crear un todo armonioso, para dar a la humanidad un brillante ejemplo de vida social y una imagen del gran destino del hombre». Citado en Franco VENTURI: *Roots of Revolution: a history of the populist...*, p. 10.

ESTUDIOS

*De hispanófilo a hispanista. La construcción de una comunidad profesional en Gran Bretaña**

Luis G. Martínez del Campo

Universidad de Zaragoza

Resumen: Este trabajo reflexiona sobre los orígenes del hispanismo en Gran Bretaña. Por eso, trata de explicar cómo algunos eruditos de esa isla convirtieron su afición por la literatura y la cultura españolas en una profesión durante la época victoriana. La progresiva introducción de la enseñanza del español en las universidades británicas y la consiguiente institucionalización de los estudios hispánicos fueron elementos fundamentales en este proceso de metamorfosis. En definitiva, este texto aspira a historiar la construcción de una comunidad de hispanistas en Albión.

Palabras clave: hispanista, hispanófilo, profesionalización, Gran Bretaña y enseñanza del español.

Abstract: This paper focuses on the origin of British hispanism. The idea is to explain how some British scholars who were interested in Spanish culture became professional hispanists. My research points out the links between the introduction of Spanish teaching at British universities and the emergence of scholars specializing in Hispanic studies in Great Britain at the end of the Nineteenth Century. To sum up, this work is a brief history of the first British hispanists.

Keywords: hispanist, Great Britain, hispanophile, professionalization, and Spanish teaching.

* Este texto obtuvo el Premio de Jóvenes Investigadores de la Asociación de Historia Contemporánea en su XIV edición, año 2013. Una primera versión de este trabajo fue defendida en el First International Symposium of the Nineteenth Century Hispanists Network, que se celebró en Glasgow en mayo de 2011. Quiero agradecer a los miembros de esta red las valiosas observaciones que hicieron sobre mi investigación.

«Si bien es cierto que los académicos en general han hecho poco por teorizar sobre la naturaleza de su trabajo o sobre el papel que desempeñan en la sociedad, los hispanistas han sido especialmente reacios a comprometerse con cualquier forma de autocrítica».

Malcolm K. READ¹

A mediados del siglo XVIII, en la recién fundada Real Academia de la Historia española, se mantuvo un curioso debate para determinar el nombre del primer monarca godo que reinó en Hispania. En esta controversia participaron destacados miembros de la corporación, tales como Francisco Javier de la Huerta o su primer director Agustín de Montiano. Tras distintas propuestas, la tesis que se impuso fue la del académico Ignacio Luzán, quien en varios escritos sostuvo que Ataúlfo era el primero de estos reyes. Más allá del resultado, la polémica puso de manifiesto el interés de estos ilustrados por delimitar el ámbito de estudio del que iban a ser «guardianes»: la historia de España².

Aunque nuestra búsqueda se inspira en ese intento de Luzán por escribir el principio de una historia, este texto no persigue coronar a nadie y, en realidad, se ocupa de una pluralidad de personas e instituciones. Más bien, el objetivo del presente trabajo consiste en reflexionar sobre los orígenes del hispanismo y, en particular, acerca de la génesis de su variante británica. Para ello, partimos de un análisis diacrónico del concepto de hispanista que nos permita describir sus características propias y cuestionar algunos rasgos que el tiempo le ha atribuido. Una vez delimitado nuestro objeto de estudio, aspiramos a explicar la metamorfosis que, en Gran Bretaña, llevó a algunos eruditos de un acercamiento circunstancial y lúdico a la cultura hispánica a un cultivo profesional de estos temas durante la época victoriana. Eso sí, siguiendo las aportaciones de «l'histoire des intellectuels», este escrito prestará más atención a las condiciones sociales que propiciaron la transformación de estos pioneros que a su propia producción literaria. En definitiva, las siguientes páginas es-

¹ Malcolm Kevin READ: *Educating the Educators. Hispanism and its Institutions*, Melbourne, University of Delaware Press, 2003, p. 13.

² José BERBEL: *Orígenes de la tragedia neoclásica española (1737-1754). La Academia del Buen Gusto*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2003, pp. 405 y ss., e Ignacio PEIRÓ: *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.

tán dedicadas a determinar cómo y por qué surgió una comunidad académica de este tipo en Albión³.

¿Qué es un hispanista?

Aunque el término hispanista comenzó a usarse a principios del siglo XIX, no fue aceptado por la Real Academia Española (RAE) hasta el año 1914. En aquel momento, se definió como una «persona versada en lengua y literatura españolas». De esta forma, el vocablo tuvo un carácter filológico y rivalizó con otro, «hispanófilo», que fue empleado de una manera más restrictiva para describir al «extranjero aficionado a la cultura, historia y costumbres de España». La competencia entre estas dos palabras se mantuvo en los albores de la centuria pasada, pero la primera de ellas fue dotándose semánticamente de connotaciones profesionales que, poco a poco, la llevaron a imponerse a la segunda⁴.

Con el paso del tiempo, el significado de «hispanista» fue ampliándose y abandonó esa exclusividad filológica que tuvo en sus inicios. En efecto, empezó a ser utilizado para referirse a aquellos que tenían conocimientos de castellano y de la cultura española en general. En 1956, el diccionario de la RAE certificaba esta variación, pero matizaba que el vocablo era «comúnmente» aplicado «a los que no son españoles». Desde entonces, con esta palabra se definía a distintos autores (ya fueran historiadores, filólogos, musicólogos o especialistas de otras ramas del saber) que no pertenecían a la comunidad hispánica, pero que habían hecho de ella su tema de investigación⁵.

De acuerdo con lo anterior, la condición de extranjero se convirtió en un elemento determinante en el cual algunos presuponían una perspectiva distinta, distante y, en consecuencia, más imparcial que la de los analistas autóctonos. Y es que bastantes hispanistas foráneos, y sobre todo aquellos que se dedicaron a disciplinas

³ François DOSSE: *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007.

⁴ Juan Antonio FRAGO: «Hispanismo, hispanista», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, vol. XV, 33-34 (2003), pp. 41-51, y Juan GUTIÉRREZ CUADRADO: «Hispano-limpio: coloreamos el origen de hispanismo e hispanista», *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 10/03 (2004), pp. 17-26.

⁵ *Ibid.*, pp. 41-51.

como la historia, aceptaron sin reparos un «mito de la objetividad» que, en ocasiones, predominaba en sus respectivas comunidades científicas nacionales. Varios autores han visto unas claras implicaciones políticas en esta supuesta neutralidad. Entre ellos, Malcolm Read acusó al hispanismo británico de esconder posturas conservadoras detrás de un acercamiento aséptico a su objeto de estudio. Estas críticas generaron una polémica cuya descripción excede los límites de este trabajo⁶.

Lejos de frenar la evolución semántica del vocablo, las limitaciones territoriales que establecía ese componente foráneo fueron difuminándose. Aunque se podrían aducir otras razones, las principales causas de este cambio fueron dos y se produjeron casi al mismo tiempo. Por una parte, las personas dedicadas a este tipo de estudios se juntaron en distintas sociedades. De hecho, en 1962 se confeccionaron los estatutos fundacionales de la Asociación Internacional de Hispanistas, los cuales «consagraron y marcaron por mucho tiempo el rumbo del hispanismo». La mencionada organización «redefinió oficialmente» el término y «profesionalizó» esta práctica. Por la otra, los temas relativos a Hispanoamérica fueron abriéndose camino en el mundo académico de diferentes países a mediados de la década de 1960. Por ejemplo, se crearon Centres for Latin American Studies en cinco universidades británicas durante aquella época. Así, el avance de la enseñanza y de la investigación que en el Reino Unido existía sobre la cultura latinoamericana dejó de estar ligado a los viejos departamentos «imperiales», que bajo la etiqueta de «Hispanic Studies» incluían tanto a las antiguas metrópolis peninsulares como a sus ex colonias de ultramar⁷.

Sin duda, la aparición de asociaciones, revistas y redes académicas que utilizaron el término hispanismo o alguna de sus derivaciones para describirse a sí mismas influyó en la forma de entender el significado de esta palabra y de su familia léxica. Además, la evolución política y las relaciones internacionales también determinaron el contenido semántico de estos vocablos. En 1984, y en una España

⁶ Peter NOVICK: *That noble dream. The «objectivity question» and the american historical profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988. Las críticas de Read han encontrado respuesta en distintos autores como Nicholas Round. Podemos seguir este debate sobre el hispanismo y su dimensión política en Stephen M. HART: «From Schizoidism to Big Bang: UK versus US Hispanism», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXIV, 4-5 (2007), pp. 653-667.

⁷ Juan GUTIÉRREZ CUADRADO: «Hispano-limpio...», pp. 17-26.

que acababa de configurarse como un Estado de autonomías regionales, el diccionario de la RAE ofreció una única acepción que todavía perdura para definir al hispanista, el cual pasó a ser: «Persona que profesa el estudio de lenguas, literaturas o cultura hispánicas, o está versada en ellos». Esta fórmula venía a aceptar la existencia de diferencias culturales dentro del territorio español⁸.

Más allá del reconocimiento de una nueva realidad política y de las peculiaridades locales, esta última definición añadió un velado componente profesional. Sin excluir al aficionado a este tipo de estudios, el hispanista «profesa» un oficio y, por consiguiente, pertenece a un «gremio» que hace de su trabajo intelectual un medio de vida. La incorporación de este aspecto laboral remite a la institucionalización del hispanismo en distintos ámbitos académicos y a la creación de una comunidad internacional dedicada a estos temas.

En la actualidad, la condición de hispanista no es privativa de los profesionales extranjeros. Es decir, podríamos referirnos con esta denominación a cualquier español o hispanoamericano sin incurrir en un error. Pero, como hemos sugerido, estas limitaciones existieron y todavía se mantienen en el empleo que hoy se hace del vocablo. A pesar de la amplitud y versatilidad de la presente definición, el componente foráneo aún es un rasgo semántico fundamental que suele subyacer en los análisis centrados en el hispanismo.

En el presente texto, el hispanista es aquel autor que, independientemente de su lugar de origen, estudió temas relativos a la cultura hispanohablante en, desde y para otros países ajenos al mundo hispano. Nuestra definición apuesta por la funcionalidad y se apoya en la existencia de comunidades profesionales diferenciadas y de espacios académicos propios, tal y como se explica para el caso británico.

De aficionado a profesional

«En muchos casos, el hispanista fue simplemente un hispanófilo que transformó su pasión en una profesión».

Sebastiaan FABER⁹

⁸ Juan Antonio FRAGO: «Hispanismo...», pp. 41-51.

⁹ La traducción es nuestra. Sebastiaan FABER: *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War. Hispanophilia, Commitment, and Discipline*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008, p. 8.

El hispanismo británico ha sido uno de los más activos e influyentes, junto con el estadounidense y el francés. Si tenemos en cuenta el ancestral antagonismo que caracterizó las relaciones de España con Inglaterra, esta relevancia parece paradójica. Sin embargo, durante los siglos XIX y XX, una serie de acontecimientos pusieron en cuestión esa rivalidad del pasado y dieron lugar a un escenario de entendimiento e, incluso, de fluida comunicación entre ambas naciones. La paulatina superación de imágenes negativas de un tiempo pretérito, los intereses comerciales, los contactos políticos y los flujos migratorios propiciaron el progreso de los estudios hispánicos y la creación de una comunidad profesional dedicada a estos temas en Gran Bretaña.

En época decimonónica, la visión que los británicos tenían del pueblo español sufrió cambios significativos. La Guerra de la Independencia y la resistencia de la población frente a la ocupación francesa provocaron una «hispanofilia súbita» en Albión que, según Moradiellos, derivó en una «revisión completa» de la Leyenda Negra. A partir de entonces, esa oscura y negativa percepción convivió en Gran Bretaña con otras imágenes de los españoles que, si bien eran más románticas y atrayentes, no dejaron de ser idealizadas. Estos nuevos estereotipos fueron transmitidos por algunas de las máximas figuras del romanticismo anglosajón como Lord Byron (1788-1824), quien anunció el nacimiento de «the new Numantine soul of old Castile», o Robert Southey (1774-1843), quien relató los pormenores de aquella lucha contra Napoleón en *A History of the Peninsular War* (1823)¹⁰.

Huelga decir que, con anterioridad a esa guerra peninsular, existieron *gentlemen* que siguieron el turbulento devenir político español y establecieron vínculos con algunos próceres de España. Entre ellos destacó Henry Richard Vassall Fox (1773-1840), el tercer barón de Holland. Este aristócrata fue amigo de destacados ilustrados peninsulares como Melchor Gaspar de Jovellanos, pero también socorrió a los liberales españoles que llegaron a Londres huyendo de Fernando VII en 1823. Su residencia londinense se convirtió en un

¹⁰ Enrique MORADIELLOS: «Más allá de la leyenda negra y del mito romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporáneo», *Ayer*, 31 (1998), pp. 183-199, y John Callan James METFORD: *British Contributions to Spanish and Spanish-American Studies*, Londres, The British Council and Logmans, Green and Co., 1950, p. 39.

lugar de encuentro para artistas, literatos y políticos tanto hispanos como anglosajones¹¹.

Aunque podemos encontrar hispanófilos en épocas remotas, el levantamiento de los españoles contra el invasor francés supuso un punto de inflexión y llamó la atención de los románticos británicos, que propiciaron un «redescubrimiento» de la cultura española. Escritores tan populares como Walter Scott (1771-1832) se familiarizaron con la lengua y la literatura españolas. El famoso novelista escocés llegó a proponer una nueva edición en inglés de *Don Quixote*. Para ello, compiló diferentes materiales que proporcionó a su yerno John Gibson Lockhart (1784-1854), quien había aprendido varios idiomas en la Universidad de Oxford. En 1822, este académico oxoniense cumplió el deseo de su suegro y publicó esa traslación, precedida de un análisis de la vida de Miguel de Cervantes. Pero Lockhart fue todavía más allá y, a través de colaboraciones en revistas literarias y traducciones de clásicos castellanos, contribuyó decisivamente a la popularización de las letras hispánicas en Gran Bretaña¹².

Además, viajeros procedentes de las Islas Británicas habían recorrido la Península «sin verse obligados por sus negocios o forzados por el exilio» desde el siglo XVII y esta tendencia continuó en el ochocientos. Entre los visitantes había poetas que, como el citado Lord Byron, buscaban el componente indómito y exótico que esas tierras parecían atesorar. También hubo enfermos que deseaban disfrutar de un clima más favorable para su delicada salud. En este último grupo estuvo el escocés James Young Gibson (1826-1885), quien aprendió el idioma y dedicó parte de su vida a traducir las obras menores de Cervantes y romances relacionados con el Cid¹³.

¹¹ Manuel MORENO ALONSO: *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997.

¹² Tina DOOLEY: «Españoles en Gran Bretaña», *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, vol. CV, 411 (marzo de 1980), pp. 13-29. John Gibson Lockhart escribió una serie de artículos sobre España que aparecieron entre 1821 y 1826 en *Blackwood's Magazine* bajo el título de *Horae Hispanicae*. También tradujo romances del castellano al inglés que aparecieron publicados como *Ancient Spanish Ballads* (1823). Véase John Callan JAMES METFORD: *British Contributions to Spanish...*, pp. 42 y ss.

¹³ *Ibid.*, p. 50, e I. A. A. THOMPSON: «Aspectos del hispanismo inglés y la coyuntura internacional en los tiempos modernos (siglos XVI-XVIII)», *Obradoiro de Historia Moderna*, 15 (2006), pp. 9-28, esp. p. 16.

La curiosidad de los eruditos británicos por la literatura española, el interés de los *gentlemen* londinenses por el devenir político de España, las ambiciones económicas que los mercaderes anglosajones mostraron por las recién independizadas naciones latinoamericanas y los relatos idealizados de los aventureros que recorrían la Península fueron algunos de los elementos que constituyeron el germen del hispanismo en Gran Bretaña. Desde distintos ámbitos se estaban dando los primeros pasos de la formación de una comunidad de hispanistas, la cual tardaría algún tiempo en establecerse.

El mundo de la academia contribuyó a que algunos británicos se especializaran en la cultura hispánica. Varios filólogos anglosajones aprovecharon sus conocimientos metodológicos para hacer traducciones, compilaciones e investigaciones de las principales obras escritas en español. Por ejemplo, Edward Fitz-Gerald (1809-1883) empezó a estudiar castellano gracias a Cowell, quien era catedrático de sánscrito en la Universidad de Cambridge. Fitz-Gerald hizo uso de las técnicas que había aprendido en el cultivo de idiomas orientales para traducir ciertos escritos menores de Calderón, que en 1853 aparecieron con el título: *Six Dramas of Calderón. Freely translated*. Esta obra no hubiera tenido mayor relevancia si no fuera porque una reseña crítica de la misma apareció publicada en la revista *The Athenaeum*, que se convirtió en una caja de resonancia de los trabajos que en aquella isla se realizaban sobre la literatura española¹⁴.

Fuera de las aulas, también había británicos que estaban interesados en la cultura hispánica. De hecho, algunos aficionados llegaron a unos niveles de especialización que les permitieron conseguir grandes logros. Entre ellos destacó John Rutter Chorley (1806-1867), quien, a pesar de tener fama de ermitaño, estuvo en contacto con la intelectualidad del momento, como lo prueba su amistad con Thomas Carlyle. Sin embargo, su relación con el mundo académico fue casi nula, ya que trabajó de secretario de la compañía ferroviaria Grand Junction Railway durante gran parte de su vida. Después de ahorrar algo de dinero, abandonó ese puesto para entregarse a su verdadera vocación: los estudios lingüísticos. Aunque prestó atención a varias lenguas, fue un apasionado tanto del castellano como de la literatura española. Por eso, residió en

¹⁴ *Ibid.*, p. 49, y John Callan James METFORD: «An early Liverpool Hispanist: John Rutter Chorley», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XXV, 100 (octubre de 1948), pp. 247-258.

España cerca de tres meses, que dedicó a visitar las mejores librerías madrileñas y a comenzar una colección de pliegos sueltos entre los que figuraban numerosos dramas del Siglo de Oro español. Más tarde, siguió comprando este tipo de obras y compiló infinidad de piezas teatrales españolas que, tras su muerte, pasaron a ser custodiadas por la biblioteca del British Museum¹⁵.

Pero ahí no acabó la labor de este hispanófilo, quien confeccionó el catálogo de dramas en castellano más completo hasta esa fecha. Esta bibliografía apareció en la Biblioteca de Autores Españoles, convirtiéndose en una referencia obligada para los filólogos y los estudiosos de las letras hispánicas. Además, Chorley sacó tiempo para elaborar varios trabajos sobre las obras de Lope de Vega, que años después fueron aprovechados por James Fitzmaurice-Kelly (1857-1923) para realizar su *Life of Lope de Vega* (Glasgow, 1904). Toda esta experiencia le sirvió para colaborar en revistas como *Fraser's Magazine* o *The Athenaeum*¹⁶.

John R. Chorley fue uno de esos autores de transición que estuvieron entre el erudito hispanófilo y el hispanista universitario que pertenece a una comunidad profesional que le sirve de referencia. Chorley era un caballero británico cuyo interés por la literatura española le llevó a participar en revistas, a escribir monografías de cierta valía e, incluso, a confeccionar instrumentos de consulta para futuros estudiosos. Había ido más lejos que la mayoría de sus compatriotas en su relación con la cultura española, pero no formaba parte de un gremio, ni estaba determinado por un ámbito académico fijo. Aunque su labor era sistemática, seguía siendo una afición que estaba más cerca de lo lúdico que del trabajo. Ahora bien, su biografía le distinguía de escritores como el conde Philip Henry Stanhope (1805-1875), cuya pasión por la investigación y su vida económicamente desahogada le permitieron terminar varios libros, entre ellos dos sobre la historia de España: *War of Succession in Spain* (1832) y *Spain under Charles II* (1840). Tanto Chorley como Stanhope no vivían de eso, pero el primero había alcanzado una especialización superior a la del segundo.

Sea como fuere, lo cierto es que autores como Lockhart, Fitzgerald, Chorley o Stanhope realizaron traducciones de obras clásicas de las letras hispánicas, llevaron a cabo investigaciones sobre la

¹⁵ *Ibid.*, pp. 49-50.

¹⁶ John Callan James METFORD: «An early Liverpool Hispanist...», pp. 247-258.

historia de España o publicaron reseñas en revistas británicas sobre libros relacionados con la cultura española. Sin pertenecer a la academia o desde sus márgenes, estos eruditos, que no vivían de esta labor intelectual, generaron cierto interés por el mundo hispanohablante, acercaron al consumidor anglosajón a la producción cultural en castellano y, en definitiva, crearon el caldo de cultivo necesario para la introducción de estos estudios en la universidad. Sólo cuando esta incorporación se produjo, comenzó a formarse una comunidad profesional de hispanistas en Gran Bretaña.

La construcción del espacio profesional del hispanista en las universidades británicas

A principios del siglo XIX, la enseñanza del castellano comenzó a hacerse un hueco en el currículo universitario de Gran Bretaña. Aunque la docencia del español en algunas universidades inglesas como Oxford podría remontarse hasta el año 1595, lo cierto es que las lenguas romances tomaron protagonismo en los planes de estudio de la educación superior británica a partir del ochocientos¹⁷.

¿Por qué el siglo XIX? En aquel momento hizo acto de presencia un sentimiento nacionalista que configuró nuevos espacios políticos en Europa. Tanto los viejos Estados como los de reciente creación justificaron su existencia en una historia y en un idioma comunes. La clase social que se abría paso al inicio de esa era capitalista, la burguesía, se puso manos a la obra y elaboró una «cultura nacional» que venía a legitimar ideológicamente las «comunidades imaginadas» europeas. El movimiento romántico y su impulso a las literaturas nacionales desempeñaron un papel destacado en este proceso. Todo ello favoreció el cultivo y el desarrollo de las lenguas vernáculos, así como el establecimiento de sistemas educativos estatales¹⁸.

Dentro de este contexto, la lengua y la literatura tanto propias como ajenas pasaron a ser una parte importante de la preparación

¹⁷ Ian MICHAEL: «Afterword: Spanish at Oxford, 1595-1998», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXVI, 1 (1999), pp. 173-193.

¹⁸ Benedict ANDERSON: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Revised edition), Londres, Verso, 1993, y Michel ESPAGNE: *Les transferts culturels franco-allemands*, París, Presses Universitaires de France, 1999, p. 18.

que recibían los miembros de la elite nacional, quienes monopolizaban el acceso a la educación. La gran variedad de idiomas y de culturas hacía inviable la oferta de todos ellos en las aulas de institutos y universidades. Había que seleccionar. Cada sistema de enseñanza estableció los conocimientos foráneos que debían aprender sus compatriotas, atendiendo a motivos que iban desde la proximidad geográfica hasta las relaciones mercantiles. Cabría preguntarse por qué los británicos se interesaron en su ancestral enemigo peninsular. Pues bien, en el siglo XIX la coyuntura política y económica internacional comenzó a ser propicia para el intercambio intelectual entre estas dos potencias antagónicas. A nadie se le escapa que la independencia de las principales colonias españolas en América abrió las puertas del comercio con esos territorios a Gran Bretaña y alivió la tensión que había entre Londres y Madrid por el control de ese continente. A partir de entonces, el dominio del castellano se convirtió en una necesidad de estos mercaderes angloparlantes que, según fueron haciendo negocios en Hispanoamérica, promovieron la enseñanza del español en su patria a través de donaciones. Al mismo tiempo, la llegada a las Islas Británicas de un grupo significativo de exiliados que huían de la restauración absolutista de Fernando VII sirvió para dar una respuesta a esa incipiente demanda lingüística¹⁹.

El avance de los estudios filológicos durante el periodo decimonónico fue otro de los elementos que propiciaron la inclusión de la enseñanza de idiomas en las universidades anglosajonas de ambos lados del Atlántico. Ahora bien, la incorporación de estas materias en los currículos de los centros pedagógicos de Gran Bretaña debe ser entendida dentro del proceso de reforma en el que estuvo inmerso el sistema educativo superior inglés en el siglo XIX. Esta transformación aspiraba a adecuar la docencia a la industrialización y a la intensificación de la actividad comercial que caracterizaron la Inglaterra victoriana. Con ese objetivo, se impulsó una ampliación de la oferta formativa, en la que comenzaron a tener cabida el castellano y otras lenguas modernas. Lejos de ser un asunto baladí, la aparición del hispanista británico estuvo determi-

¹⁹ Matilde GALLARDO BARBARROJA: «Anglo-Spanish Grammar Books published in England in the Nineteenth Century», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXIII, 1 (2006), pp. 73-98.

nada por la creación de las primeras cátedras universitarias de español en aquel país.

Los primeros pasos para esa reforma de la educación superior se dieron en Londres. En 1826, un grupo de la burguesía liberal de esa ciudad promovió la fundación del University College London, que, a diferencia del binomio de Oxbridge (Oxford y Cambridge), no puso limitaciones al ingreso de estudiantes ajenos a la iglesia anglicana. La negativa de esta nueva institución a incluir la enseñanza religiosa en su plan de estudios provocó la aparición de otro establecimiento pedagógico que las fomentara, el King's College London. Una parte de la elite política inglesa, encabezada por el duque de Wellington, impulsó la creación de este último centro, que comenzó su andadura en el curso de 1828-1829 y que pronto fue respaldado por el rey George IV. A pesar de esta rivalidad, ambos *colleges* quedaron englobados dentro de la University of London, que se instituyó en 1836²⁰.

Estas dos fundaciones trajeron consigo una renovación de la educación superior británica. Frente al elitismo exacerbado y al currículo clásico que Oxbridge representaba, las nuevas instituciones permitieron el acceso a un alumnado más heterogéneo y, sobre todo, ampliaron la oferta docente que hasta ese momento existía en el sistema universitario inglés. Sus estrategias formativas hicieron más hincapié en la enseñanza profesional y en materias que eran poco cultivadas en las universidades medievales, como la química o las lenguas modernas. Desde el principio, varios idiomas extranjeros fueron impartidos en el University College London, mientras que en el King's College London se incorporaron en 1831. Otros centros pedagógicos del país, como la Universidad de Durham, siguieron el ejemplo londinense y también proporcionaron este tipo de instrucción²¹.

Como parte de este proceso, se crearon en Inglaterra las primeras cátedras de español, que fueron ocupadas por españoles que residían en Gran Bretaña. Algunos de ellos eran políticos liberales

²⁰ Fossey John Cobb HEARNshaw: *The centenary history of King's College London, 1828-1928*, Londres, George G. Harrap and Co., 1929, pp. 25-46.

²¹ Matilde GALLARDO BARBARROJA: *Introducción y desarrollo del español en el sistema universitario inglés durante el siglo XIX*, vol. XX, Madrid, Estudios de Lingüística del Español, 2003. Podemos encontrar esta publicación en la siguiente dirección: <http://elies.rediris.es/elies20/index.html>.

que habían huido del absolutismo de Fernando VII y que trataron de encontrar en las clases de idiomas una salida a las estrecheces económicas propias de su repentino exilio. El primer catedrático de castellano fue Antonio Alcalá Galiano (1789-1865), quien asumió la «Spanish Professorship» establecida en el University College London en 1828. Este prósper gaditano no limitó su labor a la docencia y escribió varios artículos sobre España que fueron publicados en *Westminster Review* y en *The Athenaeum*. Tal vez, estas actividades le distrajeran de los quebraderos de cabeza que le ocasionó su conflictivo paso por la institución londinense. Y es que tuvo varias disputas con sus superiores por la dotación económica de su cargo y, finalmente, acabó dimitiendo en el curso de 1830-1831²².

Tras la renuncia de Alcalá Galiano, el University College London suprimió su puesto. Sin embargo, y casi al mismo tiempo, la enseñanza del castellano era introducida en el King's College London mediante una cátedra que, entre 1831 y 1854, también estuvo ocupada por inmigrantes españoles. El primero de ellos fue el vasco Pablo de Mendibil (1788-1832), quien había sido profesor en una escuela francesa y era autor de una sucinta antología de la literatura española. Su óbito dejó paso a José María Jiménez de Alcalá, que publicó una gramática de la lengua castellana para facilitar a sus alumnos el aprendizaje del idioma. Algún tiempo después, Ángel de Villalobos asumió el cargo, pero retornó a España y dejó vacante la plaza en 1847. A partir de ese año distintos docentes se sucedieron: Robert Lott, Joaquino Antonio Curtoys y Juan Calderón. Este último moría en 1854 y, aunque las clases de español prosiguieron, sus sustitutos carecieron del grado de catedráticos²³.

Si bien la docencia de esta lengua en el King's College tuvo mayor continuidad que en el University College, el número de alumnos que cursaban la asignatura fue muy bajo durante todo el siglo XIX. En 1891, las autoridades universitarias consideraron que esta escasa demanda no era óbice para nombrar a Ricardo Ramí-

²² Podemos encontrar un análisis de estas migraciones y del paso de Alcalá Galiano por Londres en Vicente LLORENS: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1934)*, Madrid, Castalia, 2006. Para una descripción de la vida de Antonio Alcalá Galiano véase Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR: *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 62-64.

²³ Pedro GRASES: *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*, Caracas, Ministerio de Educación, 1963, p. 165; Matilde GALLARDO BARBARROJA: *Introducción y desarrollo del español...*, y Tina DOOLEY: «Españoles...», pp. 13-29.

rez «Professor in Spanish» en el primero de estos dos centros, recuperando una de las cátedras más antiguas que existieron de este idioma en Inglaterra. A pesar de los vaivenes que sufrieron los estudios hispánicos en la nueva universidad inglesa, la aparición de estos puestos primigenios contribuyó a la difusión de la cultura española en Gran Bretaña. Más aún, la nacionalidad de los profesores de castellano de estos establecimientos londinenses pone en evidencia la significativa participación de los emigrados españoles en la implementación de estas enseñanzas.

Mientras eso ocurría en Londres, las grandes universidades medievales parecían inmóviles, manteniendo un currículo tradicional con el que trataban de formar a los futuros *gentlemen*. Pero, en realidad, los cambios que se producían a su alrededor también estaban afectando a sus viejas estructuras. Las primeras reacciones del prestigioso binomio comenzaron a producirse a mediados del siglo XIX. Bajo la presión de la transformación de los colegios privados (*public schools*), Oxford y Cambridge emprendieron tímidas reformas que, entre otras cosas, se concretaron en un aumento y diversificación de su oferta docente.

En 1848 abrió sus puertas la Taylor Institution en Oxford. Esta fundación había sido promovida por el arquitecto londinense Robert Taylor (1714-1788), quien donó 180.000 libras para difundir las lenguas vivas entre el estudiantado oxoniense. Aunque el proyecto fue planteado en el siglo XVIII, varios problemas retrasaron su puesta marcha hasta mediados de la siguiente centuria. Antes de 1903, año en el que se creó «the first Honour School of Medieval and Modern Languages» en la Faculty of Arts, la institución Tayloriana fue la única que acercó el estudio de los idiomas europeos modernos al alumnado de esa universidad. Por eso, algún autor ha llegado a describir este centro como una ventana a la cultura de Europa continental. Eso sí, los motivos no eran tan filantrópicos como parecen. A la hora de elegir las lenguas que debían ser impartidas, se tuvo en cuenta el valor diplomático y comercial de las mismas, lo cual sería una constante en todo este proceso²⁴.

En un primer momento, sólo se dieron lecciones de francés, alemán e italiano. Poco después, Lorenzo Lucena Pedrosa (1807-1881) fue nombrado profesor de castellano, puesto que de-

²⁴ Ian MICHAEL: «Foreword», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXVI, 1 (1999), pp. I-III.

sempenó desde 1858 hasta su muerte. Este pastor protestante cordobés tenía experiencia en la docencia de su lengua materna, pues había impartido clases en The Mechanics' Institute de Liverpool. Una vez más, un español contribuía a introducir la enseñanza de su propio idioma en distintos centros pedagógicos británicos. Su tarea fue muy valiosa, ya que la inclusión del español en la Taylor Institution fue fundamental para «la consolidación del hispanismo en Oxford»²⁵.

Durante bastante tiempo los inmigrantes españoles controlaron los puestos de profesor de castellano que se creaban en Inglaterra. En Oxford hubo que esperar hasta 1890 para que un inglés, Henry Butler Clarke (1863-1904), fuera nombrado Taylorian Teacher of Spanish. El nuevo docente era un hombre de la casa, puesto que la universidad oxoniense le había otorgado una beca para estudiar la lengua y la cultura españolas (Taylorian Scholarship in Spanish). Aunque Clarke sólo impartió clases durante cuatro años, desarrolló una intensa labor educativa y publicó varios trabajos para facilitar el aprendizaje del idioma a sus estudiantes: *A First Spanish Reader and Writer* (1891), *A Spanish Grammar for Schools* (1892) y *Spanish Literature, an Elementary handbook* (1893)²⁶.

En 1894, Clarke abandonó la docencia, pero continuó ligado a la Universidad de Oxford como Fereday Fellow del St. John's College. Gracias a ello, pudo dedicarse a la investigación y realizar estudios más especializados como *The Cid Campeador and the Waning of the Crescent in the West* (1897) o su contribución al primer volumen de la *Cambridge Modern History* con un análisis de los Reyes Católicos. Su obra más recordada e influyente apareció póstumamente en 1906 bajo el título *Modern Spain, 1815-1898*. En este texto, que fue utilizado por futuros hispanistas como Gerald Brenan, hizo un repaso por la historia reciente de España. Su relato desembocaba en el sistema canovista, que era presentado como un periodo esperanzador para los españoles tras la convulsa época de guerras civiles. El carácter laudatorio de este último libro tenía que ver con la buena amistad que Clarke entabló con Antonio Cánovas del Castillo, quien le

²⁵ Matilde GALLARDO BARBARROJA: *Introducción y desarrollo del español...*, y Jaime MEMORY: «Lorenzo Lucena Pedrosa (1807-1881). Recuperando una figura señera de la segunda reforma española», *Anales de Historia Contemporánea*, 17 (2001), pp. 213-226.

²⁶ John Callan James METFORD: *British Contributions to Spanish...*, pp. 52-53.

facilitó su ingreso en la Real Academia de la Historia española y en la Real Sociedad Económica de Madrid²⁷.

Más allá de sus inclinaciones personales, lo que nos interesa destacar es que Henry Butler Clarke se dedicó profesionalmente al cultivo de los estudios hispánicos, ejerciendo como profesor e investigador dentro de un centro académico concreto, el de la Universidad de Oxford. Frente al acercamiento del erudito aficionado a «las cosas de España», Clarke representaba un nuevo modelo que hacía de su especialización en la lengua y la cultura españolas una forma de vida. Sin duda, su biografía remite a la progresiva metamorfosis del hispanófilo británico en hispanista, la cual fue favorecida por la institucionalización de la enseñanza del castellano.

Pero Clarke no fue el único ejemplo. Si desde 1858 se desarrollaron los Hispanic Studies en Oxford, en Cambridge comenzó el acercamiento a la cultura española a finales de esa misma centuria. Fue Norman MacColl (1843-1904) quien fomentó el interés por la literatura en castellano en esa universidad. Este *fellow* del Downing College fue el editor de *The Athenaeum* entre 1871 y 1900. A lo largo de esta etapa, la revista prestó especial atención a la actualidad literaria de diversos países en su «Athenaeum's annual reviews of foreign literature». En las páginas de esta publicación aparecían frecuentemente referencias a los literatos peninsulares, lo cual contribuía a la difusión de las letras hispánicas entre un público británico especializado. Pero nuestro protagonista no se detuvo ahí y compaginó esa labor con su esfuerzo por popularizar el Siglo de Oro español en Gran Bretaña. Así, en 1888 compiló, introdujo y anotó *Select Plays of Calderon*. Años después terminó una edición de las *Exemplary Novels of Cervantes* (1902). Gracias a ello, Cambridge se convirtió en un foco de atracción de los primeros hispanistas²⁸.

Entre los eruditos británicos interesados en la cultura hispánica que se movían en los márgenes de la academia y que frecuentaron Cambridge durante esa época, hay que resaltar a Martin S. Hume (1843-1910), quien escribió varios libros sobre la historia de Es-

²⁷ *Ibid.*, pp. 52-53. Gerald BRENAN incluyó a Clarke entre la bibliografía de su obra: *The Spanish labyrinth: an account of the social and political background of the Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1943.

²⁸ «Obituary: Mr. Norman MacColl», *The Times*, 16 de diciembre de 1904, p. 11, y Laurel BRAKE y Marysa DEMOOR (coords.): *Dictionary of nineteenth-century journalism in Great Britain and Ireland*, Londres, Academia Press, 2009, p. 386.

paña. En 1898, y en dicha ciudad, publicó su obra *Spain: its Greatness and decay, 1479-1788* y, al año siguiente, apareció un segundo estudio que suponía la continuación del anterior: *Modern Spain, 1788-1898*. En 1901, esos dos trabajos fueron reunidos en un tercero que se editó en Londres con el título: *The Spanish People, their Origin, Growth and Influence*. Este escritor había visitado numerosas veces la Península Ibérica, donde residía su familia materna, y era un buen candidato para ocupar una plaza de profesor en esa prestigiosa universidad. Sin embargo, y a pesar de impartir algunas conferencias sobre estos temas a los alumnos de ese centro, las autoridades universitarias no crearon una cátedra para él²⁹.

Aunque varios hispanistas pulularon por Cambridge, no existía un espacio académico dedicado a este tipo de estudios. Hubo que esperar al óbito de uno de los mayores promotores de la cultura hispánica en esa ciudad, el citado Norman MacColl, para que la tendencia cambiara. En 1905, la universidad creaba una *Lectureship in Iberian Literature* que llevó el nombre del fallecido editor de *The Athenaeum*. La plaza era una fundación especial y consistía en impartir un curso corto sobre lengua y literatura españolas o portuguesas. A pesar de ser un puesto atractivo no fue provisto de inmediato. Se tardó tres años en encontrar a la persona adecuada, lo cual ponía de manifiesto la todavía incipiente formación del hispanismo en Gran Bretaña. En 1908 se eligió a James Fitzmaurice-Kelly, quien ha sido considerado por muchos como el primer hispanista británico. Pero, ¿quién era este profesor?³⁰

Desde los contornos de la academia, este escocés había realizado varias investigaciones sobre la literatura española, que le reportaron una cierta fama como especialista en la materia. Esta popularidad le

²⁹ En 1898, Hume sustituyó a Pascual Gayangos como «compilador de los nutridos tomos del calendario inglés de los *Spanish State Papers* tocantes a Inglaterra». Véase Michael ALPERT: «Martin Hume y la historiografía inglesa de España (1890-1943)», *Historia Contemporánea*, 20 (2000), pp. 53-64.

³⁰ J. R. TANNER: *The Historical Register of the University of Cambridge being a supplement to the Calendar with a record of university offices honours and distinctions to the year 1910*, Cambridge, Cambridge University Press, 1917, p. 154. Los primeros en encargarse de esta *lectureship* fueron James Fitzmaurice-Kelly (español), Henry Thomas (español), George Young (portugués), Fernando de Arteaga (español), Pedro Salinas (español) y Edgar Prestage (portugués). Véase John William BARKER: «Spanish Studies at Cambridge since the war», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. X, 40 (octubre de 1933), p. 197.

llevó a dictar la Special Taylorian Lectureship de 1902, la cual dedicó a *Lope de Vega and the Spanish Drama*. Esta conferencia magistral se celebraba anualmente en Oxford y era un honor que había sido conferido anteriormente a Alfred Morel-Fatio (1894) y a Henry Butler Clarke (1898). Si bien este reconocimiento no le sirvió para obtener una plaza de profesor, en 1905 The British Academy, de la cual fue nombrado miembro, le encargó un estudio, *Cervantes in England*, para conmemorar el tercer centenario de *Don Quijote*. Poco después, asumió la Lectureship de Cambridge y en 1909 era elegido para ocupar la primera cátedra de español que se creó en Inglaterra en el siglo xx: la Gilmour Chair of Spanish de la Universidad de Liverpool. Pero allí no acabó su peregrinaje. Apenas un lustro más tarde, se mudó a la capital del Imperio para hacerse cargo de la Cervantes Professorship of Spanish Language and Literature, que fue establecida en el King's College London en 1916. Desempeñó ese puesto hasta su renuncia por problemas de salud en 1920³¹.

Fitzmaurice-Kelly empezó haciendo reseñas para revistas literarias y llegó a ocupar las principales cátedras de lengua y literatura españolas que se crearon en las universidades de Gran Bretaña a principios del siglo xx. No sólo eso, algunas de sus obras fueron traducidas al castellano y a otros idiomas. Por eso, muchos han visto en su figura al primer hispanista británico profesional, lo cual, además de ser injusto con el resto de los integrantes de la comunidad, resulta simplista, ya que no explica el proceso en el que se enmarcó la labor de este escocés. Años después, su sucesor en la Gilmour Chair de Liverpool, Edgar Allison Peers, señaló que Fitzmaurice-Kelly alcanzó ese prestigio porque no tuvo competidor, es decir, era un pionero de los estudios hispánicos en Inglaterra:

³¹ James Fitzmaurice-Kelly nació en Glasgow y estudió en el St. Charles College de Kensington. En 1885 se trasladó a Jerez de la Frontera para ejercer como profesor personal del futuro marqués de Misa durante seis meses. Antes de volver a Gran Bretaña viajó a Madrid, donde, además de ponerse en contacto con varios escritores castellanos, se documentó para confeccionar su primer trabajo sobre la literatura española: *Life of Cervantes* (1892). Su interés por la obra cervantina le llevó a colaborar con John Ormsby, quien en 1885 había publicado una exitosa traducción de *Don Quijote*. Entre ambos comenzaron a elaborar una nueva edición crítica de dicho libro, que apareció en 1899. En cambio, la consagración de este escocés llegó con su *History of Spanish Literature* (1898), que en pocos años se convirtió en una referencia ineludible para la incipiente comunidad profesional de hispanistas británicos. Véase John D. FITZ-GERALD: «James Fitzmaurice-Kelly (1857-1923)», *Hispania*, 7/3 (mayo de 1924), pp. 210-212.

«Fitzmaurice-Kelly fue un periodista que no escribió nada de valor imperecedero hasta que tuvo casi cuarenta años, pero desde entonces adquirió una gran reputación como hispanista gracias al hecho de que hasta bien entrada la Primera Guerra Mundial era el único británico interesado en el mundo hispánico»³².

Esta singularidad es cuestionable y, si llegó a existir, fue difuminándose tan rápido como el hispanismo ocupó un espacio en el mundo académico británico. Además de Cambridge, Londres y Oxford, las «Redbrick universities» (o universidades de provincias) también incluyeron el castellano en su oferta educativa. La de Liverpool estuvo a la cabeza de este proceso. Antes de alcanzar un estatus universitario independiente en 1903, la docencia del español figuró en el plan de estudios de la School of Commerce del University College Liverpool, que funcionaba desde 1881. Una vez más, la enseñanza de esta lengua y el comercio iban de la mano.

En 1908, el capitán George Gilmour, quien tenía importantes negocios en Argentina, donó la suma de 10.000 libras a la Universidad de Liverpool para establecer una Chair of Spanish que llevara su nombre. Su deseo era promover el aprendizaje del castellano en Inglaterra, pensando en los beneficios que esta difusión podía reportar a sus inversiones en América del sur. Por eso, puso como condición que el nuevo profesor enseñara la variedad lingüística que predominaba en la República Argentina. Como hemos adelantado, esa cátedra fue ocupada por Fitzmaurice-Kelly, quien rivalizó con más de 160 candidatos españoles y británicos para conseguir el puesto. Entre ellos estuvieron el citado Martín Hume o Fernando de Arteaga, quien había sustituido a Clarke como Taylorian Teacher of Spanish en Oxford en 1894. Estos casi dos centenares de personas ponían en evidencia que Fitzmaurice-Kelly podía ser el más cualificado, pero no era el único que, a principios de la pasada centuria, veía en el hispanismo una salida profesional³³.

La progresiva aparición de cátedras de español suscitó el interés de un mayor número de británicos por los estudios hispáni-

³² Edgar A. PEERS: *Redbrick University Revisited* (edited by Ann L. Mackenzie and Adrian R. Allan), Liverpool, Liverpool University Press, 1996, pp. 143-144. La traducción es nuestra.

³³ «Gilmour Chair of Spanish», Archive of the University of Liverpool, Vice-Chancellor, Establishment of University College and the University of Liverpool, P5/3.

cos y permitió profesionalizarse a aquellos que ya se dedicaban a su cultivo. Muchos de estos puestos fueron financiados por la clase empresarial inglesa, que vio en la difusión del castellano en Gran Bretaña una forma de mejorar sus relaciones mercantiles con Hispanoamérica. Esta relación entre comercio y educación se intensificó durante la Gran Guerra, que puso de manifiesto el valor estratégico del mundo hispanohablante y de su lengua. Por ejemplo, Weetman Pearson, vizconde de Cowdray, donó 11.000 libras en 1916 para poner en marcha la Professorship of Spanish Language and Literature de la Universidad de Leeds. Este industrial se había enriquecido construyendo el ferrocarril mexicano y utilizó una parte de su fortuna para promocionar la enseñanza de español en Inglaterra. El dinero que cedió a ese establecimiento universitario permitió a su máximo responsable, Michael Ernest Sadler (1861-1943), fundar un departamento de español. Para instaurarlo, Sadler contó con la ayuda de su amigo José Castillejo Duarte, quien fue el primer director del mismo³⁴.

La Gran Guerra fue un momento clave para la propagación de la enseñanza del castellano en la isla. Años más tarde, Edgar Allison Peers utilizaba como metáfora los efectos de una pequeña bomba para explicar los cambios que aquel enfrentamiento generó en la docencia de las lenguas modernas y, sobre todo, del español en el Reino Unido. A este efecto explosivo contribuyó el impulso de una asociación hispano-británica que se puso en marcha en Oxford en 1916: The Anglo-Spanish Society. Esta organización abrió sedes en las principales ciudades de Gran Bretaña para promover tanto la cultura española como la hispanoamericana. Cambridge, Glasgow, Edimburgo o Londres tuvieron una delegación de esta sociedad, en la que se involucraron numerosos hispanistas como Fitzmaurice-Kelly, Julián Martínez Villasante, Frederick A. Kirkpatrick, Janet H. Perry, Baldomero Sanín, etcétera³⁵.

En la posguerra, fueron creados muchos departamentos universitarios de estudios hispánicos en Gran Bretaña. En 1919, la

³⁴ Special Collections, University of Leeds, Central Records Office H. Spanish, Chair/Gifts/Staff files, 514 F12-F14. Véase Reginald F. BROWN: «Fifty Years of University Spanish», *University of Leeds Review*, vol. XI, 1 (junio de 1968), pp. 26-41.

³⁵ Edgar A. PEERS: *Spanish-now*, Londres, Methuen and Co. Ltd., 1944, p. V, y John M. MACKAY *et al.*: «Anglo-Spanish Sympathy. A new Society founded», *The Times*, 15 de septiembre de 1916, p. 9.

Universidad de Cambridge fundaba una School of Spanish y Frederick Alexander Kirkpatrick (1861-1953) del Trinity College era nombrado máximo responsable de la misma. Este profesor no se limitó a enseñar castellano a sus alumnos, sino que también dedicó sus clases a explicar la historia de Hispanoamérica u otros aspectos culturales relativos a España. Y es que, si bien el hispanismo británico surgió de la institucionalización de la filología española en el mundo académico inglés, ha abarcado un gran número de temas que han sido abordados desde distintas disciplinas³⁶.

Ese mismo año de 1919, se establecía una plaza de Lectureship in Spanish en la Universidad de Edimburgo, gracias a una donación hecha por D. M. Forber. El primer ocupante fue el escritor colombiano Baldomero Sanín Cano (1861-1957), quien en ese momento era corresponsal en Londres del periódico argentino *La Nación*. A este puesto siguieron muchos otros, tales como la Stevenson Chair of Spanish de Glasgow (1924), la King Alfonso XIII Chair of Spanish Literature of Oxford (1927), etcétera³⁷.

Departamentos universitarios y asociaciones estaban abriendo el camino, pero faltaba un elemento más que fijara la estructura sobre la que se apoyaría esta nueva comunidad de profesionales que entonces nacía en Gran Bretaña. En 1923, Edgar Allison Peers fundó una revista especializada que se convirtió en ese referente que los hispanistas británicos necesitaban para reconocerse como tales: el *Bulletin of Spanish Studies*. Esta publicación periódica fue un punto de encuentro de los miembros de este incipiente gremio, los cuales se reafirmaron a través de ella. Como señalaba el editor en el primer número de este nuevo boletín, no había duda de que a esas alturas «miles de hombres y mujeres» estaban «estudiando español en las Islas Británicas»³⁸.

Así, y antes de la década de 1930, ya existía una pequeña comunidad de hispanistas profesionales en Gran Bretaña. Más aún, la enseñanza del español se había consolidado en los establecimientos de educación superior y comenzaba a ser introducida en los de se-

³⁶ Acta de 19 de mayo de 1919, Minutes of the Faculty Board of Modern and Medieval Languages and precursor body 1911-1929, Cambridge University Archives, Classmark, UA Min.V.80.

³⁷ «News in Brief. Spanish at Edinburgh», *The Times*, 8 de noviembre de 1919, p. 9.

³⁸ Edgar A. PEERS: «Editorial», *Bulletin of Spanish Studies*, 1/1 (diciembre de 1923), pp. 2-4. La traducción es nuestra.

cundaría. Muchos de los nuevos profesores entraron a formar parte de sociedades anglo-españolas y, pocos años después, empezaron a reunirse en asociaciones gremiales para promocionar los estudios hispánicos y realizar reivindicaciones colectivas. No partían de cero. La creación de revistas especializadas, la aparición de departamentos universitarios y la fundación de instituciones culturales habían fijado el espacio académico necesario para el desarrollo del hispanismo en las Islas Británicas.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos defendido que a finales del siglo XIX y principios del XX se produjo el nacimiento de una comunidad de hispanistas en Gran Bretaña. El erudito decimonónico aficionado a los estudios hispánicos pasó a ocupar un espacio profesional dedicado a la enseñanza de la lengua y la cultura españolas. Esta metamorfosis fue posible gracias a la creación de departamentos universitarios, asociaciones, revistas especializadas, etc.

Este proceso de profesionalización fue alentado por la introducción de los estudios filológicos en las universidades británicas, lo cual ha llevado a muchos a confundir al hispanista con un lingüista. Nada más lejos de la realidad. Las disciplinas que profesaron fueron desde la historia (Martin Hume, Frederick A. Kirkpatrick, etc.) hasta la musicología (John Brande Trend). Todavía más, al abordar el estudio de algún aspecto de la cultura en español, la mayoría de estos autores aspiraban a explicar la esencia del mundo hispano. A través de un trabajo especializado trataban de describir esos pueblos al lector angloparlante.

Asimismo, hemos defendido que el origen del hispanismo en Gran Bretaña no se entiende sin la activa participación de españoles e hispanoamericanos en este proceso de metamorfosis, tales como Antonio Alcalá Galiano, Lorenzo Lucena, Fernando de Arteaga o Baldomero Sanín. Estos exiliados e inmigrantes ocuparon las plazas que fueron creadas en las universidades del Reino Unido para enseñar castellano. Desde estos puestos difundieron la cultura de su país y crearon un grupo de discípulos. De hecho, los primeros hispanistas británicos siguieron la estela de estos pioneros y formaron con ellos una misma comunidad. Por eso, en este trabajo he-

mos desechado el lugar de nacimiento como un elemento distintivo de estos profesionales.

En definitiva, este texto es un pretexto para reflexionar sobre el origen profesional del hispanismo en Gran Bretaña, partiendo de una definición más justa y realista del término hispanista. De esta forma, hemos querido contribuir al análisis crítico del pasado de este gremio.

La Armada española en la Segunda República: José Giral ministro de Marina (1931-1936)

Julián Chaves Palacios

Universidad de Extremadura

Resumen: Se analiza la gestión al frente de la cartera de Marina del ministro José Giral en sus dos mandatos al frente de ese Ministerio durante la Segunda República: uno en el primer bienio y el otro con el Frente Popular. Estudio novedoso que ha sido posible gracias a la consulta del archivo personal de este catedrático de universidad y farmacéutico al que se cuestionó, inicialmente, su nombramiento como ministro de la Armada al no tener un perfil profesional idóneo para ello. Sin embargo, pronto demostró su pragmatismo impulsando reformas de modernización de una flota anclada en el pasado.

Palabras clave: Segunda República, José Giral, Ministerio de Marina, ejército, flota.

Abstract: We analyze the leadership in managing the portfolio of Minister José Giral Marina in his two terms as head of this Ministry during the Second Republic, one in the first two years and the other with the Popular Front. Novel study has been made possible by consulting the personnel file of this University professor and pharmacist, who was questioned initially his appointment as Minister of the Navy to not have a professional profile for doing so. However, soon proved his pragmatism drive reforms to modernize a fleet anchored in the past.

Keywords: Second Republic, Jose Giral, Ministry of the Navy, Army, fleet.

Introducción

La bibliografía sobre el ejército español en la Segunda República es extensa y suficientemente conocida en sus diferentes vertientes: evolución histórica general¹, reformas en el estamento militar², los oficiales más significativos³, golpes de estado⁴, movimientos revolucionarios⁵, conspiraciones⁶, etc. Y si ha existido una especial inclinación por parte de los investigadores al estudio del ejército de tierra en ese periodo, afortunadamente la evolución y organización de la Armada cada vez es mejor conocida⁷, aunque no alcanza al acontecimiento que acaparó la atención de la mayoría de los estudios publicados sobre la Marina en el siglo xx: la Guerra Civil de 1936-1939⁸.

¹ Mariano AGUILAR OLIVENCIA: *El ejército español durante la Segunda República: claves de su actuación posterior*, Madrid, Econorte, 1986.

² Jesús María RUIZ VIDONDO: *Las principales reformas militares de Azaña. La reforma militar de Azaña a través de los cursos de coroneles para el ascenso (1931-1935)*, Madrid, Grafite Ediciones, 2004.

³ Gabriel CARDONA: *A golpes de sable*, Barcelona, Ariel, 2008.

⁴ Joaquín GIL HONDUVILLA: «19 de agosto de 1932: el general Sanjurjo en Sevilla», *Revista Española de Historia Militar*, 113 (2009), pp. 173-184.

⁵ Emilio GARCÍA GÓMEZ: *Asturias, 1934. Historia de una tragedia*, Zaragoza, Libros Pórtico, 2009.

⁶ Enrique SACANELL: *1936, la conspiración*, Madrid, Síntesis, 2008.

⁷ Michael ALPERT: *La Guerra Civil española en el mar*, Madrid, Siglo XXI, 1987 (Crítica, 2008), que dedica un capítulo a la Armada en la Segunda República (pp. 17-40) y otro a su evolución antes y tras el alzamiento de julio de 1936 (pp. 41-60); Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA y Miguel ALONSO BAQUER: *Historia social de las fuerzas armadas españolas*, 8 vols., Madrid, Alhambra, 1986 (contiene un capítulo a la Armada en la Segunda República en el t. VI, *Las instituciones armadas en el siglo xx*, pp. 209-279); Ricardo CEREZO MARTÍNEZ: *Armada española, siglo xx*, t. I, *Del desastre del 98 al alzamiento nacional*, y t. II, *Revolución y alzamiento, principia la guerra civil*, 4 vols., Madrid, Ediciones Poniente, 1983, y Hermenegildo FRANCO CASTAÑÓN: *Por el camino de la revolución. La Marina Española, Alfonso XIII y la Segunda República*, Madrid, La Unión Libro, 2004 (el autor dedica varios capítulos a la Armada en la Segunda República, con especial énfasis en los movimientos revolucionarios que en su opinión vivió la Marina durante ese periodo).

⁸ Fernando MORENO DE ALBORÁN y Salvador MORENO DE ALBORÁN: *La guerra silenciosa y silenciada*, Madrid, Alborán, 1999; José CERVERA PERY: *Alzamiento y revolución en la Marina: la Marina en la guerra de España, 1936-1939*, Madrid, San Martín, 1978; íd.: *La guerra naval española (1936-1939)*, Madrid, San Martín, 1988, e íd.: *La historiografía de la guerra española en el mar (1936-1939)*, Cartagena, Aglaya, 2008.

Estudios sobre la Armada que no se han visto acompañados por investigaciones acerca de la procedencia y labor desarrollada por los titulares de esa cartera ministerial durante la contemporaneidad, siendo un ejemplo bastante ilustrativo los ministros republicanos. Es lo que pretendemos realizar en este estudio dedicado a la gestión realizada por el ministro que más tiempo estuvo en ese cargo durante la Segunda República: José Giral Pereira, que desempeñó ese puesto durante dos periodos bien definidos: 14 de octubre de 1931 al 12 de junio de 1933, y los meses de gobierno frentepopulistas en 1936. Con ese objetivo, junto a las fuentes archivísticas y bibliográficas al uso, hemos tenido la oportunidad de consultar su archivo personal depositado en el Archivo Histórico Nacional desde el año 2009⁹, que nos ha permitido acceder a una novedosa documentación sobre su paso por el Ministerio y, sobre todo, su testimonio personal sobre esos años.

Académico¹⁰, farmacéutico¹¹ y político¹², Giral se presentó a las elecciones a Cortes Constituyentes en los comicios celebrados el 28 de junio de 1931, en las que obtuvo acta de diputado por la provincia de Cáceres en representación del partido liderado por Manuel Azaña: Acción Republicana¹³. En estas Cortes constituyó una prioridad la preparación de la futura Constitución. La discusión sobre su contenido estuvo acompañada de apasionados debates, destacando los relacionados con la separación Iglesia-Estado. El 14 de octubre tuvo lugar la discusión acerca del artículo sobre congregaciones religiosas que originó la dimisión de Alcalá Zamora al frente del ejecutivo.

El presidente de las Cortes, Julián Besteiro, encargó a Manuel Azaña la formación del nuevo gobierno. Sus miembros toma-

⁹ Esta donación tuvo lugar en abril de 2009, tras ceder sus descendientes al Ministerio de Cultura de España el archivo personal de José Giral, que ha sido depositado en comodato en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

¹⁰ Julián CHAVES PALACIOS: «El republicano José Giral en Salamanca durante la Restauración (1905-1920)», *Investigaciones Históricas*, 32 (2012), pp. 195-216.

¹¹ María Fernanda MANCEBO: «Tres vivencias del exilio en México: Max Aub, Adolfo Sánchez Vázquez y Francisco Giral», *Migraciones y Exilios*, 5 (2004), pp. 85-102.

¹² Mariano ESTEBAN DE VEGA *et al.*: *El siglo XX en Salamanca*, Salamanca, Grupo Promotor Salmantino (La Gaceta Regional de Salamanca), 2010, p. 16.

¹³ Julián CHAVES PALACIOS: *Violencia política y conflictividad social en Extremadura: Cáceres, 1936*, Badajoz, Diputaciones Provinciales de Badajoz y Cáceres, 2000, p. 16.

ron posesión el 15 de octubre y entre ellos se encontraba José Giral¹⁴, que fue nombrado titular de la cartera de Marina, pasando quien hasta entonces la ostentaba, Santiago Casares Quiroga, a la de Gobernación¹⁵.

José Giral nombrado ministro de Marina

Respecto a su nombramiento como ministro en 1931, el mismo Giral recuerda esas horas en los siguientes términos:

«Llegué al Parlamento a primera hora de la tarde del 15 de octubre (no había asistido a la sesión nocturna anterior) y Azaña me llamó urgentemente al despacho del presidente de la Cámara. Allí estaban con él Julián Besteiro y Santiago Casares. Me explicó lo ocurrido: la discusión de la Constitución llevó mucho tiempo, nada digo de lo demás, pues se consigna en los diarios de sesiones. El 14 de octubre en sesión nocturna tuvo lugar la gran discusión acerca del célebre artículo sobre congregaciones religiosas. Dimitió don Niceto, le siguió Maura y al día siguiente se tramitó la crisis ante el presidente de las Cortes que era Besteiro. La solución: Santiago Casares pasaba al ministerio de Gobernación y yo entraba en Marina. Ni una losa de plomo que me hubieran colocado encima me produjo tan enorme impresión. Y enseguida al Salón de Sesiones y al Banco Azul. Azaña procedió a presentar a los nuevos ministros y me hizo grandes elogios. Yo azoradísimo»¹⁶.

Su designación, pues, fue una sorpresa; no esperaba un cargo político de tanta responsabilidad. Marina y Gobernación fueron los únicos que sufrieron modificación respecto al ejecutivo anterior, aclarando Azaña en las Cortes ese cambio con las siguientes palabras:

«Cada cual continúa en su puesto, pero el antiguo ministro de Marina ocupa la vacante del señor Miguel Maura en Gobernación y he obtenido de este grande e insigne republicano que se llama José Giral que, abando-

¹⁴ Giral desempeñaba desde junio de 1931 el puesto de rector de la madrileña Universidad Central y tras ser nombrado ministro le sustituyó en ese cargo Claudio Sánchez Albornoz.

¹⁵ Eliseo FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ: «Casares Quiroga, el movimiento obrero y la cuestión del orden público», en Emilio GRANDÍO y Joaquín RODERO (eds.): *Santiago Casares Quiroga. La forja de un líder*, Madrid, Eneida, 2011, pp. 87-112.

¹⁶ AHN, JG, leg. 8.

nando sus quehaceres científicos, sus preocupaciones personales y sus deberes sociales y oficiales, nos preste la insigne colaboración de su nombre y de su persona en el banco azul y en el Ministerio de Marina. Yo tengo que rendirle aquí un homenaje público, porque me consta de una manera personal el sacrificio que hace el señor Giral sentándose entre nosotros. Giral es un gran republicano, un republicano de toda la vida que ha sufrido persecuciones por la República cuando todavía no era nada sufrir persecuciones por la República. La República, trayéndole al gobierno, cumple con él una obligación y le da la recompensa que merece, recompensa que consiste en un sacrificio más»¹⁷.

Giral aceptó el nombramiento no sin expresar su incomodidad ante esta designación, pero la decisión procedía de su correligionario Manuel Azaña y asumió el reto. Designación de un civil en Marina que, al igual que sucedió con su predecesor, Santiago Casares Quiroga, no fue bien recibida por los oficiales de la Armada que achacaron su falta de idoneidad, al entender que este académico y farmacéutico carecía de formación técnica para desempeñar esta cartera. Giral respondió a esas críticas resaltando su experiencia como jefe de la Sección de Química del Instituto Español de Oceanografía¹⁸, que dirigía Odón de Buen a quien Giral había conocido a través de su hijo Demófilo de Buen, académico y compañero en la Universidad de Salamanca. Ocupó ese cargo durante una década (1921-1931) y a través de él pudo profundizar en la problemática de la Marina nacional e internacional, participando en estudios científicos y viajando al extranjero para intervenir en reuniones oceanográficas¹⁹.

Su toma de posesión no se demoró: el 16 de octubre de 1931, tras el Consejo de Ministros, se celebró el acto en que Casares Quiroga se despidió y Giral llevó a cabo su relevo. Éste pronunció un discurso en el que, tras destacar que había aceptado el cargo por su lealtad con Azaña, se ofreció como hombre de «cien-

¹⁷ *Diario de Sesiones de la Cortes Constituyentes de las Cortes Españolas*, núm. 56, 14 de octubre de 1931.

¹⁸ *La Voz de la Farmacia*, año III, 1931, p. 32. Citado por Javier PUERTO: *Giral: el domador de tormentas. La sombra de Manuel Azaña*, Madrid, Corona Borealis, 2003, p. 43.

¹⁹ Fue nombrado delegado de España en la Sección de Oceanografía Física de la Unión Internacional de Geodesia y Geofísica, y en la Comisión Internacional del Mar Mediterráneo.

cia, buscador de la verdad», pidiendo la colaboración de todos «no a favor de su gestión, sino en beneficio del país y de la República». Años después recordaba este acto y sus primeros trabajos al frente de Marina:

«Tomé enseguida posesión de la cartera de Marina; mucha expectación entre los marinos. Un pequeño discurso mío, sobrio, sencillo y afectuoso. Creo que caí simpático. Y a trabajar todos los días de nueve de la mañana hasta las dos y media de la tarde. Un burócrata que deseaba enterarse bien de todos los asuntos. Despachaba diariamente con todos los jefes (Estado Mayor, Intendencia, Ingenieros, Artilleros, Jurídico, etc.), estudiaba todo y aún me llevaba a casa muchos papeles. Respeté al subsecretario (un gaditano de cuidado, muy amigo de Casares); nombré ayudantes míos a Pedro Prado (gran muchacho, teniente de navío, muy inteligente) y a Ulecia (de intendencia); secretarios a los Gómez Ibáñez. Por las tardes a las Cortes. Muchas veces, Consejo de Ministros»²⁰.

En su pretensión, manifestada en el texto anterior, de ponerse al día con prontitud de los asuntos del Ministerio su trabajo fue incesante. Y si bien, inicialmente, esa labor trató de simultanearla con su actividad pedagógica y científica impartiendo clases durante unos meses, pronto tuvo que abandonar las funciones docentes, pues el trabajo de ministro acaparaba todo su tiempo. Destacamos en ese sentido sus visitas a las bases navales, siendo la primera Cádiz y después las restantes. Éste es su relato sobre esos viajes:

«Me lo agradecieron mucho, pues ningún ministro había ido por allá desde hacía mucho tiempo. Tuve un recibimiento oficial y popular muy animado. El general Varela era entonces el comandante militar de aquella región y ordenó desfilar las tropas ante mi presencia. Celebramos banquetes y pronuncié discursos en todos los sitios: Astilleros, Escuela Naval, Arsenal de la Carraca, Campo de Tiro, instalaciones de la Constructora Naval. También inauguré la fábrica de torpedos de Echevarrieta. Más tarde fui a Cartagena (Arsenal), base de submarinos, Aviación de San Javier, etc., y luego a Ferrol con las mismas e idénticas visitas. En esos dos últimos sitios me alojé en barcos de guerra de forma deliberada con el fin de confraternizar con jefes y oficiales».

²⁰ AHN, JG, leg. 8.

Sintió, pues, la necesidad de estar presente en las principales bases de la Armada española, en un deseo de hacer notar su presencia, de conocer los problemas en directo antes de tomar decisiones. Un gesto que agradó entre una parte del personal del Ministerio, que veía en esa actitud un cambio de comportamiento favorable respecto a etapas pretéritas.

Reorganización y reformas en la Armada durante el primer bienio: 1931-1933

Y dentro de esos trabajos iniciales el personal y la flota ocuparon un lugar preeminente, como se puede deducir de las siguientes impresiones tras las primeras semanas de dedicación al Ministerio:

«En todos los sitios, como en Madrid, la preocupación de los llamados cuerpos auxiliares (torpedistas, submarinistas, radiotelegrafistas, contra-maestres, etc.) era igualarse con los “patentados” y, sobre todo (en unos y otros), las cuestiones de “uniformes”, la supresión de la “coca” en la bocamanga de jefes y oficiales, la del piquito de atrás en los “maestres”, quién debía saludar primero, quién debía desembarcar antes, etc. Muy pobre idea saqué del personal en general. Es cierto que había jefes y oficiales estudiosos y competentes, como Navia Ossorio, Salvador Moreno, Cervera, Génova, Navarro y algunos más. Con ellos me reunía con frecuencia saltando jerarquías para estudiar asuntos, especialmente la reforma de nuestros barcos y formación de la escuadra (no teníamos acorazados y, por tanto, no pasaba de flota). Por la “constructora naval” se construía bien, pero caro, submarinos en Cartagena y también destructores; cruceros en Ferrol y Bilbao; artillería en Reñosa y La Carraca, pero se importaban las direcciones de tiro, agujas magnéticas y otras cosas. Todo de la Casa Vickers de Inglaterra»²¹.

Sobre esta cuestión de los submarinos, sabedor de las carencias que en ese sentido presentaba la Armada, en abril de 1932, mediante proyecto de ley, impulsó su construcción. La cuestión se remontaba al año 1916 en que el Ministerio contrató con la Sociedad Española de Construcción Naval la realización de veinticuatro sumergibles de acuerdo con la autorización recibida por las Cortes en

²¹ *Ibid.*

la Ley de 17 de febrero de ese mismo año. El Estado se reservaba tanto el tipo como las características de estos buques y la fecha de construcción. Del total de veinticuatro, por Real Orden seis se ordenaron construir en 1916 y otros seis en 1922, y los doce restantes se incluyeron en el plan aprobado por Real Decreto de 9 de julio de 1926 «al que ha dado fuerza de Ley las Cortes por el de 29 de octubre de 1931»²².

Por tanto, días después de la toma de posesión se impulsó este proyecto considerado muy conveniente para la defensa nacional. Se constituyó en el Ministerio una junta de técnicos especializados con el fin de que el tipo que en su día se adoptase reuniese todas las garantías: «Como resultado de la propia experiencia de estos técnicos y de los estudios realizados por ellos de los proyectos de los buques más modernos de las marinas extranjeras». Bien entendido que debían ser unos proyectos netamente españoles y ser aceptados por la junta, teniendo en cuenta la experiencia adquirida en la construcción de los doce submarinos que ya habían sido entregados:

«Y la completa nacionalización de los elementos de los repetidos buques: casco, maquinaria y armamento en los propios talleres de la Sociedad. Se acusa además con extrema agudeza el conflicto de paro obrero como consecuencia de la inmediata falta de obras a ejecutar por la citada Sociedad y es deber del gobierno el subvenir a la resolución de ese problema».

La construcción de estos submarinos era, pues, importante para nuestra flota, pero en el trasfondo de este proyecto estaba el acuciante problema del desempleo, que en parte se podía atenuar en este sector con la materialización de una empresa de estas características. Por ello se requería que la construcción de los submarinos se realizara en las dependencias de la Sociedad Española de Construcción Naval. En cuanto a su pago, en el presupuesto que se aprobó para 1932 no había más partida para construcciones en Marina que el importe de los plazos a pagar a la referida Sociedad por la realización de los cruceros y destructores que tenía en ejecución. Ésa era una de las razones de este proyecto de ley que se sometió a consideración de las Cortes Constituyentes con el siguiente contenido:

²² Esta información se incluye en un dossier del Ministerio fechado el 28 de abril de 1932. Centro de Documentación de Memoria Histórica en Salamanca (en adelante CDMH), PS, Barcelona, leg. 807.

«Artículo 1.º Se autoriza al ministro de Marina para dictar la orden de ejecución a la Sociedad Española de Construcción Naval de un sumergible tipo Sigma II, con arreglo a las características y requisitos establecidos por la junta especial que se constituyó en el citado Ministerio (y que serán debidamente revisados) y conforme al contrato de 14 de febrero de 1916 entre el Estado y la mencionada Sociedad.

Artículo 2.º El importe total de dicho sumergible: 17.402.540 pesetas, será abonado en los plazos y cuantías detalladas en el artículo 32 del citado contrato. En los presupuestos para el año económico de 1933 se consignará, por lo menos, la cantidad de 3.457.500 pesetas para pago de plazos de esta construcción. Madrid, 28 de abril de 1932»²³.

Su materialización, pues, colisionaba con la disponibilidad presupuestaria que se trató de resolver con este proyecto de ley. Iniciativa que no fue la única que promovió, como él mismo recuerda tras su paso por Marina en el primer bienio republicano:

«Yo tenía grandes proyectos, pues veía que nuestra escuadra rehecha, aunque modestamente, podía vencer el equilibrio entre la francesa y la italiana, muy equiparadas entonces y muy recelosas por el dominio del Mediterráneo. Pero costaba muchos millones y el bueno de Jaime Carner (ministro de Hacienda) me echaba abajo todos los presupuestos con aumentos. Yo veía que había que hacer mucho técnicamente y en la reorganización de los cuerpos, infundiéndoles nuevo espíritu democrático, facilitándoles el acceso a ellos de los simples marineritos, estimulándoles a una mejor preparación técnica, separándolos de toda contaminación política y haciendo respetar y amar a nuestra República. Algo conseguí, pero muy poco. Fundé el Instituto de Óptica para capacitarnos en producir la de precisión que necesitábamos. Envié diversos oficiales pensionados al extranjero, avivé a los agregados navales, suprimí muchas corruptelas en el capítulo de gratificaciones (había 54 clases distintas de ellas, algunas tan pintorescas como la de embarque a oficiales y jefes que tenían destinos de tierra). El Museo Naval adquirió gran impulso gracias al director (que sigue) muy entusiasta y competente. Los viajes del buque escuela (Juan Sebastián Elcano) también me preocuparon mucho. Inauguré el canal de experiencias situado en el Pardo y regalado por la “Constructora”. Hice que ésta fomentara las escuelas de aprendices, los seguros para los obreros, los retiros, etc. En fin, trabajé mucho pero con escaso relieve en el gobierno, pues no interesaba, en general, lo que yo quería hacer. Importaba entonces la reforma agraria, las escuelas... y nada más»²⁴.

²³ CDMH, PS, Barcelona, leg. 807.

²⁴ AHN, JG, leg. 8.

CUADRO 1

*Reorganización de la Armada en el bienio 1931-1933:
medidas más significativas*

Concepto	Contenido
Reserva	Pase a la segunda reserva de los almirantes y oficiales generales que lo solicitasen.
Retiro de jefes, oficiales y subalternos	Se permitió el pase al retiro de los jefes y oficiales con veinte años de servicio (abandonaron el servicio 324 personas), también se extendió el retiro anticipado a los cuerpos subalternos.
Ascensos por antigüedad	Se implantó, al igual que en el Ejército, el ascenso por antigüedad.
Jurisdicción del mando	Las capitanías generales marítimas pasaron a ser bases navales en las que el mando perdió buena parte de su jurisdicción, limitándose su autoridad al puerto, arsenal e instalaciones navales en tierra.
Impulso civil	Algunos cuerpos pasaron a depender de organismos civiles.
Corporativismo	Para tratar de resolver el problema del corporativismo se declararon a extinguir los cuerpos de ingenieros, de artillería de la Armada, eclesiástico y la sección de farmacia.
Asimilación de subalternos	Los subalternos (contra maestres, radiotelegrafistas, condestables, practicantes, auxiliares de oficina, torpedistas, buzos, unos 679 en total) que poseían empleos superiores en varios cuerpos fueron asimilados al empleo de oficial.

Fuente: Diario de Sesiones de las Cortes Españolas, 1931-1933. Elaboración Propia.

Como se puede apreciar, desde su puesto Giral potenció diversas medidas con vistas a mejorar la Armada²⁵. Asimismo destacamos en el texto anterior sus referencias al personal, los deseos de impulsar en los trabajadores el espíritu republicano y su anhelo por democratizar la Armada²⁶.

²⁵ Como afirmaba en una entrevista periodística tras su nombramiento como ministro: «En la Marina han comenzado siempre y en todas partes en los últimos años los trastornos más hondos, pero los nuestros saben que la República es de ellos y por ese lado nadie puede inquietar al Giral ministro» (*La Calle*, 23 de octubre de 1931, depositado en la Biblioteca Nacional, signatura D/7.485).

²⁶ Giral dijo al agregado naval británico que parte de la meta de los cambios en su Ministerio había sido «democratizar la Armada y recompensar a los auxilia-

En el cuadro 1 se relacionan las medidas más significativas dirigidas a la reorganización de la plantilla en Marina, pudiendo apreciar en su contenido un deseo de eliminar viejos privilegios y de modernizar sus estructuras. Iniciativas en absoluto fruto de la improvisación, ni consecuencia de un ministro lego y caprichoso, sino todo lo contrario: estaban basadas en los estudios realizados en la Escuela de Guerra Naval y fue obra de una comisión especial integrada por expertos navales²⁷.

Esos deseos de mejora, empero, no se vieron acompañados por el apoyo de un ejecutivo que tenía en su agenda otras prioridades que originaban la desviación de recursos hacia éstas en detrimento de otros Ministerios, como el de Marina, que podía esperar. Las limitaciones presupuestarias, pese al incremento de la partida destinada a la Armada en el primer bienio, constituían una dura realidad y ello limitaba las necesarias reformas.

CUADRO 2

Evolución presupuestos de la Armada en diversos países (datos en porcentajes por bienios)

<i>Países</i>	<i>1931-1932</i>	<i>1932-1933</i>	<i>1933-1934</i>	<i>1934-1935</i>
Japón	34,65	36,71	42,50	46,62
Francia	22,85	23,35	21,67	21,57
Italia	27,20	26,29	22,76	21,29
Inglaterra	11,22	11,03	13,01	13,57
Alemania	6,44	8,22	11,32	13,85
España	13,80	14,66	13,24	12,31

Fuente: Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA y Miguel ALONSO BAQUER, *Historia social de las fuerzas armadas españolas*, p. 211. Elaboración propia.

Presupuesto en el que, como se expone en el cuadro 2, entre 1931 y 1933 la cantidad destinada a la Marina en España se incrementó porcentualmente en un punto, no pudiendo decir lo mismo

res por su filiación republicana». Véase William FRANK: «La bandera republicana dominó el mar», *Historia* 16, 20 (1977), pp. 68-78. Citado por Michael ALPERT: *La Guerra Civil española...*, p. 21.

²⁷ Entre los vocales estaba el capitán de fragata Francisco Moreno, director de la referida escuela y futuro jefe de la Marina de los sublevados en la Guerra Civil. Michael ALPERT: *La Guerra Civil española...*, p. 25.

con el comportamiento registrado durante el bienio siguiente, en que su cuantía descendió hasta un punto y medio respecto al periodo anterior. Evolución similar registraron países como Italia y Francia, pero no Japón, Alemania o Inglaterra, que aumentaron el dinero destinado a la Armada en una muestra evidente del rearme de esas naciones con vistas a fortalecer su posición en un ámbito internacional.

Contexto en el que España, aislada y con escaso predicamento en el exterior, poco representaba. Las referencias anteriores de Giral sobre la situación en el Mediterráneo son suficientemente ilustrativas a este respecto, con una conflictividad creciente y lo poco que tenía que decir al respecto la limitada flota española, pese a los importantes intereses que se dirimían en ese espacio estratégico europeo tan importante. Preocupante debilidad militar de la Armada y, por ende, de España, como se reconocía ante las Cortes en la presentación y defensa del presupuesto de Marina del año 1932: «Mientras el país carezca de poder naval se verá en continuo riesgo de ser mediatizado por las demás naciones en guerra. Nuestro meneguado y ficticio poder naval no puede influir lo más mínimo en las intenciones agresivas o sencillamente defensivas de los demás»²⁸.

Otra cuestión de interés en relación con las reformas de la Armada en este bienio republicano hace referencia a la Marina Civil, que hasta entonces se encontraba bajo la tutela militar. Al iniciarse la República su situación era precaria: la edad media de la flota superaba los veinte años de antigüedad y no había fletes suficientes para ocupar todos los barcos²⁹. Existía demanda ciudadana para que esa situación se modificara, como lo ponen de manifiesto artículos como el que exponemos a continuación en relación con los marinos mercantes:

A don José Giral Pereira, nuevo ministro de Marina

Ignoro señor si al sentarse en su mesa de despacho por primera vez ha encontrado una carpeta con este rótulo: «aspiraciones justas de los marinos civiles». Probablemente no. Seguramente no, porque tengo para mí que su antecesor arrojó al cesto el contenido de tal carpeta y a ésta naturalmente

²⁸ *Diario de Sesiones de las Cortes Españolas*, 15 de marzo de 1932.

²⁹ Véase Jesús María VALDALISO: *La navegación regular de cabotaje en España en los siglos XIX y XX: guerras de fletes, conferencias y consorcios navieros*, Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 1997.

le quitaría después la inscripción. Por eso, excelentísimo señor, yo (que así entre paréntesis, no sé nada de mar, pero sé algo de justicia) creo que tengo el deber de advertiros, de aseguraros, que, aunque no existan huellas en su despacho ministerial de tales aspiraciones, éstas existen. Y son éstas.

Los marinos mercantes son unos ciudadanos perfectamente civiles. Ello quiere decir que no hay razón fundamental, aunque haya razones convencionales, para que vivan sometidos al fuero militar. Quieren estos marinos ser reconocidos como lo que son: unos empleados dedicados al transporte por mar, que es lo más parecido a estos otros individuos que se dedican al transporte por tierra. Los marinos mercantes son algo así como los ferroviarios del agua. Y ya comprenderéis que es tan absurdo confundirlos con los elementos de la Armada como lo sería confundir a un inventor de tren con un sargento de caballería.

Dicen que a buen entendedor con pocas palabras bastan. Y yo sé, excelencia, que soy un entendedor excelente, pues estáis reconocido como intelectual o, si os parece mejor así, como inteligente. De todos modos, repito, existen esas justas aspiraciones y como son justas nada tengo que recomendarle. Si no es que penséis de una manera, siquiera remota, en lo que para el comercio y la industria, es decir, para España, representaría una huelga de marineros civiles. Firmado: U. R. de la Calle³⁰.

Desde el Ministerio se trató de dar respuesta a esa demanda ciudadana con la aprobación de la Ley de 12 de enero de 1932, que por primera vez estableció la separación de la Marina Civil y la Militar, aunque ambas continuaron bajo competencia del Ministerio de Marina, según se recoge en su artículo 1.º:

«Dependiente del ministro de Marina, pero con absoluta separación de los organismos, autoridades y funcionarios de la Marina Militar, se crea una Subsecretaría de la Marina Civil en la que se centralizarán los diversos servicios que afectan a la vida marítima nacional, con excepción de todo lo relativo a sanidad, aduanas y al proyecto, construcción y reparación de puertos, que seguirán dependiendo de sus respectivos Ministerios»³¹.

A su vez se creó el Cuerpo de Servicios Marítimos y una Subsecretaría de la Marina Civil que integraba cuatro inspecciones: la de

³⁰ Artículo publicado en la sección «Cartas boca arriba», *La Calle*, 23 de octubre de 1931, en Biblioteca Nacional, signatura D/7.485.

³¹ El contenido de esta importante Ley estaba recogido en 34 artículos más varios adicionales (*Diario de Sesiones de las Cortes de la Republica Española*, 14 de enero de 1932, apéndice 1, núm. 99).

Navegación, Pesca, Buques y Construcción Naval, y la de Personal y Alistamiento³². La persona nombrada por el ministro para dirigir esa Subsecretaría fue Leonardo Martín Echevarría³³. Giral destaca sobre la marina mercante lo siguiente:

«Tuvimos el asunto grande, complicado y engorroso de la incautación y disolución de la Compañía Trasatlántica. Ésta tenía buenos abogados (Ventosa, entre otros) con los que discutí frecuentemente. Tuve que “empollarme” muy bien el expediente. La Transmediterránea nos dio poco que hacer. Los barcos de Ibarra, algo más. Todos se sometían, aunque de mala gana, a lo que disponíamos. La pesca se fomentó enormemente: de 250.000 toneladas anuales pasamos hasta 400.000, a pesar de las muchas exigencias obreras. Fomentamos los depósitos de pescadores, mejoramos considerablemente los jornales, etc. Los astilleros estaban en crisis, pues no se construía. Hice una visita detenida a los de Bilbao (Sestao, Nervión, etc.) y fomenté en todo lo que puede esa construcción. Conseguí que el ministro de Hacienda, Jaime Carner, transigiese a un empréstito a México para que nos pagase unos barcos (lanchas cañoneras) que nos encargaron. Las lanchas se repartieron en su construcción entre los de Bilbao, Unión Levante, Matagorda, Cádiz (Echevarrieta). Las máquinas en Barcelona. También modificamos el consorcio almadrabero favoreciendo mucho la pesca del atún»³⁴.

Junto al impulso de cambios y reformas en su Ministerio, en este primer periodo al frente de esta cartera le tocó vivir situaciones tan delicadas como el fallido intento de golpe de estado protagonizado en agosto de 1932 por el general Sanjurjo³⁵. Eran meses de agitación con la aplicación de las reformas del ejército que originaron el malestar en diversos sectores del estamento militar, y, sobre todo, la discusión del Estatuto de Autonomía de Cataluña, que para buena parte del mundo castrense, en caso de aprobarse, ori-

³² En agosto de 1934, la nueva Subsecretaría perdió definitivamente su dependencia del Ministerio de Marina, pasando al de Industria y Comercio. Véase Raúl HERRÁN ORTIGOSA: *La Marina mercante en la Segunda República Española (1931-1939)*. La administración marítima, País Vasco, Servicio Central de Publicaciones, 2000.

³³ Francisco QUIRÓS LINARES: «Un geógrafo en el exilio: Leonardo Martín Echeverría (1894-1958)», *Ería*, 42 (1997), pp. 67-88.

³⁴ AHN, JG, leg. 8.

³⁵ Julio BUSQUETS y Juan Carlos LOSADA: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 50 y ss.

ginaría el desmembramiento de España. Mientras tanto, la idea de «salvar España» comenzaba a ser planteada entre cierto sector de mandos del ejército, entre ellos el general José Sanjurjo.

Éste, alentado por los monárquicos y por las promesas de apoyo de otros mandos militares, siguió adelante con sus planes para que un golpe de estado derrocara al ejecutivo, aunque no necesariamente a la República. Como señala G. Hills: «De forma auténticamente decimonónica y con el mínimo de preparativos y seguridades, el 10 de agosto de 1932, a las 4 horas, Sanjurjo efectuó un pronunciamiento desde Sevilla que se extiende a Madrid y resultó un fracaso total, quedando desarticulado en veinticuatro horas»³⁶. Por tanto, la intentona golpista conocida como la «sanjurjada» no prosperó pese a los deseos de sus protagonistas en hacer cambiar el rumbo de la República.

Giral se encontraba en la capital de España, que de madrugada vivió directamente los enfrentamientos armados que se registraron en las inmediaciones de la fuente de Cibeles, calle de Alcalá y arranque del Paseo de Recoletos, es decir, en las proximidades del Ministerio de la Guerra y el Palacio de Comunicaciones. Su testimonio sobre esas horas es el siguiente:

«Salí a la una de la madrugada de una sesión nocturna de Cortes en donde un miembro del Partido Radical, Ricardo Samper, me había interpelado por el reparto en la construcción de los barcos mexicanos. Muy cansado fui al salón de ministros del Congreso y me sorprendió la atmósfera cargadísima de humo que allí había. Se lo dije a Ramos que me acompañaba y él me contestó: “se venga a fumar un cigarrillo con don Manuel que está en Guerra ahora”. Yo rehusé por mi cansancio y me acosté enseguida. A las cuatro de la madrugada me llamaron del Ministerio. El ayudante mayor me pedía instrucciones, pues había tiroteo por Cibeles; se las di (reforzar la guardia, estar armados y vigilantes, darme noticias, etc.). A las seis me comunicó que todo había pasado.

A las nueve estaba como siempre en mi despacho cuando me llamaron urgentemente a Consejo. Se sorprendieron de mi tranquilidad; en realidad yo no había sabido nada. El despacho de ministros de las Cortes había sido el sitio de reunión del director de seguridad, el ministro de Gobernación, Azaña, Prieto y algún otro. Sabían lo que iba a ocurrir y se prepararon. Entonces se lo reproché y les dije que si me hubieran dicho algo

³⁶ George HILLS: *Monarquía, República y Franquismo, 1868-1974*, Madrid, San Martín, 1975, pp. 55 y ss.

yo hubiera estado alerta en el Ministerio y desde las terrazas y balcones de este edificio los hubiéramos frito a tiros a los sublevados que corrieron por la calle de Alcalá huyendo desde Cibeles. Azaña lo reconoció así y lamentó que me ocultaran las cosas. Fue una lástima»³⁷.

Si bien lo importante era que el acontecimiento fue resuelto sin problemas y que la República y el gobierno salieron reforzados tras esa desarticulación, la desinformación sobre la conspiración ponía de manifiesto la debilidad de Giral en el ejecutivo. El mismo Azaña, si bien reconoció lo improcedente de no tenerle al corriente, deja entrever en sus diarios cierta desconfianza hacia su compañero de partido y del ejecutivo: «Débil y poco comprometido con el rumbo político del gobierno»³⁸. No obstante, éste le mantuvo como ministro, pese a las numerosas ocasiones en que Giral le ofreció su dimisión.

En cuanto a la sentencia contra los implicados en la conspiración, su cabecilla, general Sanjurjo, fue condenado por el tribunal a pena de muerte, aunque veinticuatro horas después de darse a conocer el veredicto (25 de agosto) sería indultado por el gobierno y enviado al penal del Dueso³⁹. Sobre esa decisión Giral indica:

«En el Consejo se dieron detalles. Se había detenido a Sanjurjo, se trató de fusilarlo o de perdonarlo, se votó por esto último. Tan sólo Casares Quiroga votó por el fusilamiento [...] y tenía razón. Al presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, se le informó de esa decisión y en Consejo posterior con él sacó un papel doblado y se lo entregó a Azaña. Todos quedamos intrigados. Mucho tiempo después supimos que el papel decía que mientras él fuese el presidente de la República, jamás firmaría la reposición de Sanjurjo y demás militares implicados ni su reingreso en el ejército. Después, en el bienio negro, hizo todo lo contrario de lo que prometió entonces»⁴⁰.

Respecto a lo indicado al final del texto anterior, es preciso señalar que el 25 de abril de 1934 Alcalá Zamora firmó, tras varios días de dudas y vacilaciones, una ley de amnistía que alcanzó a los

³⁷ AHN, JG, leg. 8.

³⁸ Manuel AZAÑA: *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*, Madrid, Crítica, 1997, pp. 20 y ss.

³⁹ Eduardo DE GUZMÁN: *La Segunda República fue así*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 157.

⁴⁰ AHN, JG, leg. 8.

condenados por la «sanjurjada», aunque el presidente añadió una nota en la que precisaba que los jefes y oficiales amnistiados no debían ser reintegrados al ejército, ni menos aún ejercer mando de ninguna clase⁴¹. En menos de dos años, por tanto, los penados por esa sublevación salían de la cárcel y se reintegraban a la vida civil, que no a sus puestos en el ejército.

Un presidente de la República al que Giral acompañó en alguno de sus viajes por el país en calidad de ministro de Marina:

«En agosto de 1932 fui con él a Alicante. Había un gentío enorme, me separé de él y mi ayudante Prado; quise alcanzar mi coche que estaba al otro lado de la muchedumbre, un guardia no me dejó pasar dándome un formidable codazo y diciéndome que aquel coche era para el señor ministro de Marina. Me di a conocer y el hombre temblaba como un azogado. Fuimos a la nueva Diputación Provincial en donde nos alojamos. Desde la terraza contemplamos al pueblo soberano congregado en la calle. Pedían que hablase don Niceto. Éste hizo ademán de ello y me dijo: “con su venía señor ministro”. Le contesté que no podía ni debía hablar. Esas instrucciones me las dio Azaña. Don Niceto se disgustó mucho y lo manifestó en todo el viaje. Meses más tarde le acompañé a otro viaje por la provincia de Santander. Nos alojamos en el crucero *Cervantes*, lo pasamos muy bien y con toda cordialidad. Tampoco habló públicamente, pero salía a cuatro o cinco banquetes diarios, pues visitábamos muchos pueblos cada día. Se indignó. Los demás nos recatábamos de comer. Don Niceto era entonces un hombre jovial, animado y muy ameno en su trato y conversación. El tercer viaje que le acompañé fue a Murcia, Cartagena y Las Baleares. Vino Prieto también y entonces le permitimos hablar: daba sus cinco discursos diarios y estaba feliz»⁴².

De esos viajes no puede deducirse que hubiera falta de entendimiento entre el ministro y el presidente, más allá del enfado de éste por obligarle a cumplir las instrucciones de no participar en discursos. Sin embargo, había recelos de Alcalá Zamora hacia la persona de Giral, entre otros ministros, y de ello estaba al corriente el presidente del ejecutivo, según deja constancia en sus memorias al

⁴¹ El presidente de la República se justificó en esa decisión señalando las facultades que le confería el artículo 84 de la Constitución. Decisión que originó una crisis en el gobierno presidido por Alejandro Lerroux, que terminó con el cese de éste y el nombramiento como nuevo presidente del ejecutivo de Ricardo Samper. Véase Eduardo DE GUZMÁN: *La Segunda República...*, pp. 254 y ss.

⁴² AHN, JG, leg. 8.

afirmar: «Don Niceto detesta a Fernando, y a Casares le dedica un odio de gitano. También la tiene ahora tomada con Giral, que es incapaz de malicias»⁴³. Al parecer en ese desencuentro con don Niceto, junto a cierta desconfianza del mismo Azaña, residieron algunas de las razones del cese de Giral como ministro en junio de 1933, según su propio testimonio:

«La campaña persistente de los radicales, los sucesos de Casas Viejas, la actitud de los conservadores republicanos, etc., quebrantaron mucho al gobierno. Don Niceto pidió a Azaña que ampliase la base de éste; recurrió para ello a los federales; me dijo que disponía de mi cartera como el mejor amigo que tenía y el de más confianza. Yo acepté encantado. Salimos Zuñueta y yo. Entraron Barnés, Franchy Roca y Companys. Yo me fui a hacer una excursión por Galicia en mi coche particular (me acompañaron María Luisa y mi hijo Paco). Lo pasé muy bien. Recorrimos Galicia, Asturias y Santander. Hube de volver a votaciones a Madrid y definitivamente en septiembre. Tuvo lugar entonces la crisis total del gobierno Azaña»⁴⁴.

Por tanto, la reorganización del ejecutivo afectó directamente a Giral, que fue llamado previamente por Azaña, quien le informó que necesitaba su Ministerio para dar entrada en el gobierno a Izquierda Republicana, siendo nombrado en su puesto el catalán Lluís Companys. Y según puede deducirse del texto anterior, debió suponerle todo un alivio quitarse de encima esa carga⁴⁵. Regresó a las labores docentes en la universidad y, aunque no dejó su actividad en las Cortes, lo cierto es que se apartó de la primera línea política, al menos de momento. El 1 de octubre de 1933 volvió a su cátedra, no teniendo cesantía de ministro por ser funcionario público.

Ese mismo mes se convocaron elecciones a Cortes y se presentó nuevamente por la circunscripción de Cáceres. Volvió a recorrer esa provincia en la campaña electoral «pero no hubo suerte, fracasamos, ya que sólo obtuvimos algunos millares de votos». Y si bien

⁴³ Manuel AZAÑA: *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*, Madrid, Crítica, 1997, p. 287.

⁴⁴ AHN, JG, leg. 8.

⁴⁵ En sus memorias, Azaña escribe al respecto: «Llamé a los ministros Zuñueta y Giral. Al primero para despedirnos como ministro, pues ya sabía que cesaba, como era su deseo, y a Giral decirle que necesitaba disponer de su puesto, dando entrada a la Izquierda. Giral se alegró mucho». Manuel AZAÑA: *Diarios, 1932-1933...*, p. 361.

siguió con su labor académica, lo cierto es que ese desenlace no le alejó de la política. Poco después de los comicios comenzaron las conversaciones para fusionar a los partidos republicanos. Acción Republicana, el Partido Republicano Gallego y los Radical-Socialistas se unieron en abril de 1934 y fundaron Izquierda Republicana, en la que Giral fue miembro de su Consejo Nacional.

En cuanto a la evolución del Ministerio de Marina en los años 1934-1935, es preciso señalar que, hasta los comicios de febrero de 1936, nueve ministros pasaron por ese puesto, con titulares como el vicealmirante Francisco Javier de Salas, que sólo estuvo en el cargo quince días, o Juan José Rocha García, que lo detentó durante trece meses. Bienio conservador que destacó por no existir resoluciones de interés en la Armada⁴⁶.

Ministro de Marina durante el Frente Popular: febrero a julio de 1936

Y en diciembre de 1935 organizaciones políticas republicanas y de izquierdas firmaron una coalición: el Frente Popular. Se convocan nuevas elecciones a Cortes el 16 de febrero de 1936 en las que Giral se presenta por Cáceres en representación de Izquierda Republicana. Así recuerda esos días:

«En enero de 1936 comienzo ya la nueva campaña electoral y hago frecuentes viajes a Cáceres durante este mes y febrero. Organizamos la campaña repartiéndonos en equipos con representación de todos los partidos: cada equipo se encarga de un partido judicial, de ese modo nos resultaba muy barato (unas 4.000 pesetas a cada candidato de los siete que éramos). Yo escojo el norte de la provincia: Las Hurdes, Perales, etc. Recuerdo a los socialistas Canales y Romero Solano y otros dos más; Martínez (de Plasencia) y yo de Izquierda Republicana; y un abogado valenciano, que apenas pisó Cáceres y cuyo nombre se me fue por Unión Republicana. En contra, candidatura cerrada entre Lerrouxistas, y Ceda. Ganamos en buena lid.

⁴⁶ Así, al terminar 1935 la Sociedad Española de Construcción Naval no había entregado aún a la Armada los cruceros Canarias y Baleares —aquel en estado de construcción más adelantado que éste— ni los destructores Almirante Miranda, Gravina, Escaño, Císcar, Jorge Juan y Ulloa, los dos últimos demorados en su terminación —como Baleares— hasta 1937. Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA y Miguel ALONSO BAQUER: *Historia social de las fuerzas armadas...*, pp. 216 y 217.

El día 16 de febrero andaba yo por Las Hurdes (Pinofranqueado, La Saucedá, Ladrillar, Casares, La Pesga, Casar de Palomero, etc.). Volví a la capital por la noche, recibí aviso urgente de Azaña de que regresase a Madrid; tomé el tren (ya no tenía coche) y el 17 por la mañana estaba en casa de don Manuel»⁴⁷.

Esa llamada urgente de Azaña guardaba relación con el triunfo del Frente Popular en estos comicios. Giral, por tanto, regresaba al Parlamento y Azaña era encargado de formar gobierno, volviendo a contar con la participación de su correligionario para la misma cartera que ostentó en el primer bienio: Marina.

«Don Manuel me ofreció el puesto de ministro de Marina y acepto ya sin el miedo de la primera vez. Todo me es conocido en el Ministerio. Designo subsecretario al general de ingenieros don Francisco Matz. Hago jefe de Estado Mayor al almirante Salas. Vuelve de ayudante Pedro Prado»⁴⁸.

Volvía a contar con personal de su confianza en unos meses de agitación y tensiones sociales que vivió en primera persona desde el Ministerio. Y si bien hubo remodelación del ejecutivo tras la destitución de Alcalá Zamora en la Presidencia de la República y el nombramiento de Manuel Azaña para ese puesto, el nuevo responsable del gobierno, Casares Quiroga, repitió el gabinete anterior formado por republicanos, contando con Giral para la misma cartera. Éste evoca aquellos días con el siguiente testimonio:

«Se destituyó a don Niceto a inicios del mes de abril. No me pareció bien, pero se hizo. Comienzan a sonar nombres para sustituirle: Largo Caballero y Alborno, inicialmente. Don Manuel me llama y me propone que sea yo el candidato. Hay una comida con Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Miguel Maura y algunos otros. Yo también. Hablan de ello veladamente. Yo no quiero de ningún modo, no tengo talla ni condición alguna para ese cargo. Prieto empieza a maniobrar diciendo que el

⁴⁷ AHN, JG, leg. 8. Respecto a la candidatura del Frente Popular en la provincia de Cáceres, los miembros eran los siguientes: Izquierda Republicana: José Giral Pereira y Luis Martínez Carvajal; Unión Republicana: Faustino Valentín Torrejón y Fulgencio Díaz Pastor; Partido Socialista: Luis Romero Solano, Higinio Felipe Granado Valdivia y Rafael Bermudo Ardura. Julián CHAVES PALACIOS: *Violencia política y conflictividad social...*, p. 16.

⁴⁸ AHN, JG, leg. 8.

nuevo presidente debe tener mucho ambiente popular y ser muy conocido de las masas. Aconseja a don Manuel que sea él. Se le suman Luis Companys y Maura. Don Manuel lo desea, pero no lo dice. Varias reuniones de notables de Izquierda Republicana. Todos en contra de la candidatura de don Manuel, porque se estima que se le inutiliza para desempeñar funciones mucho más eficaces como la de jefe de gobierno. Se reúne la minoría y opina lo mismo. La reunión es borrascosa. Una intervención de Augusto Barcia hace que por fin se resigne a que sea Azaña candidato. Voy a verle y me dice “¿es que no me lo merezco?”. Comprendo ya claramente que lo desea y se trabaja por él. Se hace la elección en mayo (compromisarios y diputados). Sale triunfante casi por unanimidad.

En cuanto al nuevo gobierno, Azaña se lo ofreció primeramente a Prieto, éste no aceptó porque su partido, el PSOE, no quería (rivalidades con Largo Caballero, dolido por no haber sido presidente ni ofrecerle el encargo de nuevo gobierno). Se lo ofrece después a Ruiz de Funes por quien don Manuel tuvo siempre gran afecto y admiración, bien justificada ciertamente. Su timidez y floja voluntad le hacen no aceptar. Entonces recurrió a Casares Quiroga. Éste se enfadó mucho con don Manuel, pero finalmente se resignó. Viví mucho aquellas horas y puedo asegurar que Casares no quería ser jefe del ejecutivo de ninguna manera. El gran afecto y respeto que le tenía a don Manuel le obligaron a aceptar. Se conservan casi todos los ministros del último gabinete de Azaña. Yo sigo en Marina. El gobierno es de *puros republicanos*»⁴⁹.

Si éstos fueron los entresijos vividos directamente por nuestro protagonista en relación con esas decisiones políticas tan importantes, lo más relevante guarda relación con su actividad al frente de la Armada. Sin demora retomó iniciativas aparcadas en su anterior paso por el Ministerio, aunque, a diferencia de entonces, ahora contaba con el apoyo del presidente del ejecutivo: «Don Manuel está encariñado con mis proyectos».

Así, una de sus prioridades fue reformar la Escuadra. Con ese fin se elaboró un proyecto que fue entregado en la primavera de 1936 tanto al Consejo de Ministros como a la Comisión de Marina de las Cortes con el título: «Memoria confidencial del estado actual de nuestras fuerzas navales y de las necesidades para establecer la base de nuestra defensa naval»⁵⁰. En su nota introductoria se aclara que este Plan «se limita a incluir todo lo que considera necesario

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ El informe constaba de medio centenar de páginas mecanografiadas (AHN, JG, leg. 2).

para que el material que tiene a cargo el Departamento de Marina pueda cumplir su misión eficazmente».

Se buscaba, pues, la eficiencia de la Escuadra, teniendo muy presente las limitaciones económicas que condicionaban cualquier inversión. Su presupuesto alcanzaba los mil millones de pesetas, bien entendido que parte de ese importe ya estaba presupuestado y otro eran cantidades nuevas para pago de actuaciones futuras, siendo el plazo inicialmente previsto para su ejecución, «a la vista de la situación internacional en la primavera de 1936», de ocho años. Afirma Giral al respecto:

«A la terminación de este plan (no antes) estaremos en posesión de unas bases navales muy capaces para nuestra flota y aptas para apoyar (en su amplia acepción) a cualquiera otra, encontrándose, por tanto, la República española en condiciones de aspirar a ser tenida en cuenta en el concierto mundial, no tanto por su poder naval como por la posibilidad de servir de apoyo y seguridad a flotas más poderosas de naciones amigas. Con la modernización propuesta nuestros buques serán perfectamente comparables y capaces de combatir con los similares extranjeros»⁵¹.

CUADRO 3

*Cifras comparativas entre la Armada española y la de Italia,
Francia e Inglaterra tras la ejecución del plan Giral
(cantidades en número y tonejale)*

Clase	España	Italia	Francia	Inglaterra
Acorazados	2 de 30.000	6 de 164.000	10 de 225.000	15 de 525.000
Cruceros	6 de 47.000	20 de 145.000	18 de 161.000	39 de 320.000
Destruyores	29 de 45.000	43 de 62.000	59 de 114.000	105 de 144.000
Submarinos	21 de 15.450	66 de 51.600	79 de 74.400	45 de 54.000

Fuente: AHN, JG, leg. 2, p. 49. Elaboración propia.

Las principales actuaciones afectaban tanto a sus bases navales como a la flota. Pese a esas mejoras, lo cierto es que comparando la situación de la Armada española con la de países como Italia, Francia e Inglaterra al finalizar el Plan, es decir, en 1944, España, según puede apreciarse en el cuadro 3, aún estaría alejada del potencial

⁵¹ AHN, JG, leg. 2, p. 48.

de esas naciones, e incluso sumando su número de acorazados, cruceros, destructores y submarinos, con el correspondiente tonelaje, a los de Italia no llegaría a superar a Francia y mucho menos a Inglaterra. Pese a ello, como se indica en esta Memoria:

«La situación de las bases navales y la fuerza naval de España no será en forma alguna un factor despreciable, como lo es hoy día, para ninguna potencia extranjera. Además, el plan propuesto, aparte de las ventajas de orden moral y material que de él se derivan inmediatamente como única ayuda posible a la solución del paro obrero en la industria naval militar (partiendo de la base de llevar la nacionalización al límite), constituye la base y cimiento indispensable para poder estar en su día en condiciones de efectuar el plan totalitario de una flota que la necesidad internacional, la conveniencia nacional y la seguridad de la República española puedan exigir»⁵².

En su apartado final se incide en que la defensa nacional de España estaba, casi exclusivamente, en el mar y en el aire, y por esa razón Giral argumentaba al presentar este proyecto que:

«Sin disminuir el ejército de tierra, la defensa nacional debe pensarse principalmente en la Armada y la Aviación si se desea que sea una realidad, y no debe verse en estas aseveraciones más que un pacifismo llevado al límite, pero recientes hechos lamentables hacen ver que no hay posibilidad de hacerse respetar más que teniendo asegurada la defensa propia, en tanto los organismos internacionales para asegurar la paz no tengan la eficacia de que hoy carecen»⁵³.

Recomendaciones para una estrategia militar fundada, entre otros argumentos, en el complicado contexto europeo de los años centrales de este decenio, con serias tensiones internacionales motivadas por la consolidación de regímenes totalitarios en Alemania, Italia y la Unión Soviética, y la situación de alerta de países democráticos como Francia e Inglaterra⁵⁴. De ahí la insistencia del ministro en fomentar la defensa nacional como mejor atributo para ser

⁵² AHN, JG, leg. 2, p. 49.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Véase G. M. LUEBBERT: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia: clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997.

respetado por otras naciones, ante al fracaso en el control de los conflictos internacionales por parte de la Sociedad de Naciones.

Iniciativas modernizadoras que no hacían olvidar la realidad que vivía el país en esos meses de gobierno frentepopulista, especialmente en lo relativo a las maniobras sediciosas contra la República. El ejecutivo de Casares Quiroga conocía esos movimientos, que son recordados por Giral en los siguientes términos:

«La flota hace maniobras en Canarias en mayo. Tocaban los barcos en Ceuta; banquete sonado por el coronel Capaz y brindis monárquicos; convenciones más. Contacto con Francisco Franco en Canarias; dispongo que al regreso se repartan los barcos yendo los cruceros a Vigo, los destructores repartidos entre puertos de Levante (Cartagena, Málaga, Alicante, Valencia, Barcelona); los submarinos lo mismo. Protestas tibias de Salas y los jefes de las Bases; lo hago por sospechar que algo se trama, aunque Salas me lo niega. Pongo en la estación de radio de Ciudad Lineal a personas de confianza y estoy ya muy vigilante. Cambio mandos»⁵⁵.

Instrucciones sobre la escuadra naval que pretendían situar la flota en posiciones de actuar ante la sedición en marcha. En ese sentido aclarar que la persona que puso al frente de la estación radio fue el oficial tercero auxiliar radiotelegrafista: Benjamín Balboa López, que controló el tráfico de comunicaciones navales⁵⁶, siendo su labor crucial para que la República conservara en su poder la mayoría de la Escuadra. Así, tras la insurrección del 17 de julio de 1936, la sublevación triunfó en Ferrol, Cádiz, Ceuta y Algeciras, pero las demás bases se mantuvieron leales al gobierno republicano⁵⁷. Daba sus primeros pasos una Guerra Civil que para el ministro de Marina se inició con un serio reto: su nombramiento, el 19 de julio, como presidente del gobierno⁵⁸.

⁵⁵ AHN, JG, leg. 8.

⁵⁶ Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA y Miguel ALONSO BAQUER: *Historia social de las fuerzas armadas...*, p. 221.

⁵⁷ Véase José GARCÍA RODRÍGUEZ: *Conspiración para la rebelión militar del 18 de julio de 1936 (del 16 de febrero al 17 de julio)*, Madrid, Sílex, 2013.

⁵⁸ Julián CHAVES PALACIOS: «La Segunda República y los inicios de la Guerra Civil: el gobierno de José Giral (19 de julio a 4 de septiembre de 1936)», en Julián CHAVES PALACIOS (dir.): *El itinerario de la memoria: derecho, historia y justicia en la recuperación de la memoria histórica en España*, vol. II, *La historia*, Madrid, Sequitur, 2013, pp. 11-60.

En conclusión, la Marina española durante la Segunda República fue objeto de una serie de iniciativas políticas, especialmente en su primer bienio, que pretendían modernizar sus vetustas estructuras. Medidas en las que participaron activamente ministros como José Giral. Éste permaneció al frente de esa cartera más tiempo que ningún otro titular, dejando buena muestra, pese a las limitaciones presupuestarias, de su capacidad de gestión al impulsar reformas que significaban un importante avance en la historia social y profesional de la Armada. Empeño que se frustró con la irrupción de la contienda armada de 1936.

*La Comisión de Palestina de 1948: la misión imposible de Pablo de Azcárate**

Jorge Ramos Tolosa

Universitat de València

Resumen: Un momento clave en la llamada «cuestión de Palestina», uno de los conflictos más significativos y duraderos de la historia contemporánea, se vivió en 1947, cuando el Reino Unido transfirió a la ONU su responsabilidad como potencia mandataria. La institución internacional recomendó dividir el territorio entre judíos y palestinos, y establecer un régimen internacional en Jerusalén; medidas que debían ser puestas en práctica por la Comisión de Palestina. El diplomático Pablo de Azcárate participó en este organismo y dirigió el grupo avanzado que fue enviado a Jerusalén, pero diversos factores impidieron el éxito de su misión y de la Comisión.

Palabras clave: Palestina, ONU, Israel, sionismo, Reino Unido.

Abstract: A key moment in the so-called «question of Palestine», one of the most significant and enduring conflicts in the contemporary history, was in 1947, when the United Kingdom transferred to the UN its responsibility as a mandatory power. The international institution recommended to divide Palestine between Jews and Palestinians and to establish an international regime in Jerusalem, measures that should be implemented by the Palestine Commission. The diplomat Pablo de Azcárate participated in this organization and led the advanced group that was sent to Jerusalem, but several factors prevented the success of his mission and of the Commission.

Keywords: Palestine, UN, Israel, Zionism, United Kingdom.

* Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación HAR 2011-27392, financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica, Ministerio de Economía y Competitividad.

Introducción

En 1947 la ONU afrontó el primer conflicto regional grave de su corta existencia: Palestina. El Reino Unido, administrador del territorio desde principios de la década de 1920 bajo la fórmula del mandato de la Sociedad de Naciones (SdN), había decidido pasar su responsabilidad a las Naciones Unidas. Las razones se encontraban en sus graves problemas económicos y el alto coste de mantenimiento del mandato, en el recrudecimiento del conflicto sionista-palestino y del terrorismo sionista antibritánico, en los problemas que le implicaba a Londres el proceso descolonizador o, también, en el impacto del holocausto¹. Aunque la ONU ya se encontraba atenazada por los inicios de la política de la Guerra Fría, en el caso de Palestina tanto la Unión Soviética como Estados Unidos (a pesar de la oposición de sus departamentos de Estado y Defensa) coincidían en que se debía crear un Estado judío y otro árabe en el territorio del mandato británico.

La «cuestión de Palestina» ocupó la primera sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas en la primavera de 1947. En ella, la delegación palestina tuvo dos oportunidades para exponer sus puntos de vista, mientras que los representantes sionistas cuatro², lo que inauguró una serie de desequilibrios patrocinados por la ONU que serían fundamentales en la perpetuación del conflicto. Durante esta sesión especial de la Asamblea, los delegados del Comité Superior Árabe (reconocido oficialmente por las Naciones Unidas como el organismo representativo de los palestinos) reivindicaron el derecho de autodeterminación nacional contenido en la Carta de la organización. De la misma manera a como había ocurrido en los países árabes de alrededor, su propósito era establecer un Estado independiente en Palestina. Análogamente, sostuvieron que este territorio había sido el hogar de los árabes

¹ Miriam Joyce HARON: «The British Decision to Give the Palestine Question to the United Nations», *Middle Eastern Studies*, vol. XVII, 2 (1981), pp. 241-248. Sobre el mandato británico de Palestina pueden consultarse Tom SEGEV: *One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate*, Nueva York, Metropolitan Books, 2000, e Ilan PAPPÉ: *Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos*, cap. III, Madrid, Akal, 2007 (2004).

² Archivo de las Naciones Unidas (en adelante UNOA, por sus siglas inglesas), A/C.1/PV.48, 7 de mayo de 1947.

palestinos durante siglos y reafirmaron la índole social y cultural árabe del país.

Por su lado, los sionistas estaban representados por la Agencia Judía, que dirigía David Ben-Gurion y que había adoptado la solución de la partición de Palestina como estrategia inicial para conseguir la creación del Estado judío. Ben-Gurion y el resto de delegados basaron sus intervenciones en cuatro argumentos: la Declaración Balfour y su incorporación al texto del mandato británico como fuente de legitimación internacional; la indefectible relación entre el holocausto y la necesidad de un Estado judío en Palestina; la reivindicación de «la tierra que pertenecía al pueblo judío y que no había dejado de anhelar durante dos mil años», y la representación de una Palestina virgen o baldía anterior a las migraciones sionistas (*aliyot*) que había sido situada en la modernidad gracias a la comunidad judía (*Yishuv*)³.

Después de las intervenciones, la Asamblea decidió enviar un comité, el UNSCOP (Comité Especial de las Naciones Unidas para Palestina, en sus siglas inglesas), para estudiar el problema y elaborar un informe que propusiese una solución a un conflicto cada vez más virulento. El organismo estuvo formado por once representantes de otros tantos países: Australia, Canadá, Checoslovaquia, Guatemala, India, Irán, Países Bajos, Perú, Suecia, Uruguay y Yugoslavia, ninguno de los cuales era miembro del Consejo de Seguridad. Sin embargo, resulta llamativo que al menos varios de sus miembros no tuviesen experiencia previa en la región y que su conocimiento del conflicto fuera escaso⁴.

Tras visitar Palestina y diversos campos de desplazados en Europa, el comité elaboró un informe en el que propuso el fin del mandato británico y dos posibles soluciones subsiguientes. Aunque el UNSCOP estaba al corriente del consenso palestino a la hora de rechazar la partición territorial y que el *Yishuv* constituía en torno a un tercio de la población y poseía entre un 6 y un 11 por 100 de la tierra, la falta de equilibrio volvió a estar presente

³ *Ibid.*

⁴ El representante guatemalteco, Jorge García-Granados, reconoció que: «Por mi parte, no tenía un especial conocimiento que pudiera llevar a mis colegas a pensar en mí como miembro del comité de investigación. Yo sabía muy poco sobre Palestina». Véase Jorge GARCÍA-GRANADOS: *The Birth of Israel: The Drama as I Saw It*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1948, p. 4.

en la propuesta mayoritaria, conocida como «plan de partición», pues recomendó la creación de un Estado judío en el 55 por 100 del territorio y otro árabe en el 44 por 100⁵. Además, se establecía la internacionalización de la zona de Jerusalén y la unión económica entre los dos Estados. Por su lado, el informe minoritario abogó por un único Estado federal y binacional con Jerusalén como capital. Respecto al derecho de autodeterminación (recogido en la Carta de la SdN y en la de la ONU), el UNSCOP reconoció en su informe que «el hogar nacional judío y el mandato *sui generis* de los británicos en Palestina habían sido contrarios a este principio»⁶. Además, el mismo plan de partición que la mayor parte del comité proponía vulneraba este derecho. En concreto, las decisiones tomadas por las Naciones Unidas sobre un territorio no autónomo que no tuviesen en cuenta la voluntad y los derechos de la mayoría de sus habitantes violaban los artículos 73 y 80 de la propia Carta de la ONU. De este modo, la propuesta quebrantaba el tratado constitutivo de la institución internacional⁷.

Con todo, tras pequeñas modificaciones realizadas por el denominado Comité *ad hoc* y después de diversas presiones diplomáticas⁸, el plan de partición fue aprobado finalmente el 29 de noviembre de 1947 en la resolución 181 (II) de la Asamblea General de la ONU⁹. Como el resto de las resoluciones emitidas por la Asamblea, la 181 (II) no tenía carácter vinculante, al contrario que las aprobadas por el Consejo de Seguridad. En este contexto, lo que más interesa para este estudio es que el plan de partición incluía la creación de una Comisión de Palestina encargada de «preparar y llevar a cabo la puesta en práctica» de dicho plan, tal y como sintetizó Pablo Azcárate en sus memorias¹⁰. Fijada la fecha de expiración del mandato británico de Palestina para el 15 de mayo de 1948, el Reino Unido debería entonces traspasar sus poderes a la Comisión, que aseguraría el periodo de transición hacia la independencia de

⁵ Walid KHALIDI: «Revisiting the UNGA Partition Resolution», *Journal of Palestine Studies*, vol. XXVII, 1 (1997), pp. 5-21.

⁶ UNOA, A/364, 3 de septiembre de 1947.

⁷ Alfonso IGLESIAS: *El proceso de paz en Palestina*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2000, p. 35.

⁸ UNOA, A/AC.21/10, 16 de febrero de 1948.

⁹ Véase el mapa del anexo.

¹⁰ Pablo DE AZCÁRATE: *Misión en Palestina: nacimiento del Estado de Israel*, Madrid, Tecnos, 1968, p. 12.

los dos Estados proyectados y organizaría la internacionalización de Jerusalén y su entorno en un *Corpus Separatum*.

La Comisión de Palestina inauguró la implicación personal de Pablo de Azcárate en este conflicto. A él se dedicaría como funcionario de las Naciones Unidas de 1948 a 1952. Sería su última etapa profesional antes de retirarse a Ginebra, donde fallecería en 1971. Antes de iniciar su larga trayectoria diplomática, Azcárate fue catedrático de Derecho administrativo en las universidades de Santiago y Granada, y diputado por el Partido Reformista en 1918. Tras ello entró a formar parte de la SdN en 1922, donde dirigió su Sección de Minorías y llegó a ser secretario general adjunto en 1934¹¹. Así, se convirtió en el español que más alto había llegado en una organización internacional en la historia. En septiembre de 1936 abandonó este cargo para aceptar el nombramiento del gobierno republicano como embajador en Londres¹². Después de la victoria franquista, el diplomático se encargó desde el exilio de la presidencia del Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE) a propuesta de Juan Negrín, con quien mantenía una gran amistad¹³.

A la altura de 1945, Azcárate había experimentado importantes fracasos relacionados con los principales objetivos en los que se había enmarcado su labor diplomática: el de la SdN, que no pudo evitar el desmoronamiento del régimen de seguridad colectiva y el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, o el de su embajada en Londres, mediante la que no pudo conseguir convencer a los británicos para que abandonasen su política de no intervención en la Guerra Civil española. Además, posteriormente, tuvo que ver

¹¹ Varios textos de Azcárate sobre este periodo fueron reunidos en Pablo DE AZCÁRATE: *Minorías nacionales y derechos humanos*, edición a cargo de Javier RUPÉREZ, Madrid, Congreso de los Diputados-Universidad Carlos III, 1998.

¹² La experiencia de Azcárate como embajador en Gran Bretaña ha sido la que ha recibido mayor atención entre los historiadores españoles. A sus propias memorias publicadas [Pablo DE AZCÁRATE: *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976 (2012)] cabe sumar el artículo de Enrique MORADIELLOS: «Una misión casi imposible: la embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la Guerra Civil (1936-1939)», *Historia contemporánea*, 15 (1996), pp. 125-146, e íd.: «La embajada en Gran Bretaña durante la guerra civil», en Ángel VIÑAS (coord.): *Al servicio de la República: diplomáticos y guerra civil*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores-Marcial Pons, 2010.

¹³ Pablo DE AZCÁRATE: *En defensa de la República. Con Negrín en el exilio*, edición a cargo de Ángel VIÑAS, Barcelona, Crítica, 2010.

cómo se desvanecieron las esperanzas de que los aliados pudiesen intervenir en España.

Con esta trayectoria, finalizada la Segunda Guerra Mundial, Azcárate encontró en la creación de la ONU posibilidades de desarrollar su trabajo en un contexto distinto al de Europa occidental y la política internacional respecto a España. Así, en 1946 se convirtió en funcionario de la recién creada institución internacional, al igual que otros antiguos miembros de la secretaría de la SdN. Tras ser su nombre barajado como posible secretario general de la ONU, finalmente fue designado como representante de esta organización en la cuestión de Palestina, dados sus amplios conocimientos y gran experiencia en el tema de las minorías y los conflictos étnico-nacionales. Durante los últimos cinco años de su carrera diplomática, entre 1948 y 1952, Azcárate desempeñó varios puestos en la ONU dedicados a Palestina: el primero de ellos, en la Comisión de Palestina. Más tarde, en un marco diferente y que no es objeto de este artículo, formaría parte de la Comisión Consular de Tregua y sería comisario municipal provisional de Jerusalén, ocuparía el cargo de representante del mediador ante la Liga Árabe y el gobierno egipcio, y, por último, entre 1949 y 1952, fue secretario principal de la Comisión para la Conciliación de Palestina.

Por todo ello no es de extrañar que a la figura de Pablo de Azcárate se le haya prestado una creciente atención en los últimos tiempos. Los estudios han sido dedicados preferentemente al periodo que podríamos denominar «en defensa de la República», los cuales coinciden en resaltar su experiencia, profesionalidad y alta talla diplomática. Sin embargo, sorprendentemente, no se puede encontrar ningún trabajo que analice la totalidad de su trayectoria diplomática ni su labor en la cuestión de Palestina, un conflicto que estuvo y sigue estando en el centro de la agenda política internacional.

Mediante este trabajo y a través de las memorias publicadas de Azcárate, del fondo que lleva su nombre en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, de documentos de la Organización de las Naciones Unidas y del Foreign Office de los Archivos Nacionales británicos, se pretende dar respuesta a por qué fracasó la primera *misión* de Azcárate en Palestina, la de la Comisión de Palestina. Una cuestión que está íntimamente relacionada con las causas del malogro del plan de partición, con los desequilibrios que

acogió la ONU, con la preponderancia sionista-israelí y con el posterior desarrollo del conflicto de Israel/Palestina.

Nombramiento y llegada de Pablo de Azcárate a Jerusalén

En diciembre de 1947, Azcárate recibió un telegrama de la Secretaría de las Naciones Unidas en el que se le preguntaba si estaría dispuesto a aceptar un puesto en la Comisión de Palestina. Después de consultárselo a personas de su confianza («en especial al Dr. Negrín», según sus mismas palabras) y sin que faltasen dudas ni reservas previas¹⁴, el diplomático español aceptó el cargo. Se convirtió así en el secretario general adjunto de la Comisión, siendo Ralph Bunche el secretario principal¹⁵. Sin embargo, fue Azcárate quien encabezó el grupo avanzado de la Comisión que iba a ser enviado a Jerusalén, en aras de preparar sobre el terreno las medidas necesarias para asegurar el traspaso de poderes a este órgano emanado de la resolución 181.

A comienzos de febrero de 1948, Azcárate asistió por primera vez a una reunión de la Comisión de Palestina, formada el mes anterior. El español, que había atesorado una gran experiencia en grupos de trabajo internacionales, pronto quedó decepcionado ante la labor de este organismo. En su diario reflejó la «mala impresión» que se llevó de una Comisión que le pareció marcada por el desorden y que «no tenía autoridad»¹⁶. No fue hasta dos semanas después cuando el grupo avanzado que él dirigía partió de Nueva York hacia Jerusalén. Estuvo formado por dos secretarías (una australiana, Miss Owen, y otra inglesa, Miss Tobin), un militar noruego (el coronel Roscher Lund), un economista de la India (el profesor Ghosh) y un consejero político y jurídico griego (Mr. Stavropoulos). Su proceso constitutivo y condiciones de llegada tampoco estuvieron exentos de problemas.

¹⁴ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España (en adelante AMAE), Archivo Particular de Pablo de Azcárate Flórez (APPAF), caja 12, carpeta 1, y caja 14, carpeta 4.

¹⁵ *Ibid.* Ralph Bunche fue un diplomático y politólogo estadounidense de origen afroamericano (1904-1971) que en 1950 llegó a ser la primera persona no blanca en recibir el Premio Nobel de la Paz. Este galardón le fue concedido, precisamente, por su labor como mediador de la ONU en el conflicto de Palestina.

¹⁶ AMAE, APPAF, 14/4, entrada del día 8 de febrero de 1948.

El grupo avanzado debía organizarse de acuerdo con las autoridades británicas. No obstante, Azcárate sabía que el Reino Unido era contrario a que la Comisión, o una parte de ella, recalasen en Palestina. El 6 de enero había escrito en su diario que «el mandato termina el 15 de mayo y el gobierno inglés se ha mostrado opuesto a que la Comisión aparezca en Palestina antes de esa fecha. Esto haría mucho más difícil [...] [el] trabajo»¹⁷. Tal postura se explicaba por el temor británico a que la llegada de representantes de la ONU enviados para hacer cumplir la partición encrespase todavía más a los palestinos y exacerbara la euforia de los judíos, colectivos que estaban inmersos en una guerra civil desencadenada tras la aprobación de la resolución 181¹⁸. Asimismo, aunque el apoyo estructural del Reino Unido a la creación de un Estado judío en Palestina fue fundamental, la actividad armada de las organizaciones paramilitares sionistas contra la potencia mandataria, la pretensión británica de mantener su influencia en la zona y sus intereses petrolíferos, hacían que su política, en los últimos tiempos del mandato, pudiese bascular hacia el lado árabe (que no hacía el palestino), el cual se oponía a la partición.

Para Londres no fue tarea complicada conseguir evitar el traslado de la Comisión entera a Palestina, pues a su oposición cabía sumar el deseo de la mayoría de los miembros del organismo de no salir de Nueva York¹⁹. No obstante, el grupo avanzado sí se establecería en Jerusalén, a lo que respondió la potencia mandataria con «una política de verdadera intimidación». Cuando sus miembros llegaron a la Ciudad Santa se les asignó un lugar de alojamiento y trabajo situado en la zona de máxima seguridad y frente al hotel King David²⁰. La libertad de movimientos estuvo severamente restringida a un perímetro rodeado de alambradas y puestos de ametralladoras. Los obstáculos para realizar las reunio-

¹⁷ *Ibid.*, 6 de enero de 1948.

¹⁸ A lo largo de este artículo se empleará «guerra civil» para hacer referencia al enfrentamiento entre las comunidades judía y palestina desde diciembre de 1947 hasta mediados de mayo de 1948, cuando se inició la primera guerra árabe-israelí de carácter interestatal. Esta denominación no sólo se utilizaba en los documentos oficiales británicos del periodo (como puede comprobarse en los Archivos Nacionales británicos), sino que también es empleada por numerosos historiadores y especialistas como Ilan Pappé, Benny Morris, Rashid Khalidi, etc.

¹⁹ Archivos Nacionales británicos (UKNA en sus siglas inglesas, antiguos Public Record Office), Foreign Office (FO), 371/68535, 4 de marzo de 1948.

²⁰ UKNA, FO, 371/68530.

nes, visitas y tareas necesarias para garantizar el cumplimiento del plan de partición fueron ingentes. Azcárate llegó incluso a calificar la situación en la que se encontraban de «régimen de campo de concentración»²¹. Además de esta realidad, en febrero de 1948 el gobierno franquista puso en marcha una campaña de descrédito contra el diplomático motivada por la posibilidad de que la influencia que pudiera desplegar Azcárate en los países árabes deteriorara las relaciones de la España franquista con éstos²².

Azcárate como enviado de la Comisión de Palestina a Jerusalén: una *misión imposible*

Las dificultades iniciales del grupo avanzado simbolizaban el preludio del fracaso de la Comisión de Palestina e, incluso, del mismo plan de partición. Ni Pablo de Azcárate ni sus colaboradores pudieron franquear los importantes escollos que impedían la consecución del fin para el cual habían sido destinados a Palestina: preparar sobre el terreno las medidas necesarias para el cumplimiento de la resolución 181. La política del Reino Unido, la desorganización que imperaba entre los miembros de la Comisión establecidos en Nueva York, la guerra civil desatada en Palestina, la ausencia de una fuerza armada internacional que asegurase la observancia del plan de partición y el rechazo más o menos explícito de éste por parte de las autoridades árabes de Palestina, la Liga Árabe, el rey Abdullah de Transjordania y el movimiento sionista, fueron los cinco elementos principales que hicieron del cometido de Azcárate una *misión imposible*. Se debe apuntar que estos factores se encontraban fuera del alcance del grupo avanzado de la Comisión de Palestina; es decir, las dinámicas que impulsaban que estos elementos obstaculizasen su labor o se opusiesen a su quehacer eran, en diferentes grados, mucho más poderosas y de largo alcance que su coyuntural capacidad de acción diplomático-administrativa.

²¹ AMAE, APPAF, 15/3. Véase Pablo de AZCÁRATE: *Misión en Palestina...*, p. 19.

²² Isidro GONZÁLEZ: «Pablo Azcárate, perseguido por Franco», *Historia* 16, 220 (1994), pp. 21-26. Sobre las relaciones entre la España de Franco y los países árabes en este periodo véase la obra de María Dolores ALGORA: *Las relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco. La ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995.

En primer lugar, cabe volver a hacer referencia a la actitud británica y a su postura respecto a la Comisión de Palestina y a la llegada de su grupo avanzado a Jerusalén. El rechazo británico a la presencia en Palestina de un organismo cuya finalidad fuese aplicar la partición se exteriorizó desde principios de diciembre, coincidiendo con el estallido de los primeros enfrentamientos civiles graves entre judíos y palestinos. El 12 de diciembre, en la Cámara de los Comunes, Ernest Bevin anunció que, dado que no se había llegado a un acuerdo entre los palestinos y el *Yishuv*, el gobierno de Su Majestad no participaría en la aplicación del plan. El mismo día, el temor de la potencia mandataria a que la llegada de una comisión de la ONU agudizase la violencia entre las dos comunidades fue expresado por Arthur Creech Jones, secretario británico de Colonias, quien declaró: «No sería conveniente que la Comisión llegase a Palestina si no es inmediatamente antes del término del Mandato [...] Gran parte del trabajo preliminar podría ser realizado fuera de Palestina»²³.

Todo ello, como se ha indicado, se tradujo en que, cuando finalmente la Comisión consiguió formarse, la potencia mandataria le impuso todo tipo de trabas para su desarrollo. A su llegada a Jerusalén, a la «política de intimidación» o a las enormes restricciones de movilidad cabía sumar otras circunstancias que dificultaban el éxito del grupo de Azcárate en su misión²⁴. Conforme avanzaban los primeros meses de 1948 se iba consolidando una partición *de facto* del territorio entre judíos y palestinos, como reiteró en innumerables ocasiones el diplomático español. A esta situación se llegaba totalmente al margen de las Naciones Unidas y de sus organismos, teniendo como uno de sus motores principales la limpieza étnica de cientos de miles de palestinos desde diciembre de 1947 y, especialmente, desde abril del año siguiente, con la puesta en práctica del Plan *Dalet*²⁵. Todo ello fue tanto causa como con-

²³ UKNA, FO, 371/68528-68529.

²⁴ AMAE, APPAF, 14/4.

²⁵ Probablemente, el origen de los refugiados palestinos ha sido el asunto más controvertido en la historiografía sobre el conflicto palestino-israelí. Desde 1948, dos versiones antagónicas han pugnado por explicarlo. Sintetizando al máximo, el relato oficial sionista/israelí ha argumentado que los palestinos huyeron de sus hogares a partir del 15 de mayo de 1948, iniciada la primera guerra árabe-israelí, porque así se lo requirieron los líderes de los países árabes vecinos o por voluntad propia. El relato palestino-árabe, por su parte, ha defendido que los palestinos que vivían en zonas que iban a formar o formaban parte del Estado de Israel fueron ex-

secuencia de que los poderes *de facto* de la potencia mandataria estuviesen gravemente deteriorados en sus últimos meses antes de abandonar Palestina. Tanto que el poder real que podía llegar a ser transmitido a la Comisión era muy reducido.

Con todo esto resulta más sencillo comprender que los británicos se desentendieran de numerosos aspectos de la vida pública y administrativa excepto si podía afectar a su propia seguridad. Al respecto, Pablo de Azcárate, que en aquellos momentos denunció en múltiples ocasiones que los británicos «dejan que los árabes y los judíos peleen mientras no estén interesados en evitarlo»²⁶, relató en una entrada de su diario un episodio con el cónsul belga que expone esta idea con nitidez:

«Todo el almuerzo se pasó, prácticamente, en el relato muy divertido que hizo el cónsul de sus dos viajes a Haifa y Tel Aviv [...] En el de Haifa los controles árabes; detención en un pueblo árabe, dificultades, registros, todo ello entre gentes armadas hasta los dientes y que les tenían siempre encañonados; les conducen a la casa del *Mufdar* (alcalde) donde todo se aclara y les invitan a café [...] Luego algo por el estilo en el viaje a Tel Aviv, pero con los controles judíos. ¡Y todo eso lo cuenta un cónsul en

pulsados por la fuerza o escaparon por el terror provocado por las masacres llevadas a cabo por las tropas sionistas. Según esta versión, la limpieza étnica de Palestina empezó meses antes de la primera guerra árabe-israelí basándose en un plan sistemático de «desplazamiento» y homogeneización de la población, algo inserto, de una manera u otra, en el pensamiento sionista mayoritario. Sobre este asunto consúltese Nur MASALHA: *La expulsión de los palestinos: el concepto de «transferencia» en el pensamiento político sionista, 1882-1948*, Madrid, Bósforo Libros, 2008 (1992). Con estas dos narrativas opuestas lidiando durante más de treinta años, en la década de 1980 se produjo un cambio importante cuando fondos de diversos archivos israelíes fueron desclasificados y determinadas circunstancias envolvieron al Estado judío. Varios historiadores israelíes (conocidos como «historiadores revisionistas» o «nuevos historiadores») cuestionaron entonces la versión oficial de su país y suscribieron la mayor parte del relato palestino, que ya había sido o estaba siendo documentado por autores como Walid Khalidi y Elías Sanbar. El debate generado ha sido muy significativo. Prácticamente toda la comunidad académica especialista en el tema (excepto círculos israelíes y algunos norteamericanos) ha aceptado que existió un proceso de expulsión sistemática de población palestina, pero el consenso es menor en torno a si esta limpieza étnica fue planificada o «consecuencia de la guerra», como sostiene Benny Morris. Shlomo Ben Ami, exministro israelí, diplomático e hispanista, suscribe las tesis de Ilan Pappé que mantienen que en 1948 hubo una limpieza étnica premeditada en Palestina. Véase Shlomo BEN AMI: *Cicatrices de guerra, heridas de paz*, Barcelona, Ediciones B, 2006.

²⁶ AMAE, APPAF, 14/4, 27 de marzo de 1948.

presencia del jefe de policía del gobierno [británico] que tenía la responsabilidad de mantener el orden en el país!, ¡y el jefe de policía lo toma todo a broma y participa en el tono divertido de la conversación, sin ocurrírsele siquiera que todo aquello era la más grave transgresión del orden que nominalmente él tenía la responsabilidad directa de mantener! Y lo que confirma ya de manera incuestionable hasta qué punto es nominal eso de que los ingleses mantenían aquí el orden es que el cónsul (y lo mismo hacen todos los demás) toma la cosa a broma y ni se le pasa por la cabeza hacer una reclamación a la autoridad responsable del orden»²⁷.

En definitiva, a su llegada a Jerusalén Azcárate se encontró ante una potencia mandataria que no sólo era opuesta a la presencia en Palestina de cualquier funcionario de las Naciones Unidas, sino que eludía tanto sus responsabilidades administrativas y de traspaso de poderes como de orden público. Así, el desempeño de su *misión en Palestina* se complicaba profundamente.

El segundo elemento fundamental que iba a impedir el logro de los objetivos de Pablo de Azcárate en su primer periodo en Palestina fue la desorganización e inmovilidad de la propia Comisión de Palestina establecida en Nueva York.

Tal y como se ha mencionado, desde los primeros momentos que tuvo contacto directo con la Comisión de Palestina, Azcárate se sintió decepcionado ante el funcionamiento desordenado y la actitud vacilante de sus miembros. Cuando se encontró intentando desarrollar la labor en Palestina su parecer no cambiaría, sino que se iba a reafirmar. La tarea prioritaria consistía, dado que su llegada a Jerusalén se produjo a poco más de dos meses de la expiración del mandato, en reclamar a Nueva York que pusiese en marcha las medidas más esenciales y urgentes. Para el diplomático, éstas pasaban, en primer lugar, por tratar de mantener el orden y la seguridad²⁸. Del mismo modo, había que adecuarse a una situación que avanzaba día a día con la guerra civil: la partición *de facto* del territorio practicada al margen de las Naciones Unidas. Igualmente, también era peren-

²⁷ *Ibid.*, 25 de marzo de 1948.

²⁸ La violencia había llegado a tal nivel de cotidianidad que Azcárate, a los pocos días de llegar a Jerusalén, escribía en su diario: «En medio de la conversación [con el diplomático británico Mr. Mills] se oyó una tremenda explosión que hizo retemblar todo el edificio y los cristales. Seguimos los dos nuestra conversación sin dar el menor signo de nada. Luego resultó que fue la voladura de una parte del edificio de la Agencia Judía» (*ibid.*, 11 de marzo de 1948).

torio asegurar el funcionamiento de los servicios públicos básicos y que no se colapsase la estructura administrativa. Sin embargo, el diplomático se lamentaba de los debates eternos en los que se enmarañaba la Comisión y de su incapacidad para tomar decisiones y ponerlas en práctica. Al respecto, después de haber transcurrido más de un mes en Jerusalén, Azcárate escribió: «Estoy también preocupado con la estupidez de la Comisión [...] lo que hace es entorpecer la aceptación de la tregua [...] y hacer el ridículo»²⁹.

De esta manera, las medidas concretas contenidas en las numerosas comunicaciones del grupo avanzado a la Comisión no fueron atendidas³⁰. La Comisión, lastrada por la desorganización y la pasividad, no sólo no adecuó su actuación a que la partición era un hecho antes del abandono británico de Palestina, sino que su actuación para detener la violencia fue insuficiente. Sólo el fin de las hostilidades podía, según Azcárate, ser el primer paso para conseguir un acuerdo entre las partes con la intervención de las Naciones Unidas.

Y es que la guerra civil no oficial entre judíos y palestinos (tanto en sí misma como debido a que condicionaba la actuación de otros agentes como la misma Gran Bretaña y la Comisión de Palestina) era, por motivos obvios, el tercer elemento que frustró el éxito de la *misión* que había sido encomendada a Pablo de Azcárate. Además de los impedimentos británicos (que, según escribió Azcárate en su diario, «escandalizaron» al cónsul francés en Jerusalén)³¹, el contexto bélico y los problemas de seguridad hicieron que la realización de las labores básicas de acercamiento a las autoridades y diplomáticos, de reuniones o de visita a lugares afectados fuesen, habitualmente, algo inviable. En tales circunstancias, la Comisión reclamó al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el envío a Palestina (y especialmente a Jerusalén) de un cuerpo armado neutral e internacional que contuviese los combates³². Sin embargo, esta fuerza nunca se organizó para que interviniese en la Palestina anterior a la retirada británica. En el Consejo de Seguridad, Washington se opuso frontalmente a su formación, pues incorporaría tropas procedentes del bloque soviético. Evitar la penetración o in-

²⁹ AMAE, APPAF, 14/4, 11 de abril de 1948.

³⁰ UKNA, FO, 371/68542, 10 de abril de 1948.

³¹ AMAE, APPAF, 14/4, 26 de marzo de 1948.

³² UKNA, FO, 371/68530.

fluencia de Stalin en la zona era ya una preocupación que estaba en la agenda de Estados Unidos, algo compartido, aunque en menor medida, con el Reino Unido. Para disuadir al Consejo de Seguridad de enviar un cuerpo armado a Palestina, la administración Truman advirtió que la presencia de esta fuerza supondría una amenaza todavía mayor para la futura paz en Oriente Próximo³³. Asimismo, sostuvo que no se disponía de tiempo suficiente para organizarla ante la velocidad de los acontecimientos. De este modo, sólo tras el fin del mandato y el inicio de la primera guerra árabe-israelí se crearía un cuerpo de observadores no armados que vigilarían el cumplimiento de las treguas, constituyendo la primera experiencia de *peacekeeping* de la historia de la ONU.

En último lugar, cabe hacer referencia a la oposición, manifiesta o implícita, y de un modo u otro, a lo establecido en la resolución 181 por parte de los actores regionales; es decir, las autoridades palestinas, el movimiento sionista, los líderes de los países árabes y el rey Abdullah de Transjordania.

Para introducir la cuestión cabe indicar que el día a día de las relaciones del diplomático español en su etapa inicial en Palestina se vio limitado, en primer lugar, a un círculo de diplomáticos y, en segundo término, a autoridades del mandato y personalidades del sionismo hegemónico, es decir, del sionismo socialista³⁴. Antes de llegar a Palestina, Azcárate sabía que la tarea de su grupo iba a ser recibida con gran entusiasmo por la mayoría del *Yishuv* y que iba a

³³ UKNA, FO, 371/68534.

³⁴ Así lo demuestran los diarios, epístolas, informes y demás documentación de las cajas 12, 13 y 14 del APPAF del AMAE. En resumen, el sionismo socialista (también llamado «socialsionismo») era la corriente mayoritaria del movimiento sionista, cuya máxima figura fue David Ben Gurion. Organizado desde 1930 en torno al partido *Mapai*, controló el *Yishuv* y su órgano ejecutivo, la Agencia Judía, además del principal sindicato (*Histadrut*) y la mayor organización paramilitar sionista, *Haganah*. El sionismo socialista fue la fuerza política hegemónica en el Estado de Israel hasta 1977, cuando *Likud* ganó las elecciones por primera vez. Por su parte, *Likud* fue heredero de *Herat*, partido que reunía a la corriente minoritaria revisionista (ultranacionalismo derechista) fundada por Vladimir Jabotinsky. Su organización paramilitar era *Irgún*, del cual se escindió en 1940 *Lehi* o *banda de Stern*. Para la trayectoria política del sionismo véase, por ejemplo, Baruch KIMMERLING: *The Invention and Decline of Israeliness: State, Society, and the Military*, Berkeley-Londres, University of California Press, 2001, o la más reciente y traducida al castellano de Arno J. MAYER: *El arado y la espada: del sionismo al Estado de Israel*, Barcelona, Península, 2010.

ser ignorada por los palestinos. Mientras el Comité Superior Árabe soslayó toda oportunidad de contactar oficial o personalmente con la Comisión, los organismos y personalidades judeo-sionistas preponderantes brindaron al grupo avanzado una cordial recepción. Apenas llegado a Jerusalén, la Agencia Judía le asignó al director del grupo avanzado de la Comisión de Palestina dos agentes de enlace, que explicaron las perspectivas sionistas sobre todos los aspectos del conflicto y realizaron múltiples propuestas para el establecimiento del Estado judío³⁵.

La actitud de los líderes palestinos y la de los sionistas predominantes frente a la resolución 181, la Comisión de Palestina y el grupo avanzado fueron muy distintas. En lo referente a la parte palestina, su rechazo a que un «órgano extranjero» (según sus palabras) decidiese sobre el futuro del territorio del mandato ya se había manifestado desde tiempo atrás. Concretamente, respecto al comité de la ONU que recomendó la partición de Palestina, el UNSCOP, el Comité Superior Árabe ya había comunicado que lo boicotearía el 13 de junio de 1947, dos días antes de su llegada a Palestina³⁶. El Comité Superior argumentó que los derechos naturales de los árabes de Palestina tenían que ser reconocidos sobre la base de los principios de la Carta de las Naciones Unidas, debiéndose proceder a la independencia de un único Estado democrático en Palestina cuando finalizase el mandato británico³⁷.

Las declaraciones palestinas contra las propuestas de un comité internacional se repitieron —aunque con escasa frecuencia en comparación con las cuantiosas comunicaciones sionistas— en los meses siguientes. Por citar un ejemplo, a finales de septiembre de 1947 el representante internacional del Comité Superior declaró que:

³⁵ La necesidad de una política de «máxima cooperación» con la Comisión que se crease para aplicar el plan de partición ya se difundía entre la diplomacia y las autoridades sionistas antes de la creación de la propia Comisión. Por su lado, los dos agentes de enlace fueron Walter Eytan, portavoz de la Agencia Judía y más tarde embajador de Israel en Francia, y el militar Vivyan Hertzog, miembro del Departamento Político de la Agencia Judía que en 1967 dirigiría las tropas israelíes que ocuparon la Ciudad Vieja de Jerusalén. Véase AMAE, APPAF, 14/4, 22 y 23 de abril de 1948.

³⁶ UNOA, A/AC.13/NC/16, 13 de junio de 1947.

³⁷ *Palestine Post*, 13 de junio de 1947, p. 3, y UNOA, A/AC.13/SR.7, 23 de junio de 1947.

«Era obvio el deber sagrado de los árabes de Palestina de defender su país contra toda agresión, incluyendo la agresiva campaña emprendida por los sionistas con el objeto de asegurarse por la fuerza un país, Palestina, que no era suyo por derecho. La “raison d’être” de las Naciones Unidas era ayudar a la legítima defensa contra la agresión. Los derechos y patrimonio de los árabes en Palestina habían sido objeto de no menos de dieciocho investigaciones en los últimos veinticinco años, y todo fue inútil. Las comisiones de investigación habían reducido los derechos nacionales y jurídicos de los árabes de Palestina o los habían pasado por alto. Las pocas recomendaciones favorables a los árabes habían sido ignoradas por la potencia mandataria. Por éstas y por otras razones ya comunicadas a las Naciones Unidas no fue sorprendente que el Comité Superior Árabe [...] se negara a comparecer ante el UNSCOP»³⁸.

Con la aprobación del plan de partición y la llegada del periodo en el que participó Azcárate, el boicot del Comité Superior a la Comisión de Palestina fue prácticamente total: no se tramitarían comunicaciones ni se realizarían audiencias de representantes³⁹. El diplomático español no tuvo contacto con casi ninguna personalidad del mundo árabe-palestino en estos meses, además de que los preparativos necesarios para el establecimiento de un Estado árabe en el 44 por 100 de Palestina no se llevaron a cabo.

Frente a la actitud del Comité Superior Árabe, los sionistas desarrollaron un amplio abanico de acciones encaminadas a ganarse el favor de las Naciones Unidas, defender el derecho judío a Palestina y preparar el establecimiento de su Estado independiente. Sin embargo, como después se examinará, esto estaba basado en una «estrategia del primer paso» para asegurarse la formación de un Estado judío, cuando su objetivo último era conseguir extenderse por el máximo territorio posible con el mínimo de población no judía, intentando imposibilitar la existencia de un Estado árabe y de un régimen internacional para la zona de Jerusalén. De este modo, en el fondo también rechazaban lo que comportaba la *misión* de Pablo de Azcárate y su grupo, a excepción de lo que concernía a la creación del Estado judío.

³⁸ «Viewpoint of the Arab Higher Committee», en *C. Initial Statements of Parties Immediately Concerned. 9. The Question of Palestine. Yearbook of the United Nations, 1947-1948*, Nueva York, Public Information Department, UNO.

³⁹ Algo anticipado por el Foreign Office británico (UKNA, FO, 371/68528, 10 de enero de 1948).

Desde los días del UNSCOP en la primavera y el verano de 1947, las comunicaciones y reuniones entre los comités de las Naciones Unidas, por un lado, y los distintos organismos judíos, por otro, se sucedieron prácticamente varias veces por semana. La mayor parte de las alegaciones sionistas contenían un relato similar: la unión histórica entre el pueblo judío y Palestina; la continuada persecución de los primeros, que había tenido su paroxismo con el holocausto y cuyo único refugio podía ser aquella tierra; el que Palestina era una «tierra baldía» por el abandono y desapego de los «árabes» hacia ella —mientras que, por su lado, los judíos la habían redimido y transformado recientemente en un lugar de gran prosperidad—; el respeto e intento de diálogo con los organismos internacionales; el coordinado y eficaz sistema preestatal del *Yishuv*, etc.

De este modo, ya desde antes del 29 de noviembre de 1947 «la directiva sionista actuó con comodidad y confianza y se apresuró a iniciar un diálogo bilateral con la ONU para diseñar un plan para el futuro de Palestina»⁴⁰. Los sionistas habían llegado a solicitar al UNSCOP que les asignase más del 80 por 100 del territorio del mandato. Incluso dirigentes del movimiento habían declarado cinco años antes en una convención en Estados Unidos (conocida como «conferencia de Biltmore») que no se conformarían con menos de la totalidad del mandato, permitiendo únicamente la presencia, a lo sumo, de un reducidísimo número de palestinos⁴¹. Aunque el mapa de la resolución 181 estaba lejos de satisfacerles y Ben-Gurion y sus allegados declararon en privado que «el plan de la ONU era letra muerta el mismo día que se aceptó» (excepto las cláusulas que reconocían la legalidad del Estado judío en Palestina), comprendieron que era fundamental aprovecharse del boicot árabe y palestino, por lo que su conducta respecto a la ONU sería cordial y de continuo contacto. En definitiva, para los sionistas, la demarcación de las fronteras seguiría siendo una cuestión abierta «que se determinará por la fuerza y no por la resolución de partición», según afirmó Ben-Gurion. El 6 de febrero de

⁴⁰ Ilan PAPPÉ: *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona, Crítica, 2008 (2006), p. 58.

⁴¹ Spencer C. TUCKER y Priscilla M. ROBERTS (eds.): *The Encyclopedia of the Arab-Israeli Conflict: A Political, Social, and Military History*, vol. I, Santa Bárbara, ABC-CLIO, 2008, p. 220, e Ilan PAPPÉ: *Historia de la Palestina moderna...*, p. 176.

1948, el futuro primer ministro israelí escribió en su diario: «La guerra nos dará la tierra. Los conceptos de “nuestros” o “no nuestros” son conceptos de paz solamente, y en la guerra pierden todo su significado»⁴². Por el momento, como se ha mencionado, lo importante era el reconocimiento internacional de que los judíos tuviesen un Estado propio en Palestina. En este escenario, Azcárate convivió con la actitud sionista de accesibilidad y amabilidad como funcionario de las Naciones Unidas en Palestina. Sin embargo, era extremadamente complicado que pudiese estar al corriente de unos planes secretos sionistas que se ocultaban fuera de las reuniones del ejecutivo de la Agencia Judía o de la correspondencia entre los líderes del movimiento.

Por su lado, el sionismo derechista, denominado desde la década de 1920 «revisionista», rechazó cualquier solución al conflicto que no contemplase la soberanía judía en la totalidad de *Eretz Israel*. Después de aprobarse la partición en la Asamblea General de la ONU, Menachem Begin, líder del *Irgún* (la organización paramilitar del sionismo revisionista) y posteriormente primer ministro israelí, declaró: «El plan de partición no es un plan para la paz, la renuncia territorial que implica no tiene validez legal. El establecimiento de este “ghetto” en nuestra patria sólo podrá llevarse a cabo en medio de llamas de fuego y ríos de sangre»⁴³.

Por último, la posición de los países árabes de alrededor también merece ser recogida. Aglutinados en torno a la Liga Árabe, pero desgarrados por diversas pugnas políticas y rencillas personales, sus actitudes respecto a lo que estaba ocurriendo en Palestina eran públicamente unánimes a la hora de condenar el sionismo y rechazar la partición. No obstante, sus intenciones en privado, como recogió Pablo de Azcárate, podían diferir de esto. En el caso de Egipto, donde se encontraba la sede de la organización panárabe y el Reino Unido tenía una importante influencia, el diplomático español destacaba:

⁴² Citado por Benny MORRIS: *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 360.

⁴³ Menachem BEGIN: *The Revolt*, Jerusalem, Steimatzky, 1990 (1951), p. 334. En esta misma obra, Begin relata el encuentro que tuvo en el verano de 1947 con dos miembros latinoamericanos del UNSCOP (el guatemalteco García-Granados y el uruguayo Fabregat), a quienes consideró «amigos naturales de nuestra causa» (pp. 304-307).

«El cónsul belga me dijo que el de Egipto le había dicho la noche antes que ellos no eran opuestos a la partición en principio, pero que las fronteras en el plan de la Asamblea no podían ser aceptadas porque eran demasiado desfavorables para los árabes. Hacía notar que era la primera vez que una figura responsable en el campo árabe declaraba abiertamente la aceptación de la partición»⁴⁴.

Respecto a Siria, por ejemplo, Azcárate recogió en su diario: «En Siria los árabes responsables, cuando hablan en privado, dan por hecho que habrá un Estado judío, pero lo que les preocupaba no era el Estado judío, sino quién, entre los bandos y facciones árabes, va a controlar el Estado árabe»⁴⁵. Por su parte, el Líbano estaba controlado por la comunidad cristiana maronita, que dominaba el poder político y militar y tenía una dilatada trayectoria de connivencia con el sionismo⁴⁶. En palabras de Azcárate: «La población cristiana del Líbano estaba muy interesada en ella [refiriéndose a la partición] porque así tendría una frontera con un país no musulmán»⁴⁷.

Por otro lado, el vecino rey Abdullah de Transjordania, principal aliado británico de la región, realizó un doble pacto anterior al desencadenamiento de la primera guerra árabe-israelí. En primer lugar, convino un acuerdo con emisarios de la Agencia Judía, como Moshe Sharett o Golda Meir. Según este pacto, Transjordania se anexionaría el territorio al oeste del Jordán perteneciente al proyectado Estado árabe. A cambio, la Legión Árabe (ejército creado por Abdullah pero entrenado y subvencionado por los británicos, que constituía la fuerza militar mejor preparada del mundo árabe) no debía sobrepasar las líneas territoriales del futuro Estado judío diseñado por la partición cuando llegase la guerra⁴⁸. Asimismo, los

⁴⁴ AMAE, APPAF, 14/4, 16 de marzo de 1948.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Eugene L. ROGAN y Avi SHLAIM (eds.): *The War for Palestine. Rewriting the History of 1948*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. xviii y 204-227.

⁴⁷ AMAE, APPAF, 14/4, 16 de marzo de 1948.

⁴⁸ Las desavenencias entre los líderes árabes (especialmente la enemistad entre el Mufti Haj Amin al-Husseini, presidente del Comité Superior Árabe, y el rey Abdullah de Transjordania) eran perfectamente conocidas por la Agencia Judía. Para entender el pacto sionista con Abdullah cabe tener en cuenta la hostilidad entre éste y el Mufti, la alianza anglo-transjordana o la potencia militar de la Legión Árabe.

británicos también acordaron que Transjordania se haría cargo de las áreas asignadas al Estado árabe de Palestina, pues pensaban que así podrían mantener mayor influencia en la región. De esta forma, tanto el rey Abdullah como el Foreign Office de Ernest Bevin operaron en secreto contribuyendo al aborto de un Estado palestino⁴⁹.

El final de la Comisión de Palestina

Como se ha podido comprobar, los obstáculos que impidieron que Pablo de Azcárate pudiese cumplir su *misión* y que la resolución 181 pudiese ser aplicada conforme lo establecido por la Asamblea General de la ONU fueron enormes. Consciente de la mayor parte de ellos, el diplomático español pensó en dimitir de su cargo y recomendó la disolución inmediata del grupo avanzado desde la segunda semana de abril de 1948⁵⁰. Además de por su inoperatividad y otros factores citados, esta petición venía originada por la propuesta estadounidense del día 5 de abril. En efecto, ante la gravedad de la situación, el representante norteamericano en el Consejo de Seguridad, Warren Austin, defendió la convocatoria de una sesión especial de la Asamblea General, la cual propondría el establecimiento de un mandato temporal confiado a la ONU. Éste funcionaría hasta que «las comunidades árabe y judía de Palestina se pusieran de acuerdo sobre el gobierno futuro de su país» y buscaría la concertación de una tregua entre las partes⁵¹.

Sin embargo, para Azcárate estas propuestas estaban «condenadas al fracaso», pues los sionistas las rechazaron y los líderes árabes

⁴⁹ En los fondos del Foreign Office de los Archivos Nacionales británicos correspondientes a 1948 hay múltiples documentos que lo demuestran. Por ejemplo, es revelador cómo el día 9 de mayo de ese año, a menos de una semana de la retirada británica de Palestina y del desencadenamiento de la primera guerra árabe-israelí, el Foreign Office daba su visto bueno para que Brigadier Glubb (comandante de la Legión Árabe Transjordana) contactase con la *Haganah* para «coordinar sus respectivos planes militares para “evitar enfrentamientos” [entre las tropas judías y las de la Legión Árabe], pero al mismo tiempo evitando que pareciese que se traicionaba la causa árabe» (UKNA, FO, 371/68552). Véase también Avi SHLAIM: *Col-lusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Oxford, Clarendon Press, 1988, pp. 110 y ss., esp. p. 139.

⁵⁰ AMAE, APPAF, 14/4, 11 y 22 de abril de 1948.

⁵¹ UKNA, FO, 371/68541-68550.

«se encogieron de hombros»⁵². A pesar de todo, el 16 de abril se inauguró la sesión especial de la Asamblea en Nueva York. En este marco se reunió el Consejo de Seguridad, que con su resolución 46 instó a una tregua entre las partes y con la 48 creó la Comisión Consular de Tregua, cuyo objetivo era la interrupción de los combates⁵³. Pablo de Azcárate sería nombrado su secretario, puesto cuyo desempeño iniciaría en Palestina a partir de la segunda semana de mayo. Todos estos elementos reafirmaron la opinión del diplomático de que el grupo avanzado de la Comisión de Palestina era una instancia obsoleta que carecía de sentido. Y efectivamente, la Asamblea concluyó que no sólo la existencia del grupo avanzado no tenía sentido, sino la misma Comisión. A pesar de que sus miembros asentados en Nueva York habían preparado un informe en el que explicaban los factores que habían impedido la puesta en práctica de la resolución 181, el organismo de la ONU decidió que su labor había terminado. En lo que respecta a Pablo de Azcárate, volvería a la Ciudad Santa el 9 de mayo, después de haber viajado a Nueva York. Entonces comenzaría su nueva etapa en Oriente Próximo como secretario de la Comisión Consular de Tregua y como comisario municipal provisional de Jerusalén, en lo que puede considerarse su segunda *misión* en Palestina y que vendría marcada por el fin del mandato británico, el establecimiento del Estado de Israel (y la fecha simbólica de la *Nakba* palestina) o el inicio de la primera guerra árabe-israelí.

De esta forma, la resolución 181 de la Asamblea General de la ONU no se pudo cumplir. El 14 de mayo de 1948 el Estado de Israel fue proclamado y los países árabes vecinos le declararon la guerra. El desenlace de la primera guerra árabe-israelí dejaría un mapa en Palestina que tenía más que ver con el pacto entre sionistas y Abdullah que con el que la partición de la ONU había previsto. Jerusalén no fue internacionalizada, Transjordania se anexionó Cisjordania y Egipto (a cambio de la aceptación de la conquista israelí del Néguev, resultado de la violación de la tregua vigente hasta el 15 de octubre de 1948 y que fue permitida por el Consejo de Seguridad) pasó a administrar Gaza. El Estado de Israel conquistó un 23 por

⁵² AMAE, APPAF, 14/4, 23 de marzo de 1948. Véase Pablo DE AZCÁRATE: *Misión en Palestina...*, p. 35.

⁵³ UNOA, S/RES/46, 17 de abril de 1948, y UNOA, S/RES/48, 23 de abril de 1948.

100 más de Palestina, que según la partición había sido asignado a un Estado palestino todavía inexistente en la actualidad.

Conclusiones

A lo largo de este artículo se ha intentado responder a cuáles fueron las razones del fracaso de la Comisión de Palestina, encargada de poner en práctica el plan de partición y cuyo secretario general adjunto y director del grupo avanzado enviado a Jerusalén fue Pablo de Azcárate. La imposibilidad de que la Comisión de Palestina llevase a cabo su cometido fue sinónimo de que el plan de partición no se convirtiese en una realidad. La falta de éxito en la tarea encomendada a la Comisión, primer organismo de las Naciones Unidas dedicado a Palestina en el que Azcárate participó, fue resultado de una combinación de factores internacionales de gran alcance.

Cabe señalar que, a pesar de que la ONU conocía el rechazo palestino a los principios articuladores del proyecto de partición, éste fue presentado no como una base de negociación, sino como un hecho consumado. A partir de aquí, el fracaso de la Comisión de Palestina hay que situarlo, primeramente, en la actitud del Reino Unido. Además de haber intentado obstaculizar la presencia en Palestina de todo lo que tuviera relación con las Naciones Unidas y, en especial, con la Comisión, Londres se desentendió de sus deberes como potencia mandataria y no colaboró en el traspaso de poderes al organismo internacional. En segundo término, el fiasco de la primera *misión* de Azcárate en Palestina se debió a la desorganización, inacción y falta de adecuación a las circunstancias que imperaban entre los miembros de la Comisión establecidos en Nueva York. En tercer lugar, por la misma guerra civil que había estallado entre el *Yishuv* y los palestinos tras la aprobación del plan de partición de la ONU. En cuarto término, por la ausencia de una fuerza armada internacional que pudiese hacerse cargo del cumplimiento de la resolución de la Asamblea General. En quinto lugar, por la misma postura de los actores directamente en conflicto, a pesar de que Estados Unidos y la Unión Soviética votaron a favor de la partición. Por un lado, debido a unos líderes palestinos (y de la Liga Árabe) que ya se habían opuesto a la resolución 181 (y anteriormente al UNSCOP). Mención aparte merece

el rey Abdullah de Transjordania, que había firmado un pacto con la Agencia Judía para anexionarse el territorio al oeste del Jordán, donde, en teoría, se iba a establecer el Estado árabe palestino. Por último, por el sionismo hegemónico, que manejó a la perfección su táctica de aceptar la partición como un primer paso, adoptando una posición de cordialidad y contacto continuo con la Comisión, pero teniendo como propósito último extender las fronteras del Estado judío lo más lejos posible y con la mayor homogeneidad de población, sin permitir la internacionalización de Jerusalén. No fue casual que transcurrido 1948 el mapa de Palestina respondiese más al acuerdo entre la Agencia Judía y Abdullah que al plan de partición de la ONU. La creación del Estado judío fue el único elemento de la resolución 181 que se convirtió en realidad. El gran vencedor de este periodo fue el sionismo, que lo considera un capítulo histórico triunfal en el que se realizó un sueño asociado a la justicia y a la integridad moral. Para los palestinos, por el contrario, representa la *Nakba*, el desastre o la catástrofe que supuso la destrucción de la Palestina árabe, el desmembramiento de su país y su propio desarraigo⁵⁴.

En lo que respecta a Azcárate, el diplomático tuvo dudas acerca de si aceptar el puesto de secretario general adjunto y director del grupo avanzado de la Comisión de Palestina. Aun así, no fue plenamente consciente de las enormes dificultades que entrañaba el cargo hasta que no pisó Jerusalén. Durante el mes posterior a su llegada, en abril de 1948, estuvo cerca de dimitir. Aunque intentó por todos los medios a su disposición mejorar la situación y cumplir con la labor que le había sido encargada, los agentes que marcaron la frustración de la Comisión de Palestina y de su *misión* en Jerusalén estaban totalmente fuera de su alcance. De este modo, también su primera empresa en Palestina fue una *misión imposible* o, al menos, *casi imposible*, tal y como (salvando las distancias) denominó Enrique Moradiellos la embajada del diplomático español en Londres durante la Guerra Civil española. Puede sorprender que Azcárate aceptase este cometido (e incluso los posteriores) dado el panorama tan sombrío y la situación tan convulsa en Palestina. No obstante, se trataba de una manera de volver a entrar en el ámbito internacional y poder desenvolverse como un actor significativo,

⁵⁴ Nur MASALHA: *The Palestine Nakba: Decolonising History, Narrating the Subaltern and Reclaiming Memory*, Londres-Nueva York, Zed Books, 2012.

además de que en la esfera personal era un momento oportuno⁵⁵. Asimismo, la cuestión de Palestina era el primer conflicto grave que la ONU afrontaba en toda su amplitud y se encontraba en el centro de la agenda política internacional. A pesar de todo ello, en definitiva, Azcárate volvió a experimentar un fracaso profesional en la primera parte de su última etapa diplomática como funcionario internacional de las Naciones Unidas.

Igualmente, cabe indicar que la ONU no pretendió que la Comisión viese frustrado su cometido, pues su reputación estaba en juego. Como escribió Azcárate sobre una conversación que mantuvo a principios de 1948 con Trygve H. Lie, el secretario general de la organización:

«[Mr. Lie] subrayó con gran énfasis la inmensa importancia que le atribuye a que se ejecute el plan de división de Palestina, y ello no sólo por lo que él puede contribuir a la pacificación futura de esa parte del mundo, sino por lo que contribuiría a fortalecer y consolidar el prestigio y la autoridad moral de las Naciones Unidas»⁵⁶.

El conflicto de Palestina era un problema de gran complejidad en el que intervenían diversos actores e intereses internacionales y que se retrotraía a varias décadas atrás, cuando el movimiento sionista inició su proceso de colonización de Palestina. El Reino Unido, desde su autoridad mandataria a partir de la década de 1920, no pudo resolverlo en casi treinta años de administración del territorio. Era difícil que una cuestión con características como éstas y cuya pugna se libraba en 1948 entre las calles de Palestina y los salones de Londres, Nueva York, Washington, Moscú y varias capitales de Oriente Próximo, pudiese ser resuelta por la recién creada institución internacional en el primer año en el que intervino. Sin embargo, no se debe dejar de lado que las concepciones y los desequilibrios iniciales que patrocinó la ONU en estos momentos también lastraron la resolución del conflicto y marcaron su perpetuación.

⁵⁵ AMAE, APPAF, 12/1/5, 8 de enero de 1948.

⁵⁶ *Ibid.*, 6 de enero de 1948.

Plan de partición contenido en la resolución 181 (II) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, 29 de noviembre de 1947



Fuente: UN, map 3067, rev. 1, abril de 1983. Disponible en www.cinu.org.mx/temas/palestina/imagenes/mapas/planpartc1983.gif, consultado el 27 de marzo de 2013.

*El ocaso de la defensa británica durante la Guerra Fría**

Guillem Colom Piella

Universidad Pablo de Olavide

Resumen: El artículo estudia la política de la defensa británica durante la Guerra Fría. El estudio de las cuatro revisiones de la defensa que el país realizó durante este periodo —en 1957, 1966-1968, 1975-1976 y 1981— permite poner de manifiesto cómo la defensa británica se caracterizó por la pérdida de autonomía estratégica, la regionalización del ámbito de actuación, la atlantización del planeamiento militar y la incapacidad de equilibrar los objetivos de defensa nacional y los medios para satisfacerlos.

Palabras clave: Guerra Fría, política de defensa, Reino Unido, alianza atlántica, revisiones de la defensa.

Abstract: This article examines the defence policy of the United Kingdom during the Cold War. Analysis of the government's four defence reviews during this period (in 1957, 1966-1968, 1975-1976, and 1981) sheds light on how British defence policy was characterized by a loss of strategic autonomy, a regionalization of its aim and scope, an increasingly Atlantic-centred focus in military planning, and an inability to balance the ends and means of national defence.

Keywords: Cold War, defence policy, United Kingdom, NATO, defence reviews.

* Agradezco los comentarios de los evaluadores anónimos. Sus notas acerca del movimiento pacifista, la modernización del arsenal atómico y el impacto de la Guerra de las Malvinas en la política doméstica británica han sido de gran ayuda para mejorar el trabajo final.

Introducción

Entre 1945 y 1989, el Reino Unido realizó grandes cambios en su esfera doméstica y política internacional para adaptarse a un mundo en constante evolución. En materia de seguridad y defensa, el país que antaño fuera uno de los polos del poder global, una potencia hegemónica en el concierto europeo y uno de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, se vio obligado a redefinir su arquitectura defensiva tras el desplome de su imperio, la consolidación de la Guerra Fría y la fragilidad de su economía. Estos factores mediaron para que Londres limitara su nivel de ambición y lo circunscribiera a la región euroatlántica, orientara su planeamiento de defensa hacia su contribución a la Alianza Atlántica y redujera progresivamente la entidad de sus fuerzas armadas.

Entendiendo que la política de defensa es la dimensión de la seguridad nacional encargada de establecer los fines, determinar los objetivos y proporcionar los medios necesarios para la defensa del país, el artículo analizará la evolución que experimentó la defensa británica durante la Guerra Fría. Para ello, tras una breve exposición de la concepción estratégica inglesa en la inmediata posguerra mundial, se estudiarán las cuatro revisiones —realizadas en 1957, 1966-1968, 1975-1976 y 1981— que Londres realizó durante este periodo para adaptar la defensa nacional y la organización militar al cambiante escenario doméstico e internacional¹.

Tramitadas como *Statement on the Defence Estimates* (caso de los trabajos de 1966-1968 y 1975-1976)², revisiones *ad hoc* de la po-

¹ Conviene explicar que tres de estas cuatro revisiones no se presentaron formalmente como tales para evitar connotaciones negativas. Y es que, en la tradición estratégica británica, el término *revisión* se ha utilizado en múltiples ocasiones como eufemismo para acometer reducciones en los objetivos, entidad o capacidades de las fuerzas armadas. En consecuencia, con independencia de su forma de tramitación o justificación empleada para su elaboración, se utiliza el concepto de *revisión* para definir cualquier documento que proponga un cambio sustancial en la política de defensa británica. Asumiendo esta idea, tanto la comunidad académica como la clase política convienen en considerar que durante la Guerra Fría se realizaron cuatro revisiones de la defensa.

² Los *Statement on the Defence Estimates* son documentos que el ejecutivo puede tramitar con carácter extraordinario para complementar, profundizar o revisar las provisiones contenidas en el *Statement on Defence Policy*, presentado anualmente por el Gobierno ante el Parlamento para exponer la situación de la

lítica de defensa (1957) o evaluaciones de la programación militar (1981), estos documentos popularmente conocidos por el titular de defensa que los elaboró no sólo trazan las líneas maestras de la defensa nacional y establecen los ejes del planeamiento militar; sino que también revelan los condicionantes estratégicos y las percepciones políticas del entorno de seguridad, los intereses y las prioridades del gobierno o las hipótesis y supuestos que fundamentan los planes de defensa.

Condicionadas por la evolución económica, política y estratégica británica, cada una de estas revisiones pretendía cerrar la brecha que se iba generando entre los objetivos de defensa nacional y los recursos para alcanzarlos. No obstante, al fundamentarse en planteamientos excesivamente optimistas sobre el escenario presupuestario, el entorno estratégico, el logro de los compromisos o los avances tecnológicos, la implementación de estos trabajos provocaba un nuevo desajuste que, cuando se tornaba insostenible, requería iniciar un nuevo proceso de revisión³.

Conociendo estos elementos, el trabajo estudiará la evolución de la defensa británica durante la Guerra Fría, un proceso caracterizado por la progresiva pérdida de autonomía estratégica, la regionalización del ámbito de actuación, la atlantización del planeamiento militar y la incapacidad de equilibrar los objetivos de defensa nacional y los medios para satisfacerlos.

La inmediata posguerra

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña desmovilizó parcialmente sus fuerzas⁴ y desmanteló su economía de guerra con el objetivo de liberar los recursos humanos y materiales

defensa nacional (compromisos internacionales, despliegues en el exterior, volúmenes de fuerzas, catálogos de capacidades, programas de modernización u objetivos de gasto).

³ Paul CORNISH y Andrew DORMAN: «Breaking the mould: the United Kingdom Strategic Defence Review 2010», *International Affairs*, 86-2 (2010), pp. 395-410.

⁴ Esta desmovilización fue parcial porque el *War Service* —o conscripción universal masculina y femenina— se mantuvo hasta 1948 y los últimos reclutas se licenciaron un año después. Además, en 1947 se impuso el *National Service* para proporcionar a las fuerzas armadas el personal necesario para mantener los despliegues en el exterior.

necesarios para reconstruir el país y estabilizar su economía⁵. En el plano estratégico, Londres abrió un periodo de reflexión para meditar sobre el futuro de su imperio, identificar los efectos que había tenido la guerra sobre el mapa europeo y observar la configuración del orden internacional antes de proceder a la definición de su nueva estrategia de seguridad.

Sin embargo, cuando la Guerra Fría todavía no se había formalizado completamente, el gobierno laborista de Clement Attlee (1945-1951) intentó codificar los intereses del país mediante la definición de la *Three Pillar Strategy*⁶. Presentada en 1948, esta declaración de intenciones exponía que la seguridad de la *Commonwealth* británica se asentaba sobre tres ejes —la defensa del Reino Unido, la protección de las líneas de comunicación marítimas del imperio y la seguridad de Oriente Medio como pivote defensivo y base sobre la que proyectarse hacia la Unión Soviética— y que éstos debían fundamentar el planeamiento de la defensa del país. Esta estrategia sirvió como base para la elaboración de dos documentos que, titulados *Defence Policy Paper* (1950) y *Global Strategy Paper* (1952), no sólo recomendaban acelerar el proceso de rearme convencional debido al conflicto de Corea y la amenaza latente en Europa, desarrollar el arma atómica para dotarse de una disuasión independiente⁷ y convertirse en la tercera potencia de la Guerra Fría⁸, e incrementar el gasto militar hasta el 10 por 100 del Producto Interior Bruto (PIB) para garantizar la consecución de estos planes; sino que también subrayaban la importancia del paraguas nuclear estadounidense para paliar las carencias defensivas del país, la necesidad de comprometerse con la defensa de Alemania⁹, la obligación de mantener la presencia militar en Eu-

⁵ Para comprender los tres factores —la realidad doméstica, el entorno internacional y las aspiraciones imperiales— que condicionaron la actividad política del país en la inmediata posguerra mundial, véase Correlli BARNETT: *The Audit of War: the Illusion and Reality of Britain as a Great Nation*, Londres, Macmillan, 1986.

⁶ Ritchie OVENDALE: *British Defence Policy Since 1945*, Manchester, Manchester University Press, 1994, pp. 18-40.

⁷ No obstante, Londres había decidido dotarse del arma atómica en 1947 como respuesta a la aprobación de la *Atomic Energy Act* estadounidense un año antes y que restringía la transferencia de información y tecnología nuclear a terceros países.

⁸ John BAYLIS: *Ambiguity and Deterrence: British Nuclear Strategy 1945-1964*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 68.

⁹ Esta decisión motivaría que el *British Army on the Rhine*, constituido en

ropa y la conveniencia de coordinar los planes de contingencia y los despliegues de fuerzas británicos con la recién creada Alianza Atlántica.

Aunque el Reino Unido detonó su primer ingenio nuclear en 1952, ni el rearme convencional produjo los resultados esperados (los nuevos materiales de fabricación local eran costosos y no alcanzaban los estándares de la época) ni tampoco podía mantenerse el objetivo de gasto previsto para satisfacer las ambiciones imperiales del país en una coyuntura marcada por la crisis económica y la configuración del estado del bienestar¹⁰. Además, la *Three Pillar Strategy* quedó rápidamente obsoleta, puesto que la crisis de Suez acabó con las aspiraciones estratégicas británicas y supuso el principio del fin de su imperio.

En efecto, la campaña militar franco-británica encaminada a evitar la nacionalización del Canal de Suez terminó con un alto el fuego impuesto por Estados Unidos. No obstante, a diferencia de París —que concluyó que la única opción para mantener su influencia en el orden bipolar pasaba por afianzar su autonomía política y estratégica—, Londres llegó a la conclusión contraria, según la cual el mantenimiento de su posición global requería estrechar la «relación especial» que el país tenía con Estados Unidos.

La revisión Sandys

Tras la renuncia del primer ministro Anthony Eden por el fiasco de Suez, Harold MacMillan (1957-1963) fue nombrado jefe de gobierno y Duncan Sandys (1957-59) titular de defensa; y en tres meses elaboraron un documento que, titulado *Defence: Outline of Future Policy*¹¹, constituye la primera revisión de la defensa británica de la Guerra Fría.

1945 como una fuerza de ocupación, se transformara en una fuerza de combate con la misión de defender el territorio alemán frente una hipotética invasión de la Unión Soviética y se convirtiera en uno de los ejes de la contribución británica a la Alianza Atlántica.

¹⁰ Keith HARTLEY: «The Cold War: Great-power Traditions and Military Posture: Determinants of British Defence Expenditure After 1945», *Defence and Peace Economics*, 8-1 (1997), pp. 17-35.

¹¹ MINISTRY OF DEFENCE: *Defence: Outline of Future Policy*, Londres, HMSO, 1957.

Condicionado por la coyuntura política y financiera que atravesaba el país¹², este trabajo estimaba que la debacle de Suez había demostrado que la arquitectura defensiva de la posguerra mundial era obsoleta, insostenible e incapaz de satisfacer las ambiciones estratégicas británicas. También entendía que los avances en materia militar —aviones supersónicos, misiles, ingenios atómicos o submarinos de propulsión nuclear— podían transformar el arte de la guerra. Esta situación aconsejaba emprender una profunda revisión de la política de defensa nacional —desde los objetivos de seguridad, volúmenes de fuerzas, catálogos de capacidades y patrones de despliegue hasta los recursos económicos, materiales y humanos destinados a la defensa— para hacerla más asequible, equilibrada, moderna, realista y adecuada tanto al entorno de seguridad global como a la situación doméstica del país¹³.

En consecuencia, asumiendo que Gran Bretaña continuaría siendo una potencia con ambiciones e intereses globales, que la situación económica del país aconsejaba reducir el gasto en defensa pero sin descuidar sus compromisos de seguridad y que la dinámica de bloques recomendaba estrechar la «relación especial» con Estados Unidos, la revisión planteaba unos objetivos de defensa fundamentados en la contribución británica a la seguridad occidental, la protección de las colonias y los protectorados británicos frente a cualquier agresión externa y la conducción de operaciones limitadas en el exterior. Y para garantizar la consecución de estos objetivos, el documento proponía realizar las siguientes acciones:

— Abolición definitiva del servicio militar obligatorio y la contracción de la presencia militar británica en el extranjero debido a la creciente presión social y elevado coste económico de su mantenimiento¹⁴.

¹² En palabras del documento: «Ha llegado la hora de revisar completamente la arquitectura de defensa. [...] La influencia británica en el mundo depende principalmente de la salud de nuestra economía y del volumen de nuestras exportaciones. Sin estos elementos no es posible mantener nuestro poder militar. [...] Nuestro volumen gasto en defensa no debe comprometer la fortaleza financiera y económica del país» (*ibid.*, p. 2).

¹³ Andrew DORMAN: «Crises and Reviews», en Stuart CROFT, Andrew DORMAN, Wyn REES y Matthew UTTLEY: *Britain and Defence 1945-2000: A Policy Re-evaluation*, Harlow, Longman, 2001, pp. 9-28.

¹⁴ Recuérdese que la conscripción universal se mantuvo durante las dos guerras mundiales, pero entre 1947 y 1960 se reimpuso para proporcionar el personal necesi-

— Descenso del objetivo de fuerzas desde 690.000 a 372.000 efectivos activos. Esta cifra se mantendría hasta el final de la Guerra Fría.

— Racionalización de la industria aeronáutica nacional. Londres incentivó un proceso de concentración empresarial que culminó con la constitución de la *British Aircraft Corporation* (BAC)¹⁵.

— Reducción de la Fuerza Aérea¹⁶ e impulso de los programas de misiles (cohetes balísticos para transportar el arma nuclear y misiles guiados para defender el espacio aéreo)¹⁷. Esta decisión provocó la cancelación o redefinición de muchos programas aeronáuticos, y, junto con la concentración empresarial, tuvo nefastos efectos sobre la industria aeronáutica del país¹⁸.

— Reestructuración de la Armada, desactivación de los acorazados y construcción de portaaviones. Se estimaba que estos buques eran idóneos para proyectar el poder, reemplazar la presencia avanzada y mantener la capacidad de respuesta frente a crisis limitadas en tiempo de paz.

— Reorganización del Ejército de Tierra para adecuarse al final del servicio militar obligatorio y a las reducciones previstas en el volumen de fuerzas. Ello significó la supresión de muchos regimientos o su integración en brigadas de maniobra.

— Construcción de un arsenal atómico capaz de garantizar la disuasión británica, suplir las carencias del país en materia convencional y reducir el montante total de la defensa¹⁹. Tras el fallido in-

rio para mantener la presencia en Alemania y en las posesiones imperiales. Tom HICKMAN: *The Call Up: A History of National Service 1947-1963*, Londres, Headline, 2004.

¹⁵ Esta empresa —antecedente de la actual BAE— fue creada en 1960 tras la fusión de *Vickers-Armstrong*, *English Electric*, *Bristol Aeroplane Company* y *Hunting Aircraft*. Para un análisis más detallado de esta concentración empresarial, Keith HAYWARD: «The Formation of the British Aircraft Corporation 1957-61», *Journal of Aeronautical History*, 12-1 (2012), pp. 3-29.

¹⁶ Esta sugerencia ya se había planteado previamente en un trabajo monográfico sobre el presente y futuro de la Fuerza Aérea británica, que argumentaba que los misiles sustituirían a la aviación de combate en menos de dos décadas. MINISTRY OF DEFENCE: *The Supply of Military Aircraft*, Londres, HMSO, 1955.

¹⁷ Estos debates, junto con los programas específicos, pueden hallarse en Stephen TWIGGE: *The Early Development of Guided Weapons in the United Kingdom: 1940-1960*, Londres, Routledge, 1993.

¹⁸ MINISTRY OF DEFENCE: *Defence: Outline...*, p. 5.

¹⁹ Aunque el Reino Unido detonó su primera bomba atómica en 1952 y su primer ingenio termonuclear en 1957, fue tras esta revisión cuando Londres construyó

tento de dotarse de misiles balísticos de alcance medio y misiles de lanzamiento aéreo²⁰, el arsenal nuclear británico terminó compuesto por varios centenares de ingenios nucleares tácticos y seis docenas de misiles balísticos de lanzamiento submarino *Polaris* que equiparían a los cuatro submarinos lanzamisiles de la clase *Resolution*.

— Reducción de la presencia militar en el exterior y concentración de la esfera de influencia en el área euroatlántica y mediterránea hasta Oriente Medio. La decisión de desguarnecer las bases situadas al este de Suez (Adén, Bahrein, Malasia, Mauricio, Omán, Maldivas, Borneo o Singapur) y conservar solamente la presencia en Hong Kong y Brunei entrañaba la renuncia a uno de los ejes —el mantenimiento de pivotes en el Lejano Oriente— sobre los que se había basado su política imperial contemporánea. No obstante, esta decisión fue pospuesta tras la petición estadounidense de mantener la presencia en estos enclaves a fin de evitar la expansión comunista en el sudeste asiático.

— Eliminación e integración de los ministerios militares (Almirantazgo, Ministerio del Aire y Oficina de Guerra) y del Ministerio de Suministros (encargado de abastecer a los ejércitos) dentro del Ministerio de Defensa. Este nuevo órgano encargado de la política de defensa y la administración militar del país no sólo permitiría «unificar la formulación y aplicación de la política general»²¹,

su arsenal nuclear y desarrolló su doctrina de empleo fundamentada en la *interdependencia nuclear*, entendida ésta como el planeamiento conjunto entre el Reino Unido y la Alianza Atlántica y la opción de empleo unilateral británica en caso de emergencia nacional. Michael QUINLAN: «The British Experience», en Henri SOKOLSKI (ed.): *Getting MAD: Nuclear Mutual Assured Destruction, its Origins and Practice*, Carlisle Barracks, SSI, 2004, pp. 261-274.

²⁰ Londres proyectó el misil balístico de alcance medio —con un alcance estimado de 2.800 kilómetros— *Blue Streak* para sustituir a la flota de bombarderos estratégicos y mantener una disuasión nuclear completamente independiente. No obstante, su elevado coste, limitada utilidad y vulnerabilidad frente a ataques enemigos motivaron su cancelación en 1960 y substitución por el misil balístico de lanzamiento aéreo *GAM-87 Skybolt*. Este cohete estadounidense debía equipar a la flota de bombarderos estratégicos británicos —que, debido al corto alcance del misil de aire-superficie *Blue Steel* y a la cancelación del más capaz *Blue Steel Mk. 2*, debían adentrarse en el espacio aéreo soviético y arriesgarse a ser derribados— y convertirse en el puntal de la disuasión estratégica del país. No obstante, en 1962 el presidente estadounidense John F. Kennedy canceló el *Skybolt* debido a su coste y limitada utilidad, obligando a Londres a buscar una nueva solución que se plasmaría en los misiles balísticos de lanzamiento submarino *Polaris*.

²¹ MINISTRY OF DEFENCE: *Defence: Outline...*, p. 7.

sino también garantizaría el control civil de las fuerzas armadas. Sin embargo, esta reorganización que culminó con la constitución de un Ministerio de Defensa funcional y moderno no se produjo hasta varios años después²².

La implementación de esta revisión comportó un profundo replanteamiento de la política de defensa y seguridad británica. Aunque se continuaba asumiendo que el país era una potencia con ambiciones e intereses globales, su acción exterior perdió autonomía, presencia e influencia a favor de la «relación especial» con Estados Unidos; su política de defensa se orientó *de facto* hacia la Alianza Atlántica y su política militar se basó en la pérdida de capacidades convencionales y la creación de un arsenal nuclear capaz de garantizar sus compromisos de seguridad a menor coste económico²³, aunque se pagó un elevado precio político²⁴. Los ejércitos reduje-

²² La consolidación de la organización ministerial contemporánea arranca en 1947, cuando Attlee creó un Ministerio de Defensa que coordinara —junto con los ministerios militares— la política de defensa británica. Aunque la sustitución de Sandys paralizó la aplicación de las reformas propuestas por la revisión (con la única excepción de la eliminación del Ministerio de Suministros), las conclusiones del informe *Ismay-Jacob* de 1963 —que recomendaba limitar la autonomía de los ejércitos y racionalizar la organización de la defensa mediante la constitución de un ministerio civil encargado de la política de defensa— sirvieron de base para la *Defence Act* de 1964, que consolidó la estructura ministerial actual. Geoffrey K. FRY: *The Administrative «revolution» in Whitehall: a study of administrative change in British central government since the 1950's*, Londres, Croom Helm, 1981, pp. 119-126.

²³ Michael KANDIAH y Gillian STAERCK: *The Move to the Sandys White Paper of 1957*, Londres, Institute of Contemporary History, 2002, o Ritchie OVENDALE: *British Defence...*, pp. 49-51.

²⁴ En efecto, Gran Bretaña mantuvo su política nuclear durante toda la Guerra Fría a pesar de la oposición popular. Aterrada por los efectos que podría tener un ataque atómico contra el país, la sociedad civil organizó numerosos movimientos anti-nucleares —el más conocido de los cuales es el *Campaign for Nuclear Disarmament*, que en la década de 1980 se convirtió en la segunda organización con más afiliados del país, sólo superada por el Partido Conservador, y en el movimiento pacifista más influyente del globo— que reclamaban el desarme nuclear unilateral de Gran Bretaña y la retirada de las fuerzas nucleares estadounidenses estacionadas en las islas. Aunque la oposición anti-nuclear fue muy activa durante todo el periodo, llevando a cabo concentraciones y marchas multitudinarias, boicoteando maniobras militares y ejercicios de defensa civil, hostigando movimientos de fuerzas y despliegues de material militar o realizando actividades de contrapropaganda; ésta alcanzó su cenit en la década de 1980 debido al inicio de la segunda Guerra Fría, la crisis de los *euromisiles* y la decisión británica de modernizar su arsenal nuclear. Aunque la caída del Telón de Acero redujo enormemente el riesgo de un ataque nuclear y

ron sus niveles de fuerza en un 50 por 100, continuaron mal equipados y abandonaron su vocación expedicionaria para combatir en el continente europeo y proteger las islas británicas de un ataque soviético. No obstante, mientras el país se preparaba para defender el continente europeo, sus fuerzas armadas se vieron envueltas en pequeñas crisis en varios puntos de su imperio —Omán, Adén, Malasia, Borneo o Kenia— que manifestaron la incapacidad del país para mantener sus compromisos y que, junto con la debilidad económica y el cambio de signo político en Whitehall, acabaron motivando la elaboración de nueva revisión de la política de defensa británica²⁵.

La revisión Healey

La victoria laborista en los comicios de 1964 acabó con una larga hegemonía conservadora. Este nuevo gobierno encabezado por Harold Wilson (1964-1970) se mostró muy crítico con la gestión de la defensa que realizaron sus antecesores, especialmente por el excesivo gasto militar, el exagerado nivel de ambición, el sobreesfuerzo que sufrían las fuerzas y la confianza puesta en el armamento nuclear en detrimento de los arsenales convencionales²⁶. Este conjunto de críticas sirvieron para que el secretario de Estado de Defensa Denis Healey (1964-1969)²⁷ iniciara la segunda revisión de

el movimiento anti-nuclear perdió parte de sus adeptos, la cuestión nuclear todavía continúa siendo objeto de numerosas controversias políticas y sociales.

²⁵ Andrew DORMAN: «Crises...», p. 14.

²⁶ De hecho, fue en el *Statement on the Defence Estimates* de 1965 cuando el gobierno laborista expuso la situación de la defensa nacional y declaró su intención de emprender una nueva revisión de la misma. Según el documento, «... este Gobierno ha heredado unas fuerzas armadas con serios problemas de sobreesfuerzo y falta de equipamiento. [...] No ha existido ningún interés por ajustar los compromisos políticos a los medios militares disponibles, y mucho menos para adecuar el gasto en defensa a la situación económica del país. [...] Este Gobierno elaborará un conjunto de estudios encaminados a revisar todos los aspectos de la política de defensa nacional —objetivos políticos, niveles de fuerzas, catálogos de capacidades y cursos de acción— y sentar las bases de una nueva estrategia de defensa mas acorde con nuestra situación económica, estratégica y política». MINISTRY OF DEFENCE: *Statement on the Defence Estimates 1965*, Londres, HMSO, 1965, p. 3.

²⁷ No obstante, en un reciente trabajo se argumenta que Healey emprendió esta revisión tras constatar que las iniciativas de control de gasto realizadas en 1964 —especialmente la decisión de adquirir los aviones estadounidenses F-111

la defensa británica, un trabajo que se plasmó en la *Statement on the Defence Estimates 1966: the Defence Review*²⁸ y se refinó en las *Supplementary Statement on Defence Policy* de 1967 y 1968²⁹.

Planteada para equilibrar el planeamiento de la defensa, la revisión pretendía reducir el montante de la defensa británica —que en aquellas fechas representaba un 7 por 100 del PIB— para contribuir a la contención del déficit público. Aunque inicialmente esta disminución se estimó en un punto porcentual, en la declaración suplementaria de 1968 el objetivo de gasto se redujo hasta el 5,5 por 100 del PIB³⁰. Ello obligó al Ministerio de Defensa a tomar drásticas medidas que acabaron definitivamente con las aspiraciones imperiales del país, debilitaron su capacidad de influencia y acabaron con su autonomía estratégica³¹. Se cancelaron muchos programas de armamento y se priorizó la compra de material estadounidense³², se reorganizó el patrón de despliegue de la fuerza y se redujo la presencia en el exterior, se replanteó el Ejército Territorial, se simplificó el planeamiento de la defensa y se determinó «no participar en ninguna guerra si no se realiza en cooperación con los aliados»³³. Observándola con más detalle, esta revisión planteó:

— El repliegue definitivo de todas las fuerzas británicas estacionadas al este de Suez exceptuando los destacamentos situados en

Aardvark, F-4 Phantom y C-130 Hércules, más asequibles que sus homólogos británicos— no produjeron los ahorros esperados. Paul CORNISH y Andrew DORMAN: «Breaking the Mould...», p. 401.

²⁸ MINISTRY OF DEFENCE: *Statement on the Defence Estimates 1966*, Londres, HMSO, 1966.

²⁹ MINISTRY OF DEFENCE: *Supplementary Statement on Defence Policy 1967*, Londres, HMSO, 1967, e íd.: *Supplementary Statement on Defence Policy 1968*, Londres, HMSO, 1968.

³⁰ Esta evolución a la baja estuvo motivada por la devaluación de la Libra Esterlina en 1966 y la urgencia de acometer nuevos recortes en el gasto público debido a la situación económica que atravesaba el país. Malcolm CHALMERS: *Paying for Defence: Military Spending and British Decline*, Londres, Pluto Press, 1985, pp. 82-97.

³¹ *Ibid.*, pp. 48-52, o Patrick PHAM: *Ending «East of Suez»: the British Decision to Withdraw from Malaysia and Singapore 1964-1968*, Londres, Oxford University Press, 2011, pp. 15-33.

³² Sobre la «americanización» doctrinal, tecnológica y armamentística de la defensa británica: Geiger TILL: «The British Warfare State and the Challenge of Americanisation of Western Defence», *European Review of History*, 15-4 (2008), pp. 345-74.

³³ MINISTRY OF DEFENCE: *Statement on the Defence Estimates 1966...*, p. 7.

Hong Kong y Brunei; la clausura de las bases situadas en el Golfo Pérsico y la concentración de las unidades en el Reino Unido, Alemania, Chipre y Malta³⁴. Aunque esta decisión se tomó en contra de la opinión estadounidense y comportó el punto y final del imperio británico, su ejecución permitió reducir el sobreesfuerzo al que estaban sometidas de las fuerzas armadas y supuso un gran ahorro económico que contribuyó a estabilizar el gasto militar y mantener el estado del bienestar³⁵. Con posterioridad, Londres acordaría conservar una presencia limitada en otros puntos de la geografía oriental —caso de Catar o las bases de Diego García y Gan— y establecer convenios de seguridad para contribuir a la defensa colectiva en su antigua área de influencia.

— La cancelación de numerosos proyectos de armamento y material, entre los que destacan los programas estrella de la Fuerza Aérea y la Armada³⁶: el bombardero *TSR-2*, que acabó con la capacidad de penetración a baja cota y ataque nuclear de la aviación británica hasta la llegada del menos capaz *Panavia Tornado* en 1980; y el portaaviones *CVA*³⁷, que dejó a los veteranos *Ark Royal* y *Eagle*

³⁴ Esta decisión no estaba incluida en la revisión de 1966, puesto que inicialmente el gobierno pretendía conseguir los ahorros propuestos mediante la cancelación de programas y la reducción del Ejército Territorial por temor a erosionar la relación con Washington y por los efectos estratégicos que podría tener la retirada del este de Suez. No obstante, en la declaración adicional de 1967 se planteó reducir la presencia militar a la mitad y en el documento de 1968 se propuso retirar todas las fuerzas destacadas al este de Suez y en el Golfo Pérsico en un plazo de cuatro años.

³⁵ Sobre las consideraciones que motivaron la retirada del este de Suez: Saki DOCKRILL: *Britain's Retreat from East of Suez: The Choice Between Europe and the World?*, Basingstoke, Palgrave-Macmillan, 2002.

³⁶ La cancelación del bombardero *TSR-2* y el portaaviones *CVA* es paradigmática porque inicialmente su financiación de parecía garantizada, pero la Fuerza Aérea y la Armada iniciaron una lucha fratricida —la primera intentó recuperar su capacidad de disuasión estratégica negando el papel de los portaaviones y la segunda intentó mantener el *statu quo* nuclear, imponer un avión naval a la Fuerza Aérea a cambio de la cancelación del *TSR-2* y evitar que el gobierno impusiera a la Armada la compra de dos portaaviones estadounidenses de segunda mano— que terminó con la cancelación de ambos proyectos.

³⁷ La clase *CVA* (*Attack Aircraft Carrier*) debía estar compuesta por un número no inferior a dos buques con un desplazamiento comprendido entre las 53.000 y las 64.000 toneladas, estar equipada con un ala embarcada de caza y ataque completamente nueva y servir como base de los grupos de proyección estratégica del país. Richard BEEDALL: «CVA-01 Queen Elizabeth Class», *Navy Matters*, www.navy-matters.beedall.com/cva01.htm.

como únicos portaaviones puros del país y cuya retirada durante la década de 1970 dejaría a los cruceros de cubierta corrida de la clase *Centaur* e *Invencible* —menos capaces que sus homólogos convencionales— como punta de lanza de la proyección naval británica³⁸. Estas decisiones redujeron la influencia estratégica, limitaron la autonomía industrial e incrementaron su dependencia del extranjero.

— La reducción y reestructuración del Ejército Territorial —compuesto por voluntarios y con funciones de apoyo a la fuerza, reserva estratégica y defensa del territorio— mediante la eliminación de la mitad de sus efectivos y su reorganización en fuerzas de propósito general, de apoyo a las unidades destacadas en Alemania, de defensa territorial y de reserva.

— La orientación del planeamiento de defensa hacia la contribución militar del país a la OTAN. El Ejército se compondría de fuerzas mecanizadas y se desplegaría en territorio alemán para defender el Frente Central europeo; la Fuerza Aérea se orientaría al ataque táctico y la defensa aérea del Canal de la Mancha y las Islas Británicas; la Armada se especializaría en la guerra antisubmarina y la fuerza nuclear estratégica se mantendría a disposición de la Alianza Atlántica. Estos cambios certificaron el fin de la tradicional vocación expedicionaria de las fuerzas armadas británicas.

Y mientras las fuerzas británicas completaban su retirada del este de Suez y se preparaban para combatir en la región euroatlántica contra la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia, Londres se vio obligado a enfrentarse a otros problemas obviados por los estrategas. Se trataba de los conflictos de baja intensidad en Omán, Kenia o Chipre; y muy especialmente la ocupación de Irlanda del Norte, que se convertiría en un importante problema en términos de fuerzas desplegadas, recursos económicos empleados y controversias políticas generadas debido al empleo de medios militares en

³⁸ No obstante, los argumentos empleados por el gobierno para justificar esta decisión eran totalmente distintos y diametralmente opuestos a los esgrimidos en 1957 para defender la reducción de efectivos en el exterior: «La experiencia y los estudios existentes demuestran que los portaaviones y la aviación embarcada solamente son indispensables para un tipo de operación: el despliegue o retirada de tropas fuera del alcance de los aviones basados en tierra. Aunque dispusiéramos de una poderosa fuerza de portaaviones, difícilmente nuestro país realizaría una operación de este tipo sin el apoyo de nuestros aliados». MINISTRY OF DEFENCE: *Statement on the Defence Estimates 1966...*, p. 19.

labores de presencia, seguridad interior o contraterrorismo³⁹. No obstante, estas cuestiones fueron continuamente obviadas en las sucesivas revisiones de la defensa.

La revisión Mason

Las líneas maestras de la revisión de la defensa de 1966 fueron mantenidas por el gobierno conservador de Edward Heath (1970-1974), que redujo ligeramente los recortes en armamento, relajó el techo de gasto y revocó la reforma del Ejército Territorial. Sin embargo, la crisis del petróleo y el cambio de signo político en los comicios de 1974 motivaron la elaboración de una nueva revisión que se presentó en 1975⁴⁰.

Aunque el ejecutivo de Harold Wilson (1974-1976) alertó que «el gobierno ha heredado un programa de defensa fundamentado en numerosos compromisos globales y unos ejércitos incapaces de satisfacerlos con los medios disponibles» y declaró que «ni se reconsiderarán las obligaciones de seguridad ni se impondrá ningún límite financiero que pueda comprometer la defensa nacional» puesto que el objetivo de la revisión consistía en «equilibrar los compromisos internacionales, las obligaciones de defensa, las capacidades militares, los recursos humanos y el gasto en armamento y material»⁴¹; este trabajo coordinado por el titular de defensa Roy Mason (1974-1976) no se elaboró en función de consideraciones estratégicas sino económicas⁴². El gobierno estimaba que el clima de distensión en las relaciones Este-Oeste permitirían reducir el gasto militar hasta el 4,5 por 100 del PIB para equiparlo a la media de los socios europeos de la Alianza⁴³, sanear las

³⁹ La *Operation Banner* para la ocupación de Irlanda del Norte estuvo vigente desde 1969 hasta el 2007 y en su momento más álgido requirió el despliegue de 21.000 efectivos militares. El informe oficial de esta operación puede hallarse en CHIEF OF THE GENERAL STAFF: *Operation Banner: an Analysis of Military Operations in Northern Ireland*, Londres, HMSO, 2006.

⁴⁰ MINISTRY OF DEFENCE: *Statement on the Defence Estimates 1975: Part 1*, Londres, HMSO, 1975.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 3-4.

⁴² Andrew DORMAN: «Crises...», p. 27, o Malcolm CHALMERS: *Paying for Defence...*, pp. 89-93.

⁴³ Durante este periodo, la media de gasto militar en la Alianza Atlántica se situaba en el 5,3 por 100 del PIB, pero la media de los socios europeos era del 4,3

maltrechas arcas públicas del país y mantener el menguante estado del bienestar⁴⁴.

Asumiendo que, a pesar de la distensión, la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia continuaban siendo las principales amenazas para la seguridad nacional británica, el trabajo exponía que el planeamiento de la defensa debía orientarse hacia la contribución militar del país a la Alianza Atlántica; por lo que cualquier otro compromiso debería reducirse hasta la más mínima expresión para no amenazar la viabilidad de la defensa⁴⁵. La aportación militar a la OTAN determinaría la estructura de fuerzas, el catálogo de capacidades y los patrones de despliegue del ejército británico y se plasmaría en la provisión de fuerzas de primera línea en territorio alemán, fuerzas antisubmarinas en el Atlántico Este y Mar del Norte, medios para la defensa territorial y la protección del Canal de la Mancha y el arsenal nuclear⁴⁶. En consecuencia, mientras se procedería a mantener todos aquellos elementos necesarios para cumplir con estos cometidos, el resto podrían ser eliminados. Ello significó:

— La supresión de varias capacidades secundarias o de refuerzo: la flota de transporte aéreo —esencial para la proyección y sostenimiento de la fuerza— fue reducida a la mitad; la reserva estratégica del Ejército fue eliminada; las fuerzas aerotransportadas perdieron dos de sus tres brigadas; las fuerzas paracaidistas fueron desmanteladas y la Infantería de Marina fue convertida en una fuerza ligera de asalto⁴⁷.

por 100. NATO PRESS SERVICE: *Financial and Economic Data Relating to NATO Defence*, Bruselas, OTAN, 1975.

⁴⁴ De hecho, el gobierno asumía que el presupuesto de defensa experimentaría una reducción del 12 por 100 en términos reales en un plazo de diez años. John BAYLIS: «Defence Decision-making in Britain and the Determinants of Defence Policy», *RUSI Journal*, 120-1 (1975), pp. 42-48.

⁴⁵ Cabe destacar que este supuesto fue ratificado por el comité de gastos del Parlamento al afirmar que «el Ministerio ha establecido que nuestros compromisos fuera del área euroatlántica son los menos prioritarios en términos militares [...] nuestra contribución a la OTAN continuará siendo prioritaria en la asignación de los recursos defensivos [...] Apoyamos plenamente este enfoque», SELECT EXPENDITURE COMMITTEE: *The Defence Review Proposals*, Londres, House of Commons, 1975, p. 2.

⁴⁶ MINISTRY OF DEFENCE: *Statement on the Defence Estimates 1975...*, pp. 4-5.

⁴⁷ Paradójicamente, en 1967 la Alianza Atlántica había acordado aplicar la *resposta flexible* para reforzar su disuasión y retrasar el umbral nuclear. Entre otras cosas, esta estrategia requería un rearme convencional, incrementar la movilidad de las fuerzas y mejorar los medios de apoyo, capacidades que el gobierno británico

— La retirada total de las fuerzas desplegadas en el Mediterráneo con la excepción de Gibraltar y Chipre, cuyos destacamentos terrestres y aéreos fueron reducidos.

— El repliegue de las flotas británicas del Mediterráneo —asignada ésta a la Alianza Atlántica— del lejano oeste y de las Indias Occidentales.

La implementación de estas iniciativas permitiría al país suprimir 33.000 efectivos en diez años, equilibrar el presupuesto de defensa y mantener el objetivo de gasto por debajo del 4,5 por 100 del PIB. No obstante, el precio a pagar fue enorme: Gran Bretaña comprometió su defensa nacional⁴⁸, perdió la capacidad para actuar autónomamente fuera del área euroatlántica, redujo el catálogo de capacidades de sus fuerzas armadas, olvidó competencias que pronto se demostrarían esenciales y preparó su defensa para contribuir militarmente a la OTAN y combatir en Europa y el Océano Atlántico. Sin embargo, este trabajo que reconocía tácitamente que el país no podía permitirse ser una potencia en el mundo bipolar⁴⁹, tuvo una vigencia muy efímera, puesto que la crisis monetaria de 1976 —que obligó a devaluar la Libra Esterlina y reclamar la asistencia del Fondo Monetario Internacional— convirtió en obsoletos estos planteamientos y motivó la elaboración de una nueva revisión en 1981⁵⁰.

La revisión Nott

Coincidiendo con la invasión soviética de Afganistán y el enfriamiento de las relaciones entre los bloques, Margaret Thatcher

pretendía reducir. De hecho, el Comité de Gastos alertó que las provisiones previstas por esta revisión permitirían mantener la presión en el Frente Central, pero que los recortes en movilidad, apoyo y refuerzos debilitarían la capacidad del ejército británico para contribuir a la defensa de los flancos norte y sur de la OTAN. DEFENCE EXPENDITURE COMMITTEE: *The Defence Review...*, p. 3.

⁴⁸ DEFENCE EXPENDITURE COMMITTEE: *The Defence Review Proposals*, Londres, HMSO, 1976, o Ritchie OVENDALE: *British Defence Policy...*, p. 153.

⁴⁹ Andrew DORMAN: «Crises...», p. 27.

⁵⁰ Esta crisis tuvo algunos efectos inmediatos como la retirada total de Singapur, el cierre de la base aérea de Gan o la suspensión del acuerdo seguridad de Simonstown con Sudáfrica, retrasos en los pagos de material, el aplazamiento de las compras de armamento o la reducción de la operatividad de la fuerza. Malcolm CHALMERS: *Paying for...*, pp. 105-107.

(1979-1990) fue nombrada primera ministra tras el triunfo conservador en los comicios de 1979. Una vez en el poder, esta ferviente anticomunista intentó aplicar —junto con su homólogo estadounidense Ronald Reagan— una batería de iniciativas políticas, estratégicas y militares para contener la Unión Soviética, entre las que se hallaba un repunte del gasto militar⁵¹. Aunque para el bienio 1980-1982 el presupuesto de defensa escaló hasta casi el 6 por 100 del PIB para sufragar la modernización del arsenal convencional y nuclear británico, pronto la recesión económica y la deuda acumulada obligaron a revisar los programas de armamento (especificaciones técnicas, plazos de entrega, ciclos de vida y formas de financiación) para adecuarlos al escenario presupuestario del momento y forzaron la elaboración de una nueva revisión.

Realizado bajo la dirección del secretario de Estado de Defensa John Nott (1981-1983), el documento *United Kingdom Defence Programme: The Way Forward*⁵² no se limitó a evaluar la programación militar, sino que acabó revisando nuevamente la política de defensa británica⁵³.

Condicionada por el clima internacional de la segunda Guerra Fría y por los efectos de la recesión económica, la reconversión industrial y la implementación de nuevos mecanismos de control de gasto⁵⁴, esta revisión reivindicaba la vocación atómica del Reino Unido⁵⁵ y el valor de su arsenal nuclear estratégico como garan-

⁵¹ Entre estas iniciativas destacan una política exterior más asertiva, el impulso al rearme aliado, el apoyo a los movimientos anticomunistas en Europa Oriental, el incremento de la presencia militar estadounidense en suelo británico o el aumento de la presión sobre el Pacto de Varsovia.

⁵² MINISTRY OF DEFENCE: *The United Kingdom Defence Programme: The Way Forward*, Londres, HMSO, 1981.

⁵³ LAWRENCE FREEDMAN: *The Politics of British Defence 1979-1998*, Londres, Macmillan, 1999, o PAUL LAURENT: «The Costs of Defence», en STUART CROFT (ed.): *British Security Policy: The Thatcher Years and the End of the Cold War*, Londres, Harper Collins, 1991, pp. 88-103.

⁵⁴ MINISTRY OF DEFENCE: *The United Kingdom...*, p. 1.

⁵⁵ Esta declaración debe entenderse en su contexto histórico, puesto que a inicios de la década de 1980 el Reino Unido debía decidir sobre el futuro de su arsenal nuclear estratégico, y tanto el grueso del partido conservador, una porción del mismo Gobierno, la oposición política, la mayoría de la opinión pública y parte de las fuerzas armadas eran contrarios a mantener estos costosos y controvertidos sistemas. Mientras los *Tories* temían que la modernización de los *Polaris* entrañaría un elevado precio político y aconsejaban abrir un debate público sobre el futuro del arsenal atómico, el Partido Laborista no sólo se mostraba totalmente contra-

tía última de su integridad territorial⁵⁶; exponía la determinación del país de no conducir ninguna operación expedicionaria de manera independiente y manifestaba que el planeamiento de fuerzas se orientaría exclusivamente hacia la Alianza Atlántica; pero que, por motivos económicos y estratégicos, esta contribución se concentraría en la provisión de fuerzas terrestres. De implementarse, estas decisiones supondrían la reconversión de la Armada en una fuerza litoral sin capacidad de proyección y la pérdida total de la capacidad del país por actuar fuera del área euroatlántica⁵⁷. En consecuencia, basándose en estos principios, la revisión propuso:

— La modernización del arsenal estratégico mediante la sustitución de los misiles *Polaris* —que ya estaban alcanzando el final de su vida operativa— por los más modernos *Trident* y la construcción de nuevos submarinos de la clase *Vanguard* que reemplazarían a los *Resolution*, incapaces de montar los nuevos misiles⁵⁸.

rio a modernizar el arsenal atómico, sino que incluyó el desarme unilateral —una histórica ambición de los grupos pacifistas británicos— en el programa electoral para los comicios de 1983. Asimismo, los ejércitos criticaban el enorme coste económico de estos materiales y muchos preferían reforzar las capacidades convencionales; y la sociedad civil en su mayoría pretendía eliminar estos ingenios del territorio nacional.

⁵⁶ De hecho, tal y como ratifica la documentación recientemente desclasificada, la modernización del arsenal nuclear constituía una apuesta personal de Thatcher, apoyada por el secretario de Defensa Nott y el secretario de Exteriores Lord Carrington. Ésta se fundamentaba en la idea de que la posesión del arma atómica era primordial para mantener la «relación especial» con Estados Unidos (considerada por Thatcher de una «importancia primordial») y evitaba que Francia resultara en la única potencia nuclear europea. RECORDS OF THE PRIME MINISTER'S OFFICE: *Defence. Future of UK strategic nuclear deterrent: Polaris successor; Trident negotiations - Part 3* (10 de junio de 1980-12 de noviembre de 1981), National Archives, PREM 19/417.

⁵⁷ Andrew DORMAN, Michael KANDIAH y Gillian STAERCK: *The Nott Review*, Londres, Institute for Contemporary British History, 2002.

⁵⁸ Presupuestado en cinco billones de libras esterlinas, el proyecto *Trident* incluía la construcción de cuatro submarinos *Vanguard*, la adquisición en régimen de *leasing* de sesenta y cinco misiles *Trident I C-4* con sus ojivas nucleares (no obstante, en 1982 se acordó la cesión de cincuenta y ocho misiles *Trident II D-5*, mucho más sofisticados y un 7 por 100 más caros que el modelo anterior), la adaptación de los polvorines de Coulport y Falsane y una contribución del 5 por 100 al desarrollo del misil. Desde su lanzamiento hasta la actualidad, este sistema ha triplicado su coste y ha supuesto entre el 3 y el 5,5 por 100 del gasto militar anual británico. Walter LADWING: «The Future of the British Nuclear Deterrent: An Assessment of Decision Factors», *Strategic Insights*, 6-1 (2007), pp. 31-50.

— El mantenimiento del volumen de fuerzas previo a la revisión de 1975 mediante la concentración de las unidades, la reducción de infraestructuras, el cierre de bases y la integración del Ejército Territorial con el resto de fuerzas de reserva.

— La reforma del proceso de adquisición de armamento y material. En línea con la reconversión industrial, la desregulación del sector público y la liberalización de los servicios sociales, se impulsaron nuevas concentraciones empresariales, se abandonó el sistema de *campeones nacionales* y se abrió completamente el mercado de defensa a la competencia externa. Estas decisiones entrañaron la pérdida de tejido industrial, capacidades nacionales y soberanía en materia militar-industrial⁵⁹.

— La orientación de los procesos de planeamiento de la defensa, de fuerzas y de contingencia hacia la contribución militar británica a la Alianza Atlántica, y más concretamente a la defensa del Frente Central europeo. En un contexto marcado por la implementación del *Plan Rogers* —un proyecto que pretendía incrementar y modernizar los medios convencionales aliados para posibilitar la destrucción de las fuerzas de apoyo del Pacto de Varsovia—⁶⁰, esta medida requería identificar, priorizar y sufragar todos aquellos programas de armamento y material susceptibles de apoyar esta iniciativa (carros de combate y vehículos de combate de infantería, artillería autopropulsada, misiles contra-carro, helicópteros de ataque y transporte, sistemas de reconocimiento y adquisición de objetivos o aviones de ataque e interdicción), mientras se cancelaban, posponían o redefinían el resto de los proyectos⁶¹.

⁵⁹ Malcolm CHALMERS: *Paying for Defence...*, p. 119.

⁶⁰ Este plan debe su nombre al general Bernard Rogers, comandante supremo de la Alianza en Europa entre 1978 y 1987. Fundamentado en la doctrina de la Batalla Aero-Terrestre previamente desarrollada por Estados Unidos, el *Plan Rogers* se configuró en torno al concepto de *Follow-on Forces Attack*, fundamentado en el empleo de fuerzas mecanizadas y aviación táctica para batir los objetivos situados en la segunda línea de frente mientras se repelían las fuerzas de vanguardia, que eran las que llevaban el peso de la ofensiva y cuya destrucción podría evitar una guerra de maniobra en suelo alemán. No obstante, para poder identificar, seguir y batir estos objetivos situados en el segundo y tercer escalón del despliegue enemigo era necesario que los ejércitos aliados modernizaran sus medios convencionales.

⁶¹ Colin McINNES: «Conventional Forces», en Stuart CROFT (ed.): *British Security Policy: The Thatcher Years and the End of the Cold War*, Londres, HarperCollins, 1991, pp. 29-46; mientras que para la programación y la política industrial: Lawrence FREEDMAN: *The Politics...*, pp. 173-240.

— La reducción de la Armada y su reorientación hacia la lucha antisubmarina en el Mar del Norte. Esta decisión implicaría la baja de doce escoltas, dos buques anfibios, la venta del crucero de cubierta corrida *Invencible* a Australia, la reconversión de los dos cruceros restantes en portahelicópteros y la cancelación de los nuevos destructores. De llevarse a cabo, esta decisión no sólo comportaría la pérdida de la capacidad de proyección naval británica⁶², sino que reduciría la gama de opciones militares y podría comprometer la seguridad nacional del país⁶³.

Aunque estas líneas deberían haber guiado la defensa del país durante toda la década, pronto se convirtieron en obsoletas a raíz de la Guerra de las Malvinas. Esta campaña, considerada como «el peor escenario posible para Gran Bretaña al tratarse de una operación expedicionaria realizada de manera autónoma, lejos del área euroatlántica y con la Armada actuando como fuerza líder»⁶⁴, no sólo puso de manifiesto el desgaste que habían sufrido las fuerzas armadas tras años de recortes, sino que también reveló la inadecuación de los supuestos sobre los que se había fundamentado su planeamiento de la defensa.

A pesar de las dificultades operativas, problemas logísticos y costes materiales de la contienda⁶⁵, la campaña de las Malvinas fue

⁶² Andrew DORMAN: «John Nott and the Royal Navy: the 1981 Defence Review Revisited», *Contemporary British History*, 15-2 (2001), pp. 98-120.

⁶³ Este temor se desprende de la nota escrita el 19 de mayo de 1981 por el primer Lord del Mar, el almirante Leach, a la primera ministra Thatcher, donde se puede leer: «... este programa de recortes se ha planteado en menos de dos meses, sin estudiarlo a fondo ni tampoco considerando ninguna opción alternativa. [...] Está a punto de tomar una decisión histórica. Las guerras raramente se producen de la manera en que uno las imagina, y una Armada poderosa proporciona la flexibilidad necesaria para enfrentarse a una amplia gama de riesgos. Los recortes planteados producirán una erosión extrema de nuestra capacidad naval, lo que limitará nuestras opciones futuras y pondrá en riesgo nuestra seguridad nacional», RECORDS OF THE PRIME MINISTER'S OFFICE: *The Defence Budget; future defence programme - Part 6* (18 de mayo-30 de junio de 1981), National Archives, PREM 19/416.

⁶⁴ Lawrence FREEDMAN: *The Politics...*, p. 83.

⁶⁵ Para recuperar las islas, Londres proyectó una fuerza aeronaval y submarina que permitiera mantener una zona de exclusión, condujo acciones de ataque con aviones embarcados y misiones de bombardeo con aviones basados a 7.500 kilómetros de las Malvinas y realizó tanto desembarcos anfibios como asaltos aerotransportados. Durante el conflicto, Gran Bretaña perdió dos destructores, dos fragatas, dos buques auxiliares y un portacontenedores, además de varias decenas de aviones y helicópteros.

un éxito político indiscutible para Thatcher: su determinación por recuperar las islas y la clara victoria militar consolidaron —tanto a nivel interno como a escala internacional— la figura de la «Dama de Hierro», facilitaron su reelección en los comicios de 1983, devolvieron la confianza perdida en el país y lo elevaron nuevamente al estatus de potencia internacional. Desde una óptica militar, el informe oficial de la campaña reconoció explícitamente el enorme valor de los cruceros de cubierta corrida, la aviación naval y los buques de desembarco, la obsolescencia de los destructores o las carencias en materia logística⁶⁶. Y si bien concluyó que ninguna de las lecciones aprendidas del conflicto invalidaba las decisiones tomadas en 1981, muchas propuestas de la *Revisión Nott* fueron revocadas, puesto que se canceló la venta del *Invencible* y los dos cruceros restantes continuaron como portaaviones, se conservaron los *Harrier* embarcados, se replantearon las reducciones en el número de escoltas, se mantuvieron los dos buques anfibios y crearon nuevas fuerzas aerotransportadas. Estas decisiones permitieron recuperar varias competencias perdidas y conservar una limitada capacidad de proyección autónoma pero acabarían desequilibrando el planeamiento de la defensa.

En efecto, las propuestas trazadas en 1981 y revisadas tras la Guerra de las Malvinas se mantuvieron hasta el final de la Guerra Fría. Se priorizó la modernización del arsenal nuclear (un proceso que se dilataría hasta finales de los noventa y motivaría importantes controversias tras la caída del Telón de Acero)⁶⁷, la contribución militar a la Alianza y el mantenimiento de una limitada capacidad de proyección estratégica; se racionalizaron y simplificaron las estructuras de defensa y se abrió el mercado militar a la competencia exterior. Sin embargo, la recesión económica, la escalada de costes de los sistemas y la imposibilidad de reducir los gastos fijos de la administración militar pronto invalidaron estos planteamientos y dilataron la brecha entre los objetivos de defensa y los recursos para satisfacerlos. A pesar de las advertencias sobre la insostenibilidad de la defensa a medio plazo y la necesidad de acometer drásticos recortes en la programación militar —cancelando programas, reduciendo las opciones de compra o aumentando la vida útil

⁶⁶ MINISTRY OF DEFENCE: *The Falklands Campaign, The Lessons*, Londres, HMSO, 1982.

⁶⁷ Lawrence FREEDMAN: *The Politics...*, pp. 103-172.

del material—, el gobierno optó por mantener intactas las provisiones trazadas en 1981⁶⁸. Cuando en la segunda mitad de la década la situación se tornó insostenible, los ejércitos trazaron un plan de choque —basado en la inmovilización de equipos, la suspensión de ejercicios o la desactivación de unidades— para evitar el colapso de las fuerzas armadas y forzar al gobierno para que iniciara una nueva revisión de la defensa que contemplara grandes recortes en la estructura, capacidades y material de las fuerzas armadas y así equilibrar nuevamente el planeamiento militar⁶⁹. Sin embargo, fue preciso esperar hasta 1990 —coincidiendo con la caída del Telón de Acero y la dimisión de Thatcher— para que el ejecutivo emprendiera la primera de las cinco grandes revisiones de la defensa de la posguerra fría e implementara drásticos recortes —justificados a partir de ahora por el entorno de seguridad multipolar y el cobro del dividendo de la paz— en la estructura de fuerzas, catálogo de capacidades, patrones de despliegue, programas de modernización y gasto militar que han continuado hasta la actualidad.

Conclusiones

Durante la Guerra Fría, la política de defensa británica se fundamentó en la ineficaz búsqueda de un punto de equilibrio entre los fines de la defensa nacional y los medios disponibles para alcanzarlos. Un excesivo optimismo político, un cambiante panorama estratégico y una frágil economía impidieron formular unos planes de defensa realistas, equilibrados y adecuados a la realidad doméstica e internacional del país.

⁶⁸ Martin EDMONS: *The Defence equation: British military systems: policy, planning and performance*, Londres, Brassey's, 1986. En este sentido, son muy representativos los temores expuestos por la Comisión parlamentaria de Defensa en 1985: «Tememos que pueden existir serias dificultades para gestionar el gasto en defensa [...] En este informe hemos expuesto las tensiones que se generarán en los próximos años y creemos que deberán tomarse decisiones muy duras. Aunque el Gobierno afirma que no es necesario realizar ninguna nueva revisión, el escenario presupuestario planteado por el Libro Blanco es insostenible y tarde o temprano deberá realizarse una nueva revisión forzada por la pérdida irreversible de capacidades militares», SELECT COMMITTEE ON DEFENCE: *Third Report - Session 1984-85*, Londres, House of Commons, 1985, p. 7.

⁶⁹ Lawrence FREDMAN: *The Politics...*, pp. 87-92, y Andrew DORMAN: «Crisis...», p. 24.

Tras un periodo de transición en el que Londres mantuvo intactas sus aspiraciones imperiales, expuso su voluntad de convertirse en el tercer polo del poder mundial y definió una arquitectura defensiva insostenible para la situación económica de la posguerra; la debacle de Suez puso de manifiesto tanto la realidad del mundo bipolar como la irrelevancia estratégica británica. A partir de entonces, el Reino Unido se vio obligado a redefinir su posición en el mundo y reducir paulatinamente su nivel de ambición para adecuarlo a la realidad política, estratégica y económica del país. Aunque en 1957 se llevó a cabo un profundo replanteamiento de defensa británica mediante el fortalecimiento de la relación especial con Washington, la consolidación de la estrategia nuclear y la orientación militar hacia la Alianza Atlántica; no fue hasta el trienio 1966-1968 cuando la crisis económica obligó a adoptar drásticas medidas que terminaron definitivamente con las pretensiones imperiales, debilitaron la capacidad de influencia y acabaron con la autonomía estratégica del país. Esta tendencia a la baja continuó en la década de 1970, cuando la distensión entre los dos bloques sirvió para justificar nuevas reducciones del presupuesto militar y enfocar el planeamiento militar hacia la OTAN; y en la revisión de 1981 que, formalmente elaborada para evaluar la programación de armamento y material, acabó certificando la regionalización, atlantización y especialización de la defensa británica. Aunque la Guerra de las Malvinas puso de manifiesto las carencias militares del país y revirtió varias de las decisiones planteadas durante los años anteriores, la situación económica, la escalada de costes de los sistemas y la imposibilidad de reducir los gastos fijos de la administración militar dilataron nuevamente la brecha entre los objetivos de defensa y los recursos para satisfacerlos hasta que la situación se tornó nuevamente insostenible. Aunque los expertos auguraron que estos problemas acabarían provocando el hundimiento de la arquitectura defensiva británica y el colapso de sus fuerzas armadas, la caída del Telón de Acero redujo enormemente la presión a la que estaba sometida la seguridad y la defensa del país.

En efecto, el final de la Guerra Fría convirtió en obsoletos los fundamentos de la política de defensa británica, quebrantó las líneas básicas de su planeamiento militar y dejó a unas fuerzas armadas organizadas, equipadas, adoctrinadas y entrenadas para combatir contra una amenaza que se había desvanecido. Aunque

ello permitió relajar las tensiones que afectaban la defensa británica y sentar las bases para redefinir su arquitectura de seguridad y defensa, pronto el cobro del «dividendo de la paz» y unas proyecciones excesivamente optimistas sobre el escenario económico, diplomático y de seguridad de la posguerra fría incrementaron nuevamente el desfase entre los objetivos de defensa y los medios disponibles para alcanzarlos. Las distintas revisiones realizadas durante este período no lograron atajar una situación que pudo observarse con toda su crudeza en las campañas de Afganistán e Irak. Fue entonces cuando las autoridades políticas británicas tomaron conciencia de la gravedad de la situación y plantearon nuevamente —en un contexto marcado por la aceptación del declive militar del país y una profunda crisis económica— una revisión total de la defensa del país para adaptarla a los nuevos tiempos. ¿Habrán aprendido las lecciones pasadas?

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Eric Hobsbawm: el historiador como intérprete del presente

Josep Fontana

Universitat Pompeu Fabra

Resumen: En una extensa trayectoria que abarca sesenta y cinco años de publicaciones, Hobsbawm no sólo analizó el pasado, sino que reflejó la evolución de su época, a través de su participación en los grandes debates teóricos, primero, y en su dedicación especial, en los últimos años de su vida, al análisis de los problemas fundamentales del siglo XX. Ésta fue una de las razones que le convirtieron en el historiador más leído de su tiempo.

Palabras clave: marxismo, historiografía, Hobsbawm, Reino Unido, siglo XX.

Abstract: Eric Hobsbawm's broad career is marked out by sixty five years of publications. In these works, Hobsbawm not only analysed the past but mirrored the developments of his age first through his participation in the great theoretical discussions and, during the last years of his life, with his special dedication to the analysis of the essential issues of the Twentieth Century. This is one of the reasons that made him the most read historian of his time.

Keywords: Marxism, historiography, Hobsbawm, United Kingdom, XXth century.

Desde la primera publicación de Eric Hobsbawm en 1948, *Labour's Turning Point, 1880-1900: Extracts from Contemporary Sources* (Londres, Lawrence & Wishart) hasta la aparición póstuma de *Fractured Times* (Londres, Little, Brown, 2013)¹ median sesenta y cinco años de una vida dedicada «a investigar, enseñar y escribir», con una obra muy amplia, de una notable coherencia, aunque refleja en su evolución los cambios que se han producido en este tiempo en el clima político e intelectual.

Sus publicaciones como investigador comenzaron en los años cincuenta, en el terreno de la mejor tradición de la «historia económica y social» británica, en lo que parecía ser un proyecto de estudio a largo plazo sobre la revolución industrial y sobre la formación de la clase obrera. Si los aspectos relacionados con la industrialización estaban dentro de las grandes líneas de la investigación de su tiempo, en lo que se refiere a la clase obrera se apartaba de la tradición de la historia del movimiento obrero, que fijaba sobre todo su atención en el desarrollo de los sindicatos y las organizaciones de clase, para estudiar «las clases trabajadoras como tales (no en cuanto a organizaciones y movimientos) y [...] las condiciones económicas y técnicas que favorecieron el desarrollo efectivo de los movimientos obreros, o bien lo dificultaron»².

El conjunto de estos trabajos, que son los que se parecen en mayor medida a la erudición académica de su tiempo, inspiró posteriormente una compilación, *Labouring Men: Studies in the History of Labour* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964) y un primer intento de síntesis, *Industry and Empire: From 1750 to the Present Day* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968).

Este primer proyecto de investigación no se completó nunca, puesto que aunque Hobsbawm siguió publicando artículos dedicados al tema, como los que reunió veinte años más tarde en *Worlds*

¹ Traducción española, *Un tiempo de fracturas*, Barcelona, Crítica, 2013; como la mayor parte de las traducciones al castellano de Hobsbawm han sido publicadas por Crítica, omitiré en adelante este dato cuando se trate de textos publicados por esta editorial.

² La mayoría de estos trabajos se publicó originalmente en revistas de investigación: Eric J. HOBSBAWM: «The tramping artisan», *Economic History Review*, vol. 3, 3 (1951), pp. 299-320; íd.: «The British standard of living, 1790-1850», *Economic History Review*, vol. 10, 1 (1957), pp. 46-68; íd.: «The standard of living during the industrial revolution: a debate», *Economic History Review*, vol. 16, 1 (1963), pp. 119-134; íd.: «The machine breakers», *Past and Present*, 1 (1952), pp. 57-70, etc.

of Labour: Further Studies in the History of Labour (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1984), donde encontramos textos y conferencias fechados entre 1971 y 1982, su carácter es distinto, ya que predomina en ellos la intención política por encima de la erudición historiográfica.

Durante los veinte años que transcurrieron entre la publicación de *Labouring Men* y la de *Worlds of Labour* se había producido un cambio fundamental en las condiciones en que realizaba su trabajo, al igual que les sucedió al resto de los miembros de lo que se suele llamar la escuela de los «historiadores marxistas británicos», que incluye, junto a Hobsbawm, a algunos de los nombres más importantes de la historiografía del siglo xx, como Ronnie Hilton, Christopher Hill, Ronald Meek, Victor Kiernan, George Rudé, E. P. Thompson o Raphael Samuel. Todos ellos sufrieron el acoso de los medios académicos británicos, entregados por completo a la política de la guerra fría, y empeñados en cerrarles el paso, para impedir que ninguno de ellos llegase a las cátedras de las grandes universidades, que les hubieran permitido una dedicación plena a la investigación³.

Fue la voluntad de romper su aislamiento lo que les llevó en 1952 a fundar una revista, *Past and Present*, que iba a convertirse en punto de encuentro de historiadores avanzados de diversa orientación política, con el fin de que su trabajo llegase a un público más amplio que el que podían alcanzar con publicaciones del partido comunista como *Marxism Today* o *Our History*, de espléndida calidad intelectual, pero condenadas de antemano al ostracismo⁴.

Fueron estos los años en que el grupo participó en discusiones teóricas colectivas con un fuerte impacto renovador, que comenzó transformando su propio trabajo como investigadores. Una

³ Hay una extensa bibliografía sobre este grupo: Harvey J. KATE: *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad, 1989; Dennis DWORKIN: *Cultural marxism in postwar Britain*, Durham, Duke University Press, 1997; Philippe SCHLESINGER et al.: *Los marxistas ingleses de los años 30*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1988; así como el número monográfico de *Radical History Review*, *Marxism and history: the British contribution*, 19 (winter 1978-1979).

⁴ *Past and Present* se vio obligada en 1958, en momentos en que era mal vista por el *establishment* académico por sus orígenes marxistas, a integrar en la dirección nombres más tranquilizadores, como Lawrence Stone, Trevor Aston y J. H. Elliott [sobre esto, John H. ELLIOT: «Lawrence Stone», *Past and present*, 164 (agosto de 1999), pp. 3-5].

de las más destacadas fue la que tenía como objeto la transición del feudalismo al capitalismo, que Maurice Dobb había replanteado en sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946), donde sostenía que era necesario estudiar los orígenes históricos del capitalismo para comprender mejor su naturaleza como sistema y para equiparse intelectualmente, si se pretendía actuar contra él —o sobre él. «El economista preocupado por los problemas actuales —decía— tiene preguntas propias que formular a los datos históricos»⁵.

El debate, en que tuvo una participación muy importante el medievalista Ronnie Hilton, tomó una nueva dimensión en 1954, cuando Hobsbawm le añadió el tema de la «crisis general del siglo XVII», que había de dar inicio a un nuevo nivel de discusiones, que se prolongó hasta 1976, con Robert Brenner y su propuesta de dar un papel esencial a la estructura agraria de clases⁶.

Hobsbawm contribuyó también a la renovación teórica de la historiografía marxista con la publicación, en 1964, de una traducción del fragmento de las *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones precapitalistas, con una introducción provocadora en que sostenía que «la teoría del materialismo histórico requiere solamente la existencia de una sucesión de modos de producción, pero no que hayan de ser uno u otro en particular, ni tal vez tampoco predeterminados en el orden de sucesión», lo que significaba una ruptura explícita con la interpretación canónica del es-

⁵ Maurice DOBB: *Studies in the development of capitalism*, 2.^a ed. ampliada, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973, p. VII (hay traducción al castellano, Madrid, Siglo XXI). Sobre esto véase la compilación, preparada por Rodney HILTON: *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1987; H. Kohachiro TAKAHASHI: *Del feudalismo al capitalismo. Problemas de la transición*, Barcelona, Crítica, 1986, etc. Una buena síntesis se encontrará en el volumen colectivo preparado por Juan Trías, Carlos Estepa y Domingo Plácido, *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998.

⁶ Eric J. HOBBSAWM: «The Crisis of the Seventeenth Century», *Past and present*, 5 (mayo de 1954), pp. 33-53, y 6 (noviembre de 1954), pp. 44-65; Trevor H. ASTON (ed.): *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965; Geoffrey PARKER y Lesley M. SMITH (eds.): *The general crisis of the seventeenth century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978 (hay una segunda edición revisada y ampliada, Londres, Routledge, 1997), y Trevor H. ASTON y C. H. E. PHILPIN (eds.): *El debate Brenner*, Barcelona, Crítica, 1988. Una revisión crítica, en términos políticos, en Francesco BENIGNO: *Specchi della rivoluzione*, Roma, Donzelli, 1999, pp. 61-103 (hay traducción castellana, Barcelona, Crítica, 2000).

talismo, que había empobrecido y codificado la teoría marxista de la historia⁷.

Eran momentos de un cierto optimismo por parte de este grupo de historiadores y economistas, que pensaban, como lo decía Hobsbawm en 1962, que los últimos años habían visto un retroceso de la campaña conservadora, y se basaban para ello en signos como la publicación en 1961 de *What is history?* de E. H. Carr, «una poderosa y brillante salva contra el oscurantismo histórico»⁸.

Era una esperanza infundada. La férrea censura que excluía a los historiadores marxistas británicos no se relajó ni siquiera cuando, tras la crisis húngara de 1956, muchos de ellos abandonaron su afiliación al Partido Comunista, tras enviar al *Daily Worker* una carta en que denunciaban el apoyo que el partido había dado a la actuación de los rusos en Budapest y a las «burocracias seudo-comunistas y sistemas policíacos de Polonia y Hungría»⁹. Aunque firmó también esta carta, Hobsbawm no rompió formalmente con el partido, «por lealtad a una gran causa y a todos aquellos que, por esa causa, habían sacrificado su vida»¹⁰.

Fue a partir de 1956, y de su desvinculación gradual del Partido Comunista Británico, cuando la mayoría de estos historiadores produjo lo mejor de su obra, como sucedió con Christopher Hill, George Rudé, E. P. Thompson o con el propio Hobsbawm. Contribuyó a ello el esfuerzo que habían realizado en el terreno de la discusión teórica, superando los riesgos de un economicismo primario, y su voluntad de rechazar el dogmatismo en el terreno de las ideas, como lo habían rechazado en el de la política. El orden es-

⁷ Karl MARX: *Pre-capitalist economic formations*, Londres, Lawrence & Wishart, 1964; hay diversas traducciones al castellano, publicadas en Barcelona, Madrid, Buenos Aires y México. Hobsbawm recogió de nuevo el texto de su introducción, «Marx y las formaciones precapitalistas», en el volumen *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 137-183.

⁸ Eric J. HOBSBAWM: «Progress in history», *Marxism today*, febrero de 1962, pp. 44-48; no debe confundirse con «¿Ha progresado la historia?», en *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 70-83, que se publicó treinta y cinco años más tarde.

⁹ Dennis DWORKIN: *Cultural marxism in postwar Britain*, Durham, NC, Duke University Press, 1997, pp. 45-78.

¹⁰ Aunque añade que advirtió a los dirigentes del partido «que quería seguir manteniendo buenas relaciones con los que habían sido expulsados, en especial con Edward P. Thompson y los otros disidentes, con los que simpatizaba». Eric J. HOBSBAWM: *Entrevista sobre el siglo XXI*, al cuidado de Antonio POLITO, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 214-215.

tablecido, sin embargo, lejos de reconocer esta evolución, reforzó en Gran Bretaña su acoso, en especial a partir del nuevo giro de la guerra fría, cuando la propia señora Thatcher dirigió una campaña contra la historia que se enseñaba en las escuelas, exigiendo que los profesores se ocupasen menos de cuestiones religiosas, sociales y culturales, para dedicar una especial atención a los acontecimientos políticos, en el sentido más tradicional y limitado que los reduce a los actos del gobierno, y les instó a que se dedicasen sobre todo a transmitir valores patrióticos¹¹.

Marginado del olimpo académico, Hobsbawm retomó ahora algunas líneas de trabajo que había iniciado anteriormente. Por una parte, la de los estudios de historia social sobre los mundos del trabajo y de la marginación, que había comenzado con *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries* (Manchester, Manchester University Press, 1959)¹² y el ya citado *Labouring Men* (1964), y que se enriqueció ahora con *Bandits* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1969), *Revolutionaries: Contemporary Essays* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973), *Worlds of Labour* (1984) y *Uncommon People: Resistance, Rebellions and Jazz* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1998)¹³. Publicó además, en colaboración con Georges Rudé, *Captain Swing* (Londres, Lawrence and Wishhart, 1969)¹⁴, dirigió una ambiciosa *Historia del marxismo* colectiva, publicada en Italia por Einaudi entre 1978 y 1982, estudió el nacionalismo —en *The Invention of Tradition*, un volumen colectivo dirigido en colaboración con Terence Ranger (Cambridge, Cambridge University Press, 1983) y en *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge, Cambridge University Press, 1991)— y reunió las reflexiones acerca de su propio oficio en *On History* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1997).

Pero su tarea más importante fue la de retomar la visión global del mundo contemporáneo que había comenzado en 1962 con *The Age of Revolution: Europe 1789-1848*, (Londres, Weiden-

¹¹ Margaret THATCHER: *Los años de Downing Street*, Madrid, El País-Aguilar, 1993, p. 509.

¹² El libro, que se titulaba inicialmente *Social Bandits and Primitive Rebels*, se fue enriqueciendo en las ediciones posteriores de 1963 y 1971.

¹³ Hobsbawm había publicado anteriormente un libro que reflejaba su pasión por el jazz, *The Jazz Scene*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1959.

¹⁴ Hay traducción española con el título de *Revolución industrial y revuelta agraria: el capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

feld and Nicolson, 1962), que se fue enriqueciendo sucesivamente con *The Age of Capital: 1848-1875* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1975), *The Age of Empire: 1875-1914* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1987) y, finalmente, con *The Age of Extremes: the Short Twentieth Century: 1914-1991* (Londres, Michael Joseph, 1994) —*Historia del siglo XX*, en su versión española—, que se convirtió en su obra más difundida en el mundo entero, y que justifica plenamente la afirmación de Ed Milliband de que Hobsbawm «sacó la historia de la torre de marfil y la acercó a las vidas de la gente».

A la publicación de sus memorias, *Interesting Times: a twentieth-Century Life* (Londres, Allen Lane, 2002), le acompañaron una serie de libros que reflejaban sus opiniones políticas sobre la situación de las izquierdas en el tránsito de uno a otro milenio¹⁵, y una obra de un interés especial, *How to Change the World: Tales of Marx and Marxism* (Londres, Little, Brown, 2011), que no era tan sólo una compilación de trabajos aparecidos previamente, sino que contenía nuevos textos que actualizaban cuanto había publicado con anterioridad, como los capítulos que se ocupan de «La influencia del marxismo, 1945-1983» y de «El marxismo en recesión, 1983-2000», a lo que hay que añadir el capítulo final sobre la evolución del movimiento obrero.

Por estos tiempos Hobsbawm, sin haber dejado de moverse intelectualmente en el campo del marxismo, era plenamente consciente de que el viejo proyecto comunista estaba agotado. Sus ideas políticas personales le llevaron inicialmente a una cierta aproximación a los planteamientos «eurocomunistas» del Partido Comunista Italiano¹⁶, que trató de importar como elemento de renovación del moribundo comunismo británico, y más adelante, tras el fracaso del PCI, a los de la deriva del socialismo de las «terceras vías», aunque nunca se identificó con las simplificaciones de Tony Blair.

¹⁵ Había reunido inicialmente sus escritos políticos en *Politics for a Rational Left: Political Writing 1977-1988*, Londres, Verso, 1990; ahora se le añadirían un título publicado inicialmente en italiano, *Intervista sul nuovo secolo*, al cuidado de Antonio POLITO, Roma, Laterza, 1999, y *Essays on Globalization, Democracy and Terrorism* (*Guerra y paz en el siglo XXI* en su traducción española), Londres, Little, Brown, 2007.

¹⁶ Eric J. HOBSBAWM: *Italian Road to Socialism: An Interview by Eric Hobsbawm with Giorgio Napolitano*, Londres, Lawrence Hill, 1977.

Su último libro, publicado póstumamente, *Fractured Times. Culture and Society in the Twentieth Century* (Londres, Little, Brown, 2013) presenta una combinación muy compleja de elementos. Es, por una parte, una revisión histórica de la «alta cultura», en una línea que enlaza con una pequeña obra anterior, *Behind the Times: Decline and Fall of the twentieth-Century Avant-gardes* (Londres, Thames and Hudson, 1998), y con algunas reflexiones expuestas en *How to Change the World*.

Su propósito, nos dice, es explicar «lo que ha sucedido con el arte y la cultura de la sociedad burguesa una vez ésta se desvaneció, con la generación posterior a 1914, para no regresar jamás». En el Prefacio, y entre líneas en una serie de ensayos que van desde la crisis actual de la «alta cultura» hasta el mito del «vaquero» norteamericano, se pueden encontrar las líneas de una sugerente interpretación del auge y decadencia de esta cultura burguesa. La burguesía en ascenso, nos dice, fue la que elaboró el proyecto social y cultural que el capitalismo presentó al mundo, en el tránsito del siglo XIX al XX, como justificación de su pretensión de representar la cima del progreso humano, lo que le servía, de paso, para legitimar el imperialismo como una tarea civilizadora. En su campaña para dominar el mundo el capitalismo europeo llevaba con él «una potente y prestigiosa carga de valores y creencias» que asumía naturalmente como superiores a los otros. Era el conjunto de lo que integraba la civilización burguesa europea. Las artes y las ciencias fueron tan centrales en esta confiada visión del mundo como la fe en el progreso y en la educación, y formaban el núcleo espiritual de lo que reemplazó a la religión tradicional.

Esta civilización sufrió, sin embargo, una ruptura de la que no se iba a recuperar, en un proceso que se inició como una consecuencia de la primera Guerra Mundial¹⁷. ¿Qué es lo que provocó su fallo? Aunque estaba basada en un modo de producción transformador y destructivo de alcance global, sus operaciones, instituciones y sistemas políticos y de valores estaban diseñados por y para una minoría. Una minoría que podía expandirse, y que efectivamente lo hizo, pero el número de cuyos integrantes era reducido.

¹⁷ Fue entonces cuando se inició el fracaso de las vanguardias artísticas, lo que le llevará a sostener que el concepto clásico del arte no sobrevivió al final del camino que señalaban: «Dada, el urinario de Marcel Duchamp y el cuadrado negro de Malevich».

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Alemania, Francia y Gran Bretaña, con una población total de 150 millones de habitantes, no contaban más que con unos 150.000 estudiantes universitarios, lo que representaba tan sólo un uno por mil de su población. La espectacular expansión de la educación que se produjo después de 1945 multiplicó el número de los educados, «esto es de los preparados en la cultura del siglo XIX que se enseñaba en las escuelas», lo que no significa que la compartiesen plenamente.

Obviamente el peligro tenía que venirle a este sistema por parte de la gran mayoría que quedaba fuera de sus elites. Éstos podían mirar hacia adelante, hacia el proyecto de una sociedad que compartiera los elementos progresistas de la civilización burguesa, pero que fuese igualitaria y democrática, «sin el capitalismo, o después de él», como la que proyectaban los socialistas.

La lógica de la expansión del capitalismo había de conducir a la destrucción del fundamento mismo de la civilización burguesa, que se basaba en la aceptación global de una sociedad regida por una minoría ilustrada, que era tolerada y hasta aprobada por la mayoría, mientras el sistema garantizaba estabilidad, paz y orden público, y podía satisfacer las modestas expectativas de los pobres.

Todo lo desarticuló el choque de las revoluciones del siglo XX: la de la ciencia y la tecnología, que iba a transformar y destruir los viejos modos de ganarse la vida (y pondría con ello en peligro el papel protagonista que anteriormente desempeñaba el obrero manual), y la de la sociedad del consumo de masas generada por el crecimiento de las economías occidentales, que privilegió el mercado sobre la política.

Este impacto desestabilizó el edificio entero y ha conducido, a comienzos del siglo XXI, a una situación en que las elites gobernantes, o cuando menos hegemónicas, no tienen idea de qué hacer, o, si piensan tenerla, carecen del poder necesario para llevarla a la práctica. Algo que afectó con especial gravedad a la socialdemocracia, que se encontró con que, al cabo, no podía ni siquiera mantener las conquistas realizadas en el terreno del estado de bienestar, como consecuencia de los cambios sobrevenidos en la economía mundial durante los años setenta.

Fracasaron así ambas versiones del socialismo, tanto la revolucionaria como la socialdemócrata, lo cual ha conducido a que desde 1980 «los socialistas, marxistas o de otra índole, se hayan quedado

sin su tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta que, reflexionen sobre lo que querían decir con el término “socialismo” y abandonen la presunción de que la clase obrera será necesariamente el principal agente de la transformación social»¹⁸. Lo cual llevaba a Hobsbawm, nos dice Donald Sassoon en una evocación necrológica, a la convicción de «que lo que ha desaparecido (por ahora) es la creencia, compartida por todos los protagonistas de las grandes revoluciones de los siglos XIX y XX [...], de que era posible cambiar el orden social existente por otro mejor»¹⁹.

De alguna manera, el panorama de desconcierto y desesperanza que puede deducirse de este último libro de Hobsbawm se nos presenta como la conclusión de una obra que ha tenido, desde sus comienzos hasta este final, el propósito de investigar en profundidad los fundamentos del mundo contemporáneo.

¹⁸ *Cómo cambiar el mundo...*, p. 424.

¹⁹ Donald SASSOON: «Remember us with forbearance: the unrepentant Eric Hobsbawm, an obituary», *openDemocracy*, 5 de octubre de 2012.

HOY

La crisis en la Unión Europea y el supuesto liderazgo alemán

Fernando Guirao

Universitat Pompeu Fabra

Resumen: La Unión Europea está en crisis porque no está capacitada para hacer frente al declive relativo de Europa, en todos los ámbitos, en un contexto globalizado. La posición hegemónica que hoy en día se atribuye a Alemania deriva de la falta de convicción y efectividad de modelos socioeconómicos y políticos alternativos por parte de aquellos otros países que, durante los últimos cuarenta años, sí que aspiraron a ocupar la posición de líderes europeos, como Francia o el Reino Unido. En cualquier caso, hace falta algo más que liderazgo alemán para salir de esta crisis. La historia de la integración europea ayuda a entender las circunstancias que producen el ascenso de Alemania así como los fundamentos de una salida colectiva a la actual crisis europea.

Palabras clave: historia de la integración europea, Unión Europea, crisis, Alemania, liderazgo.

Abstract: The European Union is in crisis because it is unable to manage Europe's relative decline, in all respects, within a global context. The hegemonic position attributed to Germany today derives from the lack of conviction and effectiveness of alternative socio-economic and political models in those countries aspiring to a position of European leadership, i.e., France or the United Kingdom, during the last forty years. In any case, more than German leadership is required to escape this crisis. The history of European integration serves to understand the rise of Germany as much as the foundations of the collective way-out to the present European crisis.

Keywords: European integration history, European Union, crisis, Germany, leadership.

La idea de que la Unión Europea está en crisis y que esta crisis europea tiene raíces alemanas —por su forma de ejercer el liderazgo— parece firmemente arraigada en el debate público actual. La portada de una de las más influyentes publicaciones del momento, *The Economist*, mostrando a la canciller (entonces en funciones) Angela Merkel alzada en un pedestal, dominando un escenario salpicado de símbolos identificativos de otras naciones de la Unión Europea en estado de ruina, representa, en la cuestión que tratamos, la imagen que vale más que mil palabras. En su editorial, significativamente titulado «One woman to rule them all», el semanario británico pedía a la futura canciller (todos los pronósticos electorales le eran entonces favorables) desprenderse «del manto de la historia de su país» y liderar Europa con determinación¹.

El presente ensayo argumenta que la posición de preeminencia que actualmente ocupa Alemania no constituye un ejercicio de liderazgo propiamente dicho ya que no resulta de una cuidadosa planificación para alcanzar la condición de líder (con los derechos y obligaciones inherentes a dicha posición), ni tampoco deriva de una delegación colectiva, consensuada y pacífica, de dicha responsabilidad, sino que es el inevitable resultado de un largo proceso de desistimiento manifiesto por parte del resto de sus socios en la Unión Europea. Es la incompetencia largamente prolongada de los principales socios de la Unión Europea para adaptarse a los retos de la globalización lo que ha llevado a un «liderazgo» alemán por incomparencia del contrario. Pero piense el lector que, aunque el gobierno alemán pudiera desprenderse «del manto de la historia de su país» (cosa harto dudosa), un liderazgo alemán en solitario, aun pudiendo reforzar los fundamentos de la Unión, no podría solucionar las verdaderas causas de la crisis europea actual.

Explicar el proceso por el cual Alemania pasa de una derrota militar sin paliativos a una indiscutida preeminencia entre las naciones europeas en menos de setenta años es, quizás, la principal responsabilidad de los historiadores hoy. No es una cuestión baladí: en dicho proceso se encuentran las claves interpretativas básicas del modelo europeo, de la crisis actual en la Unión y de las limitaciones de cualquier fórmula de liderazgo por parte de Alemania.

¹ *The Economist*, vol. 408/8853, 14-20 de septiembre de 2013, p. 11.

Un largo camino hacia la preeminencia (que no liderazgo)

Los puntos principales de inflexión del itinerario seguido por Alemania (en puridad, la parte occidental del Tercer Reich, que es la que se convertirá en la actual Alemania tras la fusión de las repúblicas federal y democrática alemanas en 1990) entre la guerra y hoy son, en mi opinión, cinco. El primero se sitúa precisamente en la primavera-verano de 1947, cuando las políticas aliadas de ocupación, castigo y revancha desplegadas tras la derrota militar alemana llevaron al conjunto de la economía mundial a una situación de desequilibrio que amenazó seriamente el mantenimiento de la plena actividad productiva en Estados Unidos. El que Alemania, la tercera economía mundial en 1939, siguiera produciendo muy por debajo de su capacidad productiva dos años después de acabada la guerra obligó a los Estados Unidos a convertirse en el suministrador mundial de última instancia. La escasa capacidad de pago en dólares de las naciones europeas llevó a Washington a confrontar un dilema: los Estados Unidos no podían seguir financiando el creciente déficit de la balanza de pagos del conjunto de los países de la Europa occidental porque el dólar era ya una moneda convertible en oro, pero al mismo tiempo cualquier drástico correctivo en las exportaciones a los europeos conllevaría una brusca caída de la producción y el empleo en los Estados Unidos. Piense el lector que, tras la Gran Depresión, Estados Unidos recuperó la plena ocupación y normalización productiva sólo en 1943, gracias al esfuerzo bélico, situación de excepcionalidad que pretendía continuarse con un programa de globalización diseñada a su medida (el sistema de Bretton Woods). La falta de producción en Alemania por imposición aliada arrojó la primera sombra de la tan temida crisis de posguerra de la economía de Estados Unidos, tal y como había sucedido tras la Gran Guerra. El Programa para la Recuperación Europea, conocido como el Plan Marshall, se concibió para rescatar la economía americana al permitir el suministro europeo a cambio de pago en especie. Una condición imprescindible del Plan Marshall fue la normalización productiva de la parte occidental de Alemania, la futura República Federal.

Una Alemania «normal» era una pura contradicción en sus términos en 1947. Cualquiera que entonces contara con setenta y

siete años de edad había visto los ejércitos teutónicos marchar sobre suelo no germano en tres ocasiones, la guerra franco-prusiana de 1870-1871, la Gran Guerra de 1914-1919 y la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945. Pero el *problema alemán* no era sólo una cuestión de seguridad física, sino también de seguridad económica: tan pronto como los límites a la producción industrial en las zonas occidentales de ocupación se elevaron, a principios del verano de 1947, la industria alemana realizó un sorprendente *sorpasso* a Francia, la nación que había sido designada para remplazar a Alemania como motor industrial del continente europeo. Ante su creciente debilidad en todos los campos, menos el político, el gobierno francés ideó la supranacionalidad para sustraer de manos alemanas el control de la industria siderúrgica, sector entonces neurálgico en el futuro industrial europeo, y el gobierno de Bonn la aceptó como fórmula ideal para eliminar el control aliado y recuperar así, en parte, el control directo de su industria a través de su participación en la Alta Autoridad. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) nos enseña que la integración se inició como un gran pacto de cesión nominal de soberanía en el que Francia y Alemania (además de los otros cuatro Estados signatarios del Tratado de París de abril de 1951) recuperaron un mayor control sobre su propio destino a través de una fórmula de soberanía compartida.

La CECA fue la última pieza de todo el complejo entramado de la reconstrucción posbélica. La reconstrucción del mundo de posguerra, que con tanta pasión y no poca precisión cuenta la primera parte del documental *The Spirit Of '45* de Ken Loach, necesitó acomodar el renacimiento de la economía alemana occidental dentro de un marco supranacional para fortalecer las bases materiales del nuevo contrato social en buena parte de las democracias europeas. Pero la consolidación democrática europea requería de una contribución alemana estable a más largo plazo, lo que se consiguió a través de los acuerdos de liberalización comercial y multilateralización de pagos que el Plan Marshall alentó y permitió entre los países de la Europa occidental (con la única exclusión de la España franquista). Si el Tratado de París permitió la normalización de las relaciones entre enemigos históricos, también en 1951 la República Federal de Alemania consiguió recuperar la normalidad productiva y los niveles de comercio de preguerra. Por ello, el segundo punto de inflexión en la historia alemana contemporánea, desde una perspec-

tiva de impacto europeo, se sitúa, sin duda, entre mayo de 1950 (la declaración de Robert Schuman) y abril de 1951 (firma del tratado que establece la CECA)².

Pero la aventura alemana no había hecho más que comenzar: durante la década de los años cincuenta, la economía alemana se situó en el centro neurálgico del conjunto de la fábrica europea. Desde 1950 en adelante, todos los países de Europa occidental exportaron a Alemania cada año más que el anterior; el mercado alemán actuó para todos como un estabilizador ante problemas en otros mercados alternativos (europeos o extra-europeos, especialmente los Estados Unidos) y, gracias a la Unión Europea de Pagos, concedió elevadas sumas de crédito automático a los socios europeos con déficits estructurales en sus balanzas comerciales. Los *policy-makers* del momento creyeron ver en el comercio con la República Federal la palanca fundamental de una inusitada fase de crecimiento que se prolongaba más de lo esperado e, indirectamente, de la consecución del pleno empleo que progresivamente iba llegando a todos los países del occidente europeo. El crecimiento económico era entonces concebido como la argamasa de la insólita cohesión social y estabilidad política que disfrutaban y el comercio con Alemania su principal correa de transmisión.

El problema fundamental al que se enfrentaron los europeos occidentales a mediados de la década de los años cincuenta fue la presión de Washington por acelerar la entrada en vigor de los acuerdos de Bretton Woods y la suspensión de todo el marco de protección comercial que el Plan Marshall había concedido a Europa occidental durante un tiempo limitado que parecía expirar en 1955. Así fue como surgió el proyecto de unión aduanera que desembocaría en el establecimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE) para *europeizar* la economía alemana dentro de un marco legal de discriminación contra el resto del mundo, el área del dólar principalmente³. Si la República Federal de Alemania hubiera proseguido en su afán de convertirse en una economía mundial, la CECA hubiera

² No hay mejor guía para el periodo de la reconstrucción posterior a 1945 que Alan S. MILWARD: *The Reconstruction of Western Europe 1945-51*, Londres, Methuen, 1984.

³ La lectura imprescindible en este caso es Alan S. MILWARD: *The European Rescue of the Nation-state*, Londres, Routledge, 1992.

quedado como una anécdota en la historia y la CEE no existiría⁴. Este giro copernicano supuso la tercera inflexión, aquella que sirvió para que Alemania pospusiera, al menos temporalmente, su destino manifiesto de gran potencia económica mundial a cambio del acceso preferente e irreversible a los principales mercados industriales de su entorno más inmediato. Piense el lector que, en sus orígenes, los Seis sumaban una población de 168,7 millones y que el mercado único ha ido progresivamente creciendo hasta englobar hoy en día a 31 Estados y cerca de 510 millones de personas.

Cuando la Edad Dorada europea inició su lenta agonía (con su letanía de paro e inflación) y el régimen de estabilidad cambiaria saltó por los aires, la peculiar personalidad del banco central de la República Federal añadió un rasgo distintivo a la consabida fortaleza de la demanda alemana: una política monetaria de estabilidad de precios y rabiosa independencia del poder político. Durante toda la década de los años setenta (hasta marzo de 1978) varios modelos de política monetaria se disputaron la preeminencia. La experiencia del Acuerdo de Basilea de la primavera de 1972 (conocido historiográficamente como la serpiente monetaria europea) mostró que el Bundesbank era el único banco central europeo capaz de dotar de una relativa estabilidad a su divisa, a la vez que la República Federal mantenía las tasas de inflación y desocupación más bajas de Europa occidental. No resultó, pues, sorprendente que emergiera un área de estabilidad monetaria en torno al marco alemán que englobaba, no por casualidad, a las mismas economías *virtuosas* de ahora (Austria y Holanda). Pero no se trataba sólo, repito, de estabilidad cambiaria: todos aquellos que habían mantenido su moneda vinculada estrechamente al *Deutsche Mark* (Austria, Holanda, Noruega, Suecia y Suiza) habían sido capaces de combatir con efectividad el envite combinado de la inflación y el desempleo y con ello ser los únicos, junto a la República Federal, en reducir sus índices de miseria entre 1973 y 1979, mientras que, por ejemplo, Francia y el Reino Unido, que representaban los modelos alternativos, registraron el peor desempeño (tras España y Portugal). La estabilidad cambiaria era el resultado de un comportamiento macroeconómico

⁴ Afán meridianamente expresado por el entonces ministro federal de Economía, Ludwig ERHARD en *Germany's comeback in the world market*, Londres, Allen & Unwin, 1954.

más responsable y sostenido en el tiempo, es decir, de unas democracias más efectivas.

La credibilidad monetaria de la Alemania federal se puso a disposición de toda la Europa comunitaria a partir de 1979 mediante el Sistema Monetario Europeo (SME)⁵. Ésta sería la cuarta inflexión en las relaciones entre la República Federal y el resto de sus vecinos. La decisión alemana de cambiar el régimen cambiario del Acuerdo de Basilea se produjo sólo cuando las autoridades francesas emitieron señales claras de su voluntad y dieron garantías suficientes de su capacidad para implementar una política que tuviera como eje central la estabilidad de precios. Desde el verano de 1969, París no cejó de solicitar la generosa ayuda alemana, con carácter incondicional, como rasgo distintivo de la integración europea o como apoyo a la entente cordial anunciada por los acuerdos del Elíseo. No fue hasta el verano de 1978 que las elites gobernantes en Francia fueron capaces de mostrar la necesaria y convincente evidencia —ante Fráncfort y Bonn— de que se habían comprometido a dar prioridad a la estabilidad de precios a largo plazo. Sólo entonces, los alemanes —gobierno y Bundesbank— idearon una fórmula para ayudar a los socios principales de la República Federal en sus esfuerzos en favor de la convergencia en el manejo de su política monetaria. Lo hicieron a través de un dispositivo muy sofisticado del tipo de cambio (con estrictas reglas de intervención) y no a través de la transferencia masiva de recursos o la mera expansión inflacionaria de la demanda alemana de productos hechos en Europa. La ayuda para el gobierno francés —y otros— sólo se materializaría a cambio de un claro compromiso por la estabilidad cambiaria y la convergencia real hacia los patrones alemanes. No obstante, en la presentación pública de dicha fórmula, se utilizó el efectivo disfraz de ser el SME un paso hacia la Unión Monetaria Europea.

Espero que el atento lector no haya dejado pasar inadvertida la enorme similitud —en cuanto a *tempo* y *modus operandi*— entre la situación actual y la descrita en el párrafo anterior. La primera solicitud por parte de Francia a una ayuda alemana para evitar la devaluación se produjo a finales del verano de 1969 pero el SME no entró en operación efectiva hasta marzo de 1979. Esto es, Fran-

⁵ Una referencia reciente sobre la materia es Emmanuel MOURLON-DRUOL: *A Europe Made of Money. The Emergence of the European Monetary System*, Ithaca, Cornell University Press, 2012.

cia tardó una década en generar las suficientes contrapartidas para convencer a Bonn y a Fráncfort de poner la credibilidad monetaria alemana al servicio de Francia y del conjunto de los miembros de la Comunidad Europea. En cuanto al *modus operandi*: cuanto más germanófilas se vuelven las elites gobernantes europeas ante su fracaso de gestión autónoma, mayor énfasis ponen todos los involucrados en el discurso europeísta a modo de coartada.

El Tratado de Unión Europea cambió completamente los términos de la relación de Alemania con sus vecinos. Ya expliqué en otro lugar las circunstancias que coadyuvaban para la aprobación de la unión monetaria europea tal cual quedó definida en el famoso tratado firmado en Maastricht en febrero de 1992⁶. Permítanme que me limite a subrayar el punto más obvio que implicó el quinto y último punto de inflexión en la historia de la Alemania posbélica y sus vecinos. Si bien hasta 1992 la integración europea se explica por la progresiva *europeización* de Alemania occidental —en el ámbito comercial en los años cincuenta y setenta y también en el monetario en los años setenta y ochenta—, la unión monetaria inicia la *germanización* institucional del conjunto de Europa, esto es, una alocada transposición del modelo institucional alemán al conjunto de la Unión Europea.

Desde que estalló la crisis muchos se han lanzado a señalar los llamados «fallos de diseño» del euro⁷. Yo insisto en que no hubo defecto de fabricación, sino que los términos del acuerdo representaron el mínimo común denominador posible entre todas las partes implicadas. No es lo mismo, en mi opinión, un defecto de fabricación que provoca fallos en el funcionamiento de un aparato, que un artilugio diseñado para funcionar sólo en determinadas circunstancias. Los historiadores aún no hemos podido acceder a la documentación pertinente y, por lo tanto, no podemos más que proponer teorías plausibles. La mía, basada en treinta años de investigación en la historia de la integración europea, es que el diseño que se hizo de la unión monetaria comportaba ries-

⁶ Fernando GUIRAO: «L'evolució de la integració europea des de l'adhesió d'Espanya a la Comunitat fins a la Unió Europea d'avui (1986-2007). Una reflexió crítica», *Nota d'Economia*, 88 (2007), pp. 41-57.

⁷ En este sentido, véanse Barry EICHENGREEN: «European Monetary Integration with Benefit of Hindsight», *Journal of Common Market Studies*, vol. 50, 1 (2012), pp. 123-136, y José Luis RODRÍGUEZ ZAPATERO: *El dilema. 600 días de vértigo*, Barcelona, Planeta, 2013, p. 328.

gos perfectamente estudiados por la teoría económica —áreas monetarias óptimas— y conocidos por los signatarios del tratado. Ningún miembro de ningún gobierno signatario puede afirmar que desconocía qué se firmaba en Maastricht el 9 de febrero de 1992. Lo que sucedió más bien fue que, conocedores de los riesgos potenciales y de la falta del instrumental de respuesta, los gobiernos de las economías más vulnerables se convencieron de su capacidad de transformar los fundamentos económicos, políticos y sociales de sus países de una manera tan radical que éstos consiguieran un grado de convergencia económica (real, no nominal), institucional y social tan elevada con los modelos centroeuropeos de más éxito que evitaría los escenarios catastróficos que anticipaba la teoría económica. ¡La Agenda de Lisboa fue precisamente esto!⁸ Desgraciadamente la clase dirigente de los países actualmente en dificultades no se tomó en serio el reto de la modernización productiva, social e institucional; todo lo contrario⁹. De aquellos barros vinieron estos lodos.

En todos y cada uno de los puntos de inflexión de la historia de la Alemania federal con respecto al conjunto de la Europa occidental nos encontramos que las autoridades alemanas estuvieron condicionadas por la necesidad de satisfacer las naturales necesidades de su entorno en términos de seguridad, en el sentido más clásico del término, pero también de seguridad económica. El potencial económico alemán se capturó en beneficio de los Estados que formaron la Comunidad Europea de una manera simbiótica, esto es, mediante un patrón de dependencia mutua que, como tal, requiere de una administración generosa pero a la vez responsable en forma colectiva. ¿Cómo es que nos hemos olvidado tan pronto de una lección tan importante? Quizás la manera harto simplista en que se ha explicado la historia de la integración europea haya contribuido a

⁸ Las conclusiones de la Presidencia del Consejo Europeo de Lisboa de 23 y 24 de marzo de 2000 rezaban así: «The Union has today set itself a *new strategic goal* for the next decade: *to become the most competitive and dynamic knowledge-based economy in the world, capable of sustainable economic growth with more and better jobs and greater social cohesion*» (cursiva en el original http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/en/ec/00100-r1.en0.htm).

⁹ Jesús FERNÁNDEZ-VILLAYERDE, Luis GARICANO y Tano SANTOS: «Political credit cycles: The case of the Euro zone», *National Bureau of Economic Research*, WP 18899 (marzo de 2013).

una generalizada irresponsabilidad en el uso del sofisticado mecanismo de acción colectiva que supone la Comunidad Europea¹⁰.

Un liderazgo no intencionado e incómodo

La historia de las potencias hegemónicas del continente europeo está llena de lecciones para la actualidad. Las más trágicas nos muestran cómo los cambios impuestos desde fuera suelen tener escasa duración en contra de lo que sucede con aquellos que se generan endógenamente, que son el resultado de pactos sociopolíticos internos con amplio respaldo popular¹¹. El ejemplo más certero quizás esté en la era napoleónica. La auténtica simpatía política que la Francia revolucionaria despertó entre las elites revolucionarias en Suiza, en las Provincias Unidas y en España no pudo superar la crudeza de la ocupación militar y los cambios que Napoleón impuso a la Europa continental fueron revertidos por doquier después de 1815. Lo mismo sucedió con el modelo socioeconómico de carácter revolucionario a escala continental —desde Francia a Noruega— que implicaba el Nuevo Orden Europeo (*Neuordnung Europas*) de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Gracias a los trabajos de muchos historiadores sabemos que la colaboración francesa y noruega, por poner los dos ejemplos más significativos, con las fuerzas de ocupación fue amplia y entusiasta. El Mariscal Pétain consideraba que el nuevo orden permitiría la regeneración espiritual y social de Francia mientras que para su primer ministro Pierre Laval, más prosaico, era la garantía de un futuro industrial para Francia. La planificación alemana otorgaba a Noruega un papel destacado en la *Grossraumwirtschaft* tanto en la vertiente industrial —especialmente como productor de aluminio— como en la expansión de la agricultura y la pesca con la intención última de preservar una supuesta idílica idiosincrasia noruega mientras el país contribuía a la alimentación de la población alemana y

¹⁰ Un alegato contundente en este sentido es Mark GILBERT: «Narrating the Process: Questioning the Progressive Story of European Integration», *Journal of Common Market Studies*, vol. 46, 3 (junio de 2008), pp. 641-662.

¹¹ Frances M. B. LYNCH y Fernando GUIRAO: «A Lifetime's Search for a Theory of Historical Change-An Introduction to the Work of Alan S. Milward», en Fernando GUIRAO, Frances M. B. LYNCH y Sigfrido RAMÍREZ (eds.): *Alan S. Milward and a Century of European Change*, Londres, Routledge, 2012, pp. 1-129.

europea. La batalla de Stalingrado cambió la fortuna militar de Alemania y le impuso la necesidad de adoptar una política de radical explotación de las zonas bajo su dominio. Aquello arrancó de cuajo toda simpatía e identificó la ocupación alemana como la más genuina representación del mal absoluto.

El estrepitoso fracaso del Nuevo Orden vacunó a Alemania de cualquier intento de imponer ningún modelo de organización política, económica o social allende sus fronteras. Por ello, la interpretación de la posición alemana durante la presente crisis como nazismo renacido —incluida la representación de la canciller Merkel como la encarnación de Adolf Hitler—¹² incurre en un error de apreciación histórica de grueso calibre e impide entender los términos actuales de las relaciones entre Alemania y los eslabones más frágiles de la Europa comunitaria. Éste no es un fenómeno limitado a cuatro exaltados buscando chivos expiatorios, sino que, preocupantemente, parece haber calado en una opinión pública informada¹³. Si uno se parara a analizar cuándo la relación con Alemania entró en barrena política llegaría a la conclusión de que fue cuando los gobiernos con fuertes resacas le pidieron que pagara la factura de su propia borra- chera y Berlín (junto con Fráncfort) respondió con un sí condicionado para evitar caer en facturas similares en el futuro.

Durante la primera década del presente siglo los Estados periféricos que ahora se encuentran en dificultades se emborracharon de liquidez a precios alemanes. A partir de octubre de 1998 la media del tipo de interés de los bonos soberanos a diez años de todos los países de la periferia de la eurozona (incluida Grecia) se situó por debajo de los cien puntos básicos con respecto al bono alemán, que siempre ha sido el más fiable para los inversores y, por tanto, el que menos interés ha tenido siempre que ofrecer en el mercado. Estas diferencias llegaron a situarse a menos de dieciséis puntos básicos entre enero del 2003 y junio del 2007¹⁴. Durante todo este pe-

¹² Haga el lector una búsqueda en Google-imágenes combinando los términos «Merkel», «Nazi» y «Hitler» y verá significativas pancartas y primeras páginas de diarios aparecidas en el sur de Europa entre 2010 y 2012.

¹³ Sirva de ejemplo la columna «Lebensraum» que Almudena Grandes publicó en la contraportada de *El País* el 18 de junio de 2012: «Europa ha vuelto a ser [...] aquel imprescindible “espacio vital” al que Hitler recurrió, hace setenta años, como fuente de legitimidad para invadir el continente».

¹⁴ Datos procedentes de Eurostat Data Explorer, EMU convergence criterion series - Monthly data.

riodo, las emisiones de deuda soberana a largo plazo de todos los países del euro eran tratadas en condiciones muy similares a las ofrecidas a la deuda alemana. No recuerdo a ningún político o empresario español quejarse entonces del obvio malfuncionamiento de los mercados. Los diferenciales debidos al factor de «riesgo país» desaparecieron por el encanto de la Unión Monetaria Europea: todos éramos tratados como alemanes pero ninguno acompañó a Alemania en su espíritu reformista, pocos se esforzaron por cumplir con la Agenda de Lisboa y ningún país de la periferia utilizó las extraordinarias facilidades de financiación para llevar a cabo una convergencia institucional real hacia las mejores prácticas. Por el contrario, dicha financiación sirvió para generar en muchos países los mayores desequilibrios macroeconómicos de la era reciente. Cuando los inversores abandonaron el espejismo y comenzaron a tratar cada emisión de deuda pública de acuerdo con su percepción del riesgo que cada país tenía para satisfacer la deuda contraída fue, precisamente, cuando Alemania se convirtió en el socio insolidario, abusador y tiránico. El hecho de que la crisis económica en países como España, Grecia, Irlanda, Italia y Portugal se haya transformado en una crisis sistémica (esto es, económica, política y social) no parece ser responsabilidad alemana aun cuando muchos insisten en responsabilizar a Berlín por «omisión de ayuda». Es la clase dirigente de los países actualmente en dificultades los que no corrigieron comportamientos nocivos en el pasado y quienes aplican ahora recetas de corte ideológico bien preciso con la excusa de ser imposición exterior para ocultar así su propia responsabilidad.

Mucho ha llovido desde que la primera crisis bancaria por contagio de las hipotecas basura se produjo en la eurozona en 2007. Me resulta imposible sintetizar en esta contribución los muchos errores de apreciación, decisiones de corto vuelo y engaños por parte de todos que se han registrado desde entonces. Permítame el lector que me limite a utilizar mi competencia como historiador para aconsejar el diseño de una vía de salida a la parálisis que sufre la Unión Europea. La historia de la integración europea en el contexto de la globalización diseñada desde la conferencia de Bretton Woods hasta hoy nos permite dibujar las cuatro líneas maestras necesarias para que cualquier actuación tenga visos de éxito. En primer lugar, toda propuesta que no tenga en consideración los intereses esenciales de todas las partes implicadas difícilmente tendrá

vida más allá del debate periodístico¹⁵. En segundo lugar, la integración sirve para complementar la acción individual de cada Estado miembro, no para remplazarla. Esto es, si España, por poner un ejemplo, no resuelve los graves problemas institucionales que le afectan en todos los ámbitos —desde la educación a la organización territorial—, toda ayuda exterior será de limitado efecto. En tercer lugar, sólo mediante el restablecimiento de la simetría podrán los países de la Unión Europea restaurar la necesaria simbiosis en su estrategia colectiva de sobrevivencia¹⁶. Y, finalmente, la integración, para que sea efectiva, ha de mejorar la posición relativa del conjunto de la Unión en el contexto económico internacional.

La corriente de fondo de la crisis que vivimos actualmente —tanto de la propia Unión Europea como en la periferia europea— resulta de la aceleración del declive relativo de Europa en su conjunto y de la economía europea en el contexto mundial. Según previsiones recientes de organismos internacionales competentes, los países de la eurozona generarán el 9 por 100 de la producción mundial en 2060, cuando ahora representan un 17 por 100; para entonces China generará el 28 por 100 e India un 18 por 100. La todopoderosa Alemania registraría (de cumplirse las previsiones) una tasa de crecimiento decepcionante en términos comparados tanto con respecto a las economías de la OCDE como del resto del mundo, por sus enormes problemas demográficos, limitada inversión en infraestructuras y baja productividad y dimensión de su sector servicios¹⁷. El dogma de la contención salarial pone en evidencia los problemas de transición de la economía alemana desde un modelo de crecimiento extensivo a otro de crecimiento intensivo basado en la innovación. No extrañará al lector

¹⁵ En Xavier CUADRAS y Fernando GUIRAO: «Contra la crisis, ¿sólo más Europa?», *La Vanguardia* (suplemento *Dinero*), 1 de julio de 2012, se explica, por ejemplo, por qué los Eurobonos, sin más, tienen poca posibilidad de materialización.

¹⁶ El lector encontrará un valioso ejemplo en los trabajos de Paul de GRAUWE: «In search of symmetry in the Eurozone», mimeo 2012 (http://www.econ.kuleuven.be/ew/academic/intecon/Degrauwe/PDG-papers/Discussion_papers/Symmetries.pdf) o ID.: «Macroeconomic policies that will help Southern Europe», parte del informe «A Strategy for Southern Europe» del proyecto LSE IDEAS, Londres, 2013 (<http://www.lse.ac.uk/IDEAS/publications/reports/SR017.aspx>).

¹⁷ *Looking to 2060: Long-term global growth prospects*, OECD Economic Policy Papers, París, noviembre de 2012.

que, dadas las turbulencias que se aproximan a gran velocidad, la preocupación fundamental de la canciller Merkel es la de encontrar la adecuada política de productividad y crecimiento que haga sostenibles los múltiples modelos sociales europeos a largo plazo. Si bien en la actualidad la población de la Unión Europea representa el 7 por 100 de la población mundial y genera el 25 por 100 de la riqueza mundial, necesita el 50 por 100 del gasto social total¹⁸. Éste es el verdadero problema europeo para cuya solución Alemania sola, con toda su potencia, resulta impotente y todo el conjunto institucional de la Unión Europea ineficaz. De hecho, sin 28 pactos nacionales propiamente dichos en favor de economías sostenibles en un contexto de globalización, capaces de mantener altas cotas de cohesión social y de consolidación democrática, no será posible. Pero sí lo fue en toda aquella Europa de la inmediata posguerra que acabaría constituyendo la mayor familia de naciones democráticas de su tiempo¹⁹. ¡Aprendamos de ellos! La historia nos enseña cómo construir respuestas para el futuro; sólo faltan los profesionales capaces de extraerle al pasado sus lecciones y una clase dirigente competente para escucharlas.

¹⁸ La fórmula «7-25-50» llegó al público, primero, a través de las páginas de *Der Spiegel* (Konstantin von HAMMERSTEIN y René PFISTER, «Kein Wunder», 50 (10 de diciembre de 2012), pp. 1-25) y, más tarde, por la referencia directa que David Cameron realizó en su anuncio de un futuro referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, el 23 de enero de 2013 (<http://www.spiegel.de/international/europe/the-full-text-of-the-david-cameron-speech-on-the-future-of-europe-a-879165.html>).

¹⁹ Dos lecturas imprescindibles en la materia son Charles S. MAIER: «The two postwar eras and the conditions for stability in twentieth-century Western Europe», *American Historical Review*, vol. 86/2 (1981), pp. 327-352, y Barry J. EICHENGREEN: «Institutions and economic growth: Europe after World War II», en Nicholas CRAFTS y Gianni TONIOLO (eds.): *Economic Growth in Europe since 1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 38-72.

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. La revista *Ayer* publica artículos de investigación y ensayos bibliográficos sobre todos los ámbitos de la Historia Contemporánea.
2. Los autores/as se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni estén siendo considerados en otros medios. Una vez publicados en *Ayer*, los artículos no podrán ser reproducidos sin autorización expresa de la Redacción de la revista. Sí podrá hacerse mención a la edición digital, disponible en el Portal de Revistas de Marcial Pons (<http://revistas.marcialpons.es>) y en la página web de la Asociación de Historia Contemporánea (<http://www.ahistcon.org>).

No se aceptarán para su evaluación trabajos que hayan sido publicados o estén a punto de serlo en cualquier otro medio, en su totalidad o parcialmente, ni los que reproduzcan sustancialmente contenidos ya publicados por el autor/a en libros, artículos o capítulos de libros ya aparecidos o de aparición inminente. Los artículos deberán presentarse acompañados de una declaración expresa que garantice su plena originalidad, con firma manuscrita del autor/a o autores/as, conforme al modelo que figura en la página web de la revista.

Excepcionalmente, el Consejo de Redacción de *Ayer* podrá considerar la edición por primera vez en castellano de artículos ya publicados en otras lenguas.

3. Tanto los artículos de investigación como los ensayos bibliográficos serán informados al menos por dos evaluadores/as externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador/a como para el autor/a del texto). Los artículos que integran los dosieres serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
4. La revista se compromete a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por un plazo de dos años, acomodando la aparición del texto a las necesidades de la revista.
5. Los autores/as remitirán su texto a la dirección institucional de la revista (revistaayer@ahistcon.org) en soporte infor-

mático (programa MS Word o similar). Igualmente enviarán un resumen de menos de 100 palabras en español y en inglés; el título, igualmente en español y en inglés; cinco palabras clave, también en los dos idiomas; una breve nota curricular, que no debe superar las 100 palabras; y el compromiso de originalidad firmado, que puede escanearse para su envío por correo electrónico (en formato PDF o similar). No será enviado a evaluación ningún artículo que no incluya todos estos complementos.

6. Los trabajos enviados para su publicación han de ajustarse a los siguientes límites de extensión: 9.000 palabras para los artículos, tanto si van destinados a la sección de *Estudios* como si forman parte de un *Dossier*; y 4.500 palabras para los *Ensayos bibliográficos* y las colaboraciones de la sección *Hoy*.
7. En los dossieres, las presentaciones de los coordinadores no podrán exceder de 3.000 palabras. El título del dossier y el texto de cubierta no deberán superar las 70 palabras.
8. Sistema de citas: las notas irán a pie de página, procurando que su número y extensión no dificulten la lectura.

Por ejemplo:

Libros: De un solo autor: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA Libros, 2010.

Dos autores: Mary NASH y Gemma TORRES (eds.): *Feminismos en la Transición*, Barcelona, Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere, Universitat de Barcelona-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (Ministerio de Cultura), 2009.

Tres autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, Pilar SALOMÓN CHÉLIZ e Ismael SAZ CAMPOS (coords.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

Cuatro o más autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ *et al.* (coords.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2004.

Capítulos de libro: Antonio ANNINO: «México: ¿Soberanía de los pueblos o de la nación?», en Manuel SUÁREZ CORTINA y Tomás PÉREZ VEJO (eds.): *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada*, Madrid, Biblioteca Nueva-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 37-54.

Artículos de revista: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer*, 77 (2010), pp. 79-113.

Citas posteriores: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer...*, pp. 58-60. Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil...», pp. 100-101.

Si se refiere a la nota inmediatamente anterior: *Ibid.*, pp. 61-62. En cursiva y sin tilde.

Cuando se citan varias obras de un mismo autor en el mismo pie de página: Ismael SAZ CAMPOS: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-222; íd.: «Política en zona nacionalista: configuración de un régimen», *Ayer*, 50 (2003), pp. 55-84; e íd.: «La marcha sobre Roma, 70 años: Mussolini y el fascismo», *Historia* 16, 199 (1992), pp. 71-78.

La ausencia de los datos relativos a la ciudad de edición, la editorial o imprenta, o el año, se indicarán respectivamente con las abreviaturas *s.l.*, *s.n.* y *s.a.*; estas abreviaturas irán seguidas, si es necesario, de una atribución de ciudad, editorial o año, que irán entre corchetes.

Los datos sobre el número de edición, traducción, etc., se pondrán, de manera abreviada, entre el título de la obra y el lugar de edición.

Artículos de periódico: Emilia PARDO BAZÁN: «Un poco de crítica. El símbolo», *ABC*, 22 de febrero de 1919. En caso de que resulte relevante indicar la ciudad de edición del periódico, se señalará a continuación del título; por ejemplo: José ORTEGA Y GASSET: «El error Berenguer», *El Sol* (Madrid), 15 de noviembre de 1930.

Tesis doctorales o Trabajos de fin de Máster: Miguel ARTOLA: *Historia política de los afrancesados (1808-1820)*, Tesis doctoral, Universidad Central, 1948.

Sitios de internet: Matilde EIROA: «Prácticas genocidas en guerra, represión sistémica y reeducación social en posguerra», *Hispania Nova*, 10 (2012), <http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d014.pdf>.

Cuando el documento citado tenga entidad independiente, pero haya sido obtenido de un sitio de internet, esta circunstancia se señalará indicando a continuación de la cita bibliográfica o archivística la expresión «Recuperado de Internet» y la URL del sitio entre paréntesis. Ejemplo: Rafael ALTAMIRA: *Cuestiones Hispano-Americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900. Recuperado de Internet (<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=35594>).

Documentos inéditos: Nombre y APELLIDOS del autor (si existe): Título del documento (entrecomillado si es el título original que figura en el documento (ciudad, día, mes y año si se conoce la fecha), Archivo, Colección o serie, Número de caja o legajo, Número de expediente. Ejemplos: Carta de Juan Bravo Murillo a Fernando Muñoz (22 de julio de 1851), Archivo Histórico Nacional, *Diversos: Títulos y familias (Archivo de la Reina Gobernadora)*, 3543, exp. 9; «Diario de operaciones de la División de Vanguardia» (1836), Real Academia de la Historia, *Archivo Narváez-I*, Caja 1; Juan Felipe MARTÍNEZ: «Relación de lo sucedido en el Real Sitio de San Ildefonso desde el 12 de Agosto de 1836 hasta la entrada de S.M. en Madrid el 17 del mismo mes», Archivo General de Palacio, *Reinado de Fernando VII*, Caja 32, exp. 13.

En el caso de los ensayos bibliográficos o de artículos de carácter teórico, las citas pueden incluirse en el texto (BERNAL GARCÍA, 2010, 259), acompañadas de una bibliografía final.

9. Las aclaraciones generales que deseen hacer los autores/as, tales como la vinculación del artículo a un proyecto de investigación, la referencia a versiones previas inéditas discutidas en congresos o seminarios, o el agradecimiento a personas e instituciones por la ayuda prestada, figurarán en una nota inicial no numerada al pie de la primera página, cuya llamada será un asterisco volado al final del título. Tal nota no podrá exceder de tres líneas.
10. Divisiones y subdivisiones: los epígrafes de los artículos irán en negrita y sin numeración. Conviene evitar los subepígrafes; en el caso de que se incluyan, aparecerán en cursiva.
11. Los artículos podrán contener cuadros, gráficos, mapas o imágenes, aunque limitando su número a los que resulten imprescindibles para apoyar la argumentación, y nunca más de diez en total.

En todos los casos, los autores/as se hacen responsables de los derechos de reproducción de estos materiales, sean de elaboración propia o cedidos por terceros, cuya autorización deben solicitar y obtener por su cuenta, aportando la correspondiente justificación.

Estos elementos gráficos irán numerados correlativamente en función de su tipología (Cuadro 1, Cuadro 2, Cuadro 3...; Gráfico 1, Gráfico 2, Gráfico 3...; Mapa 1, Mapa 2, Mapa 3...; Imagen 1, Imagen 2, Imagen 3...). A continuación

del número llevarán un título que los identifique. Y al término de la leyenda o comentario, irá entre paréntesis la palabra *Fuente.*; seguida de la procedencia de la imagen, mapa, gráfico o cuadro.

Los mapas y las imágenes se enviarán separadamente del texto y en formato de imagen (tiff, jpg o vectorial) con una resolución de 300 ppp y un tamaño mínimo de 13 x 18 cm. En el texto se indicará el lugar en el que se desea insertarlos, mediante la mención en párrafo aparte del número entre corchetes [Imagen 1]. Los cuadros y gráficos, en cambio, pueden situarse directamente en el lugar del artículo en el que se quieren insertar.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuíña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución*.
35. Anna Maria García Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.

40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. María Dolores Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo xx*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea*.
60. María Dolores Ramos, *República y republicanas*.
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal*.
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social*.
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923*.
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico*.
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos*.
67. Matilde Eiroa San Francisco y María Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975)*.
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo*.
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo xx*.
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina*.
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea*.

72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea*.
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*.
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830*.
75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*.
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*.
77. Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *Europa desde 1945. El proceso de construcción europea*.
78. Mónica Bolufer y Mónica Burguera, *Género y modernidad en España: de la ilustración al liberalismo*.
79. Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Martín, *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile*.
80. Gonzalo Capellán de Miguel, *Historia, política y opinión pública*.
81. Javier Muñoz Soro, *Los intelectuales en la Transición*.
82. José María Faraldo, *El socialismo de Estado: cultura y política*.
83. Daniel Lanero Táboas, *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo*.
84. Pere Ysàs, *La época socialista: política y sociedad (1982-1996)*.
85. María Antonia Peña y Encarnación Lemus, *La historia contemporánea en Andalucía: nuevas perspectivas*.
86. Emilio La Parra, *La Guerra de la Independencia*.
87. Francisco Vázquez, *Homosexualidades*.
88. Fernando del Rey, *Violencias de entreguerras: miradas comparadas*.
89. Antonio Herrera y John Markoff, *Democracia y mundo rural en España*.
90. Alejandro Quiroga y Ferran Archilés, *La nacionalización en España*.
91. Maximiliano Fuentes Codera, *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*.
92. Emanuele Treglia, *Las izquierdas radicales más allá de 1968*.
93. Isabel Burdiel, *Los retos de la biografía*.

En preparación:

La Historia Transnacional.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 250 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:

suscripción anual: 65 €

Precios extranjero:

suscripción anual: 65 € más gastos de envío

Precio número suelto: 22 €

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a Marcial Pons, Agencia de suscripciones, c/ San Sotero, 6, 28037 Madrid, tel. 91 304 33 03, fax 91 327 23 67, correo electrónico: revistas@marcialpons.es.

La correspondencia para la Redacción de la revista debe enviarse a la dirección de correo electrónico: revistaayer@ahistcon.org. La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea debe dirigirse al Secretario de la misma, a la dirección de correo electrónico: secretaria@ahistcon.org.

93 ayer